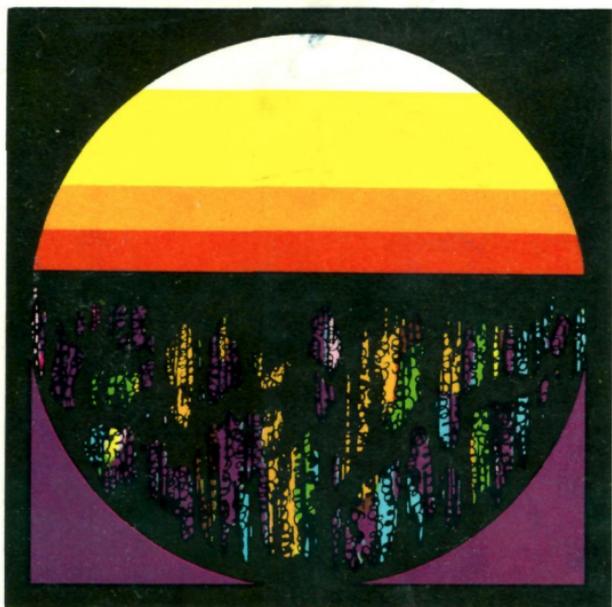


**CUARES
MA
EN UN
MUNDO**



INJUSTO

TEOFILO CABESTRERO

TEOFILO CABESTRERO

ESTELA

64

**CUARESMA EN UN MUNDO
INJUSTO**

EDICIONES SIGUEME

Apartado 332

SALAMANCA

1971

Censor: LUCAS GUTIÉRREZ cmf; Puede imprimirse: FEDERICO FERNÁNDEZ cmf; Imprimase: MAURO RUBIO, obispo de Salamanca
15 de febrero de 1970

Cubierta de Jesús Galdeano Echarri

A los pequeños que crecen en este mundo injusto; cercanamente a Miriam, Borja y Alicia; también a Mon y a Dua.

A los que sufren la injusticia y a los que luchan contra ella.

© Ediciones Sígueme, 1970

Es propiedad

Printed in Spain

Depósito Legal: S. 25-1971

Núm. Edición: ES. 425

Industrias Gráficas Visedo. Hortaleza, 1. Teléf. *21 70 01 - Salamanca, 1971

EL MUNDO INJUSTO DE NUESTRA CUARESMA

Es injusto el mundo en que existen países desproporcionadamente ricos y países exageradamente pobres. Países señores y países esclavos; explotadores y explotados o astros y satélites. Países protectores y países mendigos. Países orgullosos y países humillados. Países inhumanos y países infrahumanos. Y más si estas diferencias y estas distancias no sólo no van desapareciendo sino que se acentúan.

Y el mundo —universal, intercontinental, nacional o local— en que unos hombres viven muy bien y otros hombres viven muy mal, es también injusto. Ese mundo en que a unos les sobra de todo y a otros les falta todo; donde la “propiedad *privada*” es “propiedad *privante*”, como alguien ha escrito. Ese mundo que aún permite a algunos relamerse su refinado superlujo mientras obliga a cientos de miles de hombres, mujeres y niños, a morir a diario de hambre o a arrastrarse como gusanos desnutridos. El mundo que divide a los hombres en señores y esclavos.

Es injusto el mundo que está montado para que unos monopolicen el poder, la opinión, el dinero, la propiedad, la cultura, la industria, las

Indicamos a continuación la fecha exacta del comienzo de la cuaresma, especificando qué ciclo corresponde a cada uno de los años:

1971	ciclo C	24 de febrero	miércoles de ceniza
1972	» A	16 de febrero	» »
1973	» B	7 de marzo	» »
1974	» C	27 de febrero	» »
1975	» A	12 de febrero	» »
1976	» B	3 de marzo	» »
1977	» C	23 de febrero	» »
1978	» A	8 de febrero	» »
1979	» B	28 de febrero	» »
1980	» C	20 de febrero	» »

Cuaresma en un mundo injusto recoge fundamentalmente, revisado y en una nueva disposición, el material aparecido ya en *La nueva cuaresma: ciclo B*. En esa obra los comentarios abarcaban sólo el ciclo indicado. Esta nueva edición recoge y sigue paso a paso el comentario a todos los domingos y ferias de los tres ciclos cuaresmales (N. del Editor).

tierras, el comercio, el ocio y todo; de forma que crezca sin cesar su poder, su opinión, su dinero, su propiedad, su cultura, su industria, su comercio y su ocio, mientras otros hombres —los que tienen “suerte”— logran su puestecito para gastar la vida al servicio exclusivo del crecimiento de lo ajeno, y otros muchos hombres —tan hombres como todos pero que ni siquiera tienen “suerte”— sobran y se pudren.

Y el mundo en el que se mata.

Y ese mundo en el que sobran pisos y terrenos pero en el que también hay familias que se hacinan para comer y dormir en ese único “espacio mortal” que aquí llamamos chabola y allá fabela o ranchito.

Y el mundo que, de hecho, niegue la libertad necesaria para que se realice cada hombre.

Y ese mundo que engorda destrozando vidas con la droga, la pornografía o el comercio de cualquier instinto. Y el mundo de la inmoralidad profesional. Como el mundo de la mentira comercial de la sociedad de consumo.

Bastaría marginar a un hombre, ofender su dignidad, negarle sus derechos o privarle de alguna manera de su libertad, para hacer un mundo injusto.

También el mundo familiar se hace injusto cuando, por egoísmo, incompreensión, indiferencia o ese sin fin de posibles intereses —como la independencia individualista, la seguridad en el “oficio”—, o, simplemente, por el peso de la iner-

cia y la rutina, se recortan, se anulan o se falsean las relaciones personales. Se alienan las personas tras el “papel” de padre, madre o hijo, y no se encuentran, no se quieren como habrían de quererse en ese mundo íntimo de la familia.

Cualquier mundo de relaciones personales —sobre todo a nivel de amistad y de amor— se hará injusto en cuanto florezca y fructifique en él alguna forma de egoísmo: utilización, posesión, erotismo, falta de respeto a la persona, etc. Y en cuanto las personas no crezcan, no se liberen, no se realicen.

Pero es también injusto el mundo íntimo de cada persona en donde anida el egoísmo y desde donde los malos sentimientos y las malas intenciones mueven la conducta.

Hasta la Iglesia se hace un mundo injusto si ella no es fiel a Cristo y a su evangelio; si no anuncia con limpieza y autenticidad el evangelio a los hombres, si enturbia sus servicios con otros intereses, si se instala en realidades, poderes o situaciones no-evangélicas, si esconde la luz de Cristo detrás de posturas ambiguas o equívocas o calla en silencios no-proféticos cuando debe hablar, si no es sal para el mundo, si no libera a los hombres tan profunda y realmente como Cristo quiere que sean liberados...

La injusticia es el mal bajo cualquiera de sus formas. Y es injusticia la negación del amor, la carencia de bien, de bondad, de verdad, la ausencia de Dios. Adonde no llega Dios con su verdad, su bondad, su amor, hay injusticia.

¿Quién estará libre de injusticia entonces? Nadie. Ningún nacido mientras vive en esta tierra. Existimos en un mundo injusto porque somos todos injustos y hacemos injusto el mundo. Por esto mismo, *cuaresma en un mundo injusto* no es una frase oportunista y captadora, ni un *slogan* con latiguillo social. La injusticia es carne de cuaresma, y no hay cuaresma sino en un mundo injusto.

La cuaresma es, ante todo, el sufrido paso de Cristo por la injusticia humana hacia la conquista de la justicia para todos los hombres. La cuaresma es hoy el paso de la Iglesia, el paso de los cristianos, de su propia injusticia a la justicia de Cristo; y el paso con Cristo por la injusticia del mundo hacia un mundo más justo. Vivir la cuaresma es buscar, aceptar, celebrar y vivir la redención en Cristo de la injusticia humana, llamada "pecado" en lenguaje religioso.

Hoy el contenido bíblico y cristiano de la cuaresma tiene fuertes resonancias sociales y políticas. Y no es esto pérdida, sino recuperación. Recuperación de la fuerza de la palabra de Dios, del vigor cristiano, del poder de Cristo redentor de los hombres de este mundo. Esto es la cuaresma.

Para terminar, doy las gracias a José Mari y José Félix. Sin su ayuda no hubiera podido salir este libro.

TEOFILO CABESTRERO

Caracas, febrero 1971

Un cristiano que en momentos cumbre de lucha por la promoción humana frena su ímpetu revolucionario porque teme comprometerse —comprometer su representatividad cristiana en el acontecimiento concreto e inmediato—, aparece a los demás como un signo equívoco de freno y evasión en la búsqueda de nuevos y más justos cauces vitales. El hombre que, por ser de acción católica, o por ser sacerdote, no se compromete en un movimiento de promoción humana, no toma parte en una cosa en la que otro cristiano normal puede hacerlo, significa esto ante la gente... El cristianismo ha sido presentado como freno de la revolución, de la promoción, del progreso.

J. M. GONZÁLEZ RUIZ

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Jl 2, 12-18

UNA plaga de langostas que ha arrasado las cosechas, sugiere al profeta los elementos simbólicos para anunciar *el día del Señor*: su manifestación, su juicio, y su misericordia. Esto le hace convocar al pueblo para una asamblea de penitencia, para un culto sincero y vivo.

La ausencia de bendiciones materiales y la falta de frutos para la ofrenda litúrgica, situación que parece sugerir ausencia de Dios e imposibilidad de culto, permite más bien evitar el ritualismo de un culto vacío y buscar al Dios verdadero en la intimidad del corazón, por una conversión sincera y por la confesión de los pecados y la certeza confiada en su misericordia.

Dice el Señor todopoderoso: convertíos a mí de todo corazón: con ayuno, con llanto y con luto. Rasgad los corazones, no las vestiduras: convertíos al Señor Dios vuestro porque es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad y se arrepiente de las amenazas. Quizá se convierta y se arrepienta y nos deje todavía la bendición, la ofrenda, la libación del Señor Dios nuestro.

Tocad la trompeta en Sion, proclamad el ayuno, convocad la reunión, congregad al pueblo, santificad a la asamblea, reunid a los ancianos, congregad a muchachos y niños de pecho. Salga el esposo de la alcoba; la esposa del tálamo. Entre el atrio y el altar lloren los sacerdotes, ministros del Señor, diciendo: perdona, Señor, perdona a tu pueblo, no entregues tu heredad al oprobio; no la dominen los gentiles, no se diga entre las naciones: ¿dónde está su Dios? Que el Señor sienta celos por su tierra y perdone a su pueblo.

Lectura evangélica: Mt 6, 1-6. 16-18

Cristo, en el sermón del monte, condena la religión hipócrita, que consiste en prácticas vacías que son espectáculo para el aplauso, o fachada para disimular el vacío interior o el egoísmo.

En el mismo sermón, Cristo establece que la verdadera religión o relación viva con Dios consiste en hacerlo todo con sinceridad y desinterés, por obediencia interior y amor al Padre. Y aplica esto a tres actos: limosna, oración y ayuno; estas prácticas sólo tienen valor cristiano, si son expresión de la fe que consiste en la obediencia y el amor.

Cristo define así el cristianismo, como la fe que va de dentro afuera y se expresa con generosa sencillez en actos llenos de amor.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: cuidado de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayais tocando la

trompeta por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga.

Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna, quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, a quienes gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Cuando tú vayas a rezar entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre que está en lo escondido, y tu Padre que ve en lo escondido, te lo pagará.

Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los farsantes que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo recompensará.

Lectura apostólica: 2 Cor 5, 20 - 6, 2

Pablo sabe que Cristo ha reconciliado a todos los hombres con el Padre por su amor llevado hasta la muerte; y es consciente de ser mensajero de esta "reconciliación" que se aplica por la predicación a cada grupo de hombres. Por eso advierte que no hay que jugar con un tiempo que es "tiempo de gracia y salvación", y pide con firmeza: "dejaos reconciliar con Dios"; valórese esto con la fuerza del verbo original griego *katalasso*, término del derecho matrimonial, que designa la vuelta de los esposos a la vida común:

dejaos traer a la intimidad del amor con Dios, a la comunión de vida con él; volved, renovaos en el amor por la amistad con Dios.

Hermanos: somos embajadores de Cristo, siendo Dios el que por medio nuestro os exhorta; os lo pedimos por Cristo: dejaos reconciliar con Dios. El cual, por nosotros, hizo pecado al que no conocía el pecado, para que por él llegáramos a ser justicia de Dios.

Os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios. Porque él dice: "En el tiempo de gracia te escucho; en el día de salvación te ayudo".

Pues mirad: ahora es el tiempo de gracia; ahora es el tiempo de la salvación.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra juzga hoy nuestra fe y la búsqueda de Dios, juzga la verdad o la falsedad de nuestro cristianismo. Toda pretensión de pacífica adoración de Dios en el bienestar es sospechosa, toda búsqueda de protección de Dios, bendiciones o gracias demasiado humanas —salud, trabajo, negocios y demás— es desviación y abuso. ¿No nos enfadamos con Dios y dudamos de él cuando nos faltan esas cosas? Sin embargo, Dios vive en nosotros más allá y más acá de todo eso, y ahí quiere ser buscado con sincero corazón para vivificarnos.

¿No tiene nada de hipocresía nuestra vivencia del cristianismo? Hipocresía o falsedad hay en los actos, misa o sacramentos, hechos por costumbre, por quedar bien ante los demás, ante Dios, ante nosotros mismos, para tener una bue-

na conciencia que cubra el vacío interior, la carencia de fe y de viva relación con Dios. ¿No estamos llenando la Iglesia de misas desconectadas de la vida, de asistencias sin asamblea, sin “eucaristía”? ¿A dónde va una reforma que, en un ochenta por ciento no re-nueva nada porque no hay fe consciente y viva, y falta la fraternidad hasta el punto de no poderse dar el signo de la paz? ¿Qué adjetivo calificará el hecho de considerar obedientes y fieles a quienes, siguiendo literalmente las rúbricas hacen misas pastoralmente muertas, y considerar rebeldes fuera de ley a quienes, sin seguir literalmente todas las normas pero fieles a lo esencial, cumplen el espíritu de la reforma con eucaristías vivas?

¿Nos dejaremos reconciliar con Dios? No, si no vivimos nuestros días —este tiempo del mundo y de la Iglesia, cada año, esta cuaresma, cada día y hora— como tiempo de gracia para ser más sencillos y verdaderos, para entregarnos más y con mayor amor. ¿No estamos frenando la verdadera reforma de la Iglesia, su conversión y la de todos los hombres, escamoteando nuestra propia conversión sincera? ¿No “nos” buscamos hasta en la búsqueda de Dios, en la oración, en los sacramentos, en la observancia y en todo lo sagrado, con egoísmo insaciable?

¿Qué sentido tendrán las “prácticas” piadosas y el dar limosnas sin darnos nosotros? ¿Haremos de limitarnos a suplir con pequeñas limosnas las inmensas necesidades que provoca en nuestro mundo la injusticia?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Jesucristo, vivió con sencillez y autenticidad la relación viva con el Padre por la obediencia y el amor desinteresado; en su vivir amando, en su oración y en todos los actos; hasta la extrema fidelidad del sacrificio de la vida con que “nos reconcilió” con el Padre; e instituyó la eucaristía como signo conmemorativo y eficaz de su entrega, para ofrecernos su fidelidad y su amor, a fin de que entremos con él en su misma relación viva e íntima con el Padre: a fin de que nos dejemos reconciliar... Atravesemos esta cuaresma viviendo una conversión sincera al Dios viviente, buscando en la intimidad del corazón, en los sacramentos y en el prójimo; pero, al margen de caminos fáciles, más allá de todos los egoísmos.

Dejémonos reconciliar aceptando el amor con que Dios nos ama en Cristo. Prestémosle carne y sangre a ese amor, expresémoslo con sencillez y verdad en las obras, de forma que seamos diario testimonio viviente, con luz y fuerza para los hombres de hoy. Esa conversión, ese amor vivo y vivido, hará que nuestros actos de culto sean signos de fe y de entrega a Dios y a los hombres, en vez de ritos muertos. Si en esta cuaresma renovamos así nuestras eucaristías, habremos encarnado la palabra que hoy hemos leído.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Hay quienes dan con alegría y esa alegría es su premio. Hay quienes dan con dolor y ese dolor es su bautismo.

Y hay quienes dan y no saben del dolor de dar, ni buscan la alegría de dar, ni dan conscientes de la virtud de dar. Dan como, en el hondo valle, da el mirto su fragancia al espacio.

A través de las manos de los que son como éstos, Dios habla y, desde el fondo de sus ojos, él sonrío sobre la tierra.

KAHLIL GIBRAN

Toda la comunidad peca, nosotros con los otros, nosotros en los otros. No es difícil descubrir, a lo largo del día, la huella de nuestra contribución al desorden, con omisiones, silencios o cobardías... Que toda "denuncia" vaya precedida de una "confesión", en la que cada uno diga: es por mí mismo; a fin de que no haya ambigüedad ni equívocos, y no se nos tome por perfectos, sino por débiles con nuestra debilidad.

E. MOUNIER

Yo no doy limosnas ni sermones; me doy a mí mismo.

WALT WHITMAN

Perdón, por el deseo de lo que no eres tú.
Perdón por el amor perdido fuera de tus manos.
Perdón de haber amado un rostro prohibido,
y haberme retirado de tu propio rostro.
Perdón por no nacer cada mañana, [mi andar,
ni ser transparente a cada rostro que pones en
Perdón por la tristeza que moja mi camino,

perdón por no creer que sabes perdonar,
y renovarlo todo y todo rehacerlo.
Perdón por vivir sola cuando tú estás aquí.

MARIE-CLAIRE PICHAUD

Amar y hacer don de uno mismo son las palabras clave de nuestra vida.

M. VAN DER MEERSCH

Nada es más peligroso para el verdadero cristianismo, nada es más contrario a su esencia, como hacer que los hombres tomen a la ligera el nombre de "cristiano", como si fuera cosa fácil... Que cada uno vea lo que significa ser cristiano, y, con toda rectitud y sinceridad, elija si quiere ser cristiano o si renuncia a serlo. Decir al pueblo claramente que Dios prefiere que confesemos honestamente que no somos cristianos ni queremos serlo, puede que sea lo que nos permita llegar a serlo. Dios prefiere esta claridad a la náusea de un culto en el que se le hace la burla.

SÖREN KIERKEGAARD

El espíritu de posesión engendra casi infaliblemente celos y avaricia; ahora bien, sabemos que sólo hay existencia auténtica en la generosidad y olvido de sí. Esta generosidad, este olvido de sí, no son posibles si no encuentro fuera de mí otras existencias auténticas, dispuestas a recibirme, a abrirse ante mi generosidad y a derramar sobre sí la suya.

IGNACE LEPP

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

*Lectura del Antiguo Testamento:
Dt 30, 15-20*

EL Deuteronomio pone en boca de Moisés un discurso que resume a Israel los favores de Dios en la peregrinación por el desierto. Nuestra lectura concluye el discurso y advierte al pueblo lo que le espera si anda su vida por el camino amoroso de la obediencia a Dios, y lo que le espera si se va por el camino del capricho al margen de Dios: en ello le va la vida o la muerte, la condenación o la salvación. En definitiva, se explicita a la libertad del pueblo, la opción por el bien o por el mal, por el amor o por el amor propio, por caminar de la mano de Dios o de espaldas a Dios.

Esto dice el Señor: mira, hoy pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal. Si cumples lo que yo te mando hoy, amando al Señor, tu Dios, siguiendo sus caminos, guardando sus preceptos, mandatos y decretos, vivirás y crecerás; el Señor, tu Dios, te bendecirá en la tierra donde vas a entrar para poseerla.

Pero si tu corazón se resiste y no obedeces, si te dejas arrastrar y te prosternas dando culto a dioses extranjeros, yo te anuncio hoy que perecerás sin re-

medio; que, pasado el Jordán para entrar y poseer la tierra, no vivirás muchos años en ella.

Hoy cito al cielo y a la tierra como testigos contra vosotros; os pongo delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios, escuchando su voz, pegándote a él, pues él es tu vida y tus largos años de habitar en la tierra que el Señor prometió dar a tu padres, Abraham, Isaac y Jacob.

Lectura evangélica: Lc 9, 22-25

Ante la falsa expectación de quienes aguardaban un mesías triunfador y milagrero, Cristo señala con crudeza la meta terrestre de su misión: pasar por el sufrimiento y la muerte, para resucitar. Y afirma que ese camino han de andar los que le sigan: desprenderse de todo y de sí mismos hasta "dar" la vida, so pena de "perderla". Es toda la verdad de la existencia de Cristo y los cristianos; es la antítesis entre el amor y el amor propio, que siempre se resuelve en paradoja: darse sacrificadamente a los demás es encontrarse a sí mismo, desvivirse o matarse amando y sirviendo es existir en plenitud; buscarse a sí mismo es perderse, reservarse mezquinamente la propia vida es existir vacío.

Lo que Cristo asegura al anunciar su muerte, es que nos va a querer hasta morir; lo que pide a los suyos al exigirle el desprendimiento total, es que amen de verdad con todas las consecuencias. Al fin, lo que Cristo hace y pide, es amar con amor: "ser hombres para Dios y para los demás hombres".

En aquel tiempo, dijo Jesús: el hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Y dirigiéndose a todos dijo: el que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra hoy, nos interroga sobre la única cuestión capital de la fe y del cristianismo: ¿amamos o no? ¿amamos o nos amamos? ¿Vivimos desprendidos, entregados a Dios y a los demás en la sacrificada seguridad que da el riesgo del amor, a la intemperie y contra los fuertes vientos del mal, o vivimos instalados en las seguridades del poder y la comodidad, en tranquila despreocupación por los demás y superpreocupados por nosotros mismos? ¿Somos hombres para los demás o para nosotros mismos?

Creemos, sí, que amamos; todo el mundo parece que ama; pero, ¿dónde están las comunidades, dónde la unidad, dónde el servicio? ¿Dónde están las obras del amor? Incluso con los más próximos, con esos a quienes decimos que amamos, ¿hasta dónde llevamos el amor? No solemos perder gran cosa por ellos: y es malo no desviarse, no perder nada por amor. Nuestro amor suele ser demasiado cómodo.

Y en un mundo injusto en el que las dos terceras partes de los hombres sufren hambre, incultura, soledad... ¿qué obligaciones surgen para el amor de los cristianos? ¿basta con que cada uno ame a su mujer y a sus hijos? ¿no tenemos nada que hacer en favor de todos los que sufren, ante todo en favor de tantos infra-hombres que habitan este mundo con nosotros?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Vivir en Cristo es amarnos con amor verdadero y efectivo: no con simples afectos y palabras, sino con obras, y desinteresadamente; entregarnos a diario al servicio de los demás, sacrificarnos más por ellos, arriesgarnos más y perder más por amor. Ser cristiano es compartir, dar, darse, gastarse, desvivirse por los otros. Sólo muriendo así, experimentaremos en nosotros la resurrección de Cristo; quien lo vive sabe que no hay gozo más verdadero que el de la dicha ajena.

Para ser un cristiano decente, hay que tomar la decisión de deshacerse de los propios egoísmos, y andar la vida por el camino del amor sin premio. Sólo con hombres así pervive el cristianismo en el mundo.

Cristo se nos sigue dando. La eucaristía es el sacramento de su donación que perpetúa su amor: participar en ella es reconocer y aceptar el don de su amor, para amar tan sacrificadamente como él. Por el pan de la eucaristía, Cristo comparte su vida con nosotros para que la com-

partamos nosotros con los demás. Esto hay que vivirlo ya en la celebración: unirnos, querernos y expresarnos el amor con signos como el de la paz; y unirnos y querer a todos los hombres, solidarizándonos y orando por ellos, por sus problemas y sufrimientos. Participar en la eucaristía es optar por el amor, y esto es elegir el sacrificio.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

El sacrificio voluntario, realizado conscientemente y libre de toda coacción, el sacrificio de uno mismo en provecho ajeno, constituye, a mi entender, el indicio del más grande desarrollo de la personalidad, de su superioridad, de una perfecta posesión de sí mismo, del más completo libre albedrío... Una personalidad perfectamente desarrollada, totalmente convencida del derecho que le asiste a ser una personalidad, y no teniendo ya nada, nada puede hacer por sí misma, es decir, no puede emprender otra actividad que la de sacrificarse por el prójimo, a fin de que todos sus semejantes lleguen a ser exactamente otras tantas "arbitrarias" y felices personalidades. Esta es la ley de la naturaleza: el hombre normal tiende a ella.

F. DOSTOIEVSKI

Dormía y soñaba que la vida era una alegría; desperté y vi que tenía que servir; serví y descubrí que servir era la alegría.

RABINDRANATH TAGORE

La miseria de los hombres tiene su origen en el egoísmo, que es la raíz del pecado. Cuanto más penetra en el mundo el reino de Dios, más acorralado se ve el egoísmo sórdido, y menos se explotan y se odian los hombres.

J.-M. TILLARD

Esto es amar a Dios... Tener la mirada dirigida a él. Y esto es muy duro, porque toda la parte mediocre de nosotros mismos, se siente condenada a muerte por esta aplicación de la mirada a Dios. Es infinitamente difícil renunciar incluso a un ligero placer, o exponerse a una breve pena, solamente por Dios; por el verdadero Dios...; pues, cuando se hace esto, no se va simplemente al sufrimiento, sino a la muerte. Una muerte más radical que la muerte física, y ante la que nuestra naturaleza se espanta igualmente. La muerte de lo que en nosotros dice "yo".

Y en este mundo los hombres únicamente necesitan otros hombres que sean capaces de prestarles atención. Cosa rara, difícil, casi milagrosa.

SIMONE WEIL

Entre los esfuerzos titánicos que tiene que realizar el hombre para realizarse, ninguno de ellos más acezante y más difícil que el amor. Recuerdo ahora una expresión de Federico Yerma, que dice: "¿Qué creéis, que tener un hijo es como tener un ramo de rosas?" Realizar un amor exige un esfuerzo de conocimiento y de solidaridad humana que muy pocos seres son capaces de realizar.

LUIS ROSALES

Sólo el amor, por la sencilla razón de ser el único que toma y reúne a los seres por el fondo de sí mismos, es capaz de dar plenitud a los seres, como tales, al unirlos.

P. TEILHARD DE CHARDIN

Se da demasiado bombo a la gente. Uno es ninguno.

BERTOLT BRECHT

Sois buenos cuando os esforzáis en dar de vosotros mismos.

KAHLIL GIBRAN



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Is 58, 1-9 a

EL profeta denuncia la hipocresía religiosa de las penitencias y ayunos hechos sin espíritu sincero y con egoísmo en el corazón. Lo que debía ser expresión del amor y del servicio a los demás, se hace fachada que intenta ocultar la suciedad de unas conductas orgullosas e injustas.

Las penitencias y el ayuno que Dios quiere que hagan los hombres, exigen la negación del egoísmo y la dedicación a “abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, liberar a los oprimidos, partir el pan con el hambriento, hospedar a los sin techo, vestir al desnudo”. El grito del profeta señala con realismo de asombrosa actualidad, por dónde ha de ir la conducta para tener la certeza de que se está con Dios: “entonces irá detrás de ti la gloria, la presencia del Señor”.

Esto dice el Señor: grita a plena voz sin cesar, alza la voz como una trompeta, denuncia a mi pueblo sus delitos, a la casa de Jacob sus pecados. Consultan mi oráculo a diario, muestran deseo de conocer mi camino, como un pueblo que practicara la justicia y no abandonara el mandato de Dios. Me piden sentencias justas, desean tener cerca a Dios. ¿Para qué ayunar,

si no haces caso?, ¿mortificarnos, si tú no te fijas? Mirad: el día de ayuno buscáis vuestro interés y apremiáis a vuestros servidores. Mirad: ayunáis entre riñas y disputas, dando puñetazos sin piedad. No ayunéis como ahora, haciendo oír en el cielo vuestras voces. ¿Es ese el ayuno que el Señor desea para el día en que el hombre se mortifica?, mover la cabeza como un junco, acostarse sobre saco y ceniza, ¿a eso lo llamáis ayuno, día agradable al Señor? El ayuno que yo quiero es éste —oráculo del Señor—: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que va desnudo, y no cerrarte a tu propia carne.

Entonces nacerá una luz como una aurora, en seguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor y él te responderá: gritarás y te dirá: aquí estoy. Porque yo, el Señor tu Dios, soy misericordioso.

Lectura evangélica: Mt 9, 14-25

Cuestión sobre el ayuno. Los fariseos y discípulos del bautista ayunaban para esperar al mesías. Los de Cristo, como ya tienen al mesías, no guardan este ayuno; y quien sigue ayunando es que no le ha reconocido. Cristo replica al escándalo farisaico y anuncia que, cuando él desaparezca físicamente, los suyos volverán al ayuno como expresión de la espera del encuentro final con él.

En esa perspectiva, el ayuno es una práctica penitencial de desprendimiento de ciertas cosas de acá, para esperar y buscar los bienes definitivos de la existencia que Cristo ha traído, y cuya

plenitud alcanzaremos en él; privarse de algo —pan, dinero, lujos o cosas necesarias, tiempo, calma...— para compartir, para ayudar, para servir a los necesitados: el amor; es el amor la espera activa, la búsqueda y el encuentro ya con el Señor, y la síntesis de los bienes definitivos; lo mismo que nos ha dicho Isaías.

En aquel tiempo, los discípulos de Juan se le acercaron a Jesús preguntándole: ¿por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo, y en cambio tus discípulos no ayunan? Jesús les dijo: ¿es que pueden guardar luto los amigos del novio mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio y entonces ayunarán.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

¿Qué clase de “ayuno” practicamos actualmente?

La palabra de hoy no nos reprochará que hayamos prescindido hasta cierto punto del ayuno de carne y de algunas penitencias, si es que practicamos el ayuno del egoísmo y vivimos desprendiéndonos de lo que sea preciso para ayudar a los demás; si es que vivimos entregados al servicio de quienes nos necesitan y, comprometidos con los más desgraciados, compartimos con ellos su sufrimiento y nuestro amor, nuestra fe y nuestras cosas.

La palabra condena todo ayuno y penitencia que no sea expresión efectiva del amor a Dios y a los demás. Condena, no sólo las injusticias, el odio y la explotación, sino también la instalación en ciertos lujos y comodidades, el aferrarse a las

cosas y toda indiferencia hacia los otros, toda inhibición ante el sufrimiento ajeno, todo silencio ante la injusticia y el desorden; porque todo eso son negaciones del amor, formas de egoísmo y deserciones del evangelio. ¿Dónde tenemos frenada o muerta la fuerza crítica, la fuerza de juicio y de denuncia de la injusticia en nuestro mundo, esa fuerza del amor a los más desfavorecidos, pobres, explotados y oprimidos de hoy?

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Para encarnar la palabra que hoy hemos leído, debemos dejar toda postura cómoda; salir de nuestra "instalación", arrancarnos del apego a cosas que nos retienen en la vida "fácil" de "satisfechos" —opulentos o "satisfechos" de clase media—; romper inhibiciones y silencios nuestros que son complicidad con el mal y el desorden; pisotear nuestros egoísmos y entregarnos a vivir buscando los verdaderos valores definitivos y durables; buscarlos para todos, para los otros más que para nosotros mismos; solidarizarnos con los más desfavorecidos, poniendo nuestra alma, corazón, ojos y manos, en ayudar y servir: ¿quién no ve a su alrededor oprimidos, hombres solos, tristes, necesitados de cariño y ayuda?, y ¿quién no debe hacer en su vida el cambio de la comodidad al compromiso, de la tranquilidad al riesgo, del egoísmo a la generosidad, al servicio? La Iglesia entera, la jerarquía, los curas y religiosos, los seglares, los organismos y las personas.

Son excepción los que viven de verdad comprometidos según el evangelio; la mayoría hacemos una Iglesia instalada, cómoda y poderosa; vivimos inhibidos y tranquilos, aburguesados; hasta los que tenemos conciencia —falsa conciencia— de que somos fieles. ¡Si hasta el amor lo hemos hecho cómodo y fácil! Nos hemos "instalado" en el amor, cuando el amor no permite ninguna "instalación"; nos hemos "refugiado" en el amor, cuando el amor exige el riesgo, la donación, el sufrimiento y la muerte por los otros.

Resucitado y poderoso, Cristo sigue empeñado en su acción "mesiánica"; y la eucaristía es el sacramento por el que Cristo quiere entrar hondo en nuestras vidas, para liberarnos y comprometernos a encarnar su acción liberadora en favor de los hombres de hoy. Es preciso que nuestra eucaristía sea signo en este mundo de la acción "mesiánica" o liberadora de Cristo en favor de todos los que sufren. Expresemos en la asamblea nuestra solidaridad y amor a los necesitados, a los desgraciados, a los que padecen opresión íntima o externa. Nadie se escandalice, porque es necesario que Cristo viva en su "Iglesia" claramente enfrentado a todo el mal que inunda el mundo, es preciso que viva en estado de muerte redentora, sin odio y con amor, pero víctima del mal por su inequívoca postura. No falseemos la muerte de Cristo en nuestras eucaristías desencarnándolas del mundo en el que somos testigos del amor libertador de Cristo.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Tengo la necesidad esencial, y creo que puedo decir incluso la vocación, de pasar entre los hombres y los diferentes medios humanos confundíendome con ellos... desapareciendo entre ellos, y esto con el fin... de amarles tal como son.

SIMONE WEIL

Hay que decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad. Decir crudamente la verdad cruda, preocupadamente la verdad que hace daño, tristemente la verdad triste. Quien no proclama la verdad cuando la conoce, se hace cómplice de los mentirosos y de los cobardes.

CH. PÉGUY

Aquel en quien late un afán de verdad serio, fuerte y alegre, tiene auténtico espíritu juvenil. Aquel que siente urgencia de salir de toda mentira, de tornarse auténtico en todo su ser y de no dejarse seducir por sí mismo jamás. El que lucha con afán por conseguir una visión clara de todo lo natural y puro. El que se esfuerza por hacerse sencillo en su manera de ser, sincero para con Dios, con los hombres y consigo mismo. El que tiene valor para mirar las cosas de frente y responder de sus convicciones.

ROMANO GUARDINI

Después de veinte siglos, los pobres, los oprimidos, siguen siendo mayoría en esta tierra. Así, a pesar de tantos milagros de inventos y descu-

brimientos, la misión de Cristo sigue sin realizarse. Es una verdad que hiela el alma pensar que en 1968 el hombre que quería ser el más pobre entre los pobres sufrió —en una forma moderna— una verdadera crucifixión. Martin Luther King —mi esposo— fue amenazado en cada día de su vida porque había elegido el camino de defender a los pobres.

¿Es que acaso el mensaje de Cristo, con su esperanza de liberación, debe morir? ¿Es acaso el olvido lo que deben esperar quienes se hagan campeones de los más débiles? Mi marido hubiera sido el primero en combatir tal pesimismo. El nos hubiera recordado que Jesús fue pobre, que los sin hogar y los hambrientos fueron sus discípulos y amigos. Y que es de ahí de donde nació la cristiandad. Si no han bastado veinte siglos para conseguir el advenimiento del Reino, no es menos cierto que siga viva la esperanza que ofrece al mundo una promesa de alegría.

CORETTA KING

El amor no da nada más que a sí mismo y no toma nada más que de sí mismo.

El amor no posee ni es poseído.

Porque el amor es suficiente para el amor.

KAHLIL GIBRAN

...Sabe usted, siento mayor solidaridad con los vecinos que con los santos. Creo que no me gustan ni el heroísmo ni la santidad. Lo que me interesa es ser un hombre.

A. CAMUS

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Is 58, 9 b-14

CONTINUACIÓN de la lectura de ayer: quien hace las obras que son generoso servicio a los demás, sobre todo a los más desgraciados —abrir las prisiones injustas, liberar...— alcanza la salvación. Esta salvación, descrita como un vivir exuberante, es la responsable realización de sí por la donación a los demás, el ensancharse e inmortalizarse la vida por el amor que es raíz y fruto existencial del encuentro con Dios.

En esa línea, la lectura de hoy introduce el tema de la observancia semanal del día de fiesta: hay que dar de mano a las propias cosas y trabajos, salir de sí, y vivir más explícitamente el amor de amistad con Dios y con los demás.

Esto dice el Señor Dios: cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía.

El Señor te dará reposo permanente, en el desierto saciará tu hambre, hará fuertes tus huesos, serás un huerto bien regado, un manantial de aguas cuya vena

nunca engaña; reconstruirás viejas ruinas, levantarás sobre cimientos de antaño; te llamarán reparador de brechas, restaurador de casas en ruina.

Si detienes tus pies el sábado, y no traficas en mi día santo, si llamas al sábado tu delicia y lo consagras a la gloria del Señor; si lo honras absteniéndote de viajes, de buscar tu interés, de tratar tus asuntos, entonces el Señor será tu delicia.

Te asentará sobre mis montañas, te alimentaré con la herencia de tu padre Jacob. Ha hablado la boca del Señor.

Lectura evangélica: Lc 5, 27-32

Un hombre —Leví o Mateo— se encuentra con Cristo y se convierte. Era recaudador de impuestos, gente indeseable para los judíos (entre otras causas por actuar al servicio del poder invasor romano). Leví da una comida y Jesús comparte la mesa —convive— con los indeseables y pecadores, despreciados por la sociedad oficialmente religiosa y “buena”, los fariseos; éstos se escandalizan y Cristo replica que él ha venido a eso: a ofrecer salvación a los que están perdidos, no a quienes se consideran salvados: a los “malos” no a los “buenos”. Afirmación de enormes consecuencias.

En aquel tiempo, al salir, Jesús vio a un recaudador llamado Leví sentado al mostrador de los impuestos y le dijo: sígueme. El, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa y estaban a la mesa con ellos un gran número de recaudadores y otros. Los fariseos y los letrados dijeron a sus discípulos, criticándolos: ¿cómo

es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores? Jesús les replicó: no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores para que se conviertan.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La incisiva palabra de hoy nos desmonta muchos sistemas nuestros de espiritualidad, de perfección y santidad para hacernos “buenos”, “perfectos” y “santos”, por iniciativa, esfuerzo y méritos nuestros. Autosuficiencia, orgullo, humanismo “religioso” y, a la vez, ateo (sí, pues de humanismo que quiere hacerse dios se trata).

La palabra evangélica es limpia y clara: los que se ven y se reconocen perdidos, deficientes, pecadores y creen en Cristo salvador, reciben su salvación. ¿No nos hemos anclado nosotros en ideas y actitudes espirituales, cuadros y sistemas tocados de ese fariseísmo que Cristo condena?

La palabra profética de hoy no contradice el juicio de la palabra evangélica. El profeta no dice que la salvación será un premio a las obras del hombre “bueno”, sino que la salvación es el amor que, en comunión con Dios, nos hace entregarnos a compartir, ayudar y servir a los necesitados, que, precisamente, suelen ser los hombres considerados “peores” por la “buena” sociedad.

VIVIR HOY EN CRISTO

A LA LUZ DE SU PALABRA

Dejémonos de pretensiones falsas y vivamos conscientes de nuestras limitaciones y deficiencias. No aspiremos a pequeñas santidades falsas

que son producto de nuestra orgullosa pretensión, y aceptemos la gran santidad del Señor que nos salva gratis, sin merecerlo. No somos Iglesia “de buenos”, casta de “perfectos”, sino terrestre Iglesia de pecadores, deficientes e imperfectos, agraciados con la misericordia del incansable amor de Cristo. Y el que esté “limpio”, no tiene nada que hacer en esta Iglesia. Somos pobres enriquecidos gratis —sin méritos propios— con el Espíritu del Señor, que debemos extender prolongando su acción mesiánica de “sanar” no a los que se creen sanos, sino a los que se ven enfermos, a los perdidos, a los “indeseables” de hoy; y habrá quienes se escandalicen.

Iglesia de pobres e Iglesia para pobres. Pero de verdad, porque en este mundo nuestro lo falseamos todo, y todo lo “integramos” en nuestros esquemas deformados y deformantes.

Cristo convivió con los pecadores y los “indeseables”, y murió por ellos; por todos nosotros, pues todos lo somos, aunque no todos lo reconocamos. El sacramento de su muerte-resurrección actualiza su presencia y su gesto, su acción salvadora, y la aplica en igual línea: a los deficientes y pecadores, a los perdidos. Participar en la eucaristía es entrar en la “gracia” del Señor, en su vida y en su amor —sólo él es verdadero y bueno, y de “su plenitud” recibimos todos— que nos salva, que es fuerza para nuestra debilidad. Para participar hay que verse pecador e imperfecto de veras. La asamblea eucarística no es una reunión de “buenos”, sino de pecadores.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Los fariseos quieren que los demás sean perfectos, lo exigen. No saben hablar de otra cosa.

Pero yo soy menos exigente, dice Dios. Porque yo sé bien lo que es la perfección y no exijo tanto a los hombres. Precisamente porque yo soy perfecto y no hay en mí más que perfección, no soy tan difícil como los fariseos. Soy menos exigente. Soy el Santo de los santos y sé lo que es ser santo, lo que cuesta, lo que vale. Son los fariseos los que quieren la perfección. Pero para los demás. Encuentran siempre indignos a los demás, encuentran indigno a todo el mundo.

Pero yo, dice Dios, yo soy menos difícil, y encuentro que un buen cristiano, un buen pecador de la común especie, es digno de ser mi hijo y de reclinar su cabeza sobre mi hombro.

CH. PÉGUY

El amor humano, que no es diferente en su naturaleza del amor divino, puesto que "no hay más que un solo amor", forma parte del plan providencial.

J. MADAULE

Las penas que Dios me depara, las acepto, no las rechazo. Pues sólo sufriendo puede elevarse la humanidad hasta el salvador del mundo, el hombre del dolor.

M. VAN DER MEERSCH

Toda comunión obra como mediadora de otras comuniones. El afecto que experimentamos por

el amigo y al que el amigo corresponde, nos abre a la humanidad y nos prepara para amarla. El amor de la humanidad nos descubre los lazos que nos ligan al cosmos, la comunión cósmica nos conduce hasta Aquel que es autor y padre de todos los seres.

IGNACE LEPP

La pureza que nosotros buscamos no está en nosotros, sino más allá y por encima de nosotros; con frecuencia, también es traicionada y abandonada por nosotros mismos y por cualquiera. No debemos decirlo, no debemos escuchar de nosotros que somos "puros".

E. MOUNIER

Tales eran, por ejemplo, los fariseos (=separados). Jesús no se vincula a ningún "residuo" ortodoxo, sino que busca gentes completamente distintas. Busca a las ovejas perdidas de Israel. Ningún fariseo queda excluido, a condición de que sea hombre tal como lo describen las bienaventuranzas. Esto chocaba: "Muchos primeros serán los últimos y los últimos los primeros" (Mc 10, 31). "Y dichoso aquel que no se escandalice de mí" (Mt 11, 6). De hecho, los escribas y fariseos se mantuvieron al margen, mientras mucha gente "sin importancia" corría a Jesús.

CATECISMO HOLANDÉS

Señor, que sea santificado vuestro nombre, no con vanas palabras, sino con actos y con palabras que sean actos, palabras de caridad.

MIGUEL DE UNAMUNO

La miseria del pueblo español, la gran miseria moral, está en su chabacana sensibilidad ante los enigmas de la vida y de la muerte. La vida es un magro puchero; la muerte, una carantoña ensabanada que enseña los dientes; el infierno, un calderón de aceite albando donde los pecadores se achicharran como boquerones; el cielo, una kermés sin obscenidades, adonde, con permiso del párroco, pueden asistir las hijas de María. Este pueblo miserable transforma todos los grandes conceptos en un cuento de beatas costureras. Su religión es una chochez de viejas que disecan al gato cuando se les muere.

R. VALLE-INCLÁN

Cuando te las tienes que agenciar a solas percibes el hueco del amor y el hueco de la amistad. Los percibes como huecos y por eso te sientes solo. La soledad es desconfortadora, tremenda y trágica, porque queremos amor y amistad.

A. BUERO VALLEJO



Lentamente Cristo va transformando y transfigurando en nosotros todas las fuerzas rebeldes, contradictorias, todos esos estados turbios y dudosos que permanecen en el fondo de nosotros mismos.

ROGER SCHUTZ

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Gén 2, 7-9; 3, 1-7

ESTA lectura está compuesta de un fragmento del episodio de la creación y otro del episodio del pecado. En estas narraciones de los *orígenes* el redactor se sirve de mil artificios y antropomorfismos propios del género literario de los poemas de estilo babilónico para dar su mensaje religioso. No hace historia ni antropología, sino que revela una dimensión trascendente del hombre. En la lectura que componen los dos breves textos de hoy, se trata de situarnos ante la realidad del pecado llamado *original* o de *origen*. No interesa ver en el texto la naturaleza o materialidad de ningún pecado concreto, se acentúa e importa el fondo de esa realidad tremenda que consiste en el orgullo, la soberbia, el egoísmo con que el hombre y la mujer se muestran independientes de Dios, intentan realizarse al margen de él, de espaldas a él, absolutizan su ser y su existir. Y este pecado no se atribuye simplemente a influencias extrañas, sino que el mal está en el corazón del hombre. Eso es lo decisivo en el texto. El hombre desde el *origen* falló, existe caído, débil, imperfecto, en actitud y en riesgo de separación de Dios.

Entonces Yavé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.

Luego plantó Yavé Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yavé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yave Dios había hecho. Y dijo a la mujer: “¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?” Respondió la mujer a la serpiente: “Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte”. Replicó la serpiente a la mujer: “De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal”. Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió. Entonces se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores.

Lectura evangélica: Mt 4, 1-11

Como en los otros evangelios, también en Mateo la actividad pública de anuncio e instauración del reino de Dios, el quehacer mesiánico de Cristo, arranca del paso por el desierto adonde “es conducido” Cristo después de su investidura

pública de mesías, cuando se hace bautizar por Juan. Su función mesiánica consiste en liberar la humanidad del pecado y del mal y de todas sus consecuencias que hacen la existencia humana limitada, imperfecta, caída y mortal, tremendamente desdichada. A lo largo de toda su vida luchará Cristo contra el pecado y el mal bajo todas sus formas. Y librará la batalla decisiva en su propia muerte. Y ahora, en este episodio del desierto, Cristo aparece ya enfrentado con la fuerza de su espíritu de Hijo de Dios a la fuerza del mal en su típica personificación máxima.

El evangelista presenta a Cristo sometido a las mismas pruebas o tentaciones que sufrió el pueblo de Dios en el desierto:

1) Prueba del hambre (véase Ex 16, 4; Dt 8, 2-5). Donde el pueblo falló, Cristo afirma su voluntad de vivir no sólo de pan y para el pan, sino de alimentar más profundamente la vida con la fidelidad a Dios y todo lo que ella implica.

2) Prueba de las señales y las garantías, de las exigencias para con Dios (véase Ex 17, 1-7; Dt 6, 16). Donde al pueblo le falló la confianza en Dios, porque no se fió de él y le exigió un milagro, Cristo afirma su fidelidad por medio de la confianza que no exige pruebas, señales ni demostración alguna; nada extraordinario necesita quien se fía de Dios.

3) Prueba de la idolatría (véase Ex 23, 20-33 y 34, 11-14; Dt 6, 12-15). El pueblo se dio a

adorar dioses cuando llegaron a Canaán, pero Cristo reconoce al único Dios viviente.

Los *cuarenta días* es un signo bíblico aplicado a todo período decisivo en que el pueblo o el hombre es probado, o se somete él a purificación, en vistas a un encuentro con Dios. La redacción del texto insinúa que Cristo vive sus *cuarenta días* en línea con Moisés, pues va a llevar más allá que él —y definitivamente— la misma misión. Cristo “responde” bien al Padre. Es hijo fiel y fiel mesías, y esa autenticidad de la obediencia será siempre su línea, al margen de todos los falsos mesianismos.

En relación con las otras lecturas de hoy, este evangelio presenta a Cristo como antítesis de “Adán” (primera lectura) que es el hombre que cae, que peca, que falla desde los orígenes de la humanidad. “Adán” es el hombre independiente, el vuelto de espaldas a Dios, que se absolutiza y absolutiza su acción y sus medios para realizarse al margen de Dios y como en competencia a él. Y esas pruebas del pan material frente una profundidad mayor del vivir, de las garantías frente la confianza, y de los ídolos frente la fe, ¿no simbolizan de algún modo la tentación en que el hombre es “Adán” y todas tentaciones de los hombres? Cristo no falló, no pecó, no se absolutizó ni absolutizó nada humano, sino que reconoció al único absoluto y todo lo demás lo relativizó; fue fiel y obediente y confesó querer realizar su misión de cara a Dios-Padre, en obediencia íntima y no al margen, de espaldas o en competencia a él. “Adán” será el hombre-en-

pecado-y-en-muerte en que estamos todos los hombres. Cristo será el hombre-venedor-del-pecado-y-de-la-muerte, principio-de-salvación-y-de-vida para todos (lectura apostólica).

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, a ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. Y el tentador se le acercó y le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan.

Pero él le contestó diciendo:

—Está escrito: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Entonces el diablo le llevó a la ciudad santa y le puso en el alero del templo, diciéndole:

—Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “Dará órdenes a sus ángeles sobre ti, y te llevarán en sus manos, para que no tropiece tu pie en una piedra”.

Jesús le dijo:

—También está escrito: “No tentarás al Señor tu Dios”.

De nuevo el diablo le lleva a una montaña altísima, y, enseñándole todos los reinos del mundo y su gloria, le dice:

—Todo esto te daré si te postras adorándome.

Pero entonces le dijo Jesús:

—Atrás, Satanás, porque está escrito: “Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto”.

Entonces le dejó el diablo y se acercaron los ángeles a servirle.

Lectura apostólica: Rom 5, 12-19

Este texto recoge uno de los pasajes exegéticamente más oscuros de san Pablo. Frente a lo que vio hace años la exégesis, y a pesar de que la atención a la letra del texto en las traducciones corrientes siga haciendo pensar que sí, que Pablo se refiere al *pecado original*, a que Adán pecó y por su desobediencia todos nacen en ese pecado destinados a la muerte física y Cristo con su obediencia se hace perdón, salvación y vida eterna para todos, la exégesis dice hoy comúnmente que no, que no hay en este pasaje de la carta a los romanos una doctrina sobre el pecado original ni Pablo se refiere aquí a la muerte física.

Sin que se haya pronunciado aún la exégesis sobre algunos pormenores, las interpretaciones actuales más firmes ven así este pasaje en relación con todo el contexto de la carta y desde su lenguaje original: Pablo ve el pecado en el mundo, en el corazón del hombre; ve que todos los hombres pecan y están sometidos al mal, en actitud de orgullo y de egoísmo, lejos de Dios y de espaldas a él; todos están por eso sumidos y abocados a la *muerte eterna*, a la destrucción, a su no-realización. Y Pablo afirma que Cristo es la única salida para el hombre; Cristo es el hombre-sin-pecado, el hombre-en-obediencia, el hombre-en-comunión-con-Dios que es *principio*, fuente o causa de *justificación* para todos los que creen en él; Cristo es el hombre-puente por el que todos pueden volverse hacia Dios y llegar

hasta él; hasta existir-en-obediencia, en-comunión, porque por Cristo Dios ha venido a dar a todos esta posibilidad que se convierte en realidad por la fe en Cristo. Y con esa gracia de perdón o justificación y de comunión, se sale de la *muerte-eterna* en que hunde el pecado o la desobediencia y existencia de espaldas a Dios, y se entra por Cristo en *vida-eterna*.

Hermanos: Como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron; porque, hasta la ley, había pecado en el mundo, pero el pecado no se imputa no habiendo ley; con todo, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual es figura del que había de venir...

Pero con el don no sucede como con el delito. Si por el delito de uno solo murieron todos, ¡cuánto más la gracia de Dios y el don otorgado por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se han desbordado sobre todos! Y no sucede con el don como con las consecuencias del pecado de uno solo; porque la sentencia, partiendo de uno solo, lleva a la condenación, mas la obra de la gracia, partiendo de muchos delitos, se resuelve en justificación. En efecto, si por el delito de uno solo reinó la muerte, por un solo hombre, ¡con cuánta más razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia, reinarán en la vida por uno solo, por Jesucristo!

Así, pues, como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de la justicia de una solo procura toda la justificación que da la vida. En efecto, así como por la desobediencia

cia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Hacía falta una renovación del sentido de pecado, del arrepentimiento y de la confesión. Venía siendo urgente desde hace tiempo. Y ahora hemos de preguntarnos si hemos logrado ese nuevo sentido de pecado y penitencia o si, perdido el anterior, existimos sin ningún sentido del pecado, y, por tanto, sin sentido de la penitencia y del perdón. Parece claro que nos ha ocurrido esto.

Sin embargo, la palabra de Dios vuelve cada año a abrir la cuaresma asegurándonos que existe el pecado, que el pecado llena el mundo hasta donde llegan los hombres, que todos pecamos. ¿Estará trasnochada la palabra de Dios? Con la mano en el pecho: ¿qué nos dice la experiencia personal y ajena? ¿No sigue estando el mal en el corazón del hombre? ¿No llenamos de "injusticias" —grandes o pequeñas— nuestros días, nuestros ambientes, nuestro mundo actual? ¿Qué es, si no, el orgullo, la explotación en sus diversas formas, la tontería, la vanidad, la pereza, no dar golpe, robar de distintas formas, hacer violencia a los demás, la superficialidad, perder el tiempo, la despreocupación respecto de los demás, la indiferencia, las infidelidades, la mentira, el erotismo, etc.? ¿Qué son todas las formas de egoísmo que nos llaman, nos empujan y nos mueven, y que lo ensucian todo y hacen

del mundo actual una jungla? ¿Qué son esas formas nuevas —algunas viejísimas— de “absolutizar” y de adorar, de “idolotrar” situaciones, personas, cosas, afanes?... Llamémoslo pecado o mal o como sea, pero, ¿qué es todo eso? Y no se trata de negar que exista el bien, ni de decir que todo es sucio —Dios nos libre—: se trata de que confesemos si pecamos o no, si fallamos o no, si hacemos el mal o no.

Todos los años nos llama la palabra de Dios, nos convoca en cuaresma para que, colectiva y personalmente, en comunidad y a solas, nos revisemos, busquemos con sinceridad los pecados o formas de mal que hay en nosotros, en nuestras relaciones, en nuestros ambientes y en el mundo entero, a fin de arrepentirnos, convertirnos, confesarnos. ¿Por qué no introducimos en nuestra vida cristiana un sentido renovado, auténtico, de la penitencia y de la confesión?

La Iglesia entera y cada creyente somos juzgados hoy por la palabra de Dios acerca de nuestros fallos, acerca de los falseamientos que hemos introducido o mantenemos en el “mesianismo” de Cristo de que hoy somos objeto e instrumento.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Vivir en Cristo significa siempre ser conscientes del mal, del egoísmo y de los numerosos límites que hay dentro de nosotros. Reconocer que fallamos continuamente de diferentes ma-

neras. Y no es que Cristo nos pida mentir. Nos pide la lucidez, la penetración y la sinceridad de saber y reconocer la realidad. Siempre. Pero vivir en Cristo en la cuaresma nos lo exige más. Cuaresma es tiempo de saberlo con particular lucidez y con una sinceridad muy peculiar. Es necesario para vivir la conversión que nos haga aceptar el perdón, la *justificación*, la salvación, la “salida” que nos brinda el Señor desde su muerte-resurrección.

Sin duda, hay que tener superadas muchas cosas del antiguo sentido de pecado y numerosos individualismos y psicologismos que se infiltraron en la penitencia cristiana y en el sacramento de confesión, y que los han carcomido. Habrá que atender a la dimensión comunitaria del pecado, de la penitencia, de la confesión y del perdón. Habrá que situarse en el mundo de hoy y asomarse al alcance universal del pecado, del mal, del egoísmo. Pero sin limitarnos a hablar. Porque —sin quererlo, sin darnos cuenta tal vez— los cristianos nos estamos haciendo jueces y salvadores del mundo injusto pero sólo de palabra, de gabinete, de reunión, de sala o de salón; y nos dedicamos a ello con el vaso de whisky entre los dedos y acaso sin haber entrado en nuestro injusto mundo interior. Porque, esto sí, lo que no nos permite el vivir en Cristo es eludir nuestra responsabilidad en el mal que hace injusto el mundo, ignorar nuestra propia injusticia. El compromiso de lucha contra el mal, propio de la cuaresma y de todo el año, comienza en el propio corazón, pasa por todo nuestro pensar,

juzgar y actuar y se extiende —ha de extenderse de alguna forma— a todo el mundo.

En la eucaristía, en que celebramos la victoria final y plena de Cristo contra el mal y la muerte, hemos de vivir esa conversión, esa penitencia y ese serio compromiso de luchar contra el mal dentro de nosotros y alrededor.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Con ser tan grande el hambre
no es mayor que la hartura
—qué vergüenza— del otro medio mundo.

José L. TEJADA

El mundo me parece tremendamente espantoso; la desdicha de la mayoría de la gente es muy grande, y a menudo me pregunto cómo la soportan todos. Conocer bien a la gente es reconocer su tragedia, que es usualmente la base sobre la que están edificadas sus vidas.

B. RUSSELL

El cristiano puede y debe participar en la “rebelión” porque el pecado del mundo debe ser combatido.

M. ROUSSEAU

La reacción de los oprimidos tiene una clara tendencia a agravarse. Es imposible ya mantenerlos cerrados, fuera de circulación. Basta que veamos lo que sucede en el mundo. Los oprimidos de ayer, los aplastados, los tímidos abren los ojos, se dan cuenta, se hacen conscientes, su valor crece...

El mundo conocerá momentos de agitación, de crítica airada, de violencia, que vendrá de parte de los oprimidos y de la juventud.

Por otra parte, no hemos de hacernos muchas ilusiones: la reacción de los gobiernos será cada día más dura. Es ilustrador ver cuántos países padecen en nuestros días estados de excepción o dictaduras. Mirad el mapamundi y señalad cuántos países están en manos de militares.

HELDER CÁMARA

El capitalismo, por una parte ha desprendido del hombre su religación con lo sobrenatural..., pero lo ha contraído a un estrecho mundo de intereses materiales, cuya instancia acumulativa es infinita. Por otra parte, ha convertido al hombre en forzoso enemigo del otro hombre. Porque lo que caracteriza al modo de producción capitalista es el hecho de que bajo formas que recientemente podríamos y tenemos que llamar “civilizadas” ha perpetuado o revitalizado la ley de la selva, el *homo homini lupus*.

C. CASTILLA DEL PINO

Cuando yo entré en esta ciudad para comprarme mujeres con dinero, mi ruina estaba sellada... La alegría que yo compré no era alegría. Y la libertad a cambio de dinero no era libertad. Comí y no me harté, bebí y quedé sediento.

BERTOLT BRECHT

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura histórica: Gén 9, 8-15

EL relato bíblico del diluvio expresa a su modo un “juicio” de Dios: clarificación de la vida y la conducta de los hombres; incluye la purificación o aniquilación del mal, y termina con el pacto de “alianza”, que expresa el amor de amistad que ofrece Dios a los hombres, en este caso al grupo humano de la familia Noé.

Una característica de esta alianza con Noé: su acento cósmico con sabor a Edén, pues parece restaurar el orden de la creación y la armonía entre los seres vivientes. Este acento preanuncia un aspecto de la alianza nueva que Dios hará para siempre con los hombres en Cristo: purificación y supresión del mal, orden nuevo y nueva armonía en la paz de la amistad con Dios.

Dios dijo a Noé y a sus hijos: yo hago un pacto con vosotros y con todos vuestros descendientes, con todos los animales que os acompañaron, aves, ganados y fieras, con todos los que salieron del arca y ahora viven en la tierra. Hago un pacto con vosotros: el diluvio no volverá a destruir la vida ni habrá otro diluvio que devasté la tierra.

Y Dios añadió: ésta es la señal del pacto que hago con vosotros y con todo lo que vive con vosotros, para todas las edades: pondré mi arco en el cielo, como señal de mi pacto con la tierra. Cuando traiga nubes sobre la tierra, aparecerá en las nubes el arco y recordará mi pacto con vosotros y con todos los animales, y el diluvio no volverá a destruir los vivientes.

Lectura evangélica: Mc 1, 12-15

Marcos presenta a Cristo en su preparación inmediata para la misión pública y en el comienzo de esta misión, y en estos dos momentos, describe al mesías como realizador de la última etapa de la alianza de Dios con los hombres. Los dos elementos que integran la alianza —purificación del mal y vida nueva de amistad con Dios—, se describen vividos por Cristo y ofrecidos luego a los hombres.

La purificación del mal aparece como enfrentamiento de Cristo con el maligno en el marco penitencial del desierto; la victoria de Cristo al superar las tentaciones, revela la intimidad del amor fiel en que Cristo vive con el Padre —la alianza de Dios con los hombres germina en la existencia humana de Cristo—, y anuncia la destrucción del mal en la victoria última del Hijo fiel hasta la muerte.

Todo, la purificación del mal y el amor del Padre, lo ofrece Cristo a los hombres como buena noticia: “El reino de Dios está cerca”. Y pide a los hombres que acepten la liberación y el amor del Padre: “Convertíos y creed en la buena noticia”. La conversión es, por tanto, la acepta-

ción de la victoria de Cristo y su aplicación a la propia vida. La fe es la aceptación consciente del amor de Dios —de su alianza—, como principio ordenador de la vida.

En aquel tiempo el Espíritu empujó a Jesús al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por el espíritu de Satanás; vivía entre alimañas y los ángeles le servían.

Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el evangelio de Dios; decía: se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed la buena noticia.

Lectura apostólica: 1 Pe 3, 18-22

La primera carta de Pedro consta de tres exhortaciones a la comunidad cristiana apoyadas en tres sólidos fundamentos teológicos. Nuestra lectura es el fundamento de la tercera exhortación (4, 1-52), sobre la transformación de vida que deben realizar los cristianos por su unión con Cristo.

Cristo realizó en sí, para todos, la alianza de amor con el Padre: mortificación liberadora del mal, ya que “murió por los pecados una vez para siempre: el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios”; “pero como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida”: resucitó para vivificar-nos con el amor para una vida nueva.

Pedro describe el señorío universal de Cristo resucitado, con expresiones míticas y con alguna frase del “apócrifo Henoc” de difícil interpreta-

ción concreta; lo que sí parece claro es que anuncia el alcance cósmico de la alianza con que Cristo viene a crear un orden nuevo en la paz del amor del Padre; el apóstol lo relaciona con el signo veterotestamentario del diluvio.

Los creyentes —los que aceptan el amor del Padre en Cristo como principio de vida— se incorporan al Señor resucitado por el bautismo: éste es signo de entrada en la alianza, para vivir la purificación del mal y renovarse viviendo en el amor de amistad con Dios, así como la purificación por el diluvio fue —según Pedro— el modo en que se significó la incorporación de la familia Noé al plan de Dios en la antigua alianza.

Queridos hermanos: Cristo murió por los pecados una vez para siempre: el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios. Como era hombre, lo mataron; pero como poseía el Espíritu, fue devuelto a la vida.

Con este Espíritu fue a proclamar el mensaje a los espíritus encarcelados que en un tiempo habían sido rebeldes, cuando la paciencia de Dios aguardaba en tiempos de Noé, mientras se construía el arca, en la que unos pocos —ocho personas— se salvaron cruzando las aguas. Aquello fue un símbolo del bautismo que actualmente os salva: que no consiste en limpiar una suciedad corporal, sino en impetrar de Dios una conciencia pura, por la resurrección de Cristo Jesús Señor nuestro, que está a la derecha de Dios.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra que escuchamos se constituye en “juicio” sobre nuestras conciencias de bautiza-

dos; juicio acerca de nuestro modo de vivir el bautismo: ¿qué sabemos de nuestro propio bautismo? ¿Cómo lo sentimos y cómo lo vivimos? ¿Vivimos a diario purificándonos del mal y del pecado, haciendo verdad en nosotros y en nuestro mundo la victoria de Cristo sobre el mal? ¿Vivimos resucitando, resurgiendo de entre las cenizas de nuestros fallos y debilidades, a una vida mejor, más sencilla, desprendida y servicial, con la fuerza del amor del Dios que no falla? ¿Dónde está la transformación que en nosotros y en nuestro alrededor debemos obrar por nuestra unión con Cristo? ¿Tenemos siquiera vivo a Cristo en nosotros? ¿Vivimos como bautizados en Cristo, o como egoístas, ausentes de su amor, y enemigos de su cruz?

Si por una catequesis deficiente y mínima, y por nuestro propio abandono, hemos crecido ignorando el bautismo y vivimos desertando de él, la palabra que hoy nos juzga, juzga también y condena toda una pastoral deficiente del bautismo y toda una catequesis.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

La cuaresma es una llamada a que redescubramos y revitalicemos nuestro bautismo en la vida diaria. Hemos de abrir el corazón de nuevo a la palabra de Cristo: "El reino está cerca, convertíos y creed de verdad la buena noticia". Purificarnos, rectificar, arrancar el mal que hay en nosotros; aceptar el amor con que Dios nos ama y reordenar con él nuestra vida, nuestro obrar;

dar cabida en nosotros al Espíritu de Cristo; resucitar de esta muerte que llevamos dentro y que se llama egoísmo, orgullo, falsedad, soledad, tristeza, indiferencia y falta de atención a los demás, carencia de amor.

Si viviésemos nuestro bautismo, seríamos otros.

Los bautizados debemos renovar la alianza del amor de amistad con Dios en Cristo muerto y resucitado; renovarla participando en la eucaristía. En cada eucaristía Dios afirma de nuevo la fidelidad de su amor que no falla; fallará si no lo aceptamos nosotros. El bautismo nos exige participar muy vivamente en la eucaristía, y ésta nos está exigiendo redescubrir y revitalizar nuestro bautismo; es un círculo que debe ser vivo y que hoy está vicioso y muerto: son demasiados los bautizados que, ignorando su bautismo, ignoran la eucaristía e impiden su verdadera reforma.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Debemos empezar de nuevo en nosotros mismos.

A. DUMAS

No existe una máquina para suplantarnos en la vida, ni aunque esta máquina lleve el nombre de Dios. Coger un paño y limpiar la leche que se ha caído, preparar la cena, y mañana, pacientemente, escribir una palabra, y otra, escribir un libro, uno más. Ayer, enajenada por la tenaz ilusión, yo me decía: "después de este paso, todo cambiará". Nada ha cambiado, salvo este poder

que siempre estuvo en mí, pero al que es preciso consentir. Nada ha cambiado, pero Dios puede cambiarlo todo en mí, si yo lo consiento. Maravillosa, radiante libertad descubierta. Pero, no, no es cómodo tener la fe: hace falta "vivirla".

F. MALLET-JORIS

(Palabras escritas en los días que siguieron a su bautismo).

Jesús, centro hacia el que todo se mueve, dígnate disponernos, si es posible, un lugar entre las mónadas elegidas y santas que, desprendidas una a una del caos actual por tu gran solicitud, se suman lentamente a ti en la unidad de la tierra nueva.

P. TELHARD DE CHARDIN

Hay que restaurar al hombre. El es la esencia de mi cultura. Es la clave de mi comunidad. Es el principio de mi victoria.

A. DE SAINT-EXUPÉRY

Vida de mi vida: siempre trataré de mantener puro mi cuerpo, sabiendo que sobre cada uno de mis miembros reposa tu toque divino.

Siempre procuraré defender mis pensamientos de toda falsedad, sabiendo que tú eres esta verdad que despierta la luz de la razón en mi espíritu.

Siempre trataré de arrancar toda mezquindad de mi corazón y de mantener en flor mi amor, sabiendo que tú tienes tu morada en lo secreto de mi corazón.

Y éste será mi esfuerzo por revelarte en mis actos, sabiendo que es tu poder lo que me da la fuerza de obrar.

RABINDRANATH TAGORE

Produce tristeza pensar que existen muchos eclesiásticos que con toda su buena voluntad se dedican a la enseñanza del griego, latín, geografía; pero no se encuentra a nadie, ni aun en sueños, que se dedique a instruir y formar a funcionarios y a obreros en un ambiente cristiano de trabajo en labor de equipo. Como ironía puede pasar; como realidad, no tiene cabida. Y no es que pretenda afirmar que enseñar griego o latín sea una mala cosa, ni mucho menos; es más, yo mismo estaría dispuesto mañana mismo a hacerlo si lo requiriese la ocasión, pero es que existen otras tareas de mayor importancia, entre las que figura la labor de apostolado, aun cuando éste no sea "tradicional".

H. PERRIN

Yo no puedo negar a Dios. Lo he sentido demasiado claramente en mí. Yo creo en la conciencia, en la gracia, en la voz del deber, en una fuerza del bien, en un poder que si es obedecido le coge a uno de la mano, le ilumina, le infunde energía y le salva.

M. VAN DER MEERSCH

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Dt 26, 4-10

EN las religiones primitivas paganas el hombre se somete a la naturaleza y a sus fuerzas como a seres superiores, como a dioses. Y se esclaviza a ellos servilmente y con egoísmo. Fiestas, ritos, plegarias, sacrificios, todo el culto es para ganarse a esos dioses, para quedar bien con ellos y asegurar su protección. Con la ofrenda de los primeros y mejores frutos de la tierra se agradece su fecundidad y también se suplica que dure y mejore.

El texto que leemos del libro del Deuteronomio en que se va legislando el culto de Israel, decreta un rito y una oración para hacer la ofrenda anual de los primeros frutos. Y vemos que, al nivel propio de la religión judía, que ya no es politeísta ni naturalista, la ofrenda se dirige al Dios de la historia cuyas intervenciones salvadoras se recuerdan y se agradecen. Los frutos de la tierra se hacen signo de la fe de los hombres, que no se someten ya a las fuerzas de la naturaleza sino que, bajo la acción histórica liberadora de Dios, se hacen dominadores de la tierra, no sus esclavos.

En el cristianismo la fe se afirmará sobre todo en la ofrenda del sacrificio de Cristo que liberará a los hombres para que, en la libertad de toda esclavitud, se ofrezcan por la fidelidad en el dominio y en el uso de los bienes de la naturaleza.

Pero la fe habrá de sortear siempre el riesgo —en el nivel judío y también en el cristiano— de empobrecerse, enfermar y morir devorada por los instintos de la religiosidad egoísta que intentará comerciar con Dios.

Dijo Moisés al pueblo:

—El sacerdote tomará de tu mano la cesta con las primicias y la pondrá ante el altar del Señor, tu Dios. Entonces tú dirás ante el Señor, tu Dios: “Mi padre fue un arameo errante, que bajó a Egipto, y se estableció allí, con unas pocas personas. Pero luego creció, hasta convertirse en una raza grande, potente y numerosa. Los egipcios nos maltrataron y nos oprimieron, y nos impusieron una dura esclavitud. Entonces clamamos al Señor, Dios de nuestros padres; y el Señor escuchó nuestra voz, miró nuestra opresión, nuestro trabajo y nuestra angustia. El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido, en medio de gran terror, con signos y portentos. Nos introdujo en este lugar, y nos dio esta tierra, una tierra que mana leche y miel. Por eso ahora traigo aquí las primicias de los frutos del suelo, que, tú, Señor, me has dado”. Lo pondrás ante el Señor, tu Dios, y te postrarás en presencia del Señor, tu Dios.

Lectura evangélica: Lc 4, 1-13

La marcha de Jesús al desierto lleno del Espíritu precede en los tres evangelistas a la vida

pública del Señor, a su actividad de anuncio e instauración del reino del amor de Dios en lucha contra todas las manifestaciones del mal que limita, disminuye y destroza el ser y la existencia de los hombres. Por eso, este episodio de la estancia en el desierto describe el radical enfrentamiento de Cristo —hijo de Dios, elegido, ungido, y enviado como mesías liberador del mal para los hombres— con el mal en su máxima y típica personificación y en su actividad también tipificada de la tentación. Se describe a Cristo sometido a la prueba de las mismas tentaciones que sufrió el pueblo elegido en el desierto. Donde el pueblo falló cediendo al materialismo, a la idolatría y a la autosuficiencia y la ambición, Cristo se mantiene fiel al Padre manifestándose como hijo y mesías (viene de ser investido con esos títulos en el bautismo), que llevarán a cabo su lucha contra el mal por el reino del bien con la fuerza de Dios.

Cada evangelista da un matiz particular al relato según a quienes lo dirige. Lucas escribe a cristianos venidos del paganismo, para quienes la relación con el Antiguo Testamento no tiene el valor que tiene para los judíos, y se permite cambiar el orden de las tentaciones. Parece que Lucas quiere presentar a Jesús ante las tentaciones de todo hijo de Adán. En definitiva, la “caída” tipificada en Adán y propia de todo “hijo de Adán” es la autonomía y la independencia respecto de Dios; ese orgullo de la autosuficiencia que absolutiza el valor de los medios y del proceder del hombre que se aferra al materialismo,

se rebela ante los límites de la libertad y ante la muerte y persigue ambiciosamente dominar. La réplica de Cristo es una relativización de los medios humanos ante el único absoluto que es Dios, una profesión decidida de libre aceptación de la dependencia fiel del Padre. Con esta fuerza interior sale Cristo a esa lucha que se perfila ya en el evangelio de Lucas orientada hacia el duro camino de la subida a Jerusalén, hacia la última prueba.

En aquel tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo volvió del Jordán, y durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo.

Todo aquel tiempo estuvo sin comer, y al final sintió hambre.

Entonces el diablo le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan.

Jesús le contestó:

—Está escrito: “No sólo de pan vive el hombre”.

Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo, y le dijo:

—Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo.

Jesús le contestó:

—Está escrito: “Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto”.

Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: “Encargaré a los ángeles que cuiden de

ti", y también: "te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras".

Jesús le contestó:

—Está mandado: "No tentarás al Señor tu Dios".

Completadas las tentaciones, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

Lectura apostólica: Rom 10, 8-13

Pablo viene exponiendo a los romanos el hecho de que todos —griegos y judíos sin distinción— son justificados, perdonados y salvados por la fe en el amor de Dios hecho efectivo en Cristo, no por la simple observancia de la ley. Y en el texto de esta lectura, sirviéndose de ideas del Deuteronomio expone la estructura de la fe: se acoge, se escucha y se acepta la palabra que revela a Dios, se cree "con el corazón" —desde el centro del ser del que emana toda la vida— y se profesa la fe "con los labios".

Ese brotar la fe de la palabra hace de ella una creación de Dios a la que el hombre colabora aceptándola. No es la pobre religiosidad que bota del hombre para cazar a Dios. Y ese creer desde el corazón del ser y profesar con los labios lo que se cree, da a la fe la sinceridad interior y el carácter testimonial que la diferencian tanto de la hipocresía de los actos sin fe como del privatismo de la fe sin actos.

Hermanos: La Escritura dice "La palabra está cerca de ti: la tienes en los labios y en el corazón". Se refiere al mensaje de la fe que os anunciamos. Porque si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu co-

razón cree que Dios lo resucitó, te salvarás. Por la fe del corazón llegamos a la justicia, y por la profesión de los labios a la salvación. Dice la Escritura: "Nadie que cree en él quedará defraudado". Porque no hay distinción entre judío y griego; ya que uno mismo es el Señor de todos, generoso con todos los que lo invocan. Pues "todo el que invoca el nombre del Señor se salvará".

ESTA PALABRA NOS JUZGA

¿Vivimos enfrentados al mal con Cristo y como él, o con el mal, existimos enfrentados a Cristo? El mal está fuera, a nuestro alrededor, lejos y cerca, bajo formas diversas. Y el mal está dentro, en el corazón de cada hombre. ¿Quién no lo sabe? La tentación se alza como una llamada al mal, como una tendencia, como un impulso, cerebral o instintivo, y se siente en la cabeza o en la sangre, desde fuera o desde dentro de uno mismo —siempre pasa por el interior, donde tenemos la posibilidad de decir sí y de decir no—, pero no deja nunca de insinuarse o de atacar de frente una y otra vez. ¿Qué actitud tomamos ante el mal, ante la tentación, ante la prueba?

Y no esquivemos el asunto recurriendo al mito. La tentación y la prueba está en nosotros, en cada uno y en todos, está en la vida. Las estructuras, la sociedad que montamos y mantenemos, el ritmo que le damos... y en última instancia nosotros, nosotros mismos hacemos el mal. ¿No somos —cada uno y unos para otros— tentación e invitación o incitación al mal, a la

violencia, a la injusticia, a la explotación, al materialismo, a la comodidad, a lo fácil, al erotismo..., a todas las formas de mal?

¿Qué tentaciones nos acechan hoy? Mejor aún: ¿qué tentaciones fabricamos hoy? ¿Qué redes nos tendemos? ¿Qué formas tiene hoy ese materialismo, esa desconfianza, esa fe deficiente o ausente, esas exigencias, esos triunfalismos en que sucumbió aquel pueblo de Dios y que Cristo venció? ¿Qué tentaciones sufre o se crea hoy la Iglesia? ¿De qué vence o en qué sucumbe? ¿Qué “mesianismo” practica? ¿Qué egoísmos se nos camuflan en la fe?; ¿actos sin fe; culto sin fe aún; vida ya sin fe?; ¿fe sin actos, sin vida, sin compromiso real todavía? Cada comunidad cristiana y cada creyente debe preguntárselo, buscar, responderse.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Está bien claro, y si no lo entendemos o no lo vivimos es porque no sabemos o porque no nos interesa; porque fallamos. Pero hoy los cristianos —cada uno y todos nosotros— debemos proseguir el enfrentamiento contra el mal, contra todas las formas de mal que acechan y destrazan —violentamente o con mortal dulzura— nuestras personas y la vida de los otros hombres. Primero y ante todo, “dentro”; y luego, también “fuera”. Pero aquí necesitamos ya una sinceridad enorme, difícil, dura, impasible: porque tendemos a juzgar como “mal” lo que a nosotros nos estorba

o nos conviene eliminar; los mecanismos psicológicos de defensa y de proyección —personales, de grupo y de masa— funcionan que es un gusto. Necesitamos una fe limpia, desinteresada, sincera, honda, comprometida. Y una esperanza y un amor a toda prueba (esta esperanza y este amor son el índice de la autenticidad de nuestra fe).

La pérdida del sentido del mal es una enfermedad que se está comiendo vivos a los hombres. También a los cristianos. Y se nos pierde este sentido por numerosas fisuras y por algunas cerraduras demasiado herméticas; es decir, no sólo por ventanas abiertas, sino también por cerrar puertas y ventanas. Convenzámonos de que también entre cristianos, también en la Iglesia, el mal está dentro.

Lo que sí es claro es que no es de Cristo el que le busca las cosquillas a su hermano, el que le pone a “prueba”, el que le tienta. Y hoy nos estamos probando y tentando hasta el límite de las fuerzas unos a otros. Hay hechos que entristecen y le hacen a uno preguntarse si somos cristianos y luchamos por Cristo cuando descargamos nuestros golpes contra los cristianos; o aunque sólo fuese contra los hombres.

En la eucaristía celebramos la victoria última y decisiva de Cristo contra el mal en su muerte-resurrección. La recordamos, la agradecemos, participamos en ella y la aplicamos sobre los hombres que son víctimas del mal. Es tiempo de ofrecer el sacrificio de Cristo; tiempo de agrada-

decer las victorias del Señor en la historia de la salvación; tiempo de profesar limpia y sinceramente la fe; tiempo de rehacernos y de comprometernos en la lucha contra todas las formas de mal, dentro de uno mismo y fuera; personalmente y en común.

... ¿Podrá celebrarse la eucaristía con absoluta ignorancia de los hechos de la historia de la salvación, sin fe sincera, sin compromiso de lucha contra el mal? ¿Tendrán sentido positivo las misas en que se va —hablando claro— a “comerciar” con Dios, a ganárnoslo, a tenerlo contento..., a “cumplir” con una religiosidad egoísta?

Cada cristiano tiene la misión de hacer que haya un poco menos mal en el mundo. ¿No es cierto que todos podemos aportar esto al reino? Siendo menos egoístas ya lo conseguimos.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Instintivamente como cualquier otro hombre, me gustará levantar aquí abajo mi tienda sobre una montaña elegida. Como todos mis hermanos, tengo también miedo del porvenir, demasiado misterioso y demasiado nuevo, hacia el que me empuja la duración. Después me pregunto, tan ansioso como ellos, hacia dónde va la vida...

P. TELHARD DE CHARDIN

El espectáculo que el mundo nos ofrece es el de una horrible miseria, y esta miseria es tan profunda, que acaba por absorbernos a todos en

ella. Comulgamos en la miseria, tal como Dios hubiese querido que comulgásemos en su esperanza y en su amor. Evidentemente esto es un inesperado triunfo del diablo, pero acaso es también —seguramente lo es— el paradójico camino que conduce a una nueva redención.

G. BERNANOS

No podemos hacer un ademán en este mundo sin correr el riesgo de matar.

A. CAMUS

Resuena en mi corazón el eco de gritos de dolor. Niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos desvalidos, carga odiosa para sus hijos, y todo un mundo de soledad, pobreza y dolor convierten en burla lo que debería ser la existencia humana. Deseo ardientemente aliviar el mal, pero no puedo, y yo también sufro.

B. RUSSELL

Cada uno lleva el peso de todos los pecados de todos los hombres.

A. DE SAINT-EXUPÉRY

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

*Lectura del Antiguo Testamento:
Lev 19, 1-2. 11-18*

EL capítulo 19 del Levítico es un conjunto unitario de normas morales y culturales. La introducción enuncia el principio que justifica esas normas: los israelitas deben ser santos, justos, auténticos, porque lo es Dios, su Señor. Esta santidad, que en otros textos más primitivos es algo tremendamente material, es aquí ya la perfección de la conducta humana que supone el cumplimiento de los mandamientos. El comentario que este texto hace de los mandamientos, consiste en reducirlos todos al amor al prójimo: no hacerle el mal y hacerle el bien: “amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Este ideal de conducta santa se perfilará del todo en el Nuevo Testamento, donde se aplica el concepto de “prójimo” hasta a los enemigos, que en la antigua ley no aparecen como objeto de amor (véase la lectura evangélica del sábado de esta misma semana).

En aquellos días dijo el Señor a Moisés: habla a la asamblea de los hijos de Israel y diles: seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo. No roba-

réis. No mentiréis. No engañaréis a vuestro prójimo. No juraréis en falso por mi nombre: sería profanar el nombre de tu Dios. Yo soy el Señor.

No oprimirás ni explotarás a tu prójimo. No rendrás hasta el día siguiente el jornal de tu obrero. No maldecirás al sordo, y al ciego no le pondrás tropezos: temerás a tu Dios. Yo soy el Señor. No serás injusto en la sentencia: ni por favorecer al pobre, ni por respeto al poderoso. Juzgarás con justicia a tu prójimo. No andarás calumniando a los tuyos, ni darás testimonio contra la vida de tu prójimo. Yo soy el Señor.

No odiarás de corazón a tu hermano. Reprenderás a tu pariente, para que no cargues tú con su pecado. No te vengarás ni guardarás rencor a tus parientes, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor.

Lectura evangélica: Mt 25, 31-46

Este texto, que concluye una serie de enseñanzas de Cristo, describe el juicio que el Señor hará a los suyos al final. Según la ejemplarización con que lo describe, el juicio consistirá en tomar conciencia y dar cuenta de lo que hemos hecho y no hemos hecho al prójimo.

Bajo esa descripción, se nos hace una revelación asombrosa: la constante presencia de Cristo en el prójimo, en cada persona necesitada: lo que hacemos a cualquiera, se lo hacemos a él; lo que dejamos de hacer a cualquiera, dejamos de hacérselo a él. Ser cristiano es amar con el amor efectivo que consiste en servir, consolar, acompañar, ayudar, compartir, dar lo que sea preciso,

a cada hombre de carne y hueso con quien tropecemos; con la certeza de que, en cada hombre, tropezamos con Cristo.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: cuando venga en su gloria el hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. El separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda.

Entonces dirá el rey a los de su derecha: venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme.

Entonces los justos le contestarán: Señor ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?

Y el rey les dirá: os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis. Y entonces dirá a los de su izquierda: apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.

Entonces también éstos contestarán: Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos? Y él

replicará: os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo. Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Hoy la palabra condena todas nuestras ideas acerca de un Dios preceptor de cosas raras, prohibidor, freno de la libertad y de la expansión de la persona; condena nuestra concepción de los mandamientos como catálogo de prohibiciones artificiosas; condena la religión del pánico, la acomplexada obediencia del temor miedoso.

La palabra pone en claro hoy la verdad del Dios-amor, cuya única voluntad es que nos amemos. Establece la verdad del cristianismo como fe en el amor, como obediencia al amor en el amor concreto; declara la formidable verdad de que Cristo está cerca, próximo, prójimo: que está en cada hombre.

La palabra anticipa hoy sobre nuestras vidas el verdadero juicio final: ¿buscamos a Cristo en el prójimo? ¿amamos al prójimo? ¿qué hacemos por los demás? ¿vivimos el amor en las obras? ¿nos preocupamos, siquiera, de saber lo que los demás necesitan de nosotros, lo que de nosotros necesita cada uno?

El juicio está anunciado. Ha empezado ya. Y algún día lloraremos por las manos que a diario esperan algo de nosotros, y que ahora no vemos porque tenemos los ojos puestos en nosotros mismos.

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Para vivir en Cristo sólo se nos manda una cosa: amar con amor; sólo una cosa se nos prohíbe: no amar, o amar sin amor.

Sepamos vivamente, de una vez, que ser cristiano es descubrir y aceptar a cada hombre concreto como prójimo: aproximarse a él por el amor y quererlo como parte de uno mismo, pues esto es “amar al prójimo como a sí mismo”. No nos engañemos; no ignoremos que a nadie se le puede querer como parte de uno mismo, sin renunciar en buena parte a sí mismo. Sepamos —y creamos— que en cada hombre Cristo se nos hace prójimo, y que sólo nos aproximamos a Cristo en la medida en que nos aproximamos a cada hombre con amor, en la medida en que le ayudamos y le servimos. En cada hombre que nos necesita, nos necesita Cristo. Los cristianos debemos saber mirar al prójimo con atención profunda, con los ojos llenos de fe, de comprensión, de amor, con la certeza de que cada hombre es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre.

Sí, el prójimo, y más el prójimo necesitado, compromete y molesta. Si lo tomamos en serio, se nos comerá el tiempo, la paz, el descanso, el dinero, la salud, la vida. Si lo tomamos en serio, estamos perdidos.

Sabiendo todo eso, optemos por ser cristianos de verdad, o dejemos de llamarnos cristianos, si es que no queremos serlo.

La eucaristía es el sacramento de la “proximidad” de Cristo por el amor. Participar en ella es aceptar su amor que nos hermana, nos “aproxima” a todos en Cristo, y nos compromete al servicio mutuo.

Hay que saber ir de Cristo en la eucaristía, a Cristo en el prójimo. La eucaristía que no nos hace amar más al prójimo y servirle de un modo concreto, denuncia nuestra falsa participación en ella. El fruto de la eucaristía es el amor que nos hermana y nos entrega al prójimo con la fuerza del amor-servicio. No se nos preguntará en el juicio simplemente si hemos ido a misa o no, si hemos tenido muchas eucaristías “bonitas”; se nos preguntará si nos han servido para amar más concretamente al prójimo.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Dios vive en medio de los hombres más humildes. Sobre el montón de polvo, en medio de los encarcelados.

Se para en la puerta con los jóvenes delincuentes, para pedir pan.

Acude con las muchedumbres de mendigo allí donde se distribuyen limosnas. Vive entre los enfermos. Guarda cola entre los que están cansados ante las agencias de colocaciones.

Es necesario que quien quiera encontrar a Dios visite los calabozos y el hospital antes de ir a la iglesia y ayude al mendigo que llega a su puerta antes de leer la Biblia.

Si visita la prisión después de haber ido al templo, ¿acaso no ha retardado su encuentro con Dios? Si primero va a la iglesia y después al hospital, ¿acaso no aplaza de esta manera la contemplación de Dios? Si es negligente en socorrer al mendigo que llega a su puerta gozándose antes con la lectura de la Biblia, corre el peligro de ver a Dios que vive entre los pequeños marcharse a otro sitio.

En realidad, el que olvida a los cansados, olvida a Dios.

TOYOHICO KAGAWA

La calle me ha puesto en comunicación con el sufrimiento de mis hermanos cansados que viven "sin ocupación durante todo el día porque nadie los ha contratado". A cada paso Cristo por la calle pasa y revive sus misterios dolorosos recordando a los hombres que "lleven los unos las cargas de los otros", como en Naím un cortejo fúnebre atraviesa la calle: ¿como Cristo, sé formar parte inmediatamente en el sufrimiento de mis hermanos, intentando suprimir la causa de ese sufrimiento?

JAVIER ANTOINE

El Marabuot no tenía mujer ni hijos: todos los hombres formaban su familia, todos los hombres eran sus hermanos...

Dio de comer a los que tenían hambre, vistió a los que estaban desnudos, curó las enfermedades.

Defendió a los que eran tratados injustamente. Acogió a los que no tenían casa. Todos los

pobres formaban su familia: todos los hombres eran sus hermanos. Dios tenga misericordia de él.

A. PEYRIGUÈRE

Las gentes como yo quisieran un mundo, no donde ya no se mate (¡no estamos tan locos!), sino donde no esté legitimado el asesinato.

A. CAMUS

Dáis muy poca cosa cuando dáis de lo que poseéis.

Cuando dáis algo de vosotros mismos es cuando realmente dáis.

KAHLIL GIBRAN

A cada momento desechemos lo que hubiera contribuido a nuestro bien, y damos nuestro asentimiento a los desprecios que vemos hacer, favoreciendo así la estupidez y la barbarie.

JULIEN GREEN



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Is 55, 10-11

LA segunda parte del libro de Isaías, contiene una serie de oráculos o anuncios sobre la liberación de los israelitas de la cautividad de Babilonia. Al final, escribe el profeta este breve texto que hoy leemos, refiriéndose a la eficacia de la palabra de Dios.

Asegura el profeta que el israelita debe confiar en la palabra de Dios aunque se vea desterrado y oprimido; debe confiar en la palabra y recibirla en el corazón como lluvia que le vivificará y le salvará. Esta actitud ante la palabra hará de él un hombre confiado a Dios, en comunión con él, en oración.

Así dice el Señor: como bajan la lluvia y la nieve del cielo y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come; así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo.

Lectura evangélica: Mt 6, 7-15

Cristo dedica toda una parte del sermón del monte a revisar la piedad de la comunión; con-

dena la hipocresía y el formulismo, exige la sinceridad. En el texto de hoy se refiere a la oración: la oración de los discípulos de Cristo no ha de ser pretenciosa, llena de palabras que pretendan merecer ser oídas, sino que ha de ser sobria y dirigida íntimamente al Padre, en la sencillez de una confianza que se apoye en él; nos escucha porque nos ama.

Cristo da a los suyos una oración: el padre-nuestro. Esta oración expresa una actitud filial y comunitaria, fraterna ("Padre nuestro"); el deseo de que Dios se manifieste en su plan salvador a todos los hombres ("santificado sea tu nombre": sea reconocida tu persona y tu acción, tu amor); la expectación del reino, el deseo de que entre y crezca en nosotros el "reino", el dominio del amor de Dios sobre nuestras vidas ("venga tu reino"); la aspiración a que el designio salvador de Dios sobre el hombre y la historia, se realice ("hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"); la petición de la ayuda necesaria para cada día, el perdón y la liberación creciente del mal.

Los versículos finales de la lectura de hoy no pertenecen a este tema, pero apoyan y explican la petición de perdón del padrenuestro: pedimos que Dios nos perdone como perdonamos y, así, admitimos que Dios no nos puede perdonar si nosotros no perdonamos.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: cuando recéis no uséis muchas palabras como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes que se lo pidáis. Vosotros rezad así:

Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno.

Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

¿Hacemos oración? ¿Qué clase de oración? ¿Qué concepto tenemos de la oración? La palabra de Dios condena por igual la indiferencia ante Dios y la oración falsa, porque ambas cosas son abusos: no ceder a la llamada de la gracia y el perdón de Dios, o ceder a la tentación de utilizar a Dios por la falsa idea que tenemos de su bondad.

No es suficiente la buena voluntad y la confianza para que la oración sea cristiana en su contenido. Pedir a Dios cosas que no dependen de él, porque él las ha hecho depender de nosotros y de los diferentes factores de las causas segundas de este mundo, es desviar la oración hacia una “utilización” más o menos consciente.

La oración es una actitud frecuentemente fal-seada, en la que se manifiestan nuestras ideas falsas acerca de Dios y de su voluntad, y se proyectan conveniencias que no tienen nada que ver con el plan salvador de Dios. No es nada fácil hacer buena oración; es más exigente para nos-

otros de lo que solemos creer. Revise su oración quien sea capaz de una gran sinceridad: a ver si el centro es Dios o es él mismo; a ver si se pone él al servicio de Dios filialmente —contenido del padrenuestro— o si intenta que Dios se ponga a su servicio en cosas para las que él no está.

El colmo de un cristiano que reza el padre-nuestro es llamar a Dios “Padre”, y no quererle como un hijo; pedirle que él sea reconocido, y no reconocerle él ni darle a conocer; pedir que venga su reino, y negarse a recibirlo; pedir que se cumpla la voluntad de Dios, y no cumplirla él; pedir el pan para cada día, y no trabajar suficientemente para ganarlo, o pedir el pan para él y no pedirlo para los demás; pedir a Dios perdón y no arrepentirse, pedirle que le perdone y no perdonar él; pedir a Dios que le libre del mal, y permanecer en el mal en que está metido sin querer salir.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Cuaresma es tiempo de oración, y por eso es tiempo de purificar y autenticar la oración, de hacerla más cristiana.

Hagamos de la oración lo que debe ser: situarnos ante el verdadero Dios y Padre nuestro, y ante su plan o voluntad; poner en acto, vivo e íntimo, nuestra relación filial con el Padre. No se trata de disponer de Dios, sino de hacernos disponibles a él. No es cuestión de hablar mucho, sino de creer firmemente para obedecer fielmen-

te; por eso, más que de hablar, es cuestión de escuchar. Orar es buscar la palabra del Señor, pedir que se cumpla, conectar nuestra voluntad con su voluntad. Orar es expresar la fe, vivificarla y hacerla fuerza de obediencia al plan de Dios.

Orar es amar. Orar es comprometerse a hacer todo lo que depende de nosotros en el cumplimiento de esos planes de Dios, que nosotros le pedimos que se cumplan. ¿Pensamos en serio lo que de verdad depende de nosotros para que los planes de Dios se cumplan en nuestra vida y en la de los demás?

Cristo oró al Padre, y su oración fue siempre expresión íntima de su vida filial, de su disponibilidad y su obediencia. Si en un momento durísimo le pidió “pase este cáliz”, matizó su petición diciendo “si es posible”; y añadió: “pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”; esto es lo definitivo; entre su oración y su conducta no había contradicción: manifestó al Padre, manifestó su amor y su plan, trajo el reino, perdonó y cumplió su voluntad hasta morir en la cruz.

Cristo resucitado sigue orando al Padre en su intimidad gloriosa con él. Y Cristo nos pidió que oremos al Padre “en su nombre”: unidos a él, con su Espíritu de “hijo” fiel y obediente.

El sacramento de la eucaristía, en el que Cristo puso la expresión más fiel de su oración —su obediencia hasta el sacrificio, para traer el reino a todos por el perdón y el amor—, es la gran oración cristiana comunitaria: nos reunimos, escu-

chamos la palabra del Señor, le invocamos en favor de todos, le damos gracias por la realización de su plan salvador en Cristo, cuya muerte y resurrección se nos cumple, y pedimos que su realización progrese; antes del encuentro sacramental con el Padre en Cristo, rezamos el padre-nuestro.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

No podemos pedirte nada porque tú conoces nuestras necesidades antes de que nazcan en nuestro ser: tú eres nuestra necesidad y dándonos más de ti, nos lo das todo.

KAHLIL GIBRAN

Padre, tu Hijo me enseñó que tú eras mi Padre; que no había que llamarte con otro nombre.

Padre, vengo a decirte simplemente que yo soy tu hijo, y te lo digo con seriedad, y sin embargo con ganas de reír y de cantar, de tal manera es tan hermoso ser tu hijo, pero tan serio, ya que tú me has amado tanto, y yo, tan poco...

Señor Dios aquí tienes mi vida para que hagas de ella lo que quieras, para que la transformes en la vida de Jesucristo. Sin embargo, tú no podrás impedir que a donde me lleves, gozoso o atribulado, enfermo o sano, ensalzado o humillado, el Espíritu en mí clama a ti vehementemente, recordando tu amor imperioso hacia mis hermanos que no saben que tú eres Padre.

S. LYONNET

Numerosos jóvenes que se confían a mí, puntualizan su incapacidad para soportar la soledad, así sea por algunas horas. Para escapar de ella, se asocian a bandas que se reúnen los sábados y domingos, y en bandas pasan su tiempo libre y sus vacaciones... Generalmente se separan con la sensación de haber perdido el tiempo, decepcionados los unos de los otros por no haber dicho nada de lo que realmente importa. Pero como no tienen a su alcance ninguna otra comunicación, se apresuran a volver a encontrarse lo más pronto posible.

La mayoría de las relaciones entre adultos no valen mucho más.

IGNACE LEPP

Alabad al Señor en el cosmos
 su santuario
 de un radio de 100.000 millones de años luz.
 Alabadle por las estrellas
 y los espacios inter-estelares,
 alabadle por las galaxias
 y los espacios inter-galáxicos,
 alabadle por los átomos
 y los vacíos inter-atómicos.
 Alabadle con el violín y la flauta
 y con el saxofón
 alabadle con los clarinetes y el corno
 con cornetas y trombones
 con cornetines y trompetas,
 alabadle con violas y violoncelos
 con pianos y pianolas,
 alabadle con blues y jazz
 y con orquestas sinfónicas,

con los espirituales de los negros
 y la 5.^a de Beethoven,
 con guitarras y marimbas,
 alabadle con tocadiscos
 y cintas magnetofónicas.
 Todo lo que respira, alabe al Señor
 toda célula viva.

E. CARDENAL

Padre, cuyo nombre es ternura
 Padre, cuyo nombre es juventud
 Padre, cuyo nombre es amor
 Padre, cuyo nombre es Padre
 y casi Madre.
 Padre, cuyo nombre es socorro
 Padre, cuyo nombre es indulgencia
 Padre, cuyo nombre es paciencia
 Padre, cuyo nombre es perdón
 Padre, cuyo nombre es caricia
 Padre, que te llamas el infinitamente bueno.

Oh Padre, aquellos que bajo el pretexto de que eres distinto no quieren que tu paternidad tenga relación con la nuestra, y ellos mismos te hacen que seas aquello que ellos mismos no querían ser: una especie de juez terrible y de faraón con palabras humanas, las únicas que tienen sabor de Dios, concédeme, oh Padre, dar a conocer tu verdadero nombre.

FRANCISCO D'ESPINAY

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Jon 3, 1-10

PUEDE seguirse fácilmente la letra de este relato, y ver que un pueblo se convierte a Dios de su mala vida al primer aviso del profeta. Pero hay más en este texto: el apólogo de Jonás, escrito después del destierro, pretende demostrar a los israelitas que la misericordia de Dios no termina en ellos, sino que se extiende a todos los hombres; y quiere echarles en cara que, fuera del pueblo de Israel, hay quienes saben arrepentirse y acoger esa misericordia mejor que ellos.

Para dar esa lección, el relato pinta con rasgos simples cómo una ciudad típicamente pagana y podrida, reacciona a la exhortación a penitencia que le hace en nombre de Dios un profeta que, siendo judío, es reacio al plan de Dios; y describe cómo se convierte la ciudad entera: el detalle de incluir hasta los animales en la penitencia, expresa la totalidad de la comunidad y una cierta dimensión cósmica del hombre, cuyo pecado —y cuya conversión y penitencia—, afecta de algún modo a todas las relaciones que él tiene con el cosmos entero.

La lección pretende humillar al israelita y a todo Israel, cuya dureza de corazón —desde su pretendida preferencia y confirmación en gracia—, contrasta con los “paganos”: éstos son más disponibles a Dios.

En aquellos días vino de nuevo la palabra del Señor a Jonás: levántate y vete a Nínive, la gran capital, y pregona allí el pregón que te diré.

Se levantó Jonás y fue a Nínive, como le había mandado el Señor (Nínive era una ciudad enorme, tres días hacían falta para atravesarla). Comenzó Jonás a entrar por la ciudad y caminó durante un día pregonando: dentro de cuarenta días Nínive será arrasada.

Los ninivitas creyeron en Dios, proclamaron un ayuno y se vistieron de sayal, grandes y pequeños. Llegó la noticia al rey de Nínive: se levantó del trono, dejó el manto, se vistió de sayal y se sentó en tierra, y mandó proclamar a Nínive en nombre suyo y del gobierno: que hombres y animales, vacas y ovejas, no prueben bocado, no pasten ni beban, vístase de sayal hombres y animales, invoquen con ahínco a Dios, conviértase cada cual de su mala vida y de las injusticias cometidas. ¡Quién sabe si Dios se arrepentirá y nos dará respiro, si aplacará el incendio de su ira, y no pereceremos!

Cuando vio Dios sus obras y cómo se convertían de su mala vida, tuvo piedad de su pueblo el Señor Dios nuestro.

Lectura evangélica: Lc 11, 29-32

Este texto forma parte de la gran sección en que Lucas describe la vida y la misión de Cristo

como un caminar hacia Jerusalén, al encuentro de su pasión y su muerte.

Cristo se rebela ante las exigencias de la gente que quiere signos extraordinarios para creer en él. Aduce la pronta conversión de los ninivitas ante la predicación de Jonás (lectura profética de hoy); aduce el hecho de que toda una reina hiciese un largo viaje para oír dócilmente la palabra de Salomón; y acusa de incredulidad a cuantos le oyen a él y no creen en su palabra.

Cristo se queja de que no sepan escuchar y creer con sencillez; de que, por presentarse él tan normal y hacerles tan familiar su palabra, le menosprecien y anden buscando signos extraordinarios, pruebas espectaculares y señales tumbativas. Les falta fe y disponibilidad.

En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús y él se puso a decirles: esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el hijo del hombre para esta generación.

Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón.

Cuando sea juzgada esa generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Entristece el darse cuenta de que no le hacemos mucho más caso a Cristo que aquellos contemporáneos suyos que le negaban la fe; con el agravante de que nosotros tenemos más perspectiva, más pruebas, más siglos a la espalda que han permitido profundizar la figura y el mensaje de Cristo; con la desventaja de que ni siquiera nos queda el profundo y sensible realismo de Cristo, pues nosotros lo hemos barnizado de doradas y dulces mitificaciones espectaculares. Entristece ver que llega a sernos obstáculo para la fe el hecho de que no ocurra nada extraordinariamente extraño, el no tener un Dios milagrero, el silencio y la sencillez de Dios.

Absolución de los disponibles, de los "sensibles" a la fe, de los que tienen bastante con las normales cosas diarias para vivir su fe; de los hombres de conciencia recta y llana, sin retorcidas ni socavones, que se limpian a la primera lluvia por ligera que sea.

Absolución de los sencillos, de los que se fían de la palabra de Dios sin exigir demasiadas pruebas, sin necesitar cosas extraordinarias; de los que tienen el corazón tan a flor de Dios, que a diario y en todas las cosas se vuelven a él, se convierten a él sin dilación ninguna.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

En la fe no se puede vivir de rentas: haber nacido en país o familia católicos, estar bautiza-

dos, ser tradicionalmente religiosos, de siempre, de toda la vida y por herencia, son títulos por sí mismos tan inútiles, como la pertenencia al pueblo elegido y su pretendida confirmación en gracia oficial, bajo lo cual escamoteaban la conversión a Dios aquellos israelitas desenmascarados por Dios mismo.

En la fe no se puede vivir de falsos idealismos. Si nosotros, aguardando grandes cosas y signos extraordinarios que no llegan, nos perdemos la gracia y la salvación que nos vienen en lo cotidiano, oscuro, sencillo y trivial —ámbito real de la presencia de Dios—, viviremos aplazando siempre nuestra conversión y nuestra entrega, proyectándola al futuro, engañándonos. No ser realistas, no vivir con suficiente atención a la presencia y la acción de Dios en Cristo a través del prójimo y de la realidad cotidiana es, por lo menos, un modo de no ser auténticos y de vivir perdiendo la vida.

Tenemos que vivir la fe aquí y ahora: en el terreno en que existimos nos busca Dios. Se nos pide ser fieles a la palabra de Dios y ser fieles a la realidad cotidiana de nuestro mundo, de nuestros hermanos los hombres. Se nos pide superar un cristianismo de ideas bonitas pero irreales, de idealismos más que de ideales, de sueños, de sentimientos vacíos, sin el toque de verdad que son las obras; el cristianismo de cosas sensoriales y extrañas a la realidad.

Descubrir, vivir y mostrar la profundidad del amor de Cristo en lo cotidiano, real y vivo. Saber

descubrir la trascendencia en lo pequeño: las cosas más sencillas tienen ventanas a los grandes espacios. En las pequeñas cosas tenemos la ocasión de las grandes cosas que quiere Dios que vivamos.

El evangelio viene en ayuda de las nuevas generaciones, para limpiar la fe —búsqueda y aceptación de Cristo— de todo el extraño montaje de signos raros que él no quiso nunca para los suyos.

Cristo eligió lo sencillo y no lo extraño o espectacular; vivió la fidelidad al Padre, nos amó y nos salvó en la llana y clara oscuridad de lo cotidiano, con una naturalidad que despistó a la gente de entonces y nos sigue despistando a nosotros; a los humanos nos tira más la hechicería y la magia que a Dios, y tendemos a necesitar signos extraordinarios bien concretos.

Cristo es el gran “signo”: su mensaje, su amor, su sacrificio, su muerte; ¿nos parece poco? No se nos dará otro signo: todos los demás son encarnación y prolongación de éste: la Iglesia, la comunidad, la fraternidad, la amistad, los sacramentos, su palabra.

La eucaristía es el signo sacramental central de todo lo que es Cristo presente hoy entre nosotros. Parece que perdemos pie ante la eucaristía, por lo sencilla que tiende a ser; parece que necesitamos hacerla extraña, rara, “misteriosa”, incomprensible, conservar ritos y cosas y lenguas que nos permiten creer en lo extraordinario, ya que nuestra fe escandaliza de que todo sea

sencillo, inteligible, normal, vivo; nuestra fe no soporta que bajo esa sencillez haya que admitir la profundidad maravillosa del "misterio", que es mucho más que "misterioso". ¿No anda la reforma litúrgica detenida por esas encrucijadas en algunos sectores? ¿No es eso una reminiscencia de lo que Cristo condenó en el evangelio leído hoy?

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

No es precisamente lo extraordinario, sino lo cotidiano, lo habitual, lo oculto, lo que constituye el signo de la verdadera obediencia y de la auténtica humildad.

D. BONHOEFFER

Mi convicción más íntima, más inquebrantable —y si es herética tanto peor para la ortodoxia— es que, digan lo que digan tantos espiritualistas y doctores, Dios no quiere ser amado por nosotros en contra de lo creado y a partir de ello. He aquí por qué tantos libros de edificación me parecen intolerables. Ese Dios erigido contra lo creado y en cierto modo celoso de sus propias obras no es, a mis ojos, más que un ídolo.

G. MARCEL

Dios es Padre, pero no paternalista. Ha querido que la liberación del hombre fuera el fruto del trabajo, del genio y de los sufrimientos del mismo hombre. La liberación no es una limosna humildemente recibida del cielo; sino que se hace con la esperanza del hombre, con sus penas,

sus pruebas y sus amores. La humanidad se hará ella misma, lenta, progresivamente.

Henos aquí, pues, hombres y no superhombres, hombres y no infrahombres. Hechos para un destino gloriosamente más humilde que todos los fracasos: amores cotidianos, larga familiaridad con el esfuerzo o la angustia, alegrías breves, milagrosas, sin palabras, obras comunes...

Detrás de esta pantalla sin brillo resplandece una gran aventura, un drama más allá de toda medida, pero que precisamente es más transparente en el silencio que en el ruido, en las palabras cotidianas (padre, pan, alegría, muerte, amor) que en las grandes movilizaciones dramáticas.

Prefiero pensar que lo divino es antes lo menos visible que lo invisible; el murmullo más que el silencio; la discreción más que la catástrofe... Dios no es expresionista. No tiene el gesto de un desdichado.

E. MOUNIER

Una muchedumbre de católicos llevan una existencia prácticamente doble o incómoda: les es necesario despojarse de su vestido de hombres para creerse cristianos, y cristianos inferiores solamente.

Pero nada es más cierto, dogmáticamente, que la santificación posible de la acción humana. Las acciones de la vida, de las que aquí se trata, no deben ser consideradas como solas obras de religión o de piedad (oraciones, ayunos, limosnas,

etc...). Hay que considerar la vida humana en su totalidad, hasta en sus zonas llamadas más naturales, que la Iglesia declara santificables: ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo —dice san Pablo— en nombre del Señor Jesús.

Y una de las tradiciones cristianas más queridas ha sido siempre la de entender esta expresión: “en nombre del Señor Jesús”, en el sentido de “en íntima unión con nuestro Señor Jesucristo”.

P. TEILHARD DE CHARDIN



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Est 14, 1. 3-5. 12-14

EL libro de Ester es una narración épica que canta la liberación de la comunidad judía oprimida en Persia. Por medio de una mujer le viene al pueblo el favor de Dios, igual que en el libro de Judit. El libro tiene añadiduras en lengua griega, posteriores al texto primitivo hebreo, que acentúan la dimensión religiosa, resaltando la acción de Dios en los acontecimientos que traen el triunfo de la comunidad judía; el texto de nuestra lectura es uno de esos fragmentos.

Se trata de la oración que Ester eleva al Señor antes de ir al rey Asuero a interceder por los de su raza. Ester pide la protección de Dios, apoyándose en su intervención constante en favor del pueblo a lo largo de su historia: el Señor, que ha sido siempre fiel y ha cumplido su palabra salvadora, lo será ahora también. Esto hace de la súplica de Ester una oración confiada, que se apoya en la historia de la salvación; se suman otras señales de autenticidad: reconoce los pecados y la infidelidad, propia y del pueblo; se arrepiente.

La reina Ester, temiendo el peligro inminente, acudió al Señor y suplicó al Señor Dios de Israel en estos términos:

Señor mío, único rey nuestro, protégeme, que estoy sola y no tengo otro defensor que tú. Yo misma me he expuesto al peligro. Mi padre me ha contado cómo tú, Señor, escogiste a Israel entre las naciones, a nuestros padres entre pueblos más poderosos, para ser tu heredad perpetua; y les cumpliste lo que habías prometido.

Nosotros hemos pecado contra ti, por eso nos entregaste a nuestros enemigos, por haber dado culto a otros dioses. ¡Justo eres, Señor! Atiende, Señor; muéstrate a nosotros en la tribulación, dame valor, Señor, rey de dioses y poderosos.

Pon en mi boca un discurso acertado cuando tenga que hablar al león: que cambie y aborrezca a nuestro enemigo y a todos sus cómplices. A nosotros líbranos con tu mano, y a mí, que no tengo otro auxilio, protégeme tú, Señor, que lo sabes todo.

Lectura evangélica: Mt 7, 7-12

Este texto, como el de ayer, hay que situarlo en el contexto del sermón del monte, en el que Cristo corrige defectos y abusos de la religión farisaica y afirma la verdad sobre la relación con el Dios verdadero, que es el del amor auténtico. También, como en la lectura de ayer, en este texto se refiere el Señor a la oración: enseña a los suyos que la oración al Padre debe estar llena de confianza; precisamente, porque es acudir a quien nos ama como a hijos.

Pero cuidémonos de abusar de este texto tomándolo a la ligera; así hacen los que, apoyán-

dose en que el Señor dijo “pedid y recibiréis”, ensanchan el campo de las peticiones a toda suerte de cosas, más allá de lo que el Padre quiere que le pidamos. La confianza filial que nos recomienda Cristo para la oración, significa la aceptación de una presencia providente del Padre en nuestras vidas, con la certeza de que él no fallará en hacer que su plan salvador se cumpla en nosotros. Recibiremos si pedimos según su voluntad, según su amor y su plan salvador. Lucas concreta esto más en su pasaje paralelo a nuestra lectura de Mateo: donde éste pone en boca de Jesús que el Padre dará cosas “buenas” a quien se las pida, Lucas dice: el Padre dará el Espíritu Santo a quien se lo pida.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre.

Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden?

Tratad a los demás como queréis que ellos os traten: en esto consiste la ley y los profetas.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios que nos pide confianza en la oración al Padre, nos pide la verdadera confianza y no la confianza falsa. La misma palabra que condena la falta de confianza, condena el abuso de confianza.

La verdadera confianza no permite abusar de la persona en quien se confía; la confianza permite y obliga a acudir confiadamente a ella, pero respetándola, considerándola como es, aceptándola como es y adaptando a su ser y a su voluntad nuestro recurso a ella. Apliquemos esto a la oración al Padre: sólo es auténtica, la oración en la que nuestra confianza “respeta” a Dios en lo que él es y quiere; la oración en la que le pedimos lo que es conforme a su voluntad, a su palabra o revelación, a su plan salvador.

La palabra de hoy condena toda desconfianza desvirtuada, convertida en fetichismo, en magia; o simplemente llena de egoísmo o de intereses que no entran en el plan de Dios, sino sólo en nuestros planes. ¿No se nos ha metido esta falsedad hasta en el corazón de la oración cristiana, que es la liturgia?: práctica egoísta y abusiva de los sacramentos; y hasta formulación de peticiones nada “limpias” en algunos textos.

Por otro lado, ¿es que si no nos salen las cosas como se las pedimos a Dios, mantenemos la misma paz y la misma confianza que si nos salen como se las pedimos?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Oremos y pidamos. Pero pidámosle al Padre lo que el Espíritu puede pedirle. No usemos la oración de petición para “servirnos” de Dios, sino para servirle a él.

Nuestro oracional, incluso una parte del litúrgico, necesita una revisión a fondo. En realidad, necesitamos todos una buena revisión de nuestra teoría y nuestra práctica de la oración.

La oración de Cristo marca la pauta de la confianza filial de nuestra oración. Miremos el evangelio, y veremos que hasta las cosas más concretas que Cristo pedía al Padre, encajan bien en el plan divino de revelación de Dios y salvación; ya nos referimos ayer al caso límite de la petición de que pasase el “cáliz”, “a ser posible”, y a base de que se cumpliese la voluntad del Padre y no la de Cristo, si ésta era contraria. Esto nos enseña que, en los sufrimientos y contratiempos de que a veces pedimos vernos libres, el plan de Dios puede cumplirse; a veces, lo que nosotros consideramos “males”, no lo son.

La eucaristía cumple lo que la palabra define como esencial a la oración cristiana de petición: que se apoye en el recuerdo de la fidelidad de Dios, y que proyecte al presente y al futuro su plan salvador.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

De todos los malos usos que se pueden hacer de la oración y de los sacramentos, ninguno es tan odioso como ese abuso de la pereza que consiste en no trabajar, en no hacer y tratar de cubrir ese hueco con la oración. El que pone en juego a la oración y a los sacramentos para dispensarse de trabajar y actuar rompe el orden de

Dios y quebranta el más antiguo de todos los mandamientos.

CH. PÉGUY

La flor que tenía se ha marchitado en mis manos...

El muro se ha erigido ante mí, alrededor del pasadizo...

La vereda ha aparecido entre los árboles del bosque, que yo creía sin fin...

La prueba está presente...

Y no me he entristecido definitivamente..., al contrario, una insospechada alegría, gloriosa, ha irrumpido en mi alma... porque en esta quiebra de soportes inmediatos que yo arriesgaba dar a mi vida, he experimentado de una forma única que consiste en la consistencia de Dios.

P. TEILHARD DE CHARDIN

Dios mío, recuérdame tu voluntad.

Dios mío, si me recuerdas mi voluntad, haz que sea en mí' una fuerza para realizar la tuya.

Dios mío, si rechazas lo que yo quiero, haz que esto sea una disponibilidad para hacer lo que quieres tú.

PLEGARIA MUSULMANA

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Iectura profética: Ez 18, 21-28

EZEQUIEL escribe después del destierro, y quiere salir al paso de un rumor que podía inutilizar la lección del exilio: "un castigo por los pecados de los antepasados era inevitable para nosotros, aunque no tuviéramos culpa". ¡No señor!, dice el profeta: lo que llamáis castigo o premio depende de la conducta de cada uno en cada momento. Cada uno es responsable de sus obras ante Dios y ante los demás. El pasado de las generaciones anteriores, no cuenta en la responsabilidad moral de cada individuo; ni siquiera el pasado personal cuenta en la relación "actual" del hombre con Dios, si es que ha habido un cambio: la conversión. Lo que importa es la conducta personal y actual.

El oráculo profético quiere arrancar a los israelitas de un abuso de la solidaridad en el mal o en el bien: escamotear la responsabilidad personal, creer que se cae sin remedio en malas consecuencias por los males del pasado, y creer que por pertenecer a un pueblo oficialmente religioso y "elegido" ya están salvados. No; lo capital es la conversión, la conversión incesante.

Así dice el Señor Dios: el que peca, ése morirá: el hijo no cargará con la culpa del padre, el padre no cargará con la culpa del hijo: sobre el justo recaerá su justicia, sobre el malvado recaerá su maldad.

Si el malvado se convierte de los pecados cometidos, y guarda mis preceptos, y practica el derecho y la justicia, ciertamente vivirá y no morirá, no se recordarán los delitos que cometió, por la justicia que ha hecho, vivirá. ¿Acaso quiero yo la muerte del malvado —oráculo del Señor Dios— y no que se convierta de su camino y que viva? Y si el justo se aparta de su justicia y comete la maldad, imitando las abominaciones que cometía el malvado, no se recordará la justicia que hizo: por la iniquidad que perpetró, por el pecado que cometió, morirá.

Comentáis: no es justo el proceder del Señor. Escuchad, casa de Israel: ¿es injusto mi proceder?, ¿o no es vuestro proceder el que es injusto? Cuando el justo se aparta de su justicia, comete la maldad y muere, muere por la maldad que cometió. Y cuando el malvado se convierte de la maldad que hizo y practica el derecho y la justicia, él mismo salva su vida. Si recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá —dice el Señor todopoderoso.

Lectura evangélica: Mt 5, 20-26

Dentro del sermón del monte, Cristo contrapone a la ley y a la conducta de los fariseos en el amor al prójimo, la ley cristiana del amor al prójimo y la conducta que ésta exige al cristiano en la vivencia de su fe.

Se trata de una profundización y una interiorización: si antes sólo eran delitos punibles con-

tra el amor al prójimo las grandes ofensas externas —el homicidio—, ahora son pecado las ofensas íntimas, los malos sentimientos y las palabras, la permanencia en la distancia, o la enemistad o el odio. Y tiene esto tal importancia en la fe y la vida del cristiano, que hasta la autenticidad del culto al Señor está condicionada por ello; no puede participar en el culto, en la liturgia, en los sacramentos, quien está mal con el prójimo; antes hay que reconciliarse con él.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: si no sois mejores que los letrados y fariseos no entraréis en el reino de los cielos.

Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matarás, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: todo el que esté peleado con su hermano, será procesado. Y si uno llama a su hermano “imbécil”, tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama “renegado”, merece la condena del fuego.

Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Procura arreglarte con el que te pone pleito en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último cuarto.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Dos aspectos de nuestro vivir cristiano son juzgados por la palabra que leemos hoy:

— está condenado todo optimismo fácil y todo pesimismo fácil: creer que ya está todo hecho, descansar en la pertenencia a una tradición muy católica, para ahorrarnos la búsqueda personal de Dios y la conversión a él; valorar “oficialmente” el nombre de católico, cristiano, creyente, religioso, y no valorar el serlo personalmente; abusar de la aplicación de esos nombres a realidades que no son su sujeto propio (país, sociedad, asociaciones, instituciones), pues su sujeto son las personas. O bien, la fatalidad, que también es una postura fácil e inhibitoria: que no hay nada que hacer, que todo está podrido y que, aun sin culpa, lo hemos de pagar todos; proyectar nuestras responsabilidades, nuestro pecado, afuera o al pasado, y considerarnos irremediables víctimas inocentes; bajo ciertas autoacusaciones —“estamos todos perdidos”, “soy una calamidad”, “no tengo solución”—, se mueve una autojustificación, anida la parálisis y se escamotea la autoexigencia.

El optimismo fácil y el fácil pesimismo llevan dentro la comodidad y la pereza, el no asumir la propia responsabilidad y dejar de hacer lo que podemos y debemos hacer;

— está condenada por la palabra evangélica cualquier deficiencia en el amor, por pequeña y secreta que nos parezca. ¿Hilamos con suficiente finura en esto del amor? Pecar contra el amor no es sólo causar grandes males a los demás; también lo es causarles males pequeños; también lo es no causarles ningún bien. Puede ocurrir que toda una vida de “prácticas” religiosas, se nos

venga abajo porque falta el amor; porque vivimos en la maledicencia, en el incesante juicio condenatorio de los demás, o en el individualismo, en el menosprecio y la indiferencia hacia los demás. Puede ocurrir también que se nos deshaga en las manos una vida que nosotros consideramos de amor, y que no lo es: por no amar con suficiente autenticidad, por amarnos demasiado en el amor, por no amar sacrificadamente, por querer sólo a determinadas personas, en quienes nos queremos a nosotros mismos, y no querer a los demás lo que deberíamos quererles.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Ni la fe ni el amor se pueden tener en depósito; propiamente, la fe y el amor no se “tienen”, pues no son cosas: se viven, pues son relaciones interpersonales, y sólo existen en la medida en que se viven.

Sospechemos de todo lo que nos hace escamotear y aplazar la conversión y la entrega personal; ya sea en la línea del optimismo infantil, idealista y cómodo, ya en la del pesimismo perezoso, no menos infantil ni menos cómodo. Los cristianos no podemos ser ni ilusos ni desalentados. Ideales, sí; idealismos, no. La conversión aplazada, es conversión negada. Dejémonos de “mañana”, “el mes próximo”, “en el próximo trimestre”, “el año o el curso que viene”: hoy, aquí, ahora. Cada día, cada hora, en cada instante nos estamos jugando la existencia. Y si el en-

cuentro con Dios, su búsqueda, su aceptación y la entrega a él, no lo concretamos siempre, siempre nos lo perdemos.

Hay un modo excelente de no vivir nunca: decir siempre "mañana".

Cristo es el hombre-para-Dios y para-los-hombres, que vino a cambiar en obediencia la desobediencia de la humanidad precedente. Cristo mostró el valor de la concreción histórica de la vida del hombre: el valor del "aquí-ahora", en que su existencia se realiza; y reveló que Dios sitúa su presencia y su acción en la historia humana, en ese "aquí-ahora" del hombre.

Cristo dio a su perenne presencia entre nosotros esa concreción; y el signo central de esa presencia, que es la eucaristía, nos lo sitúa en sucesivos e irrepetibles "aquí-ahora". Su presencia busca nuestra "presencia" personal-comunitaria, activa con la actividad de la fe y el amor; nadie se ampare en que "asiste" a misa, para pensar que ya tiene la gracia: es preciso participar, vivir, convertirse en cada eucaristía, para encontrarnos personal y comunitariamente con el Señor.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Dios, en lo que tiene de más vivo y de más encarnado, no está lejos de nosotros, fuera de la esfera tangible; sino que nos atiende en cada momento de acción, en cada obra. Está, de algún

modo, en la punta de mi pluma, de mi pico, de mi pincel, de mi aguja, de mi corazón, de mi pensamiento.

P. TEILHARD DE CHARDIN

El objeto de la vida humana es una creación que, a diferencia de la del artista o del sabio, es susceptible de continuidad en todos los momentos y en todos los hombres: la creación de sí por sí, el enriquecimiento de la personalidad por un esfuerzo que puede obtener mucho de lo poco, cualquier cosa de la nada y aumentar sin cesar las riquezas del mundo.

H. BERGSON



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

*Lectura del Antiguo Testamento:
Dt 26, 16-19*

ESTE texto forma parte de un discurso que el Deuteronomio pone en boca de Moisés. En él aparece la alianza de Dios con los suyos como un pacto o contrato de amistad entre Dios y su pueblo. El pueblo se compromete a ser fiel al amor del Señor con un amor expresado en la obediencia al código de leyes y preceptos; el cumplimiento de este compromiso es indispensable para que Israel sea en verdad pueblo de Dios lleno de su presencia y de su amor.

La alianza del amor de amistad con Dios lleva en sí las exigencias propias de la fidelidad. En el Antiguo Testamento estas exigencias se explicitan en varias codificaciones de las leyes: estamos en un grado bastante primitivo de expresión histórica de las relaciones entre Dios y el hombre.

Habló Moisés al pueblo diciendo: hoy te manda el Señor tu Dios que cumplas estas leyes y decretos; guárdalos y cúmplelos con todo el corazón y con toda el alma.

Hoy te has comprometido con el Señor a que él sea tu Dios, a ir por sus caminos, a observar sus leyes

y preceptos y mandatos, y a escuchar su voz. Y hoy el Señor te compromete a que seas su pueblo propio, como te lo había prometido, y a que guardes sus mandamientos.

El te elevará por encima de todas las naciones que ha hecho, en gloria, renombre y esplendor. Y serás un pueblo consagrado al Señor tu Dios, como lo tiene prometido.

Lectura evangélica: Mt 5, 43-48

Final de la primera parte del sermón del monte: el Señor coge el mandamiento del amor de la antigua ley y lo ensancha a la medida de su amor sin medida: hasta mandar el amor a los enemigos, a los que no nos caen bien, a los que nos miran mal o nos hacen mal, a nuestros incordiosos, perseguidores, calumniantes.

El Señor precisa que en esto está lo peculiar del amor cristiano: porque amar a los que nos aman y hacer el bien a los que nos hacen bien, es hasta un deber humano de pura correspondencia, y el no hacerlo es una grosería; en cambio, amar a los que no nos aman y hacer el bien a los que no nos lo hacen, amar a los que nos odian y hacer bien a los que nos hacen mal, son extremos humanamente inconcebibles: el colmo del desinterés humano, que es lo propio del amor cristiano.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo.

Yo, en cambio, os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestro hermano, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los paganos? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

¿Quién saldrá inocente en el juicio a los límites y a la calidad de nuestro amor?

Es fundamental saber si nuestro amor es cristiano o no. Puede ocurrir que, aun sintiendo el amor, no hayamos llegado aún al amor cristiano. Puede ocurrir que el amor cristiano empiece donde termina nuestro amor. Puede ser que nuestro amor no sobrepase el proceso psicológico y biológico que es naturalísimo a nuestro nivel de vivientes; hasta puede ser que el “te quiero y me quieres, me quieres y te quiero” sea, en el fondo, un amor comercial; puede ser que todo lo que nosotros creemos que es una vida de amor, se limite a ser un fácil vivir en el amor que nos dan, un simple querer el amor que nos tienen, o corresponder a los que nos aman; puede ser que nos limitemos a querer a quienes nuestra sensibilidad o nuestro amor propio prefiere, o a los que nos permiten ejercer con ellos nuestra propia afirmación, o a quienes satisfacen nuestra afectividad egoísta.

¿Nos damos cuenta de que un amor empequeñecido nos empequeñece? Cuando lo propio del verdadero amor es engrandecer nuestras vidas, hay muchas vidas que se empequeñecen por la pequeñez de su amor; el falso amor ciega hasta el punto de no dejar ver su pequeñez a los mismos que lo viven.

¿Cuál es nuestra reacción si un día nos molesta, nos hiere, nos humilla o, simplemente, nos cansa una persona a quien hemos querido mucho mientras no nos ha molestado, ni nos ha herido, ni nos ha humillado, ni nos ha cansado? Este es un buen test para saber si la queríamos o no. Cuando nuestro orgullo y nuestro egoísmo se rebelan, somos capaces de despreciar y odiar a quien hemos querido y a quien nos quiere o, simplemente, de no amarle —olvidando hasta lo mucho que deberíamos amar, aunque sólo fuese para corresponder al amor que nos ha tenido—, camuflando nuestra falta de amor en pretextos y razones humanas: que nos ha perjudicado, que no tiene respeto ni consideración, que uno tiene sus derechos... Como si estas razones tuvieran algo que ver con el amor cristiano.

¿Amamos a los que no nos caen bien, a los que no nos aman ni nos dan nada, a los que nos juzgan mal y hablan mal de nosotros, a los que nos olvidan y nos menosprecian? Habrá quien piense que esto es de imbéciles, pero es que sólo escribimos para los que entienden el amor cristiano (Señor: ¡con qué ligereza nos llamamos cristianos, con qué inconsciencia nos creemos cristianos, sin entender siquiera tu mensaje!).

¿Excluimos a alguien de nuestro amor? ¿dejamos de incluir a alguien en él? Vale la pena que nos lo preguntemos con sinceridad, descendiendo a revisar en nuestro interior nombres y apellidos.

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Es preciso que profundicemos y enriquezcamos con amor cristiano el amor que vivimos en nuestras diarias relaciones humanas: novios, esposos, padres e hijos, hermanos, amigos. Es preciso que amemos más allá de lo que nos hace amar el sentimiento, la afectividad, toda nuestra psicología humana. Es preciso que amemos también más allá de lo que nos aman, más allá de lo que nos dan. Es preciso que amemos a todos a quienes la fe y el amor mismo de Cristo, nos piden que amemos; sin duda, todos tenemos cerca personas que nos caen mal, e incluso personas que nos menosprecian, nos desprecian y hasta nos hacen mal y nos odian: son la piedra de toque de lo que hay de cristiano en nuestro amor. Si aún no lo hemos hecho, pasemos de la indiferencia, el desprecio, el resentimiento, el olvido o el odio, al amor; el amor cristiano obliga a comprender hasta la incomprensión y, en todo caso, obliga a perdonar con un perdón que es amor; y obliga a seguir amando.

Esto es muy serio. Si el mandamiento del amor incondicional y sin límites, que hace amar incluso a los enemigos, es la norma fundamental de la nueva alianza, resulta que quien no lo cum-

ple no es cristiano. No vengamos con interpretaciones restrictivas para justificar una conciencia ambigua. Hay que andar con claridad en el terreno de la conciencia y, si no estamos dispuestos a amar a quienes nos pide Cristo que amemos, y como él nos lo pide —con ánimo sincero de llegar a todas las consecuencias—, digamos con lealtad que no estamos dispuestos a ser cristianos.

Ahora bien, aun sin ser cristianos, no midamos nunca el amor por la satisfacción y la sensible felicidad que nos produce. Algún día sabremos que el mejor amor —acaso el único amor— es el que más desinteresadamente hemos vivido; el que no es pago de nada; el que aparentemente no nos da nada; el que, tal vez, ni siquiera nos lo han agradecido.

Cristo vivió el amor sin límites, hasta el extremo de ese colmo del desinterés humano, que es amar a los enemigos. Los amó, los perdonó, dio su vida por ellos como por todos.

Nos dejó ese amor suyo sin límites en la eucaristía, que es el sacramento de su muerte y resurrección. Participar en ella es buscar su amor para amar a diario más allá de las conveniencias, razones y sentimientos humanos; para amar a todos, incluidos los “extraños”, los lejanos, los enemigos.

Quien excluye a alguien de su amor, renuncia al amor cristiano y se excluye de la eucaristía. Es duro, puede parecer fuerte —sobre todo visto esto desde el rutinario falseamiento con que

venimos desfigurando habitualmente la eucaristía—, pero es tan claro que no necesita ninguna explicación.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

La sublimación más decisiva que Jesús trajo, fue la de extender el amor a los enemigos.

CATECISMO HOLANDÉS

“Papá —le dijo de todas maneras—, no hagas nunca las paces; cuando yo sea grande le desafiaré y le mataré”. Sus ojos flameaban con un estallido intenso. A pesar de todo soy su padre y debo decirle la verdad: “Es un pecado —le dije—, un gravísimo pecado matar al prójimo, incluso en un duelo”. “Papá, cuando sea mayor, le tiraré al suelo y le quitaré la espada de las manos y la arrojaré bien lejos, y me lanzaré sobre él empuñando mi espada y le gritaré: podría matarte, pero te perdono”.

F. DOSTOIEVSKI

Existe un gran peligro de dejarnos llevar del desprecio a los demás. Y bien sabemos que no tenemos ningún derecho. Nuestras relaciones con los demás serán estériles en tanto no nos veamos libres del afán de desprecio. Las siguientes ideas nos ayudarán a preservarnos de esta tentación: al despreciar a los hombres, sucumbimos en el defecto de nuestros adversarios. El que desprecia a un hombre no hará nunca nada de él. Lo que despreciamos en el otro no nos es enteramente extraño.

D. BONHOEFFER

Queremos barrer la miseria del suelo humano, miseria que es un insulto al creador. Queremos que toda criatura humana pueda realizarse de tal manera que ninguna quede reducida a ser un objeto, una cosa. Que todos los hombres sientan en ellos de verdad la imagen y semejanza con su Padre. Que todos los hombres estén en condición de realizar su vocación profunda de cocreadores, encargados por Dios de dominar la naturaleza y completar la creación. Que los derechos del hombre no sean letra muerta.

HÉLDER CÁMARA

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Gén 12, 1-4 a

LA Biblia resalta la figura de Abraham como fundador del pueblo fiel al Señor; en él se dan de una forma perfecta todas las cualidades o virtudes que debe tener Israel para ser de verdad el pueblo de Dios.

La lectura de hoy expone el llamamiento que recibe Abraham, la misión y su respuesta a Dios.

Todo "llamamiento" en la Biblia tiene en su raíz una experiencia profunda de Dios. Con el llamamiento viene la "misión". Abraham tiene la experiencia de Dios. Y la misión que se le comunica con su llamamiento es la de formar un pueblo nuevo, distinto del que él ha tenido hasta el presente. De ahí que la primera exigencia de este llamamiento sea el abandono de su tierra y de su familia para ir a una tierra extraña, en la que adorará al Señor y en la que recibirá bendiciones divinas.

Con el llamamiento y la misión de Abraham une la Biblia la bendición que recibe de Dios. La bendición es un nuevo signo de la salvación que el Señor quiere ir comunicando a los hombres.

La bendición —salvación— se promete a Abraham y a todos sus descendientes. Un signo externo de esta bendición será la posesión de la tierra de Canaán.

La respuesta de Abraham es de obediencia total a la palabra del Señor. Esta obediencia arranca de la fe que el patriarca tiene.

Abraham, con su llamamiento, su misión y su fe, que se traduce en obediencia pronta y absoluta a la palabra del Señor, recorrerá las páginas del Antiguo Testamento como modelo de lo que ha de ser el pueblo y cada uno de sus miembros. Y en el Nuevo Testamento la figura de Abraham aparecerá también como padre y norma de los creyentes. Creer en la palabra del Señor hasta la obediencia dejando lo que sea preciso dejar, es lo que garantiza la pertenencia al "linaje de Abraham", es decir, al pueblo de Dios; la fe y no la descendencia en la carne y la sangre: Cristo y Pablo se alzarán contra este falso linaje.

Yavé dijo a Abraham: "Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre, que servirá de bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra".

Marchó, pues, como se lo había dicho Yavé, y con él marchó Lot.

Lectura evangélica: Mt 17, 1-9

Este pasaje de Mateo describe el punto culminante de la vida pública de Jesús, en su marcha hacia la pascua, ya próxima. Entre Moisés, Elías y los apóstoles, Jesús personifica la palabra de Dios del Antiguo Testamento —la ley y los profetas—, y la palabra que ha de anunciar la Iglesia a todos los hombres: él es la palabra sustancial del Padre: “escuchadle” (v. 5).

Hay una clara anticipación de la gloria del Padre que envuelve a Jesús y lo revela a los apóstoles (v. 2-4). Anticipación de la gloria de la resurrección que será la gran manifestación de su filiación divina.

“Siervo de Dios” fue Moisés, y Cristo es “el siervo de Dios”. En el evangelio de hoy la afirmación del Padre “éste es mi Hijo”... es del salmo mesiánico 2, y de Is 42, 1: “he aquí mi siervo... He puesto mi Espíritu sobre él y él dará la ley a las naciones”. Esta relación entre Cristo-siervo y Cristo-legislador descubre un aspecto capital de la celebración eucarística de hoy: Jesucristo merecerá obediencia de todos por su obediencia al Padre. Su autoridad —su señorío— nacerá de su obediencia de “Hijo amado en quien se complace el Padre” (v. 5); y esta obediencia se tiene que consumir aún, en la cruz, en la muerte, para que se cumpla la nueva alianza, cuya ley nueva del amor promulgará Jesús. A través de la pasión y la muerte, consumación de su obediencia y su humillación, pasará a la gloria

de la resurrección, donde se manifestará abiertamente como “hijo y amado” del Padre, exaltado y lleno de poder, de autoridad. Así se ve el sentido del aviso de Jesús a sus apóstoles: “no contéis a nadie la visión hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos. Cristo ha sido “llamado” por el Padre a esa “misión” de la redención universal de los hombres. Su fidelidad al Padre le hace obediente hasta la muerte, pues, para llegar al término de su misión y constituir el nuevo pueblo de creyentes, ha de dejarlo todo, dejar este mundo y dejarse a sí mismo aceptando la muerte.

A los seis días, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los hizo subir, a solas, a una alta montaña. Y se transfiguró en su presencia, y su rostro resplandeció como el sol, mientras que sus ropas se volvían blancas como la luz.

Y allí se les dejaron ver Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, habló diciendo a Jesús:

—Señor, bueno es que nos quedemos aquí. Si quieres, haré tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Todavía hablaba, cuando una nube luminosa les cubrió, y salió una voz de la nube, que decía:

—Este es mi hijo querido, en quien me he complacecido: escuchadle.

Al oírlo, los discípulos cayeron de cara y se aterrizaron mucho. Jesús se acercó, y, tocándoles, les dijo:

—Levantaos y no tengáis miedo.

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

—No digáis a nadie la visión mientras no haya resucitado de entre los muertos el hijo del hombre.

Lectura apostólica: 2 Tim 1, 8 b-10

Pablo escribe a Timoteo, su discípulo puesto al frente de una comunidad, y le exhorta a la fidelidad y a la fortaleza propias de la misión que desempeña. En ese contexto, la lectura de hoy es una invitación a aceptar —como Pablo— el sufrimiento que exija el anuncio del evangelio, ya que Dios los ha *llamado* a esta *misión* no mirando la pequeñez de sus obras débiles sino según su propio poder, que es el poder con que Cristo llevó a cabo su misión hasta implantar la vida inmortal sufriendo la muerte en obediencia por la buena noticia de la salvación.

El contexto litúrgico de la celebración y de las otras dos lecturas amplían a todos los creyentes el mensaje de este texto de la carta que Pablo dirigió a Timoteo. Todos somos “llamados” a ir hasta donde Cristo fue, dejando lo que él dejó; somos llamados y movidos con el poder con que él se movió.

Hermano: Sufre conmigo la buena noticia conforme al poder de Dios, que nos salva y nos ha llamado con santa llamada, no según nuestras obras, sino según su propio propósito y su gracia, que nos dio con Cristo Jesús antes de los tiempos eternos, mostrándola ahora mediante la manifestación de nuestro salvador Cristo Jesús, que destruyó la muerte y alumbró la vida incorruptible mediante su buena noticia.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Hoy la palabra de Dios coincide desde Abraham, desde Cristo y desde Pablo, en juzgar nuestra fe juzgando nuestra obediencia; mirando hasta qué punto la vivimos y qué consecuencias tuyas aceptamos. Porque esta es la verdad de la fe: la obediencia real, viva y concreta a la palabra de Dios, a su voluntad, a sus llamadas.

Primero: ¿nos sentimos “llamados” nosotros de verdad por Dios para alguna “misión” importante en la vida? Acaso creemos que las “llamadas” y las “misiones” son caminos extraordinarios reservados a unos pocos. Se ha reservado la palabra “vocación” a los frailes y monjas y curas, como si el ser-cristiano no fuese una “vocación” en el mundo que alcanza todo el vivir de todos. ¿No es demasiado cómodo, inerte, apático y vulgar ser cristiano sin “vocación”? Esto es imposible, un engaño, una mentira.

¿Buscamos en la palabra de Dios y en la realidad cuál es para nosotros a diario la “llamada” de Dios, su voluntad, nuestra “misión”? Esencialmente es vivir con el espíritu de Cristo, tener sus sentimientos y realizar su obra en nuestras personas, en nuestro campo, en nuestro ambiente, en nuestras cosas y en el mundo entero. Pero esto exige *concretar* y exige *realizar*, y es para esto el “escuchar” la palabra de Dios en la Biblia y en la realidad, y la obediencia de la fe. Y para vivir esta obediencia, ¿qué estamos dispuestos a “dejar” nosotros?; ¿qué “dejamos”

de hecho, qué sacrificamos? ¿Intentamos “dejar-nos” a nosotros mismos? Porque está ahí la clave. Y sobre esto, una pregunta extraña brota de la palabra: ¿vivimos, planeamos, actuamos y amamos *aceptando la muerte*? Hasta ahí hemos de “dejar-nos” y desprendernos de nosotros. Eso es creer. Aceptar la muerte con la esperanza cierta de la resurrección por obra del amor inmortal de Dios.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Vivir en Cristo es toda una “vocación”, una “llamada”, una “misión” que alcanza a todo el ser y que ha de conectarse llegando a todo el vivir. Responder a esta llamada, obedecer fielmente tratando de encarnar su mensaje y su propia vida hasta llegar adonde él llegó, eso es creer en el Dios de nuestro Señor Jesucristo.

Sin duda, todos debemos conocer mejor nuestra “vocación”, nuestra “misión”, la “llamada” de Dios. En su contenido global —Jesucristo, su evangelio, su vida, pasión, muerte y resurrección— y en su concreción real diaria. Buscando en la palabra de Dios y en la realidad con disponibilidad verdadera. Orando. Y orando más para escuchar a Dios que para hablarle.

Seguir esa vocación, responder a su llamada, cumplir nuestra misión, obedecerle, creer en él, es todo una sola cosa. Pero hemos de exigirnos realismo, que los cristianos somos muy dados a la teoría, a la vaguedad, a los sentimientos y a

las creencias sin obras. El realismo de nuestra fe y la verdad de nuestra obediencia podemos medirlos bien por los sacrificios que nos cuesta, por lo que “dejamos”, por lo que nos-dejamos.

En la eucaristía celebramos la fidelidad de Cristo a su misión, su obediencia a la llamada, todo lo que él dejó y se-dejó para ser fiel: hasta la vida, hasta la sangre. Su resurrección es la respuesta del Padre a esa sacrificada respuesta fiel del Hijo. Y en ese diálogo interpersonal de universal amor inmortal —abierto a todos, vencedor de la muerte— entramos nosotros por la participación en la eucaristía. Entramos para escuchar la “llamada” y para “responder”. ¿Qué ocurriría si todos los cristianos que vamos a la eucaristía “respondiéramos” al Padre en Cristo con esa obediencia amorosa y fiel hasta la muerte, en lo que vivir en un mundo injusto nos exige?... Y, entonces, ¿qué sucede, que no ocurre casi nada?...

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Era una renuncia total de todo lo que en el hombre Jesús no vivía todavía de Dios. Una pobreza radical que lo despojó no sólo de los bienes de la tierra, sino hasta de la existencia terrestre. Una purificación hasta la raíz que no inmoló únicamente las tendencias de la carne, sino el mismo amor carnal. Una obediencia absoluta, que no sólo abdicó los deseos de la naturaleza

de carne, sino que inmoló la carne misma en el deseo del dominio total de Dios. Así fue Jesús al Padre, por la muerte-a-sí-mismo...

F. X. DURRWELL

En efecto, serán salvos quienes, transportando audazmente fuera de ellos mismos el centro de su ser, osen amar a otro más que a sí, se conviertan en ese otro de alguna manera, es decir, atraviése la muerte para buscar la vida. Si alguien quiere salvar su vida, piérdala.

Al precio de este sacrificio, evidentemente, sabe el creyente que conquista una unidad muy superior a la que abandona. Pero, ¿quién podrá decir la angustia de esta metamorfosis? Entre el momento en que decide desanudarse de su unidad inferior y el minuto beatífico en que llega al dintel del ser nuevo, el cristiano verdadero se siente flotar sobre el abismo de la disociación y el aniquilamiento... La salvación del alma se paga con el enorme riesgo que se corre y que se acepta. Exige que nos juguemos, sin reservas, la tierra contra el cielo. Quiere que renunciemos a la unidad poseída y palpable de la vida egoísta para arriesgarnos sobre Dios.

P. TELHARD DE CHARDIN

La conquista de una situación nueva o el descubrimiento de un nuevo valor existencial traen siempre consigo una muerte dolorosa.

IGNACE LEPP

No se vive en Dios si no se muere en todo; no se muere por Dios, si no se vive por todo, por cada cosa, incluso la más pequeña.

M. F. SCIACCA

Sólo hay dos momentos de desnudez y pureza perfectas en la vida humana: el nacimiento y la muerte.

Todo lo que está amenazado por el tiempo segrega mentiras para no morir, y en proporción al peligro de muerte. Por esto no existe amor a la verdad sin una aceptación sin reservas de la muerte.

SIMONE WEIL

Morir es sólo
mirar adentro; abrir la vida solamente
adentro; ser castillo inexpugnable
para los vivos de la vida.

J. R. JIMÉNEZ

No pienso en la muerte para morir sino para vivir.

A. MALRAUX

Porque la muerte es nada si conciencia se tiene de que un pecho plural es el pecho del mundo, y si a veces un grano de esperanza se angosta, otro grano se expande para inundar el río.

C. ALVAREZ

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

*Lectura del Antiguo Testamento:
Gén 21, 1-2. 9 a. 15-18*

LA narración del sacrificio de Isaac tiene dos planos: el folklórico y el teológico. El plano folklórico se sitúa en la civilización primitiva en que se daban los sacrificios de seres humanos. La narración bíblica recogió esta tradición de la prehistoria de Israel para condenar estos sacrificios, para mostrar que Dios no los quiere; condenación que pasará a la legislación posterior.

En su plano teológico, la narración describe un nuevo paso de Abraham hacia la realización de la alianza de Dios. La alianza de Dios con Abraham se realiza por la senda de las pruebas: abandono de su tierra, familia y civilización floreciente de Ur; persistente esterilidad de su mujer, sobre la que recae la extraña promesa de Dios de que será padre de un pueblo numeroso; y, finalmente, cuando su esposa Saray le ha dado un hijo, que parece ser el eslabón por el que Abraham puede esperar ver cumplida la promesa de paternidad, le viene la orden de sacrificarlo.

La descripción de esta última prueba —texto de hoy— revela dos cosas decisivas sobre la

alianza: Abraham tiene una fe a prueba de todas las pruebas, una esperanza en la palabra del Señor contra toda esperanza, una confianza en Dios que desafía los riesgos; y esta difícil actitud de abandono en Dios, es la base sobre la que él actúa. Así, el cumplimiento de la promesa aparece como obra de Dios, a la que el hombre colabora con su disponibilidad insobornable, con su fe y su confianza.

Jesucristo será en definitiva el Hijo sacrificado, y en su sacrificio se sellará la alianza de la amistad de Dios; irá al sacrificio con plena confianza en el Padre, y el sacrificio no terminará en muerte sino en resurrección.

Cada creyente que cree con firmeza que el Padre le resucitará, camina hacia el sacrificio con igual fe que Abraham y con la confianza que pone en su corazón el Espíritu mismo de Cristo.

En aquel tiempo Dios puso a prueba a Abraham llamándole:

—¡Abraham!

El respondió:

—Aquí me tienes.

Dios le dijo:

—Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio, sobre uno de los montes que yo te indicaré.

Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abraham levantó allí un altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abraham tomó el cuchillo para degollar a su hijo: pero el ángel del Señor gritó desde el cielo:

—¡Abraham, Abraham!

El contestó:

—Aquí me tienes.

Dios le ordenó:

—No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo.

Abraham levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo.

El ángel del Señor volvió a gritar a Abraham desde el cielo:

—Juro por mí mismo —oráculo del Señor—: por haber hecho eso, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido.

Lectura evangélica: Mc 9, 1-9

Este relato evangélico de la transfiguración pertenece a una sección en la que se contraponen la gloria o manifestación de la divinidad y poder mesiánico de Cristo, con el anuncio de su pasión y muerte. Y este relato recoge el mismo contraste: se manifiesta la gloria de Cristo y el gran amor que le tiene el Padre, pero cae junto a eso el telón de su pasión y muerte.

La realización de la alianza por medio del Hijo presente en el mundo humano, se reviste de contrastes duros e impenetrables para el común de los hombres: la salvación que ofre-

ce Dios pasa por el sacrificio del Hijo amado de Dios; claro que, en esta misma paradoja, está la prueba mejor de la verdad y la eficacia de esa salvación.

Las palabras que el texto pone en boca del Padre explican el misterio salvador de Cristo y señalan la actitud propia de quienes quieran participar en él: aceptar a Cristo, escucharle, tener en él una fe y una confianza vivas que exijan ordenar la vida conforme a su mensaje.

La salvación es firme, segura y definitiva. Pero se nos da en Cristo y nos exige esa fe que nos hace aceptarlo y seguirle, a pesar de todas las dificultades que se nos presenten en línea con sus propias dificultades, con su pasión y su muerte.

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo.

Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús:

Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Estaban asustados y no sabía lo que decía.

Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube:

—Este es mi Hijo amado; escuchadle.

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: no contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos.

Lectura apostólica: Rom 8, 31 b-34

La alianza de Dios con los hombres culmina en el envío del Hijo. Por él recibirán los hombres la vida inmortal del Espíritu, que es el amor en plenitud. La realización humana de este plan, pasa por cosas humanamente incomprensibles y contradictorias: como el que vaya a venir la salvación y la vida por el sacrificio y la muerte de Cristo. Sin embargo, esto da al hombre seguridad plena del amor salvador de Dios: si no ahorró a su Hijo la muerte, sino que lo entregó por nosotros, nos ama y nos salvará, y no hemos de temer. Pablo, con unas frases tomadas en parte del poema del siervo del Señor (Is 50, 8), deshace los posibles motivos de temor del cristiano: nadie puede condenarle si Dios le ama. Desde esta confianza quiere Pablo que el cristiano haga realidad consciente en su vida el plan de Dios, y que lo acepte y lo viva.

Hermanos: si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?

¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo que murió, más aún, resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros?

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra que hoy nos ha descrito la realización del plan de Dios por el misterio de Cristo, tan lleno de dolor y de contrastes, nos interroga acerca de nuestra fe y de nuestra confianza, acerca de nuestra disponibilidad: a ver si tomamos en serio, o no, el amor del Dios que tan en serio nos ha tomado a nosotros.

¿Hemos captado la grandeza y la hondura formidables del misterio de Cristo? ¿Lo hemos aceptado y hemos entrado en él hasta la experiencia del amor con que Dios nos ama? ¿Vivimos, en consecuencia, entregados hasta aceptar el riesgo y las duras contradicciones que exige la fe?

La entrega a una causa suele ser proporcional a la fe y la confianza que se tiene en ella. La entrega a alguien es proporcional a la confianza y la fe que en él se tiene, al aprecio, al amor. En una mentalidad tan utilitarista y materializada como es la nuestra, medimos más bien la entrega por la seguridad tangible que nos ofrece, por la certeza de su efectividad y de sus resultados útiles. Así anda el amor. Vivimos cargados de egoísmos y escasos de generosidad. Y lo que a veces parece generosidad, desinterés, sinceridad y amor —sobre todo en ciertas actitudes e incon-

formismos juveniles— está tarado de *snobismo*, de orgullo y egolatría.

Y así anda la fe. Los que vivimos en nuestra civilización de consumo estamos disminuidos para esa entrega a la fe, que pide el desprendimiento generoso y el riesgo, la inseguridad material, la inutilidad.

A la luz de la palabra de Dios, se ve que hemos hecho de nuestro cristianismo una sobrees-estructura, una añadidura —de lujo o de necesidad— y no la hondura decisiva del vivir. No llegamos a creer en serio en el amor de Dios. No confiamos de verdad. No esperamos contra toda esperanza. Dudamos con demasiada facilidad. Y, así, no llegaremos nunca a la difícil seguridad de la fe y a su maravillosa fuerza. Así no se hará realidad en nosotros el plan de Dios.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Encarnar en la vida la palabra que hoy leemos, en medio de este mundo nuestro, nos hará ir contra corriente, cortar muchos cables que nos tienen amarrados a la “facilidad”, provocar incluso el escándalo de los “instalados”.

Los cristianos no tenemos derecho a ser “superficiales”, ni en la vida, ni en la fe. Una fe sin sufrimientos ni contradicciones, sin caminos cerrados, sin compromiso y sin riesgo, no es fe cristiana, pues no lleva en sí la exigencia y el don de esa confianza que hace esperar contra toda esperanza.

No nos engañemos. Pensar y hacer pensar que tenemos fe, cuando no la tenemos, es peor que reconocer y confesar que no la tenemos. Y mientras no aceptemos todos los riesgos de la fe, no tenemos fe.

Se nos actualiza en la eucaristía todo el misterio de Cristo: todo el contraste entre su pasión-muerte y su resurrección gloriosa, todo el plan de Dios realizado fielmente por Cristo, todo su amor.

Participar en la eucaristía es entrar en ese misterio, en esos contrastes, en ese plan y ese amor. Captarlo todo con fe, aceptarlo con amor, comprometerse en ello con esperanza firme. Nada fácil; “asistir a misa” es fácil, participar en la eucaristía, no.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Tómanos, Cristo, para servirte.
Concédenos el no tener a nadie más que a ti,
de no servir más que a ti.
Haznos más audaces y más rectos,
y haz que nuestros corazones sean más puros.
Críbanos como hace el ahechador
del trigo que es su alegría.
Armanos, para la fe, de fiereza.
Armanos, para el amor, de bondad.
Para la esperanza, ármanos de fuerza.
Cristo, Cristo, tómanos para servirte.

Un día nos paramos, se escucha y una voz nos dice: “he aquí a Jesús”. Momento celeste donde, después de tantas cosas buenas como el alma ha gustado y le han decepcionado, descubre de una mirada la belleza que no engaña.

Se le puede acusar de ser un sueño cuando no se le ha visto. Pero los que le han visto, no pueden olvidarlo.

Se puede perder a Jesús al salir de la infancia porque no se le ha conocido más que por otro, sobre las rodillas de la madre. Pero cuando llega a ser algo propio nuestro, el fruto de nuestra experiencia y de nuestra virilidad, nada puede conmovernos con más cálida certeza.

LACORDAIRE

Ser adulto en Cristo es aceptar la voluntad de otro, aceptar la aparición real de Dios en nuestra vida, que no suele coincidir con nuestros gustos privados.

L. EVELY

Hágase tu voluntad, aunque nos mate, porque en eso consiste la vida, y lo que en la tierra parece un ocaso, es en el cielo el amanecer de tu vida.

K. RAHNER

La más profunda raíz de todo pecado es la voluntad de no obedecer, la voluntad de ser dueño de sí mismo.

B. HÄRING

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Gén 15, 5-12.17-18

Dos tradiciones, *yavista* y *elohista*, se entremezclan en estos relatos del Génesis y dificultan la inteligencia de los textos porque, inevitablemente, hay que deducir el mensaje de los símbolos a través de los que se expresa cada una de las tradiciones. En el texto de esta lectura se describe la alianza que hace Dios con Abraham. La tradición *yavista* acentúa el hecho de la doble promesa de Dios a Abraham: tendrá una ancha *descendencia* que recibirá los dones de la salvación simbolizados en la *tierra prometida*. Y la tradición *elohista* aporta esos extraños símbolos de los animales cortados en trozos. Abraham en lucha con las aves rapaces y el sueño del patriarca. Todo esto forma parte de un ritual que sellaba un contrato o un pacto: el Señor hace pacto con Abraham, va a enviarle a una misión difícil para la cual Abraham se ve desarmado e impotente, pero el Señor responde, sólo él, con su fidelidad —esto está expresado en ese ver Abraham en sueños que sólo el Señor, bajo la imagen de fuego, pasa por los trozos de los animales sacrificados—; el Señor “se empeña”; en cuanto a Abraham, es suficiente que esté *dis-*

puesto. No es poca cosa esa disponibilidad de una fe firme, de una *confianza* que se apoye toda en ese Dios que llama con fuerza y promete con seguridad sin dejarse ver, sin firmar garantías, solamente afirmándolas. Esa loca *esperanza* es el arma de Abraham y es cuanto Dios le pide que aporte a ese pacto, a esa alianza.

En aquellos días, Dios sacó afuera a Abraham y le dijo:

—Mira al cielo, cuenta las estrellas si puedes.

Y añadió:

—Así será tu descendencia.

Abraham creyó al Señor y se le contó en su haber.

El Señor le dijo:

—Yo soy el Señor que te sacó de Ur de los Caldeos, para darte en posesión esta tierra.

El replicó:

—Señor Dios, ¿cómo sabré que voy a poseerla?

Respondió el Señor:

—Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.

Abraham los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres y Abraham los espantaba.

Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abraham y un terror intenso y oscuro cayó sobre él.

El sol se puso y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados.

Aquel día el Señor hizo alianza con Abraham en estos términos:

—A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río.

Lectura evangélica: Lc 9, 28-36

El episodio de la transfiguración tiene en todos los relatos evangélicos este doble sentido: 1) revelar a Cristo como Hijo amado de Dios-Padre, elegido y enviado para llevar a cabo la misión de *maestro* y *profeta*, revelador de toda la verdad y *salvador* y *guía* del pueblo de Dios, misión que en parte realizaron antes Moisés y Elías y todos los profetas; 2) mostrar al Señor encaminado ya a su pasión y muerte pero recibiendo del Padre la seguridad de su amor y la promesa gloriosa del ejercicio de su poder en la resurrección-victoria sobre ese dolor abocado a la muerte.

Pero, como siempre, cada evangelista sitúa los episodios en el conjunto de su evangelio con una intención y un sentido particularmente adaptado a los destinatarios. Las particularidades que da Lucas al episodio de la transfiguración son éstas:

1. La pone en la perspectiva de la *subida del Señor a Jerusalén* para ser abandonado, maltratado e injustamente crucificado; ahora comienza esa subida.

2. A Lucas le gusta recoger la oración de Cristo en esos momentos decisivos en que el Señor busca en la intimidad con el Padre el ca-

mino, la luz y la fuerza para llevar adelante su difícil misión de mesías. Y describe este episodio de la transfiguración como uno de esos momentos decisivos de oración: Cristo ve venir el fracaso, el derrumbamiento humano de su vida, intuye ya el dolor lacerante de la pasión y de la muerte y como humano se ve sumido en ese oscuro túnel que a todo hombre abrumba y él vive en la oración la búsqueda de esa intimidad confortante con el Padre en que encuentra la luz del misterio de su amor y de su fidelidad que le dan la certeza íntima del sentido de su propia fidelidad por la obediencia en todo ese extraño y formidable fracaso humano, en esa cruel derrota que, sufrida aceptando la propia destrucción en esa débil carne humana en que él vive, entraña la victoria que hará resurrección de la muerte, salvación del perderse, del darse encontrarse, del abandono encuentro, de la pobreza riqueza, de la muerte vida inmortal..., abre paso a Dios para todos, y donde dominaba la oscuridad de la mentira, la injusticia, la soberbia, la lucha suicida de los egoísmos y la inevitable muerte terrible, amanecerá la luz de la verdad en la justicia del amor, para una comunión universal en la que sobreviviremos, porque entrará la presencia de Dios hasta el último rincón de la tierra, amanecerá el reino.

3. La iluminación exterior, el resplandor, el ver los apóstoles *su gloria*, es signo de esa iluminación íntima de Cristo que en la oración penetra hasta el alcance que tendrá el amor del Padre en su pasión y muerte.

4. Los otros signos epifánicos —nube y voz que confirma a Cristo como Hijo escogido y amado— revelan esa crecida de la conciencia filial y mesiánica de Cristo.

Obsérvese que, en esa perspectiva, la transfiguración es en Lucas como un Getsemaní glorioso con las figuras de Moisés y Elías en vez de la imagen de los ángeles. Moisés y Elías fueron hombres elegidos para lo que Dios hizo en la antigua alianza como inicio, avance, preparación e imagen de lo que haría por Cristo. Moisés y Elías fueron hombres en camino hacia la montaña o la cima del encuentro con Dios, hacia su rostro, hacia su luz. Y no llegaron, y eran en la historia de la salvación como relevos de este Cristo, este hombre que sí llega a la cima del encuentro con el rostro de Dios y que, bañado en su luz, nos encabeza en el *éxodo* o salida definitiva de todas las esclavitudes hacia la libertad de la esperanza que vence a la muerte aceptándola por amor a la vida.

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos.

De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumir Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús:

—Maestro, qué hermoso es estar aquí. Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

No sabía lo que decía.

Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía:

—Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle.

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Lectura apostólica: Flp 3, 17-4, 1

Pablo ha escrito a los cristianos de Filipo de su conversión personal y de su apasionada y creyente adhesión al Señor, y ahora, en este texto, les anima a que ellos le imiten en la entrega a Cristo. Se rebela a la contradicción de los cristianos que en su vida dan la espalda a la cruz de Cristo, se dejan llevar de instintos egoístas y existen sólo en vistas a su provecho material. Y exhorta a superar esa contradicción, porque la cruz de Cristo —su sacrificio— que le ha dado paso a él a la existencia resucitada y nueva de la gloriosa vida inmortal, ha orientado la existencia de los cristianos a esa misma vida y es preciso vivir ahora su cruz —el sacrificio de sí mismo— para existir hacia esa “salida” gloriosa de nuestro ser y vivir. Lo que Cristo captó en su transfiguración según el evangelio de hoy es el horizonte de nuestra fe, y lo que él vivió

desde el Tabor es el ancla de esa esperanza nuestra que nos ha de hacer aceptar la *cruz* por amor a la vida “gloriosa”.

Hermanos: Seguid mi ejemplo y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en mí.

Porque, como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas. Sólo aspiran a cosas terrenas.

Nosotros, por el contrario, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un salvador: el Señor Jesucristo.

El transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa, con esa energía que posee para sometérsele todo.

Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

El ritmo muerte-resurrección (tener que vivir sufriendo, fracasando, muriendo de mil formas para existir creciendo en la vida-inmortal propia de Cristo), es una ley insobornable de la existencia cristiana. Y hoy la palabra de Dios nos juzga acerca del cumplimiento de esa ley, de la vivencia de ese ritmo.

¿Qué hacemos frente a los problemas, ante lo duro e ingrato, ante el dolor y la contradicción, en las diversas formas de hundimiento,

ante el fracaso? ¿creemos?, ¿esperamos?, ¿confiamos? ¿buscamos en la oración ese lado del rostro de Dios —ese Espíritu de su intimidad— que ilumina lo oscuro que vivimos? No se trata de buscar un consuelo sensible y efímero o un arreglo fácil del asunto. Hay un falseamiento de la oración que es una auténtica huida: buscar la beatífica gloria de la resurrección esquivando la “muerte” esa que nos amenaza o nos duele. ¿Miramos a Cristo en esos trances duros? ¿Le vemos como es, como vivió, como sufrió él?

Y la muerte de los otros, su dolor y sus fracasos, ese morir diario de los hombres cercanos y de todos los hombres, ¿nos “llega”? ¿nos preocupa? ¿lo asumimos? ¿lo sufrimos? Dice un refrán que “ojos que no ven, corazón que no siente”, pero adquiere una fuerza acusadora si lo invertimos: “corazón que no siente, ojos que no ven”.

¿Luchamos por abrirle paso a Dios en nosotros, en la Iglesia, en el mundo entero de los hombres hasta el sufrimiento, la injusticia, el dolor, la soledad, la desdicha, la muerte? Abrirle paso a Dios para que llegue a iluminar esas negruras de la pena de los hombres. Llamarlo, abrirle paso y traerlo, por la oración, por el sufrimiento compartido, por el compromiso activo; todo a un tiempo.

¿Somos hombres en busca hoy del rostro de Dios, caminantes hacia esa cima del encuentro en el misterio? ¿O existimos de espaldas al dolor propio y ajeno, a la muerte diaria, a la cruz de

Cristo, al rostro de Dios? Por huir del dolor, del fracaso y de la muerte, se precipita uno en el dolor, en el fracaso y en la muerte sin resurrección.

El ritmo esencial cristiano muerte-resurrección, somete también a muerte en la Iglesia numerosas cosas para que surjan otras nuevas. La renovación. Dejar morir lo que debe morir —lo que está ya irremisiblemente muerto— y permitir que surja lo nuevo. Aceptar que muera lo que ha de morir, promover su muerte y hacer resurgir lo nuevo. Esto nunca se hará sin cierto dolor en algunas células; pero ha de sufrirse con fe, con paz, con amor, con esperanza. ¿Cómo vivimos este ritmo de *renovación* en la Iglesia posconciliar?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Vivir en Cristo obliga a admitir y vivir con profundidad, en fe y esperanza, esta necesidad inevitable que es ley de vida: sufrir, fracasar, morir. Dar a nuestra “muerte” diaria los horizontes, la vibración, la luz y la vitalidad propias de la resurrección que Cristo nos ha puesto en el fondo del dolor y de la muerte. Esto exige —claro— la muerte de nuestro egoísmo; que ha de ser continua, porque no puede morir de una vez para siempre, y no se logra ni fácil ni cómodamente; no se ha inventado el fármaco que lo mate con placidez. Sufrir y morir en cristiano no ahorra el sufrir y el morir, les da “sentido”.

Cuando se está en el túnel se está en el túnel; y hay túneles que ni siquiera dejan ver ese arco de luz que es la “salida”, hasta que ya se sale. Se trata, ni menos ni más, de vivirlo “en Cristo”, como él. Como él, buscando en el dolor el rostro del Padre, su intimidad, su amor que conforta y da esperanza, pero para aceptar el dolor y la muerte.

Hoy vivir en Cristo el ritmo muerte-resurrección nos exige sentir al vivo el dolor y la muerte de todos los hombres y aportar al mundo que sufre la luz del rostro de Dios. Esta luz nos pide que luchemos en favor de los hombres que sufren injustamente.

También para hoy es esa exigencia posconciliar del ritmo muerte-resurrección que consiste en no retener a la Iglesia en la muerte de todo lo que muere y tiene que morir, sino mostrar en ella la resurrección del Espíritu de Cristo en obras y estilos renovados.

En la eucaristía celebramos precisamente la muerte-resurrección de Cristo, el término de la transfiguración. Participar en ella es entrar en ese ritmo y aplicárnoslo, personalmente, eclesialmente, universalmente. Nada de lo que celebramos de Cristo es sólo para nosotros, todo es para el mundo entero de los hombres. Sin compromiso en favor de los que sufren —y por tanto de enfrentamiento y denuncia de la injusticia que degrada a los hombres—, no hay verdadera celebración de la muerte-resurrección de Cristo.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Hay ciertas condiciones gracias a las que la sabiduría de la cruz no es un refugio para impotentes o plañideros, sino una fortaleza para los fuertes. Es plenamente válida cuando no se ha trabajado menos, sino más que un hombre cuya empresa tiene por ley el éxito. La sabiduría de la cruz no es disminución, sino superación. El fracaso no es en modo alguno un ideal sino, “en Cristo”, una posibilidad de partir de nuevo y de perseguir una vez más la victoria, gracias a la fuerza de Otro. Es el lugar de la esperanza teológica que supera la misma esperanza humana, siendo su seguridad la de aquel que se apoya en el poder del Omnipotente.

Y. - M. CONGAR

A mi juicio, no comprenderemos correctamente la cristología, si nos servimos de ella como de un fracaso global susceptible de ahorrarnos los fracasos particulares y repetitivos. ¿No está ahí el pararrayos neurótico que Freud creyó descubrir en el origen de la fe religiosa?

A. DUMAS

Hay lugares de nuestro pobre corazón que no existen todavía, y en los que se introduce el dolor a fin de que existan.

LÉON BLOY

Moisés no llegó a Canaán, no porque su vida fuese demasiado corta, sino porque era una vida humana.

F. KAFKA

No existe disculpa alguna para quien pretende dar de lado a la profundidad, a pesar de que el camino hacia ella sea el camino del sufrimiento. Bien sea que el padecer nos venga del exterior, y lo aceptemos como camino hacia la profundidad, o bien lo escojamos voluntariamente como único camino hacia lo profundo de las cosas, trátese del camino de la humildad o de la sublevación...; en todo caso, ese camino corre siempre a contrapelo de nuestra antigua forma de vivir y pensar... El lenguaje paradójico de la religión descubre el camino hacia la verdad como camino hacia la profundidad, y por tanto como camino de sufrimiento y sacrificio. Sólo para quien esté dispuesto a andar este camino, las paradojas de la religión romperán su sello.

P. TILlich

Nunca separes
tu dolor del común dolor humano,
busca el íntimo, aquel en que radica
la hermandad que te liga con tu hermano,
el que agranda la mente y no la achica;
solitario y carnal es siempre vano;
sólo el dolor común nos santifica.

MIGUEL DE UNAMUNO

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Dan 9, 4 b-10

Los capítulos 7-12 del libro de Daniel, relatan visiones de carácter apocalíptico-escatológico: visión de las “Cuatro bestias” (c. 7), del “Macho cabrío y del cordero” (8), de las “Setenta semanas” (9), del “Templo de la cólera” y del “Templo del fin” (10-12). La lectura de hoy abre la oración de Daniel que precede a la tercera visión. Daniel suplica que le sea interpretada la profecía de Jeremías acerca del tiempo que debía pasar en las ruinas de Jerusalén: setenta años (Jer 25, 11-12).

Lo que importa en el texto como lectura cuaresmal son los puntos de apoyo de la súplica de Daniel: puntos que no deben faltar en la verdadera oración. El profeta se apoya en la fidelidad de Dios a la alianza, en su bondad; se apoya también en la infidelidad del pueblo —causa de lo que sufren— y en su necesidad de perdón y misericordia. Del reconocimiento de esta infidelidad, surge la conversión; y del reconocimiento de aquella bondad, brota la confianza.

En aquellos días derramé mi oración al Señor mi Dios y le hice esta confesión: ah, Señor, Dios grande

y temible, que guardas la alianza y el amor a los que te aman y observan tus mandamientos. Nosotros hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos sido malos, nos hemos rebelado y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus normas. No hemos escuchado a tus siervos, los profetas, que en tu nombre hablaban a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres, a todo el pueblo de la tierra.

A ti, Señor, la justicia; a nosotros, la vergüenza en el rostro, como sucede en este día: a nosotros, a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén y a Israel entero, próximos y lejanos, en todos los países donde tú los dispersaste a causa de las infidelidades que cometieron contra ti.

Señor, a nosotros la vergüenza; a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres, porque hemos pecado contra ti. Al Señor Dios nuestro la piedad y el perdón, porque nos hemos rebelado contra él y no hemos escuchado la voz del Señor, nuestro Dios, para seguir sus leyes, que él nos había dado por sus siervos los profetas.

Lectura evangélica: Lc 6, 36-38

En este breve texto, pone Lucas el colofón de la enseñanza de Cristo sobre el amor a los enemigos: unas frases del Señor definen ciertos aspectos propios del amor cristiano.

De forma concreta y gráfica —inequívoca— enuncia el Señor esta finura del amor que él revela: lo que hay de misericordia, benignidad, comprensión y perdón en el amor del Padre, se nos da y se nos exige en el amor cristiano: el cristiano debe amar con el amor que el Padre le da en Cristo; por tanto, debe querer a los de-

más —e incluso a los enemigos—, con benignidad, misericordia y comprensión sin límites.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

¿Se parece en algo nuestro amor al amor de Dios? Si amamos como debemos amar, tiene que parecersele, pues es el mismo amor.

No nos excusemos diciendo que Dios es Dios y nosotros somos nosotros, que él es bueno de veras y nosotros malos, él perfecto y nosotros deficientes. No nos excusemos, porque en esto está lo grande de su amor: en que, siendo eso cierto, nos ha dado en su Hijo el Espíritu que es su amor y su bondad, para que, aun siendo lo que somos, vivamos la perfección del Padre, obremos con su bondad y amemos con su amor.

Sin embargo, nuestra vida es con frecuencia una caricatura de la del Padre, nuestro amor es una burla a su amor: somos intolerantes, duros, exigentes, injustos con los demás; y con nosotros somos blandos y tolerantes; son siempre los otros los que se equivocan y los que obran mal... Sobre todo cuando los otros se meten con nosotros, cuando nos hacen sombra, nos perjudican o nos hacen daño; y aquí está la piedra de toque

de nuestro amor cristiano. Amamos fácilmente cuando es cosa fácil; damos lo que no necesitamos, lo que no tenemos pegado al corazón... Y no digamos nada de lo mucho que aún nos queda de esa artificial, falsa, vanidosa y hasta lucrativa "caridad", que es careta de la falta de amor y de justicia.

¿No nos daremos cuenta nunca de que amamos poco y deficientemente? O, ¿es que alguien puede decir que tiene limpio el amor en su corazón?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Esos matices del amor que nos pide hoy la palabra, deben entusiasrnos hasta hacerlos vivos en nuestro amor. Tenemos ocasión a diario de ser hondamente comprensivos, misericordiosos, de no juzgar ni ser duros, de no condenar, de no devolver mal por mal, de querer de verdad. De la manera más sencilla —pero no sin matar nuestros egoísmos—, podemos ser reflejo diario del maravilloso amor del Padre.

En definitiva, hay muchos egoísmos y un solo amor verdadero. Y éste tiene que ser el amor nuestro de cada día.

Siempre que somos intolerantes, y juzgamos y condenamos dura e indebidamente, hacemos algo que es cien veces peor que el mal que condenamos.

Quien juzga, se está juzgando. Quien condena, se condena. Quien no comprende, merece no ser comprendido.

Si, aunque todo se pierda, salvamos el amor, todo se habrá salvado. Si lo salvamos todo menos el amor, se habrá perdido todo. Al final, sólo quedará el amor que hemos vivido.

Cristo nos reveló la calidad de gracia, benignidad, comprensión y misericordia sin límites que tiene el amor con que nos ama Dios. Lo vivió históricamente: perdonó y no condenó, comprendió hasta la incomprensión de que fue víctima.

En la eucaristía se nos actualiza y se nos da ese amor, con su increíble calidad intacta; participar en este sacramento es aceptarlo y comprometerse a amar con él.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Amad y no juzguéis.

Si veis que un hombre peca mortalmente odiad el pecado, pero no juzguéis al hombre. No le despreciéis. No despreciéis a nadie, puesto que no sabéis los juicios de Dios. No conocéis a los que Dios les tenderá la mano.

Vosotros todos, gente de la tierra,
que camináis tan dolorosamente,
cuidad la caridad primeramente.
Amaos los unos a los otros.
Sosteneos los unos a los otros.
Abrasaos de amor hasta morir.
Nunca se ama bastante.

El amor es tan grande que es Dios mismo.
Y que vuestro amor no sea limitado,
pues el Señor, mi Dios, no admite
ni fronteras ni muros.

L. CHANCEREL

Un hombre tenía un amigo que, al encontrarle un día, le dirigió una mirada llena de cólera y le arrojó palabras tan duras, que le hirieron el corazón. Se quedó confuso preguntándose: “¿Qué le habré dicho o qué le habré hecho?...” Llegó otro quien, al encontrarle triste e inquieto, le preguntó qué le pasaba.

—Hoy mi amigo se ha ensañado contra mí.

—¿Cuántos años hace que era tu amigo?

—Desde hace diez años éramos amigos, nos entendíamos perfectamente. Todos los días venía a verme y me hacía mucho bien. Ni un solo día se ha irritado contra mí.

—¿Cuántos días son diez años?

—3.650 días.

—Resta el día en que te ha insultado y encontrarás que aún le queda mucho derecho a tu amor.

TEXTO MUSULMÁN

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Is 1, 10. 16-20

ESTA lectura recoge parte de uno de los primeros oráculos pronunciados por Isaías —probablemente en el templo— contra la religión formalista, externa y vacía, sin amor (1, 10-20).

Se insulta a Israel con el nombre de dos ciudades que tipificaban a un pueblo podrido: Sodoma y Gomorra. Y es que Israel había caído en el culto literal de la fórmula, del rito y el signo vacíos, sin fe; más: se aprovechaban estas fórmulas religiosas para oprimir a los necesitados.

El profeta exhorta a cambiar de conducta y señala en qué consiste la verdadera religión: en obras de amor sincero: hacer el bien, defender al oprimido... todo lo que hemos visto en varios textos de Isaías en la semana de ceniza.

Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, escucha la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra: lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones: cesad de obrar mal, aprended a obrar bien, buscad la justicia, defended al oprimido, sed abogados del huérfano, defensores de la viuda.

Ahora venid y discutamos —dice el Señor—: aunque sean vuestros pecados como la grana, como nieve blanquearán; aunque sean rojos como escarlata, como lana blanca quedarán. Si sabéis obedecer, comeréis lo sabroso de la tierra. Si rehusáis y os rebeláis, la espada os comerá —lo ha dicho el Señor.

Lectura evangélica: Mt 23, 1-12

Cristo condena duramente la conducta de los escribas y fariseos —que se consideraban observantes oficiales de la religión—, por ser contraria a la verdad que representan; abusan de ella, la utilizan para poner cargas pesadas a los demás en provecho propio, y ellos la escamotean en su conducta personal; y si hacen algo, es para ser vistos y apreciados.

Cristo desenmascara la hipocresía farisaica y previene a los suyos contra ella. La conducta de sus discípulos ha de ser todo lo opuesto: verdad, sencillez, interioridad, verdadero amor liberador, fraternidad y servicio; no es cuestión de ser jefes, ni padres, ni de mandar autoritariamente, sino de servir a los demás.

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos diciendo: en la cátedra de Moisés se han sentado los letrados y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar.

Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del man-

to; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame “maestro”.

Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar jefes, porque uno solo es vuestro Señor, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios insiste en repetir su juicio a nuestra conducta cristiana, y en repetir su condenación de todo lo que haya de fariseo en ella.

En cada creyente está la raíz de un fariseo; y esa raíz tiende a echar sus brotes al menor descuido: salvar las apariencias, figurar, satisfacerse, merecer, creerse bueno, tener dos caras y dos medidas, dominar...

De la fraternidad y el servicio a los demás, y de la autoridad como servicio, hablamos mucho en la Iglesia de hoy. Hablamos, escribimos. Pero, ¿se vive? El mucho hablar lleva en sí algo de fariseísmo: hablando y escribiendo mucho, se llega a crear uno la conciencia de que esto se vive; lo vemos claro, y hasta estamos convencidos de ello, pero, ¿lo vivimos? Si lo viviésemos, no hablaríamos ni escribiríamos tanto de ello.

Sobran palabras y faltan hechos, obras, vida. No se ve cuándo vamos a empezar, como Iglesia, a desmontar en serio los andamios y las situaciones que, a través de los siglos, nos han dado un rostro ante el mundo, que no tiene nada que ver con el evangelio.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

La Iglesia necesita una cura de desprendimiento y desinterés, de humildad verdadera, de sencillez evangélica, de realismo y de servicio efectivo a los hombres, especialmente a los más necesitados.

La Iglesia necesita esta cura en todo su cuerpo: de arriba abajo, de derechas a izquierdas, de obispos a sacerdotes, a religiosos y a seglares. Todos hemos de hacer esta cura, porque todos debemos curarnos.

Y esta cura no la hacen las palabras y los escritos por sí solos. Esto lo curan las obras.

Jesucristo no se limitó a condenar fariseos y a hablar de fraternidad y de servicio: él se hizo hermano y servidor de todos, con el servicio real y efectivo del amor que personaliza al hombre (el realismo de Cristo desarma y condena el irrealismo abstracto, sentimental y angelista de nuestros proyectos de amor y de servicio); su fraternidad culminó en el servicio de dar su vida por todos.

La eucaristía nos actualiza el servicio fraterno de Cristo a todos los hombres. Por eso, la eu-

caristía es la gran fuente de la fraternidad de los cristianos y de su compromiso de servicio a los hombres. No se puede participar en la eucaristía y tener la vida instalada en el egoísmo y en la despreocupación por los demás.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

En una perfecta comunidad personal cada persona se realizará en la totalidad de una vocación continuamente fecunda, y la comunión del conjunto sería una resultante de cada uno de estos alcances particulares. Al contrario de lo que pasa en las "sociedades vitales", el lugar de cada uno sería *insustituible* y esencialmente querido para el orden del todo. Sólo el amor sería el lazo de unión, y no algún contrato, algún interés vital o económico, alguna institución extrínseca. Estando destinada cada persona a los valores superiores que la realizan encontraría en ellos objetivos comunes, el lenguaje que la religa a todas las otras.

E. MOUNIER

El pueblo de Dios es pueblo sacerdotal porque está dispuesto a servir. Está llamado a ofrecer el más espiritual de los sacrificios (cf. 1 Pe 2, 5): el de su propia vida... Este espíritu de servicio por amor de Cristo no es una esclavitud que entristezca. Implica una inversión de la escala corriente de valores según la cual el poder y el prestigio son las realidades más apreciadas; es una nueva actitud liberadora que responde al anhelo más hondo del hombre.

En este espíritu de servicio es invitado el cristiano a trabajar en este mundo, en el cual cada uno tiene su propia tarea: el escritor, el ama de casa, el industrial, el miembro de un sindicato, el médico; en una palabra, todo el que vive entregado a su trabajo, penetrado de la sabiduría positiva de su propia profesión, aporta un trozo de realidad y la ofrece a los hombres y a Dios...

Todo trabajo honrado sobre este mundo es, en una u otra forma, servicio a la humanidad. El espíritu de servicio no consiste en poner la propia personalidad en primer plano ni en retraerla, sino en realizar la propia entrega total, con humildad y alegría, como lo hizo el Señor.

CATECISMO HOLANDÉS



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Jer 18, 18-20

JEREMÍAS había denunciado los pecados del pueblo y, en especial, los pecados de los jefes del pueblo, de los representantes oficiales de la ley religiosa; era su deber como profeta, y lo hacía en nombre de Dios para suscitar la conversión. Pero ahora se ve envuelto en una persecución, urdida por los denunciados por él, astutamente llevada por los defensores de la religión establecida y formulista.

Le acusan de “perturbador del orden” —del orden “establecido”—, y espían sorprenderle en algo de qué acusarle, para acabar con él y desentenderse de su palabra. Por otra parte, no pueden dejar de reconocerlo como profeta, pero se dicen que si acaban con él, no van contra el profetismo, ni contra las instituciones religiosas que regían a Israel; y es que ellos querían esas instituciones, pero de modo que pudiesen utilizarlas a su antojo teñido de religión.

El profeta se lamenta ante Dios de que los mismos a quienes él sirve la palabra y por quienes intercede, le persigan. Ahora no intercede por ellos, sino que los acusa ante Dios con expre-

siones que pueden parecer lejanas del amor a los enemigos; sin embargo, si se las compara con las acusaciones de Cristo a los representantes falseadores de la religión en su tiempo (Mt 23, 1-36), no están tan lejos del lenguaje evangélico. Todas esas expresiones son normas literarias de condenar la perfidia que lleva en sí toda religión formulista: perfidia que empuja a sus jefes y partidarios a perseguir la palabra viva de Dios en nombre de “su” Dios, en nombre de la institución y las fórmulas establecidas con que han identificado a Dios y que hay que defender a ultranza.

Lo que le ocurre al profeta, le ocurrirá a Cristo y a todo el que quiera seguirle fielmente.

En aquellos días se decían los judíos malvados: venid, maquinemos contra Jeremías porque no faltará la ley del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni el oráculo del profeta, venid, le heriremos en la lengua y no haremos caso de sus oráculos.

Señor, hazme caso, oye cómo me acusan: ¿es que se paga el bien con el mal, que han cavado una fosa para mí? Acuérdate de cómo estuve en tu presencia, intercediendo en su favor, para apartar de ellos tu enojo.

Lectura evangélica: Mt 20, 17-28

Este texto forma parte de las narraciones que preceden al llamado “discurso escatológico” o anuncio de los últimos tiempos; todas estas narraciones hay que interpretarlas desde lo que

pretende ese discurso: anuncio e instauración del reino y vida del pueblo de Dios.

Cristo anuncia su pasión y muerte como efecto de la persecución que sufrirá por parte de los “sacerdotes y letrados”, representantes de las mismas instituciones religiosas que persiguieron a Jeremías. Cristo ha de acabar así porque con su palabra y su vida desenmascara el mal que encierran sus instituciones y sus conductas.

Y el Señor dice que los que quieran seguirle han de beber su “cáliz”, han de seguir su suerte. Afirma que entre los suyos no caben los criterios humanos de autoridad, poder y dominio; y advierte que si entra esto en la Iglesia, traerá las mismas pésimas consecuencias que en las sociedades civiles: aspiraciones, ambición, zancadillas, chaqueteo, opresión, dominio, tiranía. Cristo señala las cualidades que deben tener los representantes de su autoridad y de su amor: nada de ambiciones, ni ganancias ni intereses que no sean los de Cristo; servir a los demás y participar de la misma suerte de Cristo: sus sufrimientos, su pasión y su muerte.

En aquel tiempo, mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los doce les dijo: mirad, estamos subiendo a Jerusalén y el hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los letrados, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen, y al tercer día resucitará.

Entonces se acercó a Jesús la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. El le preguntó:

¿Qué deseas? Ella contestó: ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda. Pero Jesús replicó: no sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber? Contestaron: lo somos. El les dijo: mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre.

Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para dar su vida en rescate por muchos.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios está continuamente condenando lo que haya en la Iglesia de instalación y de formulismo, de aspiraciones egoístas, de ambición, de poder y autoridad abusivamente ejercidas. Y no es imposible que hoy también hagamos callar a los testigos. ¿Quién puede demostrar que estamos limpios de este crimen?

Pero, no hagamos el proceso a la Iglesia como quien lo hace a los demás simplemente (hoy procesamos todos a la Iglesia, sin querernos sentar nadie en el banquillo); el proceso a la Iglesia es un proceso a nosotros mismos; ¿o no somos todos la Iglesia?

¿Escuchamos y cumplimos la palabra de Dios?; ¿la buscamos, procuramos que nos hablen y nos apliquen las exigencias concretas de la palabra de Dios?; ¿aceptamos que nos digan las verdades que duelen, nos dejamos corregir, permitimos que rectifiquen nuestros caminos?; ¿o más bien nos rebelamos contra quienes nos ponen el dedo en la llaga, y ahogamos su palabra en pretendidas razones o acusaciones contra ellos, y les ponemos mordaza prefiriendo llevar cómodamente nosotros la iniciativa de nuestra vida, en vez de dejar que nos marque el camino la palabra de Dios? Puede ser que hasta busquemos la palabra de Dios en la Biblia, porque la podemos interpretar y acomodar a nuestros sentimientos y a nuestras miras, pero si nos quieren aplicar su verdadero significado, tal vez saltemos y acusemos a quien sea de entrometido, de agitador, de llevar el agua a su molino. ¿No le estaremos llevando nosotros al nuestro?

¿Aceptamos la “suerte” de Cristo, o buscamos otras suertes? ¿No hemos llegado a instalarnos hasta en la fe, creyendo que podemos vivir “nuestra” vida y a la vez ser de la Iglesia y de Cristo?

Cuando nos encontramos ante situaciones, personales o colectivas, que contradicen el evangelio y los más elementales derechos humanos, ¿hemos dicho la comprometedor palabra de Dios, o nos la hemos callado?

¿Para qué queremos la palabra de Dios, si ni la vivimos ni la decimos?

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Vivir hoy en Cristo es: renunciar a todo falseamiento y a todo equívoco; pisotear nuestros egoísmos que, de formas diversas, se proyectan en ambiciones y aspiraciones cómodas o individualistas; buscar apasionadamente la verdad que la palabra del Señor quiere marcar a nuestras vidas; negarnos a seguir pisando los caminos "fáciles" y poco limpios, y, si estamos en ellos, salirnos; comprometernos a diario en nuestras propias responsabilidades, y cumplirlas sacrificando lo que sea necesario sacrificar; no esperar muchas cosas de esta vida y tener una gran esperanza y una decisión generosa para aceptar el riesgo.

Llegado el caso, hablemos la palabra a costa de lo que sea. Los que quieran seguir a Cristo, han de aceptar su "cáliz" y vivir marcados por el sufrimiento en que viven los testigos de la verdad en este mundo de mentiras, los testigos del amor en este mundo de amor-propio. Si no queremos vivir así, no seguimos a Cristo.

A Cristo lo mataron como él mismo anunció...

La eucaristía es el sacramento de su "cáliz", instituido para que podamos participar en su "suerte", si es que queremos seguirle. Sería grotesco participar en la eucaristía, y buscar en la vida diaria una "suerte" mejor que la suya...

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Nuestra acción no está dirigida esencialmente al éxito, sino al testimonio. Es decir, las ideas no nos dejan tranquilos; no tendríamos fe, no tendríamos amor si no quisiéramos con todas nuestras fuerzas su realización. No la queremos para nosotros, ni necesariamente por nosotros, sino para ellas, y para millares de hombres que no han desesperado nunca. Pero aunque estuviéramos seguros del fracaso, partiríamos de todas formas: porque el silencio ha llegado a ser intolerable.

E. MOUNIER

Hay un pasaje en tu carta que me ha hecho reír. Es aquel en el que me dices que crees encontrar en la religión el fin de la búsqueda y de la lucha.

Querido amigo, el día en que recibas a Dios en ti, tendrás un huésped que no te dejará nada de reposo. "Yo no he venido a traer la paz, sino la guerra". Y éste será el gran fermento que hará estallar las vasijas. Será la lucha, las luchas contra las pasiones, la lucha contra las tinieblas del espíritu, no aquella donde se es vencido, sino aquella en la que se es vencedor.

PAUL CLAUDEL

Antes de resucitar hay que morir, antes de morir hay que agonizar, antes de agonizar hay que sufrir.

M. QUOIST

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Jer 17, 5-10

ESTE poema de Jeremías está compuesto por máximas “sapienciales” tomadas en gran parte de los salmos. (Lo “sapiencial” se refiere a la sabiduría del vivir). El profeta contrapone la vida y la meta de quien confía y centra su existir en “hombre y carne” (bienes materiales y caducos), y la del que confía y centra su existir en el Señor:

— el primero se apoya en sus bienes; es rico, vive aparentemente bien, pero en realidad lleva una vida estéril, como una planta en la estepa y el desierto;

— el segundo no deja de confiar en Dios, aunque viva en la estrechez y el sufrimiento (“calor”, “sequía”); su vida es profunda y fértil.

El resultado final de esas vidas surge de lo hondo y no de las apariencias; bien adentro llega la mirada del Dios que “penetra el corazón y sondea las entrañas”: las intenciones, la realidad verdadera.

En esta reflexión aflora la antinomia rico-pobre, a que se refieren frecuentemente los evangelios.

Así dice el Señor Dios: maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor: será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien; habitará la aridez del desierto, tierra salobre e inhóspita.

Bendito quien confía en el Señor, y pone en el Señor su confianza: será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto.

Nada más falso y enfermo que el corazón, ¿quién lo entenderá? Yo, el Señor, penetro el corazón, sondeo las entrañas; para dar al hombre según su conducta, según el fruto de sus acciones —dice el Señor todopoderoso.

Lectura evangélica: Lc 16, 19-31

La parábola del “pobre y del rico” contrapone las dos vidas: la del rico satisfecho y la de Lázaro el mendigo. No debemos fijarnos en los detalles descriptivos que dependen de una concepción primitiva del mundo de los muertos. Atendamos a la lección parabólica: la vida puesta en las riquezas y la vida puesta en el Señor, aun en medio de la escasez y el sufrimiento, manifiestan su verdad o su mentira en la meta final y definitiva de la existencia: después de la muerte, aparece la inutilidad y el fracaso de la vida satisfecha en las riquezas, y aparecen los frutos de la vida sufrida por el pobre.

La parábola tiene trayectoria escatológica: el resultado final de las dos vidas es definitivo e inmutable; en esta vida, mientras no se llega a esa

meta definitiva, ya se ha revelado la verdad —testimonio de Moisés, de los profetas y de Cristo— acerca de los valores del vivir humano que son “eternos”.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteara espléndidamente cada día.

Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas.

Sucedió que se murió el mendigo y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham. Se murió también el rico y lo enterraron. Y estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abraham y a Lázaro en su seno, y gritó: padre Abraham, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas. Pero Abraham le contestó: hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida y Lázaro a su vez males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros. El rico insistió: te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también a este lugar de tormento. Abraham le dice: tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen. El rico contestó: no, padre Abraham. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán. Abraham le dijo: si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Juicio a nuestro juicio de valores.

Si se nos hace una encuesta, sobre el papel preferiremos siempre los valores auténticos, hondos y definitivos; para ello, basta un poco de inteligencia, de sensibilidad, de conciencia. Pero, en la práctica, en los sentimientos, planes y actos de nuestro vivir diario, ¿qué valores elegimos?; ¿en qué apoyamos nuestra vida?; ¿qué proyectamos día a día, semana a semana?; ¿en qué pasamos los días y las noches?; ¿cómo buscamos nuestra felicidad y nuestra dicha cotidianamente?

¿Son Dios y los demás el centro y la meta de nuestro vivir, en todo y con todas las consecuencias? Para que lo sean realmente, no nos basta tener algo de inteligencia, de sensibilidad, de conciencia: hemos de tener una fe y un amor muy vivos, muy reales, muy auténticos. El papel no es la vida, el ideal no es todavía la conducta, los propósitos no son aún las obras, los sentimientos aún no son los actos; y lo decisivo son los actos, las obras, la conducta, la vida.

Si nos juzgamos con honradez, veremos que perdemos la vida en pequeñeces. Con lo profunda que es la vida y lo serio que es el tiempo, y ¿qué superficialmente lo gastamos!

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

La palabra de Dios y la vida de Cristo —él es la definitiva palabra de Dios—, nos señalan in-

equivocamente la escala de los verdaderos valores definitivos. Los cristianos podremos fallar una y muchas veces por debilidad, pero no tenemos ningún derecho a vivir despistados.

Hemos de convencernos de que, si no somos “pobres”, desprendidos, sencillos, si no sufrimos y apenas nos falta nada, es que no tenemos fe, ni esperanza, ni amor verdadero.

Vivir satisfechos, “contentos”, es de superficiales. La alegría profunda es otra cosa.

Es preciso creer cada día en menos cosas, para creer más; esperar cada día menos cosas, para tener más esperanza; cada día amar menos las cosas y amarnos menos a nosotros mismos, para amar más a cada hombre y a Dios.

Cristo reveló la escala de “valores” a que se ha de ajustar cualquier vida que quiera ser profunda. Cristo vivió esa escala de valores: pobre, desprendido, sufrido, lleno de amor sacrificado; nada esperó, porque lo esperó todo; en nada confió plenamente; nada retuvo, porque se dio por entero; no aceptó nada, porque nos aceptó plenamente a todos; es decir: creyó del todo en el Padre y en los hombres, esperó, los amó sin ningún límite. Y murió y resucitó: todo está dicho con esto. Su vida fue la del “pobre” absoluto que fructifica plenamente.

La eucaristía nos introduce en ese misterio de la “pobreza” absoluta, en que Cristo vivió la absoluta riqueza de su amor. No se puede “gustar” el pan de la eucaristía con un corazón de

“rico” satisfecho de sí y de sus bienes, con un corazón lleno de cosas y vacío de fe, de esperanza, de amor, de sufrimientos, de “pobreza”.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Carece de profundidad quien se llena con cosas superficiales. La hondura del vivir —donde anidan la fe, la esperanza y el amor—, nos obliga a cargar en paz con la insatisfacción de un vacío que nada ni nadie podrá llenar enteramente en esta vida.

Bienaventurados los pobres de comodidad y bienestar, porque ellos están más cerca de la santidad del Señor Jesús.

Bienaventurados los pobres de libertad y de tiempo para pensar en ellos, porque el Señor Jesús vela por sus intereses.

Bienaventurados los pobres de la estima de otros, porque ellos son juzgados más fácilmente en la verdad.

Bienaventurados los pobres de virtudes porque el Señor Jesús tendrá piedad de sus miserias.

Bienaventurados los pobres de todo lo que no es Dios para que su corazón esté más abierto a la fe, esperanza y caridad, porque el Señor Jesús les colmará hasta desbordar.

CH. DE FOUCAULD

El pobre es aquel que acepta comprometerse por la palabra de Dios, verse privado de su casa por la palabra de Dios, ponerse en camino por la palabra de Dios.

Pobre es aquel que tiene la experiencia de los límites humanos, de la incapacidad del hombre para realizar su destino por sí mismo.

El pobre es el dichoso desgraciado. Ser a la vez dichoso desgraciado es la señal, el milagro, la maravilla que Dios puede realizar en medio de nuestra miseria.

El pobre es un hombre a quien el amor que Dios le tiene le ha dado un motivo para aceptar su pobreza: un hombre que conoce a Dios lo suficiente para aceptar ser pobre delante de él, un hombre que sólo se siente con fuerzas para sentirse débil.

El hombre que puede soportar su pobreza, su debilidad, no es un amargado, desesperado, deshecho; por el contrario, es un ser que cree en las grandes cosas que Dios llevará a cabo en la pobreza de su esclavo.

¡Feliz el pobre! Sólo el pobre conoce a Dios, sólo él entra en Dios porque sólo él sabe de sí, sólo él comulga con Dios porque sólo él tiene algo común con Dios.

L. EVELY

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Gén 37, 3-4. 12-13 a. 17 b-28

LECTURA tomada de la historia de José, que es una narración “edificante” calcada en otras historias moralizadoras existentes en Egipto. Es una narración acomodada al pueblo de Israel para llenar un vacío de su prehistoria y justificar de alguna manera la estancia de los israelitas en Egipto.

Más allá de lo literario y folklórico, la narración tiene un hilo teológico que le da sentido y unidad dentro de los libros sagrados: la providencia del Señor lleva de la mano la vida de José y la de todo el pueblo: “aunque vosotros pensasteis hacerme daño —dice José a sus hermanos al final de todo el episodio— Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir a un pueblo numeroso” (Gén 50, 20). Desde esta afirmación hemos de leer toda la narración, y en concreto el texto de nuestra lectura.

Existe la envidia de los hermanos de José. Pero el camino que traza el odio, es también camino providente por el que Dios salva a toda la familia de José. Y no es que Dios necesite ese

odio para obrar esa salvación, pero, una vez que el odio existe y actúa, en eso —y a pesar de eso— actúa Dios.

Israel amaba a José más que a todos los demás hijos, por ser para él el hijo de la ancianidad. Le había hecho una túnica larga.

Vieron sus hermanos cómo le prefería su padre a todos ellos y le aborrecieron hasta el punto de no poder ni siquiera saludarle. Sus hermanos trashedaron a Siquén con los rebaños de su padre. Israel dijo a José: Tus hermanos deben estar con los rebaños de Siquén; ven, que te voy a mandar adonde están ellos. José fue detrás de sus hermanos y los encontró en Datán. Ellos le vieron de lejos y, antes que se les acercara, conspiraron contra él para matarle, y se decían mutuamente: Por ahí viene el soñador. Ahora, pues, venid, matémosle y echémosle en un pozo cualquiera y diremos que algún animal feroz lo devoró. Veremos entonces en qué paran sus sueños. Rubén trató de librarlo de sus manos y les dijo: No le quitemos la vida. Deseaba devolverlo a su padre. Y añadió: Arrojadlo a un pozo, pero no le hagáis daño.

Cuando llegó José, sus hermanos le despojaron de la túnica y le arrojaron en un pozo sin agua. Estaban comiendo, cuando vieron a lo lejos una caravana de ismaelitas, que venía de Galaad, con los camellos cargados de especias —tragacanto, resina de lentisco y láudano— e iban hacia Egipto.

Judá dijo entonces a sus hermanos: ¿Qué ganamos con matar a nuestro hermano y ocultar su sangre? Vendámoslo a los ismaelitas y no pongamos en él las manos; al cabo, hermano nuestro y carne nuestra es. Al llegar los mercaderes sacaron a José del pozo y

se lo vendieron por veinte monedas de plata. Y los mercaderes llevaron a José a Egipto.

Lectura evangélica: Mt 21, 33-43. 45-46

Alegoría de los viñadores homicidas. Los elementos de esta alegoría son claros: la viña es Israel, pueblo elegido designado como “viña del Señor” en Isaías (5, 1), Jeremías (2, 21; 5, 10, etc.) y Ezequiel (15, 1-8; 17, 3-10, etc.). El dueño es Dios, que envía a sus siervos, los profetas, y, por fin, al Hijo, Cristo. Los viñadores son los judíos que no aceptan a los profetas y matan al Hijo fuera de la viña: fuera de Jerusalén. El pueblo nuevo al que se entrega la viña, son los paganos.

La alegoría denuncia la infidelidad de Israel y afirma la extensión del reino a los paganos. A través de este mensaje, resalta la acción providente de Dios. Como en la historia de José (primera lectura), hay que ver y distinguir dos cosas: el mal que realizan los hombres desde la infidelidad, y el bien que hace Dios a pesar de ese mal y a través de él: este bien no justifica aquel mal, ni aquel mal es necesario para que Dios obre el bien; pero, como este mal es acción libre de los hombres, puede ocurrir; una vez que ocurre, la providencia de Dios consiste en que su plan de bien y de salvación atraviesa ese mal, y, a pesar de él, se cumple.

En aquel tiempo, dijo Jesús a la multitud de los judíos y a los sumos sacerdotes esta parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una

cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje.

Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon.

Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: “Tendrán respeto a mi hijo”. Pero los labradores, al ver al hijo se dijeron: “Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia”. Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?

Le contestaron: Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a sus tiempos. Y Jesús les dice: ¿No habéis leído nunca en la Escritura:

“La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente”?

Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de los cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos.

Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente que lo tenía por profeta.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La verdadera providencia de Dios condena nuestras posturas que la niegan y prescinden de ella, y condena nuestras posturas que inventan una falsa providencia. Decir que no hay ninguna providencia es un disparate; pero es otro disparate decir siempre, a todo —accidentes, males, hambre, injusticia, enfermedad, ganancias o pérdidas económicas, tener o no tener entradas para el cine, el suspenso o el aprobado, etc.—: “Dios lo ha querido”, “será lo que Dios quiera”, “que sea lo que Dios quiera”; según a qué cosas se apliquen estas frases, suenan a blasfemia o a falta de respeto; es poner la providencia de Dios donde no está y para lo que no está.

La providencia de Dios nos acusa de todas las inhibiciones, perezas e irresponsabilidades que se escudan en un “Dios lo quiere” o “lo que Dios quiera”. Y nos acusa también de todas las desesperaciones que vivimos cuando ciertas cosas no van como nosotros queremos; de todo nuestro prescindir de la verdadera providencia de Dios; de confundir las cosas, y creer que Dios falla cuando nos fallan las personas, los planes, las cosas, o cuando fallamos nosotros mismos.

La palabra de hoy nos juzga acerca de la responsabilidad que tenemos cada uno y todos en el mal que hay en la Iglesia y en el mundo, en nuestra vida y en las vidas de los demás. Todos hemos puesto las manos en el Hijo para matarlo...

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Hoy debemos vivir la confianza en la providencia de Dios con una autenticidad difícil, sin la cual el mundo de hoy se reirá de nosotros o nos tendrá lástima; esa autenticidad nos exige no creer que el plan salvador de Dios incluye que todas las cosas de este mundo o todas “nuestras” cosas, nos salgan a pedir de boca; no creer que Dios falla porque nos fallen las personas, los proyectos o las realidades de esta vida; no ahorrarnos los esfuerzos y las responsabilidades que tengamos en esta vida, esperando falsamente que la providencia de Dios haga lo que no piensa hacer; confiar, no dudar, tener la certeza de que, en medio de cualquier situación, vayan las cosas como vayan, Dios puede y quiere sacar adelante su plan de salvación, de amor y de bien: no sacándonos ciertas castañas del fuego, no ahorrándonos contratiempos, problemas y sufrimientos, que brotan de la complicada trama de causas y concausas que somos nosotros y los demás y las circunstancias y límites de este mundo.

Para el que confía en Dios, no hay callejón sin salida. Pero no hay salida “fácil” en ningún callejón. A veces, la “salida” es saber morir en el callejón: una muerte que no es un sin-sentido. La fe no es una fuerza con la que podamos evitar que se nos hundan las cosas, sino una fuerza para no hundirnos nosotros en las cosas que se hundan.

Nos toca acoger hoy a Cristo, y esto sigue siendo tan difícil como cuando vino por primera vez; si unos hombres que se creían religiosos y buenos, no lo acogieron y lo mataron, palpémosnos las ropas... Tengamos cuidado, que según cómo vivamos y obremos, según lo hagamos con el prójimo, estamos rechazando a Cristo.

Peor que le salieron las cosas a Cristo, no le pueden salir a nadie. Cristo, desde la hondura de su confianza insobornable en el Padre, desde su seguridad en la certeza de que el amor del Padre no le puede fallar aunque le falle todo, no dudó de que el Padre realizaría su plan de salvación a través de su sufrimiento y de su muerte.

Cristo es el Hijo enviado por el Padre y muerto por los que tienen “la viña”: los que lo mataron físicamente y todos nosotros. En la eucaristía tenemos el sacramento de su muerte; y de su confianza en la muerte, de esa esperanza en el amor providente del Padre, que no se vio defraudada, sino cumplida en la resurrección.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Dios, al que debemos no perder completamente.

Dios, que nos induce a vigilar.

Dios, gracias al cual, las pequeñas cosas no nos abaten.

Dios, gracias al cual, lo que hay de bueno en nosotros no está sometido a lo que hay de malo.

Dios, gracias al cual, la muerte es “absorbida en la victoria”.

Dios, que nos has vuelto hacia ti.

Dios, que nos despojas de lo que no existe para revestirnos de lo que existe.

Dios, que nos haces dignos de ser atendidos.

Dios, que nos haces fuertes.

Dios, que nos introduces en toda verdad.

Dios, que nos dices todo lo que está bien.

Dios, que nos llamas al buen camino.

Dios, que nos conduces hasta la puerta.

Dios, que haces que esta puerta se abra a los que llaman.

Dios, que nos da el pan de vida.

Dios, gracias al cual, tenemos sed del agua que, una vez bebida, nos sacia enteramente.

Dios, que nos purificas y nos preparas.

Dios mío, sé para mí favorable.

SAN AGUSTÍN

Nuestro optimismo no consiste en calafatear el futuro con nuestros sueños: ¿quién conoce las geografías de las potencias del bien y del mal, de sus promesas, de sus posibilidades? No, nuestro optimismo no está vuelto hacia el porvenir como hacia una solución. El éxito es algo sobreañadido. El reino del espíritu está en medio de nosotros, existe desde ese instante si yo lo quiero, como un fulgor que me rodea. Es la esperanza de una virtud presente, una sonrisa en las lágrimas, una brecha en la angustia. La esperanza es la confianza de la fe, y no la espera morbosa de compensaciones imaginarias para las defecciones de hoy.

E. MOUNIER

Es un problema —dice Dios— si sostengo demasiado a los hombres mientras nadan, nunca aprenderán a nadar, nunca madurarán en la adversidad. Pero si les sostengo poco, corro el riesgo de que se me ahoguen. Si les protejo demasiado, destruyo su libertad. Si les protejo demasiado poco, pongo en peligro su salvación. Pero prefiero el riesgo. ¿Qué íbamos a hacer con una salvación que no fuera libre y arriesgada? La libertad es el mismo centro del hombre y mi más bella creación en el hombre, la más irrevocable, la más necesaria.

CH. PÉGUY



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Miq 7, 14-15. 18-20

ESTA lectura contiene una selección de expresiones de un oráculo de Miqueas (7, 8-20), compuesto después del destierro en Babilonia, que anuncia las esperanzas de una restauración del pueblo.

El profeta expresa en nombre del pueblo, en tono de oración, los sentimientos de penitencia, conversión, fe y confianza que traerá consigo el perdón de Dios, fiel siempre a su palabra y a su amor.

La restauración será obra del Señor, que congregará a su pueblo y lo llevará como a un rebaño (imagen bíblica de unidad, agrupación, pueblo), a regiones de abundantes pastos (Basán, Galaad), es decir a la prosperidad.

Será una vuelta del Señor a su pueblo; lo restaurará, le limpiará sus suciedades, lo rehará con su amor. Así, la restauración será una vuelta de Israel a la alianza, para ser de verdad pueblo de Dios.

Señor Dios nuestro, pastorea a tu pueblo con el cayado, a las ovejas de tu heredad, a las que habitan apartadas en la maleza.

Pastarán en Basán y Galaad como en tiempos antiguos; como cuando saliste de Egipto y te mostraba mis prodigios.

¿Qué Dios hay como tú, que perdonas el pecado y absuelves la culpa al resto de tu heredad? No mantendrá por siempre la ira, pues se complace en la misericordia. Volverá a compadecerse, y extinguirá nuestras culpas, arrojará a lo hondo del mar todos nuestros delitos. Serás fiel a Jacob, compasivo con Abraham, como juraste a nuestros padres en tiempos remotos —Señor, Dios nuestro.

Lectura evangélica: Lc 15, 1-3. 11-32

La parábola del hijo pródigo forma parte de una sección del evangelio de Lucas, en la que, con varias parábolas y ejemplos, se revela la inagotable misericordia del Padre, la generosidad incansable de su amor.

La parábola tiene un doble episodio: el del hijo mayor es un recurso para reforzar la enseñanza principal de la alegría del Padre por la vuelta del hijo: “convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado” (v. 32); con esto se insiste en la conclusión del primer episodio (v. 24).

La parábola define directamente la postura de Dios con el pueblo pagano: también es objeto de amor y de salvación por parte de Dios; y con-

dena la actitud intolerante del pueblo judío que quería el monopolio de Dios y protestaba contra su ilimitada misericordia.

Pero hay una enseñanza más universal: el amor del Padre penetra todas sus relaciones con los hombres, sin ningún límite. La restauración del hombre es obra de Dios; al hombre se le pide penitencia, fe y confianza en el Padre, que ama, perdona y salva.

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola:

Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte que me toca de la fortuna. El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapitando entonces se dijo: Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros".

Se puso en camino adonde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello, y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Sacad en seguida el mejor traje, y vestido; ponéle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud. El se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: Mira, en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado. El padre le dijo: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios nos condena todo tipo de intolerancia y de intransigencia. Es aberrante que se ampare en la religión la mezquindad humana y que nuestra vergonzosa pequeñez esgrima las armas de la condenación y la exclusión del amor de Dios, a quienes Dios no excluye de él; y es aún más aberrante que esto ocurra en el

cristianismo; es una clara señal de “utilización”, desde móviles que no son la fe, y para fines que no son la gloria de Dios. Se necesita atrevimiento para empequeñecer el amor de Dios hasta el punto de excluir a alguien de su misericordia y su salvación. ¿No pecamos de algo así los que vivimos las tensiones actuales de la Iglesia, si es que las provocamos y las mantenemos a base de ser o progresistas o integristas intolerantes y condenadores de los otros? Aunque en todo esto no hubiese nada de envidia, sí hay una concepción muy raquílica de Dios y de los demás, un antievangelismo espantoso y una lastimosa pérdida de tiempo y de paz.

La palabra de Dios nos hace revisar hoy nuestras “preferencias”; y todas las pretensiones de “preferidos”, de “elegidos”, que menoscaben la anchura universal del amor de Dios y menosprecien a otros hombres; todas las pretensiones de ser poseedores de la verdad en monopolio.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Se nos pide que entendamos el amor de Dios en su anchura propia de misericordia sin límites.

Se nos pide ensanchar nuestro amor, llevarlo hasta la generosidad del amor de Dios, hasta encarnarlo y darlo a los demás sin disminuirlo ni recortarlo, sin empequeñecerlo con nuestra mezquindad y nuestras envidias, con nuestra intolerancia y nuestro orgullo.

Sean cuales sean nuestras ideas, una cosa no podemos hacer nunca: negarle a un hombre el amor. Si somos progresistas, pero no tenemos caridad, nuestro progresismo es mentira. Si somos integristas, pero no tenemos caridad, nuestro integrismo es mentira. Si somos tradicionales, si estamos en el centro, si no somos de ningún grupo, pero no tenemos caridad, es mentira todo lo que pensemos. Y aunque estuviese revelado que tenemos la verdad, si nuestra verdad nos hace negar el amor a alguien, nuestra verdad es mentira.

Las preferencias de nuestro amor deben estar marcadas por el desinterés propio del amor de Cristo y por sus preferencias: los más necesitados, los más desfavorecidos, los que más sufren.

Si Dios está en nosotros —si estamos nosotros en Dios, mejor—, cabrán en nuestro corazón todos los hombres. Si no caben todos, es que estamos lejos de Dios, reclusos en nuestra propia pequeñez, perdidos en la soledad del egoísmo.

Cristo vivió la misericordia sin límites del Padre y la ofreció a los hombres. Su vida entregada y su sangre derramada por todos los hombres para el perdón de los pecados, son la puesta en la historia y el ejercicio más eficaz y convincente de esa misericordia divina en favor de los hombres.

Si alguna preferencia tuvo Cristo, fue en favor de los desfavorecidos, de los pecadores, de los sin méritos.

La eucaristía nos actualiza y nos da la misericordia del Padre en Cristo muerto y resucitado. La eucaristía nos une, al nivel de hombres pecadores, débiles deficientes y sin méritos, que necesitan la restauración profunda que obra el amor de Dios en nuestro mundo injusto.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

El pueblo hindú, el pueblo chino, el pueblo musulmán han visto nacer amantes apasionados de la divinidad, profundos maestros de teología, ascetas admirables, místicos que rivalizan con los nuestros en el brillo de la unión deseada con el absoluto y lo eterno.

Dios es infinitamente misericordioso: ha querido dejar entrever su gloria a través de tantas voces de sus hijos.

Incluso aunque lo ignoren, muchos de ellos están inscritos en la Iglesia invisible que figura y prepara la transformación de la Iglesia visible en Iglesia universal.

G. PAPINI

Nada me dolería tanto
como encontrarme en el cielo yo solo.

GOETHE

Soy optimista y, a pesar de las numerosas referencias pesimistas que nos ofrece el panorama mundial, creo que existen grandes sectores juveniles con deseos de modificar, de construir un mundo más justo; existe interés en una acción comunitaria. Se insiste en la incorporación de grandes sectores a la civilización contemporánea; se subsanan errores de las estructuras. Asistimos a una época abierta al optimismo por los numerosos progresos que se preparan.

J. ROF CARBALLO

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Ex 17, 3-7

ESTE texto hay que verlo encuadrado en la sección del libro del Exodo que pone al descubierto el cansancio del pueblo, su desconfianza y su infidelidad, y revela la fidelidad constante de Dios. El pueblo ve sometida a prueba su fe y su confianza en el Señor a través de las durezas de la estancia nómada en el desierto. Cada vez que le aprieta el hambre, la sed o el cansancio y el desánimo ante la lejanía de la "tierra prometida", se harta, se le nubla el sentido de todo y maldice hasta de que Dios les haya liberado de la esclavitud de Egipto; se pone exigente con Dios. Y cada vez que se hunde así el pueblo y le falla a Dios, aparece el "signo" de la fidelidad del Señor a través de Moisés que encarna y transmite la presencia y la protección de Dios sobre el pueblo. Así Moisés les puede echar luego en cara: "¿está o no está el Señor en medio de vosotros?".

El texto de hoy recoge el fallo ante la sed y el "signo" del agua que brota de la roca en el Horeb, en pleno desierto. La tradición de estos signos de la roca y del agua recorrerán la historia de la salvación en la "memoria" de la fide-

lidad del Señor que vivirá en el pueblo y se incorporarán al culto que recuerde las "maravillas" del Dios-salvador; y el rito conmemorativo del agua en la fiesta de las tiendas o los tabernáculos, de los judíos, servirá a Cristo para anunciar el don definitivo de lo que esa agua significa: el don de la vida inmortal por el espíritu de Dios.

En aquellos días, el pueblo, torturado por la sed, murmuró contra Moisés:

—¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?

Clamó Moisés al Señor y dijo:

—¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen.

Respondió el Señor a Moisés:

—Preséntate al pueblo llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva allí también en tu mano el cayado con que golpeaste el río y vete, que allí estaré yo ante ti, sobre la peña, en Horeb; golpearás la peña y saldrá de ella agua para que beba el pueblo.

Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel.

Y puso por nombre a aquel lugar Massá y Meribá, por la reyerta de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor diciendo: ¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?

Lectura evangélica: Jn 4, 5-42

Estamos ante el episodio evangélico del encuentro de Cristo con la Samaritana. La estruc-

tura literaria de esta narración es el diálogo. Un diálogo entre el Señor y la mujer de Samaría junto al pozo de Sicar, que crece en interés a medida que crece la revelación de Cristo como Mesías por medio de unos signos.

El primer signo que presenta el Señor a la mujer es el del “agua viva”: toma pie del agua que busca la mujer para hablarle de un “agua viva” que sacia la sed profunda de existir en plenitud porque es el Espíritu que vivifica con *vida eterna*, con vida de Dios, inmortal. La mujer no entiende bien el alcance de este signo. Parece que deduce que es un agua mejor, por eso la pide.

Y el Señor aprovecha la buena disposición de la mujer para darle el segundo signo: él conoce su interior, todo lo que ha hecho: que ha tenido varios maridos y que el que tiene actualmente no es suyo. La mujer comprende que está delante de un profeta, de uno que conoce los espíritus y habla en nombre de Dios. Por eso ahora es ella la que pregunta, probablemente no le era grata la conversación sobre su vida privada, pero el cambio de tema es el camino para el tercer signo.

Jesús instruye a la samaritana sobre el verdadero culto al Padre, la adoración en espíritu y en verdad, el reconocimiento y la adoración viviente en vez de unos ritos muertos, vacíos, mentirosos. Lo determinante no será ya el lugar ni la hora, ni nada material, será el Espíritu creador e intimador con el Padre, y la sinceridad en

dejarse llevar por él. Ya no será en Jerusalén ni en el monte Garizim —para los samaritanos— donde se centrará la adoración de Dios. La mujer cree que estos conflictos culturales y religiosos de los dos pueblos se resolverán cuando venga el Mesías. Entonces Cristo se revela claramente: “yo soy, el que te está hablando”.

Las escenas siguientes son una confirmación de la revelación mesiánica de Jesús. Los samaritanos aceptan a Cristo-mesías, creen en él, en su palabra. Cristo convive con ellos completando así la revelación que les ha transmitido la mujer.

En el episodio, al final, el texto intercala con la llegada de los discípulos alguna enseñanza de Cristo acerca de su vivir de la voluntad del Padre y acerca del estilo de trabajo en el reino: desinteresadamente y con la finalidad común única del reino.

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el manantial de Jacob.

Jesús cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial.

Era alrededor del mediodía.

Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice:

—Dame de beber.

(Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida).

La Samaritana le dice:

—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Jesús le contestó:

—Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.

La mujer dice:

—Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?

Jesús le contesta:

—El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

La mujer le dice:

—Señor, dame de esa agua; así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla.

El le dice:

—Anda, llama a tu marido y vuelve.

La mujer le contesta:

—No tengo marido.

Jesús le dice:

—Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho verdad.

La mujer le dice:

—Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.

Jesús le dice:

—Créeme, mujer; se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos.

Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y en verdad.

La mujer le dice:

—Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga él, nos lo dirá todo.

Jesús le dice:

—Soy yo: el que habla contigo.

En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: “¿Qué le preguntas o de qué le hablas?”.

La mujer, entonces, dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente:

—Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será éste el Mesías?

Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él.

Mientras tanto, sus discípulos le insistían:

—Maestro, come.

El les dijo:

—Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis.

Los discípulos comentaban entre ellos:

—¿Le habrá traído alguien de comer?

Jesús les dijo:

—Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra.

¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así se alegran lo mismo sembrador y segador.

Con todo, tiene razón el proverbio: “Uno siembra y otro siega”. Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron y vosotros recogéis el fruto de sus sudores.

En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: “Me ha dicho todo lo que he hecho”.

Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer:

—Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo.

Lectura apostólica: Rom 5, 1-2.5-8

Frente a una visión futurista en exceso de la salvación, Pablo afirma que la *justificación*, esa *gracia* del amor de Dios que cancela nuestra injusticia y nos pone en el ser su propia *justicia*, su bondad generosa, su vida limpia e inmortal, es ya un hecho donde hay fe. Es un hecho presente y su fruto y su señal preciosa es la *paz*; esa *paz* honda y difícil serena e inquieta, inson-

dable, extraña, inconfundible. Es un hecho presente que se apoya en la realidad histórica de que Cristo murió por todos, el Justo por los injustos, y ésta es la prueba del amor con que Dios nos ama eficazmente: por eso nos ha dado el Espíritu de Cristo, el Espíritu de Dios. Es un hecho presente pero inacabado: con esa paz extrañamente inquieta, el Espíritu —realidad del signo del “agua viva”— nos despierta la sed de *justicia* en plenitud y nos da la *esperanza* cierta de esa plenitud. Todo esto está en la *gracia* del Espíritu de ese Cristo que se nos dio en sacrificio de amor: nos pacifica ya con Dios y nos despierta y nos empuja hacia la comunión plena de su misma vida inmortal. Mientras, no ha de extrañarnos lo extrañamente inquieta que es la paz de Cristo.

Hermanos: Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en la que estamos; y nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios.

La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

No hace falta que la palabra de Dios nos pregunte si nuestra historia personal y colectiva no está jalonada por la duda, el cansancio y hasta por la rebelión contra Dios. No hace falta porque lo reconocemos.

En cambio, ¿conocemos nosotros bien el *don de Dios*? ¿hemos entendido la revelación de Cristo? Por trivial y excesiva que parezca esta pregunta, es decisiva. ¿Conocemos a Cristo tal como es? Pueden montarse numerosísimos cristianismos falsos a partir de numerosísimas falsas ideas acerca de Cristo, pero sólo puede existir un espíritu cristiano verdadero que es el propio del verdadero Espíritu de Cristo. Y, un poco en cada uno de nosotros, Cristo es falseado, su Espíritu es traicionado, el cristianismo es deformado. ¿Quién puede decir que en él habita el Espíritu de Cristo y ningún otro “espíritu”, ningún otro interés, que él se mueve sólo a impulsos del Espíritu de Cristo? Asegurarlo, ya sería sospechoso. Y sin embargo es preciso que nos lo preguntemos todos, como creyentes y como Iglesia, para reconocer con sencillez que nos mueven —a cada uno, a todos, a la Iglesia entera— otros intereses. No es propia de los creyentes y de la Iglesia “peregrinante” —andamos empolvados, sucios, querámoslo o no reconocerlo— la perfección consumada. Pero las aspiraciones, la inquietud, los deseos, ¿hacia dónde se dirigen? ¿buscamos con verdadera sinceridad y con la agilidad debida el Espíritu de Cristo, ser movidos por

él, vivir, sentir, planear, obrar desde él? Porque esa inquietante y purificadora aspiración sí que es esencial a la Iglesia y a cada creyente; sin ella no “peregrinamos”, nos instalamos.

Un interrogante muy concreto que salta desde la lectura evangélica de hoy: ¿aprobaría Cristo nuestro culto, nuestra liturgia actual —la forma oficial y su aplicación— como *adoración en espíritu y en verdad*?

Debemos preguntarnos también por nuestra paz. ¿Qué paz vivimos?, ¿la extraña, honda e inquietante paz de Cristo? Debemos preguntarnos por el *agua viva* de nuestro bautismo —el Espíritu—: ¿despierta, alimenta, sacia nuestra sed?; ¿de qué tenemos *sed*...?

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Sería repetir demasiado si no fuera tan esencial y no necesitásemos remarcárnoslo para vivirlo mejor: vivir en Cristo es existir fieles de verdad al Padre de un año a otro, de la mañana a la noche cada día, desde el uso de razón hasta que la muerte se coma nuestra carne. Claro, ¿quién no va a conocer en el desierto de esta vida el cansancio, la desorientación, la duda, el miedo? Estos son pasos inevitables en el camino de la dura fidelidad al Padre.

Hoy la fidelidad a Cristo necesita la autenticación de un mejor conocimiento del Señor por nuestra parte. Buscar apasionadamente al Cristo

verdadero, encontrarle y vivirlo presente en sus formidables consecuencias de entrega a él en los hombres, en el mundo que sufre, es una sed que habríamos de sentir. Porque el Espíritu está deseando saciarla —“agua viva”—. La paz —esa extraña paz— viene en esas aguas, brota de ahí y hacia ahí empuja su inquietante aguijón.

La asamblea eucarística bien vivida es espacio y momento para “conocer”, gustar y recibir el *don de Dios*. Todo el “don” de Dios. Cristo-mesías muerto y resucitado, presente en su Espíritu vivificante, dispuesto a despertar y a saciar esa *sed*... Pero es preciso que la misma eucaristía sea celebrada, vivida, *en espíritu y verdad*.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

“No existe más que una cosa necesaria: tener a Dios”. Quien no haya empezado por esto, corre el riesgo de que le falte perspectiva en el espíritu, y su pensamiento parecerá un paisaje sin horizonte.

CH. DU BOS

La verdadera paz, una calma superior a cualquier descripción y explicación, es la paz en medio de la tempestad y la tranquilidad en medio del desastre.

M. LUTHER KING

Sólo existe un cristiano auténtico, que es el propio Cristo, y nuestro cristianismo es meramente un conato más o menos intenso para ser cristianos.

IGNACE LEPP

Bienaventurado el hombre que no lee los anuncios comerciales,
ni escucha sus radios,
ni cree en sus slogans.
Será un árbol plantado junto a una fuente.

E. CARDENAL

El cristiano tiene que entrar con todas sus energías en la ruda tarea del mundo terreno. Si no, sería un traidor a Dios y a sus hermanos.

J.-M. TILLARD

Los más, que hasta el presente han vivido, o mejor dicho, sobrevivido, en las más precarias e inconfesables condiciones, afectados hasta la raíz de su decoro y dignidad de hombres, llaman con la voz fuerte, justa y sincera de la verdad a los menos, que han venido disfrutando de toda comodidad, abundancia y sobreabundantes riquezas, reclamando la función social de las mismas.

E. DIAZ

Y llegaré, de noche,
con el gozoso espanto
de ver,
por fin,
que anduve,
día a día,
sobre la misma palma de tu mano.

PEDRO M. CASALDALIGA

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

*Lectura del Antiguo Testamento:
Ex 20, 1-17*

ESTE texto sobre el decálogo está metido en el libro del Exodo con bastante violencia literaria. No parece que fuese éste su primitivo lugar, ni que la actual redacción fuese su redacción primera, que era seguramente más concisa. Se intercaló aquí para destacar la relación de esta codificación de las leyes de Israel con la alianza del Sinaí.

El decálogo es el núcleo de la ley de Moisés. Recoge principios de la ley natural y los eleva a ley divina. Su estructura está calcada en la de los pactos hititas, y esto revela la antigüedad de su contenido fundamental.

Primero declara el título de autoridad y señorío que Dios tiene sobre su pueblo y luego establece el ejercicio de este señorío en los mandamientos que son la expresión de su voluntad: unos pretenden el reconocimiento del señorío de Dios, y otros, la mayoría, regulan las relaciones con los demás miembros de la comunidad.

Por la obediencia a los mandamientos reconoce el pueblo la soberanía de Dios, responde a

su revelación y se muestra agradecido y fiel a su amor. El decálogo no es, pues, una imposición material de preceptos, sino la versión práctica de la presencia salvadora de Dios en la historia de su pueblo.

El Señor pronunció las siguientes palabras: Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí.

(No te harás ídolos, ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso: castigo el pecado de los padres en los hijos, nietos y biznietos, cuando me aborrecen. Pero actué con piedad por mil generaciones, cuando me aman y guardan mis preceptos).

No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso. Porque no dejará el Señor impune a quien pronuncie su nombre en falso. Fíjate en el sábado para santificarlo.

(Durante seis días trabaja y haz tus tareas, pero el día séptimo es un día de descanso, dedicado al Señor, tu Dios: no harás trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu ganado, ni el forastero que vive en tus ciudades. Porque en seis días hizo el Señor el cielo, la tierra, el mar y lo que hay en ellos. Y el séptimo día descansó; por eso bendijo el Señor el sábado y lo santificó).

Honra a tu padre y a tu madre: así se prolongarán tus días en la tierra que, el Señor, tu Dios, te va a dar.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No darás testimonio falso contra tu prójimo.

No codiciarás los bienes de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni un buey, ni un asno, ni nada que sea de él.

Lectura evangélica: Jn 2, 13-25

Mateo, Marcos y Lucas narran la expulsión de los mercaderes en el templo por Jesús, al final de toda la predicación de Cristo; en cambio Juan pone este pasaje al comienzo de su predicación, por considerar que esta intervención de Cristo tiene elementos claves para interpretar toda su actividad salvadora.

Cristo se manifiesta como enviado del Padre para instaurar una relación auténtica entre Dios y los hombres, es decir una verdadera religión. Y comienza por purificar el lugar de encuentro con Dios —el templo— de todo lo que lo impurifica y falsea e impide el reconocimiento íntimo del Padre en espíritu y verdad.

Como señal de que establece la nueva religión, Cristo propone un centro nuevo de adoración al Padre: su cuerpo resucitado, su humanidad glorificada. Juan ve la humanidad de Cristo como lugar histórico de la presencia divina, signo y centro del encuentro con Dios (Jn 1, 21). Y la fe es, radicalmente, la aceptación de Cristo como tal centro y signo.

En aquel tiempo se acercaba la pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y

bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo:

—Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.

Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: “el celo de tu casa me devora”.

Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron:

—¿Qué signos nos muestras para obrar así?

Jesús contestó:

—Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.

Los judíos replicaron:

—Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?

Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de lo que había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.

Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba del testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

Lectura apostólica: 1 Cor 1, 22-25

Pablo se ve obligado a corregir los partidismos que han surgido en la comunidad de Corinto. Unos eran de Pedro, otros de Pablo, otros de Apolo. Parece que las preferencias se apoyaban en la “sabiduría” de los que exponían el evangelio. Por eso Pablo contraponen la “sabiduría” o planes de Dios, a la “sabiduría” de los grupos que entre ellos dividían entonces a los hombres: judíos y griegos.

Para las miras humanas de la “sabiduría” judía, es una locura el mensaje cristiano que anuncia que el plan de Dios se realiza mediante Jesús de Nazaret, un hombre que termina sus días muerto en una cruz. La sabiduría judía espera un mesías triunfal, milagrero... Para los caminos humanos de la sabiduría griega, el mensaje cristiano era una necesidad por sus líneas simples, humanas, nada retóricas ni retorcidas, no envueltas en grandiosos argumentos.

Frente a esas sabidurías, se alza la de Dios: lo que para los hombres es necesidad, para Dios es auténtica sabiduría; lo que para los hombres es debilidad, es fuerza para Dios. El evangelio va por caminos extraños a los hombres, pues la salvación no se realiza como ellos piensan.

Hermanos:

Los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría. Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los griegos; pero para los llamados a Cristo —judíos o griegos— fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues, lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios más fuerte que los hombres.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra que condenó a los mercaderes por explotación del templo y rectificó las ideas y prácticas religiosas desviadas, condena hoy toda “utilización” del “templo”, de la fe y de la institución religiosa, y rectifica las prácticas que no están iluminadas por la fe en la persona del salvador.

Sufrimos una espantosa desvalorización de los signos sacramentales a causa de la falta de claridad y profundidad en la fe. Las nuevas generaciones que han crecido en medio de una práctica sacramental pobre, individualista y moralizante, desertan de los sacramentos porque no les ven sentido alguno. La palabra profética del concilio no ha sido admitida por todos, ni ha podido purificar suficientemente lo que falsea e impide la fe de adoración al Dios de Jesucristo “en espíritu y verdad”.

La palabra que condenó en boca de san Pablo las divisiones de los cristianos en función de ideas y de interpretaciones humanas, condena nuestras divisiones de escuela, de tendencias, de doctrinas, de grupos, que llevan dentro la escisión.

Todas las ideas falsas que tengamos sobre Dios se ven condenadas por la palabra que leemos hoy. Aun después de habernos revelado Cristo al Dios de la realidad que es Padre, amor, verdad, vida, seguimos tal vez adorando a un Dios lejano, al Dios del temor, al Dios del premio y el castigo en función exclusiva de nuestros méritos, al Dios de las prácticas muertas que está en lugares materiales y no en el corazón del hombre. Nuestros caminos para llegar a Dios, siguen sin ser sus caminos. Los planes de Dios, el mensaje, la vida, la muerte y la resurrección de Cristo, siguen siendo extraños a nuestras razones, sentimientos y planes humanos que proyectamos a la religión hasta hacernos un cristianis-

mo a nuestra medida y no a medida de Dios y de Cristo. En el fondo y en verdad, ¿no seguimos sin conocer el don de Dios?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

La palabra nos propone a Cristo como único camino que llega a Dios, pues Cristo es el camino por donde él nos viene; como único templo o ámbito verdadero de la presencia de Dios; como signo definitivo de su amor para el encuentro y la comunión con él, y, en él, con todos los hombres.

El cristianismo es Cristo. Y encarnar el cristianismo en el mundo de hoy es encarnar en él al único Cristo: el Cristo del evangelio que proclama la verdad, el Cristo que sufre pasión y muerte, el Cristo que resucita, el Cristo que ama sin ningún límite al Padre y a todos los hombres.

De nosotros depende que el cristianismo —Cristo— siga visiblemente vivo y activo en el mundo de hoy, o que muera detrás de las caricaturas que crea la incultura y el primitivismo religioso, y detrás de las caretas que pinta la hipocresía. No es suficiente la buena voluntad para ser explícitamente cristianos: hay que creer en Dios, obedecerle, adorarle y vivirle como él quiere, como ha querido ya en Cristo. El, que es el gran otro, distinto a todas las imágenes de Dios que nosotros inventamos, se nos ha revelado en Cristo: en él nos ama y nos salva, en él quiere ser amado y obedecido.

La persona de Cristo es el definitivo lugar histórico —o “templo”— de la presencia de Dios para los hombres. Después de la resurrección, Cristo toma “cuerpo” visible en la Iglesia, en la comunidad, en los creyentes, y en sus signos sacramentales que él instituyó para sensibilizar su presencia y dar incesantemente el don del Espíritu vivificante.

La eucaristía, como todos los otros signos de la presencia y la acción de Dios en Cristo, no tiene sentido sino por la fe que acepta a Cristo como salvador. Hemos de “purificar” nuestras misas, nuestras reuniones eucarísticas, autenticarlas, para evitar que sean hoy esos “lugares” de religión falseada abolidos por Cristo, a fin de que en ellas se viva la adoración al Padre en espíritu y verdad, en la verdad del Espíritu de Jesús por la fe.

Es Cristo el “templo” o ámbito viviente de encuentro con el Padre; y ese templo toma cuerpo hoy en la comunidad o reunión de los cristianos en asamblea, que es signo visible de la presencia de Cristo resucitado. El templo de piedra o de madera es funcional: toma su valor del signo viviente que es la comunidad y, en última instancia, del gran signo que es Cristo, presente en sus fieles reunidos.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Cristo arrojó a los mercaderes del templo, flagelando a hipócritas y fariseos. Esta es la acción

directa más intensa. Y al mismo tiempo, detrás de sus actos había una dulzura infinita...

GANDHI

En el corazón del silencio es donde habita Dios. Allí está su morada, no en el viento, no en el temblor de la tierra, menos aún en el ruido de palabras que hacemos sin cesar, sino en lo más profundo de nosotros mismos, allí donde no llegan las voces del mundo.

JULIEN GREEN

Ese *gran otro* es totalmente inaccesible a una identificación o a una reducción a la medida de los fantasmas o de las imaginaciones. Si existe el *gran otro* sólo puede ser en ese sentido precisamente, porque entonces es verdad *otro* no “demostrable”, y no reductible a las dimensiones de nuestro deseo.

MARC ORAISON

Yo te siento, Señor, no te conozco,
tu espíritu me envuelve.
Si conozco contigo,
si eres la luz de mi conocimiento,
¿cómo he de conocerte, Inconocible?
La luz por la que vemos
es invisible.
Creo, Señor, en ti sin conocerte.

MIGUEL DE UNAMUNO

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:

Ex 3, 1-8 a.13-15

Moisés tuvo que huir de Egipto, donde el pueblo hebreo sufría la esclavitud. Y en el desierto completa con su experiencia y su iniciación al nomadismo, humana y religiosamente, su personalidad que será la base humana para la misión que Dios le dará. El texto que leemos describe un “encuentro” clave de Moisés con Dios en orden a esa misión. Todo ocurrió en realidad más sencilla e íntimamente de lo que nosotros leemos en el texto si tomamos al pie de la letra la descripción. Con ocasión de un lugar sagrado y algunos signos propios de la religión de aquella tribu nómada, acaso en medio de algún fenómeno natural, Moisés profundizó en la realidad de la esclavitud del pueblo en Egipto y tomó conciencia aguda de la voluntad salvadora de Dios. ¿Estuvo Dios en el corazón de Moisés y no en la zarza, como dice algún autor, o más bien estuvo Moisés en el corazón de Dios? Lo cierto es que bajo el ropaje literario de las imágenes del texto se expresa la toma de conciencia de los planes de Dios y ese encuentro íntimo en que Dios responsabiliza a un hombre al profundizar en las situaciones y los acontecimientos

humanos. Y en esta trama humana se *revela* Dios y así se teje la historia de la salvación de la humanidad.

Moisés se sintió llamado a intervenir en la liberación del pueblo querida por Dios, y necesitaba el *nombre* de Dios como señal de fuerza para actuar. Y ese nombre, “soy el que soy”, interpretado de diversas maneras por la exégesis bíblica, revela a Dios sin desvelarlo por entero; sea que signifique una evasiva para no decir su nombre, sea que, en otra traducción —“seré el que seré”—, quiera decir que se dará a conocer con los hechos, actuando, en la historia, lo cierto es que no es posible obtener el nombre propio de Dios ni mucho menos dárselo. Lo importante es que se trata del “Dios de los padres, de Abraham, de Isaac, de Jacob”: el Dios viviente y actuante en la historia con un plan salvador, el Dios de la alianza y de las promesas de salvación profunda de los hombres.

En aquellos días, pastoreaba Moisés el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián; llevó el rebaño transhumando por el desierto hasta llegar a Horeb, el monte de Dios .

El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consumirse.

Moisés se dijo:

—Voy a acercarme a mirar este espectáculo admirable, a ver cómo es que no se quema la zarza.

Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza:

—Moisés, Moisés.

Respondió él:

—Aquí estoy.

Dijo Dios:

—No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado.

Y añadió:

—Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.

Moisés se tapó la cara, temeroso de ver a Dios.

El Señor le dijo:

—He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Voy a bajar a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel.

Moisés replicó a Dios:

—Mira, yo iré a los israelitas y les diré: el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntan cómo se llama este Dios, ¿qué les respondo?

Dios dijo a Moisés:

—“Soy el que soy”. Esto dirás a los israelitas: “Yo-soy” me envía a vosotros.

Dios añadió:

—Esto dirás a los israelitas: el Señor Dios de vuestros padres, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre: así me llamaréis de generación en generación.

Lectura evangélica: Lc 13, 1-9

Lucas une dos “signos” dados por Cristo como llamada a la conversión. Un signo es el hecho

de la muerte que alcanzó a unos en una reprensalia y a otros en un accidente. El Señor mismo excluye que éstos a quienes llegó la muerte de imprevisto lo “mereciesen” más que los demás. Todos los hombres han de convertirse. Y no para evitar la muerte, como si ella fuera un castigo que sorprende a los no convertidos. No. La *conversión* profunda a Dios lleva en sí el aceptar la muerte como prueba definitiva de fe y confianza en Dios. Hay que convertirse no para huir de la muerte, sino para estar dispuesto a ella. Ahí está la muerte —estará siempre ahí, a la vista—, siempre “sorprendente”, como el signo más vivo de nuestra condición, señalando a los hombres la conversión sincera como única “salida”.

El segundo signo de llamada a conversión lo da Cristo en forma de parábola: la higuera existente y es cuidada para que dé fruto, y tiene su plazo, tiene su tiempo contado...

En aquella ocasión, se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó:

—¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no. Y si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.

Y les dijo esta parábola:

Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

Dijo entonces al viñador:

—Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?

Pero el viñador contestó:

—Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, el año que viene la cortarás.

Lectura apostólica: 1 Cor 10, 1-6.1-2

Pablo escribe a los cristianos de Corinto que con sus sacramentos se creen seguros y se permiten abusar de ellos. Y el apóstol les da la lección que ha quedado en la historia de salvación para todos los que llegan a vivir entre los “signos” de Dios. Le recuerda Pablo que los “padres” en la fe, los miembros del pueblo de Dios, que era Israel, tuvieron sus “signos” de Dios, sus “sacramentos”, dice Pablo: su “bautismo” en la nube y el mar, su “comida” y “bebida” en el maná y el agua que fueron signos de Dios en el desierto. Y a muchos no les valió de nada; perecieron. Por tanto, “el que se cree seguro, ¡cuidado!, no caiga”. Cuidado, que los sacramentos no aseguran nada a nadie por sí solos, y son siempre “signos” que al exigir la difícil fe-libre-comprometida, entrañan el riesgo de verse fallados.

Hermanos: No quiero que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atrave-

saron el mar y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo. Pero la mayoría de ellos no agradaron a Dios, pues sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto.

Estas cosas sucedieron en figura para nosotros, para que no codiciemos el mal como lo hicieron nuestros padres.

No protestéis como protestaron algunos de ellos, y perecieron a manos del exterminador.

Todo esto les sucedía como un ejemplo: y fue escrito para escarmiento nuestro, a quienes nos ha tocado vivir en la última de las edades. Por tanto, el que se cree seguro, ¡cuidado!, no caiga.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Juicio a la profundidad de nuestra fe y de nuestra vida. ¿Profundizamos en nuestra existencia —situaciones, actos, sentimientos, planes— y en las situaciones y acontecimientos en que a diario nos vemos envueltos o que conciernen a los demás? Diremos que es difícil hoy, que no hay tiempo para profundizar, ni información, ni datos, ni libertad, ni perspectivas... Y todo puede ser cierto. Pero, en definitiva, ¿no vivimos superficialmente? Resbalamos por los acontecimientos y los acontecimientos resbalan por nosotros; ni calamamos en ellos ni nos calan. Con esta lluvia de información —y además dirigida—, con estas prisas de vivir, con este acostumbrarnos a todo, con tanto culto a la sensación y tanta cul-

tura dirigida a la masa y digerida en masa, con tanto barniz y tanta apariencia y tantas y tantas cosas más, no existimos en la profundidad, sino que nos movemos por la corteza de las cosas. Y, así, ni percibimos el alcance de lo que ocurre, ni captamos la gravedad de las situaciones, ni pensamos, ni vemos, ni nos encontramos de verdad con los demás, ni nos encontramos con Dios, ni nos comprometemos, ni nos responsabilizamos. ¿Es serio esto; es humano, es cristiano?

Y así escasean en la Iglesia los hombres proféticos. Aparte de que en numerosas esferas se tiene alergia a esa palabra y se persigue o se desplaza al hombre que llega a penetrar hasta ahí. Pero, ¿por qué arrastramos tantas, tantísimas vidas, situaciones, estados, estructuras y condicionantes mil que nos mantienen alejados del evangelio? Porque, esto sí que no hay quien lo niegue con el evangelio en la mano.

... Y así le falta el mordiente, la capacidad de juicio y crítica y la fuerza redentora al cristianismo de hoy. ¿Será que hoy no oye Dios las quejas de los oprimidos contra sus opresores, que ya no se fija en sus sufrimientos? ¿Es que ya no quiere liberarlos? No, ciertamente es que no las oímos nosotros, no nos fijamos, no los liberamos. ¿Faltarán hoy signos y llamadas para hacer que esta etapa de la historia sea también historia de salvación? Tenemos los signos y las llamadas en la realidad. Pero hay que profundizar... Y comprometerse. Y sin esto, ¿qué son esos otros signos, los sacramentos? ¿No abusamos de ellos,

no los falseamos? La advertencia de Pablo en la lectura de hoy de su carta a los cristianos de Corinto nos interroga y nos avisa.

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Debemos vivir la realidad, viendo, sintiendo, comprometiéndonos y actuando con la profundidad de los hombres-de-Dios. Hoy ya se va haciendo común admitir que el hombre de Dios es un hombre-de-Dios-y-de-los-hombres. La figura de Moisés en la primera lectura de hoy —interpretada con realismo— es un hombre de éstos, y a la altura de lo más “secular” a la vez que tan “sagrado”...

Es preciso que devolvamos al cristianismo la fuerza de juicio, de crítica de las situaciones y de redención y liberación de los hombres, que le hemos robado y que le corresponde tener según la palabra, la voluntad, la vida y la acción de Cristo. Porque no se trata más que de hacer que el cristianismo sea Cristo-hoy-en-nosotros-para-el-mundo.

La profundidad nos llama. Nos llama Dios desde lo profundo de la realidad. Nos llama a un encuentro con él y con los hombres, del que brota la misión y el compromiso. Se trata de que nos convirtamos de la superficie a la profundidad y a la trascendencia de la realidad; lo incluye la verdadera conversión a Dios.

La muerte-resurrección de Cristo es el acontecimiento histórico que condiciona ya para siempre toda la realidad y todo lo que acontece en el mundo. Nosotros no debemos desconectar su celebración en la eucaristía de los acontecimientos actuales. Debemos relacionar el signo de la eucaristía —y los otros signos sacramentales— con los signos de los hechos reales que acontecen en el mundo de los hombres, con las situaciones humanas, sobre todo con las situaciones que esclavizan la existencia de los hombres. Sin esta relación falseamos los sacramentos, los vaciamos, abusamos de ellos y no nos sirven de nada.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

El elemento decisivo en la actual situación del hombre occidental es su pérdida de la dimensión de profundidad... Y cuando el hombre se ha separado de la dimensión de profundidad, pasa entonces él mismo a formar parte del plano horizontal. Pierde su identidad y se convierte en una cosa entre las demás, en un factor del proceso ajustado y del consumo calculado... Pero la alegría eterna no la alcanzamos viviendo en la superficie. La alcanzamos si pasamos a través de la superficie, rompiéndola, y penetramos en los profundos estratos de nuestro yo, de nuestro mundo y de Dios... Porque en la profundidad está la verdad, en la profundidad está la esperanza, en la profundidad está la alegría.

¡Parad los coches, detened el tráfico!
 ¡Los hombres se hundén por doquier y nadie los mira!
 ¿Es que no podéis ver nada?

BERTOLT BRECHT

Viviendo plenamente la vida terrestre se termina por creer. Cuando se ha renunciado completamente a ser alguien —un santo, o un pecador convertido, o un hombre de Iglesia, un justo o un injusto, un enfermo o un sano— a fin de vivir inmerso en la multitud de tareas, cuestiones, éxitos y fracasos, experiencias y perplejidades —y a eso es a lo que yo llamo vivir en el mundo—, entonces se pone uno plenamente en las manos de Dios, se toma en serio, no el propio dolor, sino el de Dios en el mundo, se vela con Cristo en Getsemaní; tal es, según pienso, la fe, la “metanoia”; así es como se llega a ser un hombre, un cristiano.

D. BONHOEFFER

Quizás os asalte cierto escrúpulo al tener la impresión de invadir el terreno político. No se trata de ninguna manera de una política de partidos. Es el bien común lo que está sobre el tapete. Se trata de ayudar a liberar al mundo de una injusticia a escala mundial. Se trata de trabajar directamente por la paz mundial.

HELDER CÁMARA

Se trata de implicaciones políticas de la Iglesia, necesarias, normales; del deber de “contestación” de ciertas formas de la sociedad, o even-

tualmente de la Iglesia misma, en nombre del evangelio. He descubierto que he hecho demasiada teología de laboratorio, que no habla suficientemente a los hombres. A mis sesenta y seis años veo que el fundamento de mis convicciones y de las de mis contemporáneos data de antes de la guerra de 1939. Pero he visto que algo me interpela y que debo cambiar bajo la moción del espíritu.

Y. - M. CONGAR

Una iglesia que admite indiscriminadamente a la mesa eucarística a explotadores y explotados sin denunciar eficazmente esta degradante situación está “comiendo y bebiendo sin valorar el cuerpo del Señor”, o sea, sin atribuirle a la comida y bebida eucarística su valor de aglutinante social; por tanto, está cometiendo un tremendo sacrilegio: “come y bebe su propio castigo”.

J. M. GONZÁLEZ RUIZ



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

*Lectura del Antiguo Testamento:**2 Re 5, 1-15 a*

EN este texto, que relata la curación del general sirio Naamán, resalta el extraordinario poder que Dios había comunicado a su profeta. El ejercicio de este poder glorifica o manifiesta a Dios, que es reconocido: “ahora sé que no hay sobre la tierra otro Dios que el de Israel” (v. 15).

Al ocurrir todo —poder, manifestación y reconocimiento— en torno a la persona de un extranjero, queda patente que Dios desborda a Israel, que Dios es Dios de todos y Dios para todos. Aunque Dios elija un pueblo no se ata a él, y actúa fuera de él de mil modos en favor de cualquiera que esté disponible.

En aquellos días, Naamán, general del ejército del rey de Siria, era un hombre que gozaba de la estima y del favor de su señor, pues, por su medio, había dado el Señor la victoria a Siria. Pero este gran guerrero era leproso.

En una de las correrías, una banda de sirios había traído cautiva de Israel a una jovencita, que pasó al servicio de Naamán. Ella dijo a su señora: ojalá mi señor fuera a ver al profeta de Samaría: él lo libraría de la lepra.

Naamán fue a informar a su señor. Esto y esto dice la muchacha israelita. El rey de Siria le respondió: ven, que te voy a dar una carta para el rey de Israel. Naamán se puso en camino, llevando tres quintales de plata, seis mil monedas de oro y diez trajes. Y presentó al rey de Israel la carta, que decía: “Cuando recibas esta carta verás que te envío a mi ministro Naamán para que lo libres de la lepra”.

Cuando el rey de Israel leyó la carta rasgó sus vestiduras exclamando: ¿soy yo acaso un dios capaz de dar muerte o de dar vida, para que éste me encargue de librar a un hombre de su lepra? Fijaos bien y veréis que está buscando un pretexto contra mí.

Cuando Eliseo, el hombre de Dios, se enteró de que el rey había rasgado sus vestiduras, le envió este recado: ¿por qué has rasgado tus vestiduras? Que venga ése a mí y sabrá que hay un profeta en Israel. Vino Naamán, con sus caballos y su carroza, y se detuvo a la puerta de la casa de Eliseo. Eliseo le mandó un mensajero a decirle: ve, báñate siete veces en el Jordán y tu carne quedará limpia. Enojóse Naamán, y se marchaba gruñendo: yo me imaginaba que saldría en persona a encontrarme, y que en pie invocaría el nombre del Señor su Dios, pasaría su mano sobre la parte enferma y me libraría de la lepra. ¿Es que los ríos de Damasco, el Abana y el Farfar, no valen más que todas las aguas de Israel? ¿No puedo bañarme en ellos y quedar limpio? Dio media vuelta y se marchó furioso. Pero sus siervos lo abordaron diciendo: padre, si el profeta te hubiera prescrito algo difícil, ¿no lo habrías hecho? Cuanto más si lo que te prescribe es simplemente que te bañes para quedar limpio.

Entonces Naamán bajó y se bañó siete veces en el Jordán, según la palabra del hombre de Dios, y su carne quedó limpia como la de un niño. Volvió

con su comitiva al hombre de Dios y se le presentó diciendo: ahora reconozco que no hay dios en toda la tierra más que el de Israel.

Lectura evangélica: Lc 4, 24-30

Lucas sintetiza en una sola narración tres visitas de Jesús a Nazaret. La lectura recoge lo que se refiere a la tercera visita. El pasaje está situado al principio de la vida ministerial de Jesús, con un valor simbólico en orden a la interpretación del ministerio de Jesús en su país.

Cristo acusa de falta de fe a sus compatriotas, les echa en cara que no creen en su palabra; él no es profeta en su tierra. Y aduce dos casos relatados en el Antiguo Testamento en que los paganos extranjeros acogen la palabra de un profeta con preferencia sobre los ciudadanos del pueblo de Dios porque están más disponibles. Entre estos dos casos, el del sirio Naamán, leído hoy mismo en la otra lectura.

Lo que Cristo afirma, y que subleva a la gente de Nazaret, es que la gracia y la salvación no se atan a nadie; están sueltas con la soltura de la libre generosidad de Dios; se ofrecen a todos y se dan a quien las acoge con fe sencilla, fiándose de la palabra del Señor o de sus enviados.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue

enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán el sirio.

Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Cristo que echó en cara a sus conciudadanos su falta de fe y su menquindad, nos pregunta a nosotros: ¿es profeta hoy Cristo entre nosotros, los cristianos, los de su pueblo? ¿Nos fiamos en verdad de él, damos crédito a su palabra hasta ordenar por entero nuestra vida en función de su mensaje? ¿Tenemos en cuenta su palabra a la hora de juzgar, sentir, planear, obrar, vivir?

Nos pregunta esa palabra si nosotros tenemos una visión suficientemente universal del Dios salvador y de su acción y su gracia, o si lo empequeñecemos con nuestros particularismos mezquinos. Es mezquindad creer que Dios no se da a los que no son como nosotros, a los que viven la fe de otro modo, a los que, fieles a su conciencia, prescinden de cosas de que nosotros no prescindimos porque nuestra conciencia nos lo exige. Es mezquindad negar validez al pluralismo ante Dios; al pluralismo universal de religiones, y al pluralismo entre cristianos dentro de la Iglesia.

En nombre del Dios que es amor universal y no excluye a nadie, nosotros excluimos a muchos a causa de nuestras fórmulas y de nuestras formulaciones que apreciamos más que a los otros y más que a Dios; la verdad que defendemos es "nuestra" verdad. Quien excluye a alguien de Dios, se está excluyendo él mismo. Es horrendo que duren hoy posturas tan de exclusivas y de exclusión, tan de desprecio, de odio y de enfrentamiento, al amparo de la religión y dentro de ella. Es horrendo que aún se enarbole a Dios como bandera para tener "contrarios", para excluirllos, despreciarlos, echarlos y matarlos.

Una cosa es cierta: quien niega su amor a alguien, no está en Dios, ni Dios está en él.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Es cierto: si no amamos realmente a todos los hombres, no encarnamos el amor de Dios en el mundo de hoy. Quien excluye de su amor a un solo hombre, ya no ama con el amor de Dios.

Los cristianos debemos superar por entero los particularismos, segregaciones y exclusiones que no caben en el amor universal de nuestro Dios. El mapa del mundo está hoy lleno de distancias, vacíos, desconfianzas, recelos, envidias, enfrentamientos, rupturas, odios y muertes (el mapa de un mundo en que tanto se habla de pluralismo, tolerancia, solidaridad, universalidad...). Y el mundo de los cristianos está igual, a pesar del Cristo que tenemos y de su evangelio. Si un mal

día se hace pedazos el evangelio ante el mundo entero a manos de quienes se llaman "cristianos" en Belfast, o de quienes se lo llaman en cualquier capital de cualquier nación, no es menos trágico que tengamos hecho pedazos el evangelio en el corazón la mayoría de los cristianos por nuestra cotidiana mezquindad.

Dios es tan inmenso que ciertas diferencias que a nosotros nos parecen excluyentes, se integran en él maravillosamente. Lo que no excluye a un hombre del corazón de Dios, lo excluye de nuestro corazón. La verdad es que ninguna diferencia debe excluirllos a unos de otros: si sabemos aceptarlas, las diferencias nos complementan, nos unen, nos enriquecen.

El Cristo que anunció la universalidad de la gracia o amor salvador de Dios, murió "por todos los hombres".

La eucaristía tiene en sí el dinamismo universal de amor y de gracia propio de esa muerte de Cristo; es el sacramento de su cuerpo entregado y de su sangre derramada "por todos los hombres", en alianza de amistad universal.

Es preciso que los cristianos no le robemos a la eucaristía nada de su dinamismo de amor universal. Es necesario que vivamos en la eucaristía la solidaridad viva con toda la Iglesia y con todos los hombres, la fraternidad universal; y que esta vivencia se exprese en la oración por todos, en el ofrecimiento del sacrificio de Cristo "por todos", como él lo vivió, en la comunión con todos. Si no salimos de la eucaristía querien-

do a todos los hombres, es que no hemos entrado con Cristo en el amor universal del Dios de todos los hombres.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Las ideologías religiosas han engendrado las guerras religiosas, por desgracia; esta es la división que menos comprendo y menos acepto, pues, el hecho de tener un mismo Padre no debería dividirnos sino unirnos.

P. PIRE

Los cristianos dicen que se aman, pero yo creo que se detestan sin saberlo; por eso cogen la cruz por el otro extremo y la convierten en una espada y nos hieren con ella... cogen la cruz y la vuelven al revés, la vuelven al revés, Dios mío...

SCHWARZ-BART

¿Cómo puede ser fraternal el que se cree en posesión de la verdad absoluta?

GANDHI

Todos tenemos conciencia de que existen los "otros", pero la mayoría negamos a los otros, en cuanto diferentes, el derecho a existir. Pocos hombres asimilan la riqueza contenida en la diversidad y en la obligación de respetar a los otros. Muchos tienden a unificarlo todo, pero a su imagen; a reunirlo todo, pero en torno a ellos; y esto no se hace sin fastidiar a la mayoría.

P. PIRE

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Dan 3, 25. 34-43

ESTE fragmento pertenece a las adiciones griegas, llamadas "deuterocanónicas", con que la versión de los Setenta completa el original hebreo de la Biblia (otras adiciones son 3, 24-33, los capítulos 13 y 14).

La lectura es una parte del himno que canta Azarías, llamado "himno de los tres jóvenes" por tener de fondo la descripción literaria de los tres jóvenes que, arrojados al horno de fuego por no adorar los ídolos babilónicos, son respetados por el fuego.

El canto es en realidad una oración que interpreta los duros momentos que pasa o ha pasado Israel (persecución de Antíoco Epífanes, entre los años 164-167). El desastre ha sido total, pues han perdido las instituciones claves del pueblo: "príncipes, profetas y jefes"; ahora no tienen ni posibilidad de celebrar sus ritos religiosos (v. 38).

Lo único que les queda es la fidelidad del Señor a la alianza. Y a ella acude Azarías: pide al Señor que no la rompa, que mantenga la actitud de amor que ha tenido siempre con su pueblo.

Ellos le presentan lo único que pueden y tienen: el arrepentimiento de los pecados, el sacrificio del corazón.

La oración es una exaltación de la misericordia ilimitada del Señor y de su fidelidad, como apoyo que mantiene la esperanza de Israel.

En aquellos días, Azarías oró al Señor diciendo: Señor, Dios nuestro: por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia. Por Abraham tu amigo, por Isaac tu siervo, por Israel tu consagrado: a quienes prometiste multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, como la arena de las playas marinas.

Pero ahora, Señor, somos los más pequeños de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra, a causa de nuestros pecados. En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia.

Por eso, acepta nuestro corazón contrito, y nuestro espíritu humilde, como un holocausto de carneros y toros, o una multitud de corderos cebados; que éste sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia: porque los que en ti confían no quedarán defraudados.

Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos y buscamos tu rostro: no nos dejes defraudados; trátanos según tu clemencia, y tu abundante misericordia: líbranos con tu obrar admirable y da gloria a tu nombre, Señor.

Lectura evangélica: Mt 18, 21-35

En el capítulo 18 de su evangelio ha recogido Mateo las principales enseñanzas de Cristo sobre la vida de la comunidad cristiana. La última enseñanza se refiere al perdón que deben darse siempre los cristianos, como exigencia de su vida de amor fraterno.

El perdón, como el amor, debe ser ilimitado y absoluto. Obliga a todo el que entra en la comunidad cristiana, pues todos han recibido el perdón de Dios absoluta e ilimitadamente. Esta es la lección que se desprende de la parábola con que el Señor aclara que hay que perdonar “senta veces siete”, es decir siempre.

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces? Jesús le contesta: no te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y les propuso esta parábola:

Se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así.

El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: ten paciencia conmigo y te pagaré todo. El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo: págame lo que me debes.

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: ten paciencia conmigo, y te lo pagaré. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía.

Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: ¡siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdóné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?

Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo si cada cual no perdona de corazón a su hermano.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios describe situaciones que acontecen repetidamente en la historia de los hombres; y cada vez que ocurren, los hombres que las viven son iluminados y juzgados por la palabra que describe el desenlace bíblico de la situación. Sin ser alarmistas, ¿quién no ve que en la Iglesia vivimos una crisis que nos pone en cuestión muchas "seguridades" que antes parecían firmes? ¿Reaccionamos nosotros con esa sencillez que es la humildad, la conversión, la penitencia, el desprendimiento de situaciones pasadas llenas del esplendor de los privilegios y de la seguridad propia de ciertas creencias y poderes? ¿Podemos decir nosotros hoy con verdad, en la presente situación de la Iglesia: "acepta, Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde: ahora te seguiremos de todo corazón, te respetamos y buscamos tu rostro"?

La palabra evangélica de hoy nos hace un juicio conciso y concreto pero tremendamente decisivo, pues nos juzga acerca de algo que, siendo esencial en el amor cristiano, es de lo más duro: ¿perdonamos?: ¿perdonamos a fondo, siempre que es necesario, sin excepción ninguna?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

En la actual situación de crisis eclesial, caben dos reacciones inaceptables: 1. resistirse a dejar situaciones, formas y seguridades periclitadas que la Iglesia manda dejar como peso muerto que frena la marcha hacia Dios y hacia los hombres; 2. tirar realidades y valores positivos, tirar incluso la fe, en reacciones que son deserción. Esta reacción última, confirma a los otros reaccionarios en su postura; y esos otros reaccionarios empujan a éstos al cansancio y a la deserción.

Sólo cabe una reacción positiva: conversión, sencillez, purificación, disponibilidad auténtica: con esto hay solución "evangélica" para todo.

El mundo de hoy necesita con tremenda urgencia que los cristianos encarnemos la palabra de Cristo que nos manda perdonar una y todas las veces que sea preciso. Es un mensaje vivo de amor que necesitan hoy los pueblos, los grupos, los hombres todos. El amor-propio ofende, suscita la ofensa contra la ofensa y provoca la guerra. El amor evita la ofensa o, si es preciso, perdona la ofensa, desarma y asegura la paz.

Cristo descendió a la condición de la humanidad doliente y desterrada, y se puso a vivir buscando el rostro del Padre, por la obediencia que es conversión incesante, penitencia, sacrificio y negación de sí mismo. Su vida desprendida, sus sufrimientos y su muerte lo llevaron ante el rostro glorioso del Padre en la luz plena de la intimidad de su amor.

Y eso fue su mediación eficaz en el perdón: buscó el rostro del Padre para todos, para que el Padre nos mirase con amor a todos y todos viésemos claramente su amor. Cristo medió en el perdón de Dios a todos los hombres, y vivió ese gesto decisivo del amor que es el perdón. En la eucaristía nos entregó para siempre su vivencia, su mediación, su amor que perdona.

Hay que insistir porque es esencial: quien no perdona, no puede participar en la eucaristía; quien niega el amor negando el perdón, se excluye del amor, se niega a recibir el perdón.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Diecisiete años tenía,
el enemigo llegó.
Envainó el sable a un costado
y su mano me tendió.
El amor que yo sentía
fue una fuerza celestial.
No comprenden que le ame
y no le quiera entregar.

BERTOLT BRECHT

Sin desarme de los espíritus y de los corazones, el desarme de las manos es irrealizable. Yo saco esta conclusión: entre dos seres o dos comunidades que han depuesto las armas pero permanecen hostiles, no existe la paz.

P. PIRE

El triunfo sobre el otro sólo se consigue haciendo que su mal termine muriendo, haciendo que no encuentre lo que busca, es decir la oposición, y con esto un nuevo mal con el que pueda inflamarse una vez más. El mal se debilita si, en vez de encontrar oposición, resistencia, es soportado y sufrido voluntariamente. El mal encuentra aquí un adversario para el que no está preparado. Naturalmente, esto se da donde ha desaparecido el último resto de resistencia, donde es plena la renuncia a vengar el mal con el mal. En este caso, el mal no puede conseguir su fin de crear un nuevo mal, y queda solo.

D. BONHOEFFER



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

*Lectura del Antiguo Testamento:**Dt 4, 1. 5-9*

FRAGMENTO del primer discurso del Deuteronomio. El autor pretende fundamentar teológicamente todo el código legislativo que se incluye en este libro (c. 12-26). Da las razones siguientes:

1. la ley es una consecuencia de la alianza: su observancia manifiesta la fidelidad a la alianza;

2. por eso, el cumplimiento de la ley garantiza los frutos de la alianza: posesión de la tierra prometida, supervivencia como pueblo y como pueblo extraordinario, único (v. 8);

3. es el camino por el que Israel cumplirá la misión que tiene entre las demás naciones: ser señal de que el Señor está con ellos y ha hecho con ellos un pueblo perfecto (v. 6);

4. finalmente, las leyes justas y santas de Israel son signos de la intimidad del Señor con su pueblo (v. 7).

Los prodigios obrados por el Señor a lo largo de la historia de Israel, son una garantía de su presencia en el pueblo que revaloriza los mandamientos, y una fuerza para cumplirlos.

Habló Moisés al pueblo, diciendo: ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os enseñé a cumplir: así viviréis, entraréis y tomaréis posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar.

Mirad: yo os enseñé unos mandatos y decretos, como me ordenó el Señor mi Dios, para que obréis según ellos, en la tierra que vais a entrar, para tomarla en posesión.

Guardadlos y cumplidlos, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra prudencia, ante los demás pueblos, que al oír estos mandatos dirán: “Cierto, es un pueblo sabio y prudente esta gran nación”; porque, ¿cuál de las naciones grandes tiene unos dioses tan cercanos? Y, ¿cuál de las naciones grandes tiene unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que hoy os voy a promulgar?

Pero, cuidado: guárdate muy bien de olvidar los hechos que presenciaron tus ojos, que no se aparten de tu memoria mientras te dure la vida.

Lectura evangélica: Mt 5, 17-19

Esta lectura es una recopilación de sentencias con las que Mateo describe el pensamiento de Cristo sobre la ley mosaica; pensamiento desde el que el Señor revisará los principales mandamientos de la ley en el sermón del monte, al cual precede este texto.

La postura de Cristo respecto a la ley no es la de un transgresor, ni la de un destructor. La ley merece todo el respeto que le ha dado el Antiguo Testamento; pero Cristo tiene una misión concreta respecto de ella: llevarla a plenitud: es

decir, descubrir lo que hay en ella de bueno, de permanente, de voluntad y presencia del Padre, y formularlo en su plenitud claramente, liberándola de minuciosidades, adherencias y deformaciones.

Cristo destruye toda la envoltura humana de la ley, los preceptos concretos, aplicaciones minuciosas que hacían imposible o ridículo su cumplimiento y ocultaban su verdadero contenido.

Por eso en la revisión que hace Cristo de la ley (Mt 5, 20-48), algunos preceptos concretos son llevados hasta sus últimas consecuencias por el amor. La ley sólo tiene valor en cuanto es expresión del amor de Dios a los hombres; su observancia ha de plantearse desde el amor, y su cumplimiento debe ser expresión del amor a Dios; si falla el amor, se reduce a minuciosidades vacías y ridículas. Desde el amor, la observancia de la ley es signo de que somos pueblo de Dios: en esto conocerán que sois mis discípulos —en el amor— y no en las observancias minuciosas sin amor.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: no creáis que he venido a abolir la ley o los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Se nos condena todo desprecio a la ley del Señor entendida como él la dio y la interpretó; toda desobediencia, transgresión, inobservancia.

Se nos condena también toda depreciación de la ley; su desvalorización, su reducción de ser libertadora expresión del amor para el amor, a ser esclavizante imposición negadora del amor (sin duda, esta desvalorización de la ley, esta depauperación, es culpable de la mayoría de los desprecios que se le hacen).

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Si amamos de verdad, podremos hacer lo que queramos seguros de que cumpliremos la ley de Cristo: pues si amamos de verdad, querremos hacer lo que él quiere que hagamos. Y esta es la libertad de los hijos de Dios: que en nada se esclavizan porque todo lo hacen por amor.

No nos esclavicemos por la ley, pues la ley libera en el amor que hace cumplir la ley, y el amor libera en la ley que manda amar. La clave de la "observancia" en la nueva alianza, es el amor. La observancia es fruto del amor. Pero, nos es muchísimas veces más fácil esclavizarnos en un cumplimiento minucioso y vacío de la ley, sin amor, que liberarnos en la ley por el amor. Al fin y al cabo, el egoísmo, que es lo fácil y lo corriente, es lo que más esclaviza; y el amor, que es lo que libera, es lo más difícil y lo más escaso.

Cristo supo rebelarse contra las malas aplicaciones de la ley y, a la vez, supo cumplir la ley de su verdadero espíritu. Y decidió eliminar los abusos y explicitó el corazón de la ley: el amor. Redujo al amor toda la ley: nos mandó amar al Padre, amarnos, amar a todos los hombres. Y esta ley de la alianza nueva nos califica como pueblo suyo, si es que la cumplimos.

La eucaristía es el sacramento de la nueva alianza: signo del amor de Dios, sello de la ley nueva y definitiva del amor. La eucaristía nos da el amor y nos pide amar.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Una religión negativa: no harás esto, no harás lo otro. ¡Nunca! Sino un amor a Dios tan profundo, tan intenso, que brote a flor de labios siempre, constantemente. Esto es lo positivo, lo único capaz de mantener en pie contra viento y marea.

GUY DE LARIGAUDIE

El amor, aspiración de las almas a la comunión humana y a la solidaridad, es la ley superior y única de la vida, ley reconocida por los sabios y expresada claramente por Cristo.

GANDHI

Los hombres pasan su tiempo “sacándose los ojos agradablemente”, y el inmenso horno de la caridad de Dios, se lo ocultan a sí mismos.

JULIEN GREEN

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Jer 7, 23-28

EN los capítulos 7-20 del libro de Jeremías se han recogido unos oráculos del profeta pronunciados en el reinado de Yoyaquín de Judá (aproximadamente del 609 al 598 a. d. C.). Casi todos los oráculos se refieren de alguna manera al culto. Un culto decadente, formalista, que está presagiando la caída del reino de Judá, con lo que el pueblo de Dios quedará desintegrado (el reino del norte ya había sido aniquilado en el 721, con la conquista de Samaría por Sargón II de Asiria).

Jeremías quiere demostrar que el culto formalista ha nacido de la infidelidad a la alianza. A pesar de que el Señor hizo ver que lo esencial es escuchar su voz, obediente, los israelitas centraron su cuidado en holocaustos y sacrificios vacíos, sin fidelidad interior ninguna. Ahora tampoco aceptan la palabra del Señor, anunciada por Jeremías. No hay lealtad entre aquella gente: sólo guardan las formas. Un pueblo así, es calificado como el que “desoye la voz del Señor”, el que “no ha querido aprender”. Se barrunta el castigo de la ruina.

Esto dice el Señor: ésta fue la orden que di a mi pueblo: escuchad mi voz. Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo: caminad por el camino que os mando, para que os vaya bien.

Pero no escucharon ni prestaron oído, caminaban según sus ideas, según la maldad de su corazón obstinado, me daban la espalda y no la frente. Desde que salieron vuestros padres de Egipto hasta hoy les envié a mis siervos los profetas, un día y otro día; pero no me escucharon ni prestaron oído: endurecieron la cerviz, fueron peores que sus padres.

Ya puedes repetirles este discurso, que no te escucharán; ya puedes gritarles, que no te responderán. Les dirás: aquí está la gente que no escuchó la voz del Señor su Dios y no quiso escarmentar. La sinceridad se ha perdido, se la han arrancado de la boca.

Lectura evangélica: Lc 11, 14-23

Entre las notas con que Lucas describe el camino de Cristo hacia Jerusalén, resalta la creciente enemistad de los representantes del judaísmo oficial contra el Señor. Este fragmento descubre la raíz de esta enemistad: se niegan a admitir que Dios pueda realizar prodigios y señales de salvación, como curaciones, al margen de la religión oficial y establecida que ellos representan.

Los fariseos y escribas no reconocen la palabra de Cristo ni sus obras como fuerza de Dios. Ante los hechos, tienen que buscar una explicación y blasfeman: Cristo expulsa los demonios por el poder recibido del príncipe de los demonios. La réplica de Cristo deshace en su raíz este argumento absurdo.

Los representantes de la religión oficial rechazan a Cristo, y esto es la mejor demostración de lo absurdo y fanático que es cualquier formalismo religioso.

En aquel tiempo, Jesús estaba echando un demonio que era mudo, y apenas salió el demonio habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios.

Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo en el cielo. El, leyendo sus pensamientos, les dijo: todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú; y vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros.

Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo, está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra acusa y condena ese curioso fariseísmo que nace de agarrarse de tal forma a la ley y a las fórmulas, que, en su nombre y para su defensa, combate las manifestaciones del Espíritu como "i-legales".

Es muy cierto que cabe el error de tomar por cosa del Espíritu, lo que no lo es. Pero, no es

menos cierto que cabe el error de condenar como error o abuso, lo que es cosa del Espíritu.

¿Va a ser tan simplista la acusación a Cristo, de que era un perturbador del orden de la ley? Debemos reflexionar acerca de la ceguera que traen consigo ciertas posturas legalistas, ceguera contra la que nadie está del todo vacunado. Hay muchos modos de repetir y actualizar esa acusación...

A unos y a otros, a todos, nos acusa hoy la palabra de Dios con esta frase de Jeremías: "se ha perdido la sinceridad". Nadie que aspire a ser sincero dirá que ya lo es suficientemente...

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Nadie está libre de caer en ese fanatismo que, de distintas maneras, combate al Espíritu. Y este fariseísmo sólo es posible en los que estamos dentro de la Iglesia. Nadie está libre, la autoridad tampoco. La autoridad somete a los que la ejercen a una constante tentación: la responsabilidad del orden se apoya en la seguridad de la ley y tiende a asegurar la ley; es normal, y, dentro de esa actitud normal, está el riesgo del formulismo que restringe y anula el campo de visión de la espontaneidad del Espíritu, espontaneidad que llega a ser vista como inseguridad, como peligro, como mal.

Hace tiempo que se anunció en la Iglesia una era del Espíritu. ¿Que dónde está? Puede resultar blasfemo preguntarlo, como puede ser blasfe-

mo sonreírse ante cada signo del Espíritu, juzgado y condenado legalistamente. Ciertamente, donde sopla el Espíritu, no sufre el espíritu de la ley.

Hoy necesitamos todos el sentido del Espíritu para respetar al Espíritu y permitirle actuar un poco más a través de nosotros mismos. Lo necesitamos todos para no abusar de él: unos para no abusar por carta de más, otros para no abusar por carta de menos.

Necesitamos la sinceridad. Cuando tengamos la difícil sinceridad que nos exige el Espíritu de Cristo, tendremos el Espíritu en la abundante medida en que lo da el Señor; y lo tendremos con la mayor naturalidad. Y todo irá mejor. Por algo la etapa "celeste" de nuestro vivir, estará toda dominada por el Espíritu, ya sin trabas humanas.

Cristo murió víctima de la acusación que le hicieron los representantes de la religión oficial: que era un blasfemo, un poseído del mal para el mal.

Nosotros sabemos que poseía el Espíritu para el bien, que era un poseído del amor para el amor. Sabemos que el morir como murió, como un malhechor, fue su gran gesto de bienhechor. Lo sabemos y lo proclamamos en el sacramento de su muerte, que es la eucaristía.

La eucaristía —igual que Cristo mismo y que todo lo suyo— sólo se entiende y sólo se vive desde el Espíritu, desde la fe. Cuando falta la fe y

el legalismo invade la celebración de la eucaristía, caemos en el fariseísmo negador del Espíritu, el que acusó a Cristo y lo mató. Corremos todos el riesgo de descender hasta aquí y no nos damos cuenta; manejamos a Cristo con una despreocupación alarmante.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Estoy aquí dispuesto a someterme de buena gana a la pena más severa que pueda ser infligida por lo que es, según la ley, un crimen deliberado, y a mi parecer, constituye el primer deber de un ciudadano. Jueces, no podéis escoger: tenéis que dimitir y no continuar por más tiempo asociados al mal, si consideráis que la ley que estáis encargados de aplicar es mal y que en realidad soy inocente, o bien infligirme la pena más severa, si creéis que el sistema y la ley que debéis aplicar son buenos para el pueblo y que mi actividad, por consiguiente, es perniciosa para el bien público.

GANDHI

Unos cuantos hemos vivido una experiencia. Estamos completamente seguros ahora de que no se puede ser totalmente cristiano, hoy día, por poco que lo seamos, sin ser revolucionarios.

E. MOUNIER

Si quieres ser un verdadero reformador, te son necesarias tres cosas. La primera es sentir. ¿Te sientes auténticamente atraído hacia tus hermanos? ¿Sientes de verdad que en el mundo hay

tanta miseria, tanta ignorancia y tanta superstición? ¿Sientes profundamente que los hombres son hermanos tuyos? ¿Ha penetrado este pensamiento todo tu ser? ¿Circula por tu sangre? ¿Se encuentra presente en cada nervio, en cada fibra de tu cuerpo? ¿Estás completamente impregnado de este sentimiento? Si es así, solamente has dado el primer paso. Es necesario que te preguntes inmediatamente si encuentras algún remedio. Las viejas ideas están tal vez llenas de superstición, pero, dentro de ellas y a su alrededor, existen pepitas de oro puro y de verdad. ¿Conoces algún remedio para conservar este oro solo, separado por completo de impurezas? Si lo has encontrado, no es más que el segundo paso. Una sola cosa te es necesaria. ¿Cuál es tu móvil? ¿Estás seguro de que no te empuja la sed de oro, de fama o de poder? ¿Estás verdaderamente seguro de que puedes permanecer fiel a tu ideal y perseverar en él, aunque el mundo entero pretenda aplastarte? ¿Estás seguro de que sabes lo que quieres y que cumplirás con tu deber y nada más que con tu deber, aunque se halle en juego tu vida? ¿Estás seguro de que continuarás la lucha mientras tengas vida, mientras tu corazón tenga fuerzas para latir una vez más? Si es así, entonces eres un verdadero reformador, un maestro, una bendición para la humanidad.

GANDHI

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Os 14, 2-10

EL libro de Oseas, que ha descrito la alianza del Señor con su pueblo en la imagen de una relación esponsal llena de infidelidades por parte de Israel, exhorta a conversión y anuncia una purificación de Israel.

Los oráculos terminan con el anuncio de la salvación o la vuelta al amor fiel (véase la introducción a la primera lectura de mañana).

La conversión o vuelta al amor de Dios, será una renovación de la intimidad amorosa como está descrita en los "orígenes" de la humanidad del paraíso. Por eso el profeta la describe con imágenes que evocan el recuerdo del paraíso: Israel florecerá, fructificará en abundancia y estará cuidada por el Señor como un huerto querido. Estas imágenes se adaptan estupendamente a un pueblo estepario como evocadoras de la dicha.

El profeta sugiere al pueblo las palabras precisas con que ha de expresar su arrepentimiento: religión sincera, no centrada en sacrificios materiales y vacíos, ni acompañada de pactos extra-

ños con otros pueblos (en el v. 4 se alude a la alianza con Egipto y Asiria).

El último párrafo del oráculo del profeta (v. 10) es una adición tardía de estilo "sapiencial".

Esto dice el Señor Dios: Israel, conviértete al Señor Dios tuyo, porque tropezaste con tu pecado. Preparad vuestro discurso, volved al Señor y decidle: perdona del todo la iniquidad, recibe benévolo el sacrificio de nuestros labios.

No nos salvará Asiria, no montaremos a caballo, no volveremos a llamar dios a la obra de nuestras manos. En ti encuentra piedad el huérfano.

Yo curaré sus extravíos, los amaré sin que lo merezcan, mi cólera se apartará de ellos. Seré rocío para Israel, florecerá como azucena, arraigará como un álamo. Brotarán sus vástagos, como de olivo será su esplendor, su aroma como del Líbano. Volverán a descansar a su sombra: cultivarán el trigo, florecerán como la viña, será su fama como la del vino del Líbano.

Efraín, ¿qué me importan los ídolos? Yo le respondo y lo miro: yo soy ciprés frondoso, de mí proceden tus frutos.

¿Quién será el sabio que lo comprenda, el prudente que lo entienda? Rectos son los caminos del Señor, los justos andan por ellos, los pecadores tropiezan en ellos.

Lectura evangélica: Mc 12, 28-34

En el capítulo 12 recoge Marcos una serie de cuestiones discutidas entre Cristo y los grupos sociales más representativos de Israel: saduceos,

fariseos, herodianos y legalistas o escribas. La última cuestión que le plantean estos grupos a Cristo, antes de que el Señor tome la iniciativa en el diálogo (12, 35) es la referente al mandamiento principal de la ley; en el fondo, le preguntan qué es lo esencial en la religión verdadera.

Y lo esencial lo sintetiza el Señor en el precepto del Deuteronomio (6, 4-5) sobre el amor incondicional y absoluto a Dios, completado con el del Levítico (19, 18) sobre el amor al prójimo.

Es significativo que el escriba le pregunte por un mandamiento —el primero— y que Cristo responda con dos; el escriba entiende que en la mente de Cristo los dos forman el mandamiento decisivo; Marcos pone en boca del escriba la afirmación que resuelve el asunto: “Amar a Dios con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y al prójimo como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios” (v. 23).

La verdadera religión consiste, pues, en el amor a Dios y al prójimo. Lo que esté fuera del campo de este amor, aunque se revista de ropaje religioso, será lo que llaman los profetas “religión formalista”, hipocresía, simple casuística o filigranas especulativas, al estilo de las que narra Marcos en este c. 12, v. 13-27.

En aquel tiempo, uno de los letrados se acercó a Jesús y le preguntó: ¿qué mandamiento es el primero de todos?

Respondió Jesús: el primero es, “Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es éste: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que éstos.

El letrado replicó: muy bien, maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es único y no hay otro más que él y hay que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios.

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: no estás lejos del reino de los cielos. Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

A lo largo de la cuaresma se repite varias veces este juicio decisivo que hoy nos hace la palabra de Dios: ¿amamos de verdad a Dios con todo el ser, y amamos al prójimo como a una parte de nosotros mismos? Quien escuche esta pregunta que nos hace la palabra y, en un arranque de sinceridad, le permita llegar a todos los rincones de su ser, se estremecerá. Estremecimiento saludable, pues, reconocer con valentía lo que aún no amamos, a la vez que es estar en la verdad de nuestra vida egoísta, es una condición indispensable para liberarnos del egoísmo y llegar a amar como debemos amar.

¿En qué medida existimos para Dios y existimos para el prójimo? ¿Hasta qué punto existimos para nosotros mismos, y no para Dios ni para el prójimo? Amar al prójimo como a sí mismo

es exactamente lo contrario de amarse a sí mismo en el prójimo. ¿Hemos dado a nuestra fe este realismo y esta fuerza exigente y formidable del amor?

La palabra que hoy juzga nuestro amor al prójimo nos pregunta a cada uno: ¿quién es tu prójimo?; ¿cuántas personas viven en ti como parte de ti mismo? ¿A cuántas personas dejas aún fuera de ti? Porque, a quienes dejas fuera de tu vida, fuera de tu atención, de tu preocupación, de tu ayuda, o al menos de tu amor, aunque sólo sea bajo la forma del interés y la disponibilidad, les dejas sin vida en ti; y esto es una manera de dejarles morir.

¿Cuántos y quiénes viven dentro de nosotros, como parte de nosotros mismos? ¿De cuántos y de quiénes nos preocupamos en serio?; ¿por cuántos sufrimos? Esta es la cuestión. Pues, si somos bien sinceros, veremos que hemos endulzado el amor de mala manera, lo hemos “idealizado”, lo tenemos lleno de ideas, de sentimientos y hasta de exquisiteces sentimentales y afectivas para con unos poquitos, acaso para con una sola persona; y, mientras tanto, el prójimo —cada una de las muchas personas que constituyen nuestro prójimo, más o menos lejos, más o menos cerca, incluso muy cerca— se muere de hambre y de soledad.

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Sólo creemos de verdad con fe cristiana, en la medida en que de verdad amamos con ese amor

que hace vivir la entrega a Dios y al prójimo de un modo muy realista; tendiendo a la plenitud de ese amor, sin reservarnos nada; aceptando el sacrificio de nosotros mismos que ese amor requiere.

Decirnos a nosotros mismos que hemos de amar así, es pedirnos una conversión sincera y continua, porque el amor es siempre nuevo y siempre de nuevo nos pide arrancarnos de nosotros mismos, negar nuestro amor propio, nuestro egoísmo, nuestro orgullo, nuestra comodidad, nuestra pereza y nuestras inatenciones, para pensar en cada prójimo, quererle, servirle y ayudarle de verdad. El amor, o se vive así o no existe.

Es “prójimo” el esposo y la esposa, los hijos, los padres, los hermanos, el novio y la novia, cada amigo; pero hay más “prójimo”; y el amor que vivimos con esos “prójimos” tan próximos debe lanzarnos a querer a más personas y a quererles mejor. Todos los hombres son nuestro “prójimo”, pero ante todo los que más sufren; y quererles como parte de uno mismo es sufrir con su dolor y hacer lo posible y lo imposible por remediárselo; si es preciso morir del dolor del prójimo, hay que amar hasta morir; al fin y al cabo, amar hasta morir es el modo más verdadero de morir hasta amar.

Cristo amó al Padre con todo el corazón, con toda la mente y con todo el ser, y amó al prójimo como a sí mismo. Y su prójimo fueron todos los hombres. Nos lo dice su palabra, su vida, sus

obras, su sufrimiento y su muerte. Nos lo dice su resurrección.

La existencia salvadora de Cristo —existió para el Padre y para todos los hombres— sigue siendo la misma hoy, pero con la fuerza de expansión universal propia de su Espíritu de Señor resucitado. Ahora él existe para el Padre y para todos los hombres, en ese amor suyo que se nos comunica de un modo peculiar por los sacramentos. La eucaristía es el sacramento central de su existir así y del don actual de su amor.

Debido a su carácter de signo eficaz del amor pleno de Cristo al Padre y a su prójimo, que somos todos, la eucaristía es, por parte nuestra, una profesión de amor (sólo siendo una verdadera profesión de amor, es una profesión de fe verdadera). Profesión de fe en ese amor inmortal y universal de Cristo al Padre y a todos los hombres. Profesión que es compromiso, expresión de una decidida voluntad de vivir en ese amor, llevándolo con realismo a la vida diaria; sin “ilusiones”, sabiendo que comprometerse a amar así, es comprometerse a vivir muriendo todos los días.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Amar hasta morir de amor a alguien cuyo rostro no se ha visto nunca y cuya voz no se ha oído jamás: en esto consiste el cristianismo. Un hombre está de pie ante una ventana viendo caer la nieve, y súbitamente se desliza dentro de él una alegría que no tiene nombre en lengua hu-

mana. En lo más hondo de este minuto singular experimenta una tranquilidad misteriosa, que no es turbada por ningún cuidado temporal; allí está el refugio, el único, porque el paraíso no es otra cosa que amar a Dios, y no hay más infierno que el no estar con Dios.

JULIEN GREEN

Los grandes problemas están en la calle. Yo he aprendido la libertad en Marx; la he aprendido en la miseria. Quince mil francos franceses al mes, y Tristán no tiene ya nada que decirle a Isolda. También el amor es un lujo. Es vergonzoso ser dichoso uno solo.

A. CAMUS

Pueden no reconocer a Cristo en el “otro”, pero en la medida que hayan respondido a la llamada de lo incondicional en el amor, han respondido a Cristo, porque Cristo es la “profundidad” del amor...

J. T. A. ROBINSON

Empezad por dar vuestra vida para salvar a los que mueren.

RADHAKRISHNAN

Me dicen: “¡Come y bebe! ¡Goza de lo que
Pero, ¿cómo puedo comer y beber [tienes!”
si al hambriento le quito lo que como
y mi vaso de agua le hace falta al sediento?
Y, sin embargo, como y bebo.

BERTOLT BRECHT

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Os 6, 1-6

OSEAS ha anunciado castigos duros contra Israel que culminarán en el abandono de Dios (4, 1 - 5, 15). Es una perspectiva dura. El profeta piensa en la consternación del pueblo y la conversión que provocarán los castigos; pero prevé que el arrepentimiento será interesado y pasajero, para evitar un castigo mayor y conseguir que se acaben las calamidades presentes.

El texto que leemos describe los rasgos de esta conversión interesada: el Señor los curará y les volverá a dar la prosperidad material (v. 2. 3). Pero también señala el camino de la auténtica conversión: no el ofrecimiento interesado e hipócrita de holocaustos, sino el amor, el conocimiento o posesión amorosa de Dios (v. 6).

Tenemos de nuevo el tema de la religión auténtica, de las relaciones sinceras con Dios, que se basa únicamente en el amor.

Esto dice el Señor:

En su aflicción madrugarán para buscarme y dirán: ¡ea, volvamos al Señor! El nos desgarró, él nos

curará; él nos hirió, él nos vendará. En dos días nos sanará, el tercero nos resucitará, y viviremos delante de él.

Esforcémonos por conocer al Señor: su amanecer es como la aurora y su sentencia surge como la luz. Bajará sobre nosotros como lluvia temprana; como lluvia tardía que empapa la tierra. “¿Qué haré de ti, Efraín? ¿Qué haré de ti, Judá?”

Vuestra misericordia es como nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora. Por eso os herí por medio de profetas, os condené con las palabras de mi boca. Porque quiero misericordia y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos”.

Lectura evangélica: Lc 18, 9-14

La parábola del fariseo y del publicano es una clara imagen de la conversión interesada y egoísta y de la conversión auténtica.

El fariseo, encarnación del formalismo religioso, se cree incluso con derechos ante Dios porque “no es como los demás hombres”: guarda los ayunos, paga los diezmos, no roba, no adultera, no comete injusticias (al menos, él lo dice); pero —si lo hace— todo lo hace “satisfecho” de sí mismo y para su propia satisfacción; y como está lleno de sí, no deja lugar a Dios, no le caben el perdón y la gracia de Dios: ¿cómo va a ser “justificado” o perdonado?

El publicano encarna la penitencia o conversión auténtica, que es la base de una verdadera relación con Dios. No tiene nada que pueda aducir como mérito para atraer la gracia de Dios: sólo los pecados; pero es precisamente esa radical

humildad de reconocerlo y de buscar solución —salvación, perdón— en Dios, lo que llama a Dios y le permite entrar en este hombre: y baja a su casa “justificado”, perdonado, lleno de Dios.

Así, esta parábola encarna dos posturas bien claras: fariseo es todo el que se cree bueno, porque ni mata ni roba, porque cumple unas leyes, hace unas prácticas, porque... por lo que sea; y no ama, menosprecia a los otros, ve en ellos fallos y culpas, se siente superior. Publicano —que en esta lectura equivale a ser objeto del amor de Dios— es quien se reconoce pecador, se humilla ante Dios y se ve inferior a los otros, porque no los juzga y en cambio se juzga a sí mismo y ve sus propios fallos; esta radical sencillez, es lo único que necesita Dios para regalar su amor.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios esclarece hoy la verdad o la mentira de nuestras conversiones. Todos hemos vivido más de una conversión falsa: superficial, aparente, sentimental, momentánea, interesada. La palabra condena el fariseísmo que nos hace creernos buenos porque hacemos unas cuantas cosas, porque nos parece que los hay peores que nosotros. Muchas veces, el cumplimiento de algunas cosas, el no tener grandes fallos ni pecados “graves”, nos crea la falsa conciencia de que cumplimos y estamos bien. En la vida cristiana, es muy mal síntoma no tener de qué arrepentirse y de qué confesarse; pasar tiempo y tiempo creyendo que no hacemos nada malo.

La palabra condena ese fariseísmo que busca en el cristianismo, en la misma fe, vivir satisfechos y llenos de nosotros. Satisfechos a nivel personal, por las cosas que hacemos y vivimos, por nuestra buena conducta. Satisfechos a nivel comunitario, de Iglesia, por lo que hacemos, lo que renovamos o mantenemos, por lo que planeamos y escribimos, por lo que realizamos. Este fariseísmo no nos deja ver lo mucho que no hacemos, lo que no renovamos, lo que no vivimos, lo mucho que nos falta, lo mucho en que fallamos...

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Cada cristiano debe sentirse un “publicano” cualquiera: un pecador que es incesantemente perdonado. La Iglesia no es en esta tierra un pueblo de perfectos, sino de pecadores; no es un pueblo de auto-santificados, sino un pueblo de santificados —justificados— por el perdón de Dios en Cristo.

Y en esto consiste la verdadera conversión: en dejar de creer en nosotros mismos para creer en Dios; en dejar de apoyarnos en nosotros para apoyarnos en él; en dejar de pensar en nosotros para pensar en él y en los demás; en vaciarnos de nosotros mismos para que él nos llene.

No tengamos miedo de reconocer y confesar continuamente nuestras deficiencias y fallos. No temamos mostrarnos deficientes y pecadores. El verdadero testimonio de santidad no es la fachada de una aparente perfección que no tenemos

—y esto es nuestra única verdad—, sino la sencillez de reconocer los propios límites y pecados, pedir siempre perdón y confiar siempre en Dios, sabiendo que él nos acepta como somos; no es de nuestra santidad de lo que hemos de dar testimonio, sino de la santidad de Dios, de Cristo; no de nuestra bondad, sino de su bondad.

Lo mismo a nivel personal que a nivel de Iglesia, es sospechoso que vivamos tan satisfechos de lo que hacemos. Ya es hora de que cambiemos de actitud, y, en vez de publicar a los cuatro vientos todo lo que hacemos y de decir que todo está bien, publiquemos todo lo que no hacemos y digamos lo que está mal. Hoy ya no engañamos a nadie, sólo nos engañamos a nosotros mismos.

El cristiano es, por naturaleza y vocación, un “insatisfecho” de sí mismo. Reconocerse y confesarse así, es tener la base indispensable para la conversión continua. Donde siempre hay pecado y deficiencia, siempre debe haber conversión. Esta es la actitud permanente del cristiano en esta tierra: la del publicano. No lo dudemos: donde no hay conversión incesante, hay incesante pecado.

Si Cristo trajo en sus manos la misericordia, el amor y el perdón del Padre, fue para los necesitados de perdón. En realidad lo trajo para todos, pues todos lo necesitamos, pero sólo se lo da a los que lo buscan y lo piden porque reconocen que lo necesitan. Cristo murió por los pecadores que se reconocen y se confiesan pecadores.

En todos los sacramentos la acción salvadora de Cristo está condicionada a la receptividad de los hombres: exigen al hombre la conciencia sencilla y sincera de deficientes, “perdidos”, necesitados de la salvación que buscan en Cristo. La eucaristía también.

En la eucaristía, sólo encuentra la presencia viva de Cristo, y sólo recibe el don, su Espíritu que “justifica”, perdona y salva, el “publicano”...

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Ahora trepa demasiada gente a la cruz, sólo para que los vean desde más lejos, aunque para encaramarse haga falta patear al que desde hace tiempo está clavado en ella... Demasiados cristianos han decidido prescindir de la generosidad para practicar la caridad.

A. CAMUS

Señores: todos somos crueles, todos somos monstruos; por culpa nuestra lloran las madres y los niños, pero entre todos, lo proclamo, ¡yo soy el peor! Cada día, golpeándome el pecho, juraba enmendarme, y cada día caía en las mismas vilezas. Ahora comprendo que los seres como yo necesitan un golpe del destino al que poderse asir como a una soga; necesitamos una fuerza exterior que nos domine. ¡Yo nunca me hubiera enmendado por mí mismo! Pero el rayo ha caído. Acepto las torturas de la acusación, la vergüenza pública; ¡quiero sufrir y redimirme por el sufrimiento! Tal vez lo conseguiré, ¿verdad, señores?

F. DOSTOIEVSKI

Cuando me dicen que los "sin techo" son gente tarada, respondo que sí, que entre ellos los hay, pero que no hay más que entre la gente de salón; la sola diferencia es que ellos se emborranchan con vino tinto en vez de emborracharse con *cock-tail*. Es la misma humanidad, con lo bueno y lo malo. Hay de todo. Buscadme un grupo de 200 ó 300 familias burguesas en el que no haya individuos tarados. Tomad 300 familias de cualquier ambiente social; la proporción de individuos tarados no es mayor en los "sin techo", y la única diferencia es que éstos tienen más excusas. Algunos han vivido siempre en condiciones en las que si yo hubiera tenido que vivir seguramente no hubiera conservado lo que ellos han conservado de virtudes y dignidad.

ABBÉ PIERRE

Señor, si quieres que crea en ti, dame la fe. Si quieres que te ame, dame el amor. Yo no tengo nada ni puedo nada. Te doy lo que tengo: mi debilidad, mi dolor; y esta ternura que me trae sufrimientos y que tú conoces bien... Y este cansancio, esta falta de confianza en mí y esta vergüenza... Mi mal, nada más que mi mal... Esto es todo. ¡Y mi esperanza en ti!

MARIE-NOËL

¿Qué hemos hecho para impedir que un grupo muy pequeño de privilegiados amase sus riquezas a expensas de la miseria de la gran masa? ¿Qué hemos hecho para impedir que millones de hijos de Dios caigan en una condición de infra-hombres en una infra-vida humana?

HÉLDER CÁMARA

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
1 Sam 16, 1 b.6-7.10-13 a

ESTE pasaje sobre la unción de David como rey y escogido de Dios ofrece un hecho que se repetirá en la Biblia como una constante que revela las preferencias de Dios por los “pequeños”, los ignorados, los que a los ojos de los hombres no cuentan nada. El prefiere al “menor” sobre el “mayor”, al “indigno” sobre el “digno”, al “pecador” sobre el “justo”. Basta con que el menor, el indigno, el pecador, sean sencillos y reconozcan lo que son. El texto dice claramente que, mientras “el hombre mira las apariencias, el Señor mira el corazón”.

En aquellos días, dijo el Señor a Samuel:

—Llena tu cuerno de aceite y vete. Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí.

Cuando se presentó, vio a Eliab y se dijo: “Sin duda está ante el Señor su ungido”.

Pero el Señor dijo a Samuel:

—No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la

mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón.

Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo:

—A ninguno de éstos ha elegido el Señor.

Preguntó, pues, Samuel a Jesé:

—¿No quedan ya más muchachos?

El respondió:

—Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño.

Dijo entonces Samuel a Jesé:

—Manda que lo traigan, porque no comeremos hasta que haya venido.

Mandó, pues, que lo trajeran; era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia.

Dijo el Señor:

—Levántate y úngelo, porque éste es.

Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos.

Lectura evangélica: Jn 9, 1-41

Este texto forma parte de una sección del evangelio de Juan en la que el evangelista muestra a Cristo manifestándose a los hombres claramente —como “luz”— y ante él los hombres toman diferentes posturas, desde la fe a la incredulidad y al odio. Al manifestarse la luz que es Cristo, se clarifican las actitudes de los hombres.

En el marco de la fiesta de las tiendas que celebra precisamente la presencia de Dios entre los hombres, el evangelista enfrenta ya defini-

tivamente a Cristo-luz con los jefes de la nación judía y con el pueblo, y presenta el juicio de la "luz".

Se abre la lectura con un signo de Cristo: la curación de un ciego de nacimiento que tiene un claro valor simbólico. A propósito de este signo de la luz se inicia el juicio. Aparentemente juzgan al hombre curado, iluminado por Cristo, pero en realidad están juzgando a Cristo y le condenan por dar luz a los hombres.

Las líneas ideológicas del texto son claras:

—Cristo ilumina a los hombres. Lo significa mediante la curación del ciego de nacimiento. Y al iluminarlos busca por encima de todo, y en particular por encima de las cos-tum-bres y prescripciones legalistas de los hombres, la salvación de la persona;

—el ciego busca la luz, busca ser iluminado. Es iluminado y cree en Cristo. En este hombre están simbolizados todos los ciegos, los enfermos, los pobres que sienten la necesidad de Dios, lo buscan, lo llaman y creen en él;

—los jefes de la nación judía no se ven necesitados de luz, no la buscan, sino que la juzgan porque ilumina, porque salva, y en circunstancias que, según ellos, son ilícitas. Los jefes representan a todo el que cree ver muy claro, a todo el que está muy seguro de sí mismo. Son los que dicen que ven. Y, según la última afirmación de Cristo, éstos son los más ciegos y los que no tienen posibilidad de curar porque no

reconocen su ceguera. Esta ceguera los lleva al extremo de condenar a la luz en persona. Condenan como perjudicial para los hombres y blasfemo contra Dios al hijo fiel de Dios hecho hombre al servicio del bien de los hombres.

El diálogo del juicio está teñido en ironía trágica. El evangelista ve que mientras las tinieblas envuelven a los que se creen jefes del pueblo de Dios, la luz va iluminando a los sencillos, a los ciegos: "He venido a este mundo para un juicio: para que los que no ven, vean; y los que ven, queden ciegos".

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento.

Y sus discípulos le preguntaron:

—Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?

Jesús contestó:

—Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifestaran en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.

Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo:

—Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa enviado).

El fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban:

—¿No es éste el que se sentaba a pedir?

Unos decían:

—El mismo.

Otros decían:

—No es él, pero se le parece.

El respondía:

—Soy yo.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos). También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.

El les contestó:

—Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

Algunos de los fariseos comentaban:

—Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.

Otros replicaban:

—¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle:

—Y tú ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?

—Que es un profeta.

Le replicaron:

—Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?

Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo:

—¿Crees tú en el hijo del hombre?

—¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

Jesús le dijo:

—Lo estás viendo: el que te está hablando ése es.

El le dijo:

—Creo, Señor.

Y se postró ante él.

Lectura apostólica: Ef 5, 8-14

En esta lectura el signo de la “luz” —Cristo-luz— se ve aplicado a los cristianos. Pablo escribe a los cristianos de Efeso y en este fragmento les dice dos cosas: 1) que ellos eran antes tinieblas —vivían en el mal desde el egoísmo— y ahora han sido iluminados por Cristo sobre el sentido de las cosas y de la vida y han recibido la luz viviente de su Espíritu; por tanto, deben vivir como “hijos de la luz” según la verdad, la bondad, la justicia, el amor; 2) que han de denunciar el mal que les rodea, porque la luz pone al descubierto las maquinaciones del mal.

Hermanos: En otro tiempo érais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz, (toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz) buscando lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien poniéndolas en evidencia.

Pues hasta ahora da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas. Pero la luz, denunciándolas, las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz. Por eso dice:

“Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz”.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

El juicio de la luz se actualiza sobre nosotros. Ante todo: ¿nos dejamos iluminar y orientar por Cristo en nuestro vivir diario, en nuestros planes y en nuestras obras? Puede resultar duro,

pero la palabra nos pregunta: ¿nos sentimos ciegos y necesitados de su luz, o nos parece que vemos bien por nosotros mismos? Puede ser incomprendible y duro, pero hoy también, lo mismo que en el pasaje evangélico, los ciegos llegan a ver y los que creen ver se quedan atrapados en su ceguera. Hoy también Cristo nos quiere “despertar” —¿no andamos dormidos aún hasta en cosas esenciales y urgentes?— y hacernos “levantar de entre los muertos”...

Si nos dejamos iluminar por Cristo ha de notarse claramente en nuestras obras: ¿son luminosas, son limpias, son justas? ¿Vivimos en la justicia o en la injusticia? La justicia es la verdad, la bondad, la solidaridad real..., todo lo que brota del amor y es causado por el Espíritu de Cristo. La injusticia es la mentira, el mal, la insolidaridad, el individualismo, la explotación o utilización de los demás, la envidia, la intolerancia..., cualquier forma de egoísmo y de orgullo. ¿Hacemos justo el mundo o un mundo injusto?

Otro efecto de la luz y de los que son luz-en-Cristo: ¿ponemos en claro las cosas en nosotros y alrededor?; ¿desenmascaramos nuestra propia suciedad y las suciedades que nos rodean?; ¿denunciamos el mal, la injusticia y todo lo que quiere ampararse en la oscuridad porque es sucio? Si no hacemos esto no somos luz de Cristo. Y somos cómplices del mal, tinieblas que amparan las tinieblas. ¿Que se nos echan encima? Inevitable y necesario, si queremos ser luz viviente del evangelio de Cristo. Y si la Iglesia y los

cristianos renunciamos a esta misión de crítica y denuncia luminosa y lúcida —con el pretexto que sea—, hemos dejado de ser Iglesia y cristianos de Cristo. ¿Dónde ha muerto la luz del Espíritu de nuestro bautismo? Y si las manos y los pies que golpean y apagan la luz que critica y denuncia desde el evangelio, desde Cristo, fuesen manos y pies de dentro de la Iglesia, de algún modo estaría dentro el anti-cristo.

La eucaristía, como presencia de esa manobra de las tinieblas que es la pasión y muerte del Justo-Cristo, y como irradiación de la resurrección del Señor, ha de ser luz en la asamblea —y denuncia de nuestros fallos—; y luz en el mundo, con denuncia también de la injusticia que sigue maniobrando contra Cristo en los hombres. ¿No hemos apagado nosotros esta luz de la eucaristía? ¿No la celebramos aún a oscuras, sin fuerza iluminadora, renovadora?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Los bautizados-en-Cristo se llamaban primitivamente iluminados-por-Cristo. Y hoy vivir-en-Cristo sigue consistiendo en existir-a-la-luz-de-Cristo, en pensar, juzgar y obrar según su luz, su verdad, su Espíritu, su amor, su vida.

Hoy —y cada día más— se nos exige el testimonio de las obras a los cristianos, y también la denuncia de las malas obras, como esencial a nuestro ser y como indispensable servicio a los hombres de este mundo injusto. Hemos de re-

montar y superar esas noches que pesan sobre nosotros: noche de la hipocresía —malas obras detrás de la cortina de luz de las buenas apariencias—; noche de la complicidad del silencio; noche del concubinato con las fuerzas de la injusticia; noche de la triste salvación privada y sola.

A la eucaristía hemos de devolverle la fuerza orientadora y denunciante de su luz propia, por ser celebración de la victoria de la luz sobre las tinieblas.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

A través de las tinieblas que me rodean
 ¡condúceme tú, siempre más adelante!
 La noche es oscura
 y estoy lejos del hogar:
 ¡condúceme tú, siempre más adelante!
 Guía mis pasos: uno sólo es bastante para mí.

J. H. NEWMAN

Sinuosa es hoy la frontera entre el bien y el mal. No existe la mano que caiga con firmeza sobre el amorfismo de nuestra moral y divida los dos mundos. Otra vez y siempre como en el Génesis, la luz y las tinieblas, el bien y el mal. Y si pudiera concretarse nuestra oración, nuestra esperanza frente a todos los complejos satanismos de nuestra hora, pediríamos lo más urgente: claridad. Que las intenciones no se escondan, sinietras, tras un hipócrita deslizarse de oficio.

J. CAMÓN AZNAR

En la medida en que hoy el cristianismo siente que no puede pactar con injusticias tan llamativas, en la medida en que se da cuenta que no puede aprobar que un pequeño grupo lo posea todo, manteniendo a millones de hombres en una situación infra-humana, en la medida en que siente que la reforma de estructuras económico-sociales no puede ser puesta al día, el cristianismo es impugnado. A los seculares, a los sacerdotes e incluso a los obispos se les llama subversivos y comunistas.

HELDER CÁMARA

Creo que la generación del 36, mi generación, es la que menos puede condenar la violencia, ya que ella la practicó. Aquí, como en todo, tenemos que ser radicalmente sinceros. Ahora bien; la violencia se elimina arrancando sus raíces. Y la raíz fundamental de la violencia es la injusticia. Y el odio que la injusticia produce. Y la desesperanza por no encontrar salidas. Muchas de las violencias de los oprimidos —ahí tiene usted los pueblos excoloniales— no son más que una reacción contra una violencia institucionalizada: eso que ahora se llama violencia blanca; el desorden establecido.

J. RUIZ GIMÉNEZ

Para quien sabe esperar, todas las cosas acabarán por ser reveladas, a condición de que tenga el valor de no negar en las tinieblas lo que ha contemplado en la luz.

C. PATMORE

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
2 Cró 36, 14-16. 19-23

EL capítulo 36, epílogo del segundo libro de las Crónicas, es una síntesis de los últimos años de la monarquía y una breve reflexión teológica sobre la ruina del pueblo de Dios, con un anuncio de restauración.

El autor de las Crónicas explica la ruina como una consecuencia de la continua infidelidad del pueblo. Es el esquema teológico repetido en la historia de Israel desde el libro de los Jueces: pecado-castigo-arrepentimiento-salvación (Jue 2, 6-9). Desde este esquema explican los últimos autores de la Biblia la trayectoria desconcertante de la historia de Israel-pueblo de Dios.

El castigo máximo de Israel, que para estos autores es la cautividad de Babilonia, confirma las líneas teológicas de este esquema. Los versículos 14-16 sintetizan la infidelidad del pueblo: profanación de la casa del Señor, mezclando su culto con cultos idolátricos, y sobre todo desobediencia a los mensajeros que ha enviado el Señor.

El castigo es la ruina del pueblo, de la monarquía, y el destierro. En el castigo descubre el autor una voluntad de reparación, de salvación de las criaturas profanadas por los abusos del hombre.

Como conclusión de todo el libro, se anuncia la próxima restauración de Israel, que supone la penitencia y la purificación del pueblo.

En aquellos días, todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, según las costumbres abominables de los gentiles, y mancharon la casa del Señor, que él se había construido en Jerusalén.

El Señor, Dios de sus padres, les envió desde el principio avisos por medio de sus mensajeros, porque tenía compasión de su pueblo y de su morada. Pero ellos se burlaron de los mensajeros de Dios, despreciaron sus palabras y se mofaron de sus profetas, hasta que subió la ira del Señor contra su pueblo a tal punto, que ya no hubo remedio.

Incendiaron la casa de Dios y derribaron las murallas de Jerusalén; pegaron fuego a todos sus palacios y destruyeron todos sus objetos preciosos. Y a los que escaparon de la espada los llevaron cautivos a Babilonia, donde fueron esclavos del rey y de sus hijos, hasta la llegada del reino de los persas; para que se cumpliera lo que dijo Dios por boca del profeta Jeremías: "Hasta que el país haya pagado sus sábados, descansará todos los días de la desolación, hasta que se cumplan los setenta años".

En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra del Señor, por boca de Jeremías, movió el Señor el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino:

“Así habla **Ciro**, rey de Persia: el Señor, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. El me ha encargado que le edifique una casa en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, ¡sea su Dios con él y suba!”

Lectura evangélica: Jn 3, 14-21

Esta lectura es un fragmento de la instrucción de Jesús a Nicodemo. El tema central es la revelación del plan de Dios a un representante de la religión oficial, a un fariseo y maestro de Israel. Es una declaración de Cristo sobre su persona y su misión ante una autoridad de Israel. Juan ha estructurado artificialmente el discurso; pero el mismo artificio nos ayuda a descubrir mejor su contenido teológico.

La clave del pensamiento del evangelista está en las líneas que abren esta lectura: Cristo ha sido “levantado” en medio de Israel como sacramento de salvación: él significa y comunica la salvación. La comparación con la serpiente que Moisés levantó en el desierto, aclara el mensaje. Se dice en el libro de los Números que los israelitas mordidos por serpientes venenosas, miraban la serpiente de bronce alzada por Moisés y se salvaban (21, 4-9). Juan quiere decir que la presencia de Cristo-salvador entre los hombres es la de un hombre “levantado” que ilumina y salva a cuantos, mordidos por el mal, miran hacia él: crean en él. En el lenguaje del cuarto evangelio, ese estar “levantado” se refiere a la pasión-muerte-resurrección-ascensión del Señor; en ese momento clave, se declara abiertamente el plan

amoroso del Padre y se muestra el camino único de salvación que ofrece a todos.

Cristo, “levantado” como sacramento del amor del Padre —exaltado por su muerte y su resurrección después de lo que ha dicho y vivido—, es luz que vivifica las obras del hombre que se une a él: las hace obras amorosas de Dios. No entrar bajo la irradiación de esta luz es vivir en tinieblas, al margen del amor del Padre.

El hombre es libre para aceptar o rechazar esta luz; pero la elección que haga le marcará definitivamente, o como hijo de Dios o como no-hijo de Dios.

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo:

—Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna.

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Lectura apostólica: Ef 2, 4-10

En la sección primera de la carta a los efesios, se esfuerza Pablo por exponer con claridad el plan de salvación de los hombres realizado por Dios. El centro es Cristo; por él ha comunicado el Padre su amor a todos.

Pablo, en unas líneas que preceden inmediatamente a esta lectura, ha puesto en claro que todos, paganos y judíos, vivían bajo el yugo del pecado. Sólo la misericordia sobreabundante del Señor ha realizado la liberación. Ha sido una obra del amor de Dios comunicado en Cristo. Esto es lo que Pablo llama misterio de salvación: donación del amor de Dios en Cristo.

Este amor ha sido entregado en una vida, en la existencia de un ser concreto: Jesús de Nazaret; sobre todo, en los momentos cumbres de la vida de este hombre: pasión, muerte, resurrección. Por eso, la salvación es una configuración del hombre con estas situaciones de la vida de Cristo. Lo que hace posible que el hombre logre la unión vital con Cristo es la fe: la aceptación de Cristo-Jesús como salvador; es decir, la aceptación sencilla, confiada, amorosa y viva del don del Padre.

La salvación es don de Dios. El hombre se convierte renunciando al mal y aceptando el principio vital que Dios le da para renovar su vida: así llega a ser “hechura” de Dios, “creado” en Cristo para una vida nueva que se manifiesta en buenas obras, o sea, obras que brotan del amor.

Hermanos:

Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo —por pura gracia estáis salvados—, nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él.

Así muestra en todos los tiempos la inmensa riqueza de su gracia, su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque estáis salvados por su gracia y mediante la fe. Y no se debe a vosotros, sino que es un don de Dios; y tampoco se debe a las obras, para que nadie pueda presumir.

Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que él determinó que practicásemos.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Todo bautizado es un nacido de Dios en Cristo: ¿nuestra vida actual es hechura de Dios, o hechura del egoísmo? Todo bautizado ha sido regenerado en la vida nueva del amor: ¿vivimos esa vida nueva, propia de Cristo, que se manifiesta en las obras del amor? Todo bautizado es un “iluminado” por Cristo: ¿andamos en la luz que es la verdad del mensaje de Cristo, su vida y su amor, o nos movemos en la tiniebla de las oscuras intenciones, de la rutina gris, de los negros móviles instintivos y egoístas? ¿Somos luz —claridad, verdad, bondad, justicia, amor— para la noche de los hombres que no ven?

Si está apagada la llama de la luz con que Cristo iluminó nuestro ser en el bautismo, si buscamos las tinieblas, si apuramos la noche —el

egoísmo, el orgullo, la mentira, el mínimo esfuerzo, el mal en cualquiera de sus formas—, no vivimos en Cristo, no tenemos su Espíritu, no vive en nosotros el amor del Padre.

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Comencemos por reconocer que estamos ciegos, y busquemos la luz en Cristo. Dejémosnos iluminar por Cristo. Dejemos que su verdad y su amor se coman la oscuridad de nuestro vivir mintiéndonos, de nuestro vivir obrando en función del egoísmo y del amor propio. Dejemos que su vida acabe con nuestra muerte; que su presencia venza nuestra soledad. Si no, andaremos como sombras por el mundo, nosotros, los “iluminados” por Cristo.

Animemos la llama de la luz-Cristo que el bautismo nos encendió en el fondo del ser. Esta llama se nos muere dentro cuando nos falta la fe, cuando se nos cansa la esperanza, cuando el amor-propio se apodera de nosotros y domina nuestros actos. Ha de quemarnos dentro el fuego del Espíritu y hacernos arder de verdadero amor, hasta calentar el frío de los hombres solos y tristes; hasta deshacer la noche de su soledad y su egoísmo; hasta poner a la luz la mentira y el mal que hacen desdichada la vida de todos.

¿Vamos a dejar que cada hombre viva en su noche y muera en su noche? Resulta espantoso que nosotros mismos, los cristianos, vivamos sin saber salir de nuestra noche, sin dejarnos iluminar por Cristo.

La luz que es Cristo —su verdad, su bondad, su amor— brillaron decisivamente y para siempre en su resurrección: cuando las sombras del mal creyeron apagar su vida, su amor inmortal rompió la noche de su muerte para abrir el día perpetuo de la pascua, que ilumina nuestro vivir nocturno y nos alivia el dolor y la tristeza de este andar siempre en la niebla de la verdad incompleta.

La luz de la pascua de Cristo está toda en la eucaristía porque la eucaristía es celebración de su pascua. Para que captemos su luz —su verdad, su bondad, su amor triunfantes del mal y de la muerte—, para que su luz alimente nuestra vida, es preciso creer firmemente en él.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Muchos viven casi sin pecado. Su vida discurre sin tropiezos en el marco ordinario de su oficio, de su familia. Cumplen la voluntad de Dios a través de las principales obligaciones de su vida cotidiana. Pero su existencia parece vulgar, fría, sin luz; les falta amor de Dios. Son como hogares bien contruidos, pero sin fuego. Son buenos, pero no santos.

GUY DE LARIGAUDIE

En primer lugar, la pobreza no ha sido jamás para mí una desgracia: la luz esparcía sobre ella sus riquezas. Incluso mis rebeliones han sido iluminadas por ella. Han sido casi siempre —creo poder decirlo sin engaño— rebeliones para todos,

y para que la vida de todos se desarrolle en la luz... Para corregir una indiferencia natural, fui situado a media distancia entre la miseria y el sol. La miseria me impidió creer que todo está bien bajo el sol y en la historia; el sol me enseñó que la historia no lo es todo.

A. CAMUS

La peor de las desgracias es no ver... Hay personas y cristianos de aparente buena voluntad que te dicen: "no veo a mi alrededor que haya cosa alguna que hacer..." Cerrados sobre sí mismos, sobre sus problemas personales, que no cesan jamás de analizar, replegados sobre su familia, limitados a sus cortos horizontes, miran sin ver.

A. MATTEI



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Jos 5, 9 a.10-12

ESTE breve fragmento del libro de Josué describe unos detalles de la *pascua* celebrada al terminar la estancia en el desierto, antes de entrar en la *tierra prometida*. Esta *pascua* rememora la de Egipto y es como un hito conclusivo del *éxodo* que marca el paso de la estancia en el desierto, con la valiosa experiencia religiosa que en él vivió el pueblo, a la entrada en esa "tierra prometida", esperada y alcanzada. De comer el "maná", signo de la protección de Dios en el desierto, el pueblo pasa a comer los frutos de esa tierra, "signo" mayor de su amor en el cumplimiento de las promesas que es adonde apuntaban las pruebas y los signos del desierto.

En aquellos días, el Señor dijo a Josué:

—Hoy os he despojado del oprobio de Egipto.

Los israelitas acamparon en Guilgal y celebraron la pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó.

El día siguiente a la pascua, ese mismo día, comieron del fruto de la tierra: panes ácidos y espigas fritas.

Cuando comenzaron a comer del fruto de la tierra, cesó el maná. Los israelitas ya no tuvieron maná, sino que aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán.

Lectura evangélica: Lc 15, 1-3.11-32

Dentro de la sección llamada *parábolas de la misericordia*, Lucas trae ésta que leemos hoy sobre el hijo pródigo y el hijo intolerante. La parábola revela la misericordia de Dios y desmascara la dureza, la intolerancia y la ambición farisaica de los que se tenían por justos. En esquema, el mensaje es el mismo de la parábola del fariseo y el publicano. El publicano es aquí ese hijo que se porta mal y que luego vuelve reconociendo su falta; el amor de Dios le sale al encuentro. El fariseo es el hijo que aduce su “fidelidad” para creerse mejor e indignarse por la acogida dispensada al golfo de su hermano. La redacción del texto no disimula la acusación directa a los fariseos y la clara manifestación de que el amor de Dios no es merecido por nadie y sólo alcanza a los que se reconocen necesitados de perdón y de misericordia; necesitados están todos los hombres, pero unos lo reconocen y otros no.

Obsérvese también que en el texto se describe que el arrepentimiento y la vuelta de un hombre a Dios es una pobre iniciativa humana suficiente para encontrar la gran iniciativa del Dios que espera al hombre y que le sale al encuentro con un amor que da más, mucho más,

de lo que el hombre esperaba. Esta supremacía del don de Dios es determinante en la penitencia auténtica.

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos:

—Ese acoge a los pecadores y come con ellos.

Jesús les dijo esta parábola:

Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre:

—Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.

El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapacitando entonces se dijo:

—Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”.

Se puso en camino adonde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Su hijo le dijo:

—Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Pero el padre dijo a sus criados:

—Sacad enseguida el mejor traje, y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado.

Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Este le contestó:

—Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud.

El se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Y él replicó a su padre:

—Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.

El padre le dijo:

—Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado.

Lectura apostólica: 2 Cor 5, 17-21

Pablo se presenta a los cristianos de Corinto como servidor de la *reconciliación* que es decisivo gesto de amor de Dios a los hombres. Y

expone en pocas líneas toda una teología de la *reconciliación*: Dios ha tomado la iniciativa de reconciliar a los hombres consigo por medio del sacrificio de Cristo; pero el encuentro y la comunión interpersonales propias de la reconciliación exigen la libre cooperación del hombre: cada uno ha de reconciliarse con Dios en Cristo; y, en Cristo, la gracia del amor del Padre hace del hombre un ser nuevo.

Hermanos: El que es de Cristo es una criatura nueva: lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado.

Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos encargó el servicio de reconciliar. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado el mensaje de la reconciliación.

Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por medio nuestro. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no había pecado, Dios le hizo expiar nuestros pecados, para que nosotros, unidos a él, recibamos la salvación de Dios.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Todos necesitamos perdón, misericordia, amor-gratis, "gracia". Todos. Lo necesitamos en las relaciones humanas sinceras y hondas, en la amistad y en las diversas formas de amor. Nadie merece a nadie. La amistad, el amor —el don de la persona— no es un derecho, es un don-libre. Y, ¿quién no le falla a quién en esta vida?... Y el perdón, la misericordia, el amor-

gratis, la “gracia”, lo necesitamos todos mucho más —muchísimo más— en las relaciones con Dios, en la fe. ¿Quién merece a Dios? ¿Quién pretende merecer su amor, ganárselo como un jornal? ¿Quién no le falla a Dios, quién no le está fallando continuamente?

Todo eso es cierto. Y lo reconocemos. Sin embargo, ¿no perseguimos aún a Dios, su amor y su “gracia”, como un mérito, como un derecho, como una paga? ¿No nos consideramos “mejores” que otros, “superiores”, con más derecho a ser protegidos y “compensados” por Dios? ¿Por qué tendremos celos de que “otros” sean justificados, admitidos, queridos por Dios y por la Iglesia? ¿Por qué, si no, luchar, menospreciar, acusar, ensuciar y perseguir a otros, y no sólo entre los que llamamos “hermanos separados” o de “fuera” de la Iglesia —escandalosas formas de hablar y de obrar—, sino entre “hermanos”? ¿Será “celo” de la gloria de Dios?... Son celos. Demos su nombre a cada cosa y dejemos de llamar ya “celo de la gloria de Dios” a lo que es precisamente lo contrario.

La palabra de Dios nos pregunta hoy acerca de la *intolerancia*. ¿Ha desaparecido de la Iglesia la “intolerancia” que se opone al amor-misericorde de Dios? ¿Ha desaparecido de nuestros corazones y de nuestro estilo? Es preciso que nos respondamos sin engaños. ¿No existen formas viejas aún, y formas nuevas ya, de intolerancia? Yo veo que no ha muerto esa mala víbora en nosotros. La encuentro en mí mismo, la

veo en los otros, la siento moverse por entre todos, cristianos de uno y otro lado, Iglesia entera de hoy.

¿Nos duele aún *de mala manera* tener que ser perdonados por Dios? Este es un test psicológico para medir nuestro orgullo y nuestro vivir en esa mortal mentira que nos mantiene lejos de Dios. Porque mientras vivamos la fe sin “reconciliación” diaria y continua —sin volver a Dios, sin arrepentirnos, sin buscar y gustar con paz sencilla el perdón continuamente—, estamos viviendo la fe en falso. Como fariseos.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Empezar a *ser* cristiano es ser reconciliado con el Padre en Cristo por el perdón de un amor misericorde, gratuito, generoso y potente, que nos hace *ser-nuevo*. Y vivir hoy en Cristo es seguir hoy —cada día— reconciliándonos con el Padre en Cristo; aceptar de nuevo y cada vez más honda, sincera y sencillamente el don gratuito del perdón propio de su amor. Sin tener que fingir ser “pecadores”. Simplemente, descubriendo y reconociendo hasta qué punto lo somos, hasta dónde llega nuestra fragilidad y nuestros límites. Si vivimos en esa línea y crecemos en confianza, en paz y en la audacia propia de la fuerza de Dios, buena señal. Y ¿por qué no llevamos hoy nuestro pedir perdón a Dios hasta el sacramento —del perdón—? Largo asunto que es preciso plantearse en serio...

Vivir hoy en Cristo exige también extirpar de nuestro ser, de nuestros juicios y actitudes toda "intolerancia". Si lo intentamos descubriremos cómo se nos agarra ese sucio animal anticristiano. Con el auténtico Espíritu de Cristo debemos perseguir y matar en nosotros todos los instintos de "superioridad", todos nuestros mecanismos psicológicos de "clase", de "preferido", de "élite", de "triumfalismo"... Que todo esto cambia de piel con los tiempos y existe un "fariseísmo posconciliar" que nos envenena. Cristo necesita cristianos que viven más oscuramente, más sencillamente, más... cristianamente.

La eucaristía es la celebración del amor-misericorde de Dios a los hombres comunicado en Cristo por su muerte-resurrección. La eucaristía es la "reconciliación" del Padre, en Cristo, reconocida y aceptada por nosotros. Por eso, desde el principio y hasta el fondo, participar en la eucaristía exige reconocerse pecador, arrepentirse, buscar el amor que es "gracia" y que no se merece, pero que sabemos que se nos da generosamente porque Cristo ha muerto y resucitado para todos. ¿Cabrán, pues, los triunfalismos tontos en la celebración de la eucaristía? ¿Cabrará la vanidad, el "culto" a lo bien que ha salido, a lo bien que ha estado, a lo bien que "lo hemos hecho"? (¿Y no nos quedan aún muchos de estos sentimientos; no reviven en ciertas eucaristías "renovadas"?). O, ¿cabrá la "intolerancia" dentro de una asamblea eucarística? ¿Cabrará el disentir, acusar, juzgarse "superiores", menospreciar, incordiar, despreciar a los otros y hasta

ir a eso a la eucaristía? (No hace falta preguntarse si esto ocurre. Basta con que los que lo sabemos que existe se lo digamos a los que no lo saben. ¿O será mejor callarlo, porque hasta decirlo avergüenza?).

Vivir hoy en Cristo a la luz de la palabra que hemos leído es sentirse más *hijo pródigo* y vivirlo con sinceridad. Y es indudable que la Iglesia necesita hoy más "hijos pródigos" y menos "hijos intolerantes" para ser más Iglesia-de-Cristo, reino de los hijos del Padre.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Buenos, en general, son únicamente aquellos a quienes no suele considerarse como gente decente.

BERTOLT BRECHT

El bien puede resistir derrotas, el mal no.

RABINDRANATH TAGORE

Será concedido a los humildes lo que será rehusado a los poderosos.

F. DOSTOIEVSKI

No encontraré reposo, me doy perfecta cuenta de ello, más que si una influencia activa procedente de ti cae sobre mí para transformarme.

P. TEILHARD DE CHARDIN

...Conocer un más amplio asilo de vértigo donde refugiarme para morir de mi muerte y vivir la vida de alguien más grande que yo.

RENÉ DAUMAL

Padre; he aquí la idea viva del cristianismo. Dios es Padre, es amor. Y es Padre nuestro, no mío.

MIGUEL DE UNAMUNO

Cuando mi espíritu se debilita y deja de entender, cuando los hombres más inteligentes no ven más allá del fin del día e ignoran lo que deben hacer al día siguiente, tú, Señor, me envías la clara certidumbre de tu existencia y del cuidado que tienes de que todas las puertas del bien no se cierren.

A. SOLZHENITSYN

Me siento bajo la impresión de que solamente en el lecho de la muerte descubre uno aquello por lo cual deberían haber vivido, y se da cuenta demasiado tarde de que uno ha desperdiciado la vida. Una vida apasionada y valerosa parece buena en sí misma, pero, no obstante, uno percibe que cierto factor de desencanto va implícito en una entrega excesivamente apasionada a cualquier objetivo humanamente asequible. Y así se insinúa la ironía en las mismas fuentes de nuestro ser.

B. RUSSELL

Tú le diste a mi corazón una alegría mayor que la del vino que beben en sus fiestas. Apenas me acuesto estoy dormido y no tengo pesadillas ni insomnio y no veo los espectros de mis víctimas. No necesito Nembutales porque tú, Señor, me das seguridad.

E. CARDENAL

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Is 65, 17-21

Los dos últimos capítulos del libro de Isaías fueron escritos después del destierro. Su estilo es "apocalíptico": describen la situación real que ya estaban gozando como un hecho anunciado en el pasado. De esta forma, el autor explica el significado de la restauración que está viviendo Israel.

Después de subrayar el castigo de los rebeldes al plan de Dios, que han sido arrojados del pueblo, dice el profeta que la porción escogida del Señor es un grupo pequeño. Así explica el hecho de que del destierro de Babilonia sólo haya regresado una parte mínima de los israelitas. Muchos se habían quedado establecidos en Mesopotamia.

Pero este pequeño resto inicia una nueva vida del pueblo. Será como una segunda creación. Los rasgos con que se describe la nueva realidad son característicos del género apocalíptico; anunciar la restauración del pueblo con una nueva creación, o con una vuelta al paraíso (símbolo de las relaciones amistosas del hombre con Dios), es frecuente en los anteriores escritos de los profetas (cf. Is 11, 26; Ez 32, 36-41; Os 2, 12-24).

Esto dice el Señor: mirad, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva: de lo pasado no habrá recuerdo ni vendrá pensamiento, sino que habrá gozo y alegría perpetua por lo que voy a crear.

Mirad, voy a transformar a Jerusalén en alegría, y su pueblo en gozo; me alegraré de Jerusalén y me gozaré de mi pueblo, y ya no se oirán en ella gemidos ni llantos; ya no habrá allí niños malogrados ni adultos que no colmen sus años, pues será joven el que muera a los cien años, y el que no los alcance se tendrá por maldito. Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán sus frutos.

Lectura evangélica: Jn 4, 43-54

La curación del hijo del funcionario real cierra una sección del cuarto evangelio integrada por la conversación del Señor con Nicodemo, el encuentro con la samaritana y la visita a Galilea, donde realiza este nuevo signo. Este fragmento es por tanto el último episodio de unos capítulos en los que el Señor se ha ido revelando, mediante diversos signos, a un judío, a una samaritana y ahora a un pagano.

El signo de esta última revelación es la comunicación de la vida. Jesús se manifiesta como poseedor de la vida, que él da con el poder de su palabra. El tiempo de la vida nueva comunicada por Dios a los hombres —tiempo anunciado por los profetas— se cumple ahora: este signo es una señal del tiempo mesiánico, una revelación de la mesianidad de Cristo.

Los otros tres evangelistas unen a esta visita de Cristo a su tierra la declaración en la sinago-

ga de Nazaret de que con su presencia se cumple el oráculo de Isaías que anunciaba una vida nueva. Juan añade a la visita a Galilea un signo que manifiesta la presencia de la vida nueva entre los hombres. El hombre cree en la palabra del Señor y el signo produce todos sus efectos. El efecto principal no es la curación del siervo, sino el ingreso en la vida mesiánica del funcionario real con toda su familia.

En aquel tiempo, salió Jesús de Samaría y se fue a Galilea. Jesús mismo había hecho esta afirmación: un profeta no es estimado en su propia patria.

Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta.

Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea fue a verle, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: como no veáis signos y prodigios, no creéis. El funcionario insiste: Señor, baja antes de que se muera mi niño. Jesús le contesta: anda, tu hijo está curado.

El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo estaba curado. El les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: hoy a la una lo dejó la fiebre. El padre cayó en la cuenta de que ésta era la hora cuando Jesús le había dicho “tu hijo está curado”. Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Con Cristo se inauguró en el mundo el tiempo de la vida nueva: la verdad y el amor sin límites. Vivimos este tiempo, somos sus protagonistas: ¿implantamos en el mundo la vida nueva? Se trata de nuestro vivir, no de teorías; el evangelio está ahí y hay ya miles y millones de páginas escritas por nosotros, pero se trata de plantar la vida de Cristo en el mundo a través de nuestra carne y nuestras obras. El bautismo la engendró en nosotros, pero es preciso descubrirlo y vivirla libre y responsablemente, con fe adulta, para que fructifique y se difunda en el mundo.

Es posible que Cristo no haya sido descubierta aún por los cristianos; que no le hayamos aceptado en serio. El tiene las manos llenas de vida nueva —verdad, justicia, amor— pero, ¿quién se la acepta para vivirla con todas las consecuencias? ¿Es que su Espíritu encuentra nuestra carne abierta al soplo de su vida?

Nos hemos empeñado en infundir la vida nueva en todos los nacidos, nada más porque nacían en tierra llamada cristiana; y la vida nueva sólo agarra en la tierra de la fe. Se ha infundido la vida en todos, pero no se ha cultivado y, en la mayoría, esa vida no existe. ¿No será hora de cerrar el tiempo del cristianismo masivo? ¿No estaremos ya metidos en una situación depuradora, en un nuevo destierro de la Iglesia institucional, del que ha de regresar un “resto” fiel, unos pocos que inicien de verdad la “vida nueva”?

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

No nos asustemos. Puede haber llegado el tiempo de un nuevo “resto fiel”. La hora en que una parte de los muchos que nos llamamos cristianos, inicie en serio una existencia llena de “vida nueva”, que dé rostro y cuerpo al cristianismo en esta etapa de la historia.

El cristianismo es historia cuando es vida; cuando no es vida, sólo es “historias”. Hoy, como ayer y siempre, el cristianismo es Cristo: pero hoy Cristo es él y nosotros; él en nosotros. Por eso hoy el cristianismo es Cristo vivido por los cristianos. Depende de nosotros que el cristianismo viva en el mundo de hoy, hasta regenerar a esta vieja humanidad enferma que muere de egoísmo y de violencia, que muere sola y triste, sin amor.

Cristo en persona trajo a esta tierra la vida nueva de la verdad y el amor de Dios para vivificar e inmortalizar el vivir de los hombres. Él murió como hombre porque aceptó la condición mortal propia de la vida caída caduca de todo hombre; pero, como tenía el Espíritu, que es la vida del amor inmortal, resucitó a fin de comunicar esa misma vida a todo el que crea en él.

El bautismo es el primer signo del encuentro vivificador con Cristo; la primera y la básica infusión de su Espíritu. La eucaristía es el signo del encuentro repetido y renovado ya en edad de fe madura; encuentro de amistad responsable en la alianza que Dios hace con los hombres. La

eucaristía es el sacramento por el que aceptamos la vida de Cristo como vida nuestra: el que come su cuerpo tiene "vida eterna". La fe hace posible esto; la fe, la confianza, el amor que funde las vidas; sin fe, no ocurre nada.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Cuando leo el evangelio me siento cristiano, pero cuando os veo a los cristianos hacer la guerra, oprimir a los pueblos colonizados, beber alcohol, fumar opio... me doy cuenta de que no vivís según el evangelio.

GANDHI

La situación de "diáspora" se nos impone como una necesidad... El cristianismo de reclutamiento se convierte en un cristianismo de elección... La Iglesia en "diáspora" tiene, sociológicamente hablando, carácter de "minoría"; se opone así a una Iglesia de "masa"... y se orienta por sí misma hacia el dominio de su vida más íntima.

K. RAHNER

Todo el problema de hoy consiste en reintroducir el cristianismo en la cristiandad. Lo que en nuestros días separa al cristiano de Cristo, no es el espesor del tiempo, pues puede serle rigurosamente contemporáneo participando en su vida como modelo: sino el espesor de la cristiandad, que "ha prescindido de Cristo".

En ella se hace uno cristiano "como quien se da un paseo", del modo más fácil del mundo, dejando de ver una oposición infinita entre el orden cristiano y el orden mundano. Absurdo y herejía. La humanidad ha querido anticipar la eternidad, ha fingido que instalaba una Iglesia triunfante y no ha instituido sino cristianismo aparente y cómodo que es lo contrario del verdadero.

E. MOUNIER



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Ez 47, 1-9. 12

EN los capítulos 40-48 describe Ezequiel lo que debe ser el pueblo de Dios reconstruido religiosa y políticamente. Los trazos de su descripción son fantásticos, irreales, inspirados en un pasado glorioso idealizado. La comunidad de Israel deberá ser renovada en función de la alianza con el Señor, del culto y de la ley. La vida del pueblo nuevo será una vivencia, fuertemente actualizada, de la presencia del Señor.

Este tema de la nueva presencia divina en Israel, es uno de los elementos claves en la restauración de la comunidad judía. Los israelitas quedarán santificados por la presencia del Señor; la tierra de Palestina será de nuevo santificada al contacto con su vida; y la santidad de la tierra se manifestará en fecundidad exuberante, merced a las aguas copiosas que les dará Yavé.

El agua es una de las riquezas más apreciadas por este pueblo estepario. Ezequiel acude a su simbolismo, para significar la fuerza fecundante y transformadora que tendrá la presencia de Yavé en medio de la comunidad renovada. La presencia del Señor hará de Palestina un nuevo

paraíso en el que la comunidad judía gozará de una vida plena gracias a estas aguas que saliendo del templo (morada de Yavé), saltan en torrente abundante, vivificándolo todo.

En aquellos días, el ángel me hizo volver a la puerta del templo; por debajo del umbral del templo manaba agua hacia levante —el templo miraba a levante—, el agua iba bajando por el lado derecho del templo, al mediodía del altar.

Me hizo salir por la puerta del norte y me dirigí por fuera a la puerta exterior que mira a levante; el agua iba corriendo por el lado derecho. Saliendo hacia levante, el hombre, cordel en mano, midió mil codos, y me hizo atravesar las aguas: ¡agua hasta los tobillos!

Midió otros mil, y me hizo cruzar las aguas: ¡agua hasta las rodillas! Midió otros mil, y me hizo pasar: ¡agua hasta la cintura! Midió otros mil: era un torrente que no podía cruzar, pues habían crecido las aguas y no se hacía pie; un torrente que no se podía vadear.

Me dijo entonces: ¿has visto, hijo de Adán? Me condujo a la vuelta por la orilla del torrente. Al regresar vi a la vera del río una gran arboleda en sus dos márgenes.

Me dijo: estas aguas corren a la comarca de levante, bajarán hasta el Arabá y desembocarán en el mar, el de las aguas pútridas, y lo sanearán.

Todos los seres vivos que bullan allí donde desembogue la corriente, tendrán vida, y habrá peces en abundancia; al desembocar allí estas aguas quedará saneado el mar y habrá vida dondequiera que llegue la corriente.

A la vera del río, en sus dos riberas, crecerán toda clase de frutales; no se marchitarán sus hojas ni sus frutos se acabarán; darán cosecha nueva cada luna, porque los riegan aguas que manan del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales.

Lectura evangélica: Jn 5, 1-3 a. 5-16

La curación del enfermo en la piscina de Betesda es una nueva, "señal" que hace el Señor. Su significación es explicitada, como en las otras señales, por el discurso siguiente (5, 19-47).

Esta curación significa que Jesús comunica la salvación a los hombres, en virtud del poder recibido del Padre. La relación con la piscina y con el mito del agua milagrosa, ilumina el simbolismo con que quiere Juan presentar a Cristo. La verdadera agua viva, agua de "milagro", no es la de la piscina de Betesda, sino Jesucristo: su palabra, su presencia. La curación-salvación no se recibe por el contacto con el agua, sino por la aceptación de su palabra.

Además, el evangelista relaciona la curación con el perdón de los pecados (significado profundo de la salvación). Esta lectura tiene claras sugerencias bautismales: signo del agua, curación, perdón, palabra de Cristo, fe...

En aquel tiempo, se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos,

paralíticos, que aguardaban el movimiento del agua. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo.

Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: ¿quieres quedar sano? El enfermo le contestó: Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado. Jesús le dice: levántate, toma tu camilla y echa a andar. Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar.

Aquel día era sábado y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: hoy es sábado y no se puede llevar la camilla. El les contestó: el que me ha curado es quien me ha dicho: toma tu camilla y echa a andar. Ellos le preguntaron: ¿quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar? Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado.

Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: mira, has quedado sano, no peques más no sea que te ocurra algo peor. Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios nos renueva la conciencia de la presencia del Señor; una presencia que nos acompaña siempre, que nunca falla, que es firme, fiel y fuerte como para darnos seguridad en la inseguridad de nuestros problemas y nuestros baches.

¿No hemos olvidado su presencia? ¿No la marginamos, incluso para crearnos nuestros medios, signos, ritos y costumbres religiosas, para hacernos nuestra Iglesia? Y, en realidad, su presencia lo es todo y nos lo da todo. ¿No prescindimos de Cristo? Su presencia tiene la virtud de no fallar nunca, de existir siempre por ser obra suya; pero, en realidad sólo existe para los que la buscan, la aceptan y cuentan con ella; tenemos el poder de echar fuera de nosotros su presencia, de arrojarla del campo de nuestra conciencia, de prescindir de él, pero no podemos destruir su presencia: aunque le neguemos a él, él no deja de existir. Se acepta o se prescinde de su presencia, libremente; como con cualquier presencia personal.

Si los cristianos no contamos con él para vivir según su voluntad y con la fuerza de su amor, ¿quién va a vivir su presencia? Su presencia es fiel a nosotros, pero no se deja “utilizar”; es preciso que nosotros seamos “fieles” a su presencia. ¿No la habremos querido “utilizar” más de una vez, esperando de ella el milagro de turno?

¿Moja aún nuestras vidas el agua del bautismo?; es decir, ¿mueve nuestro sentir y nuestro obrar la acción del Espíritu que Cristo nos infundió en el bautismo? ¿Nos vivifica Cristo? ¿Nos damos cuenta de que necesitamos ser curados continuamente, pues el mal del egoísmo que padecemos todos es crónico y sólo tendrá remedio con la muerte?

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Dejémonos ya de ser inventores de nuestro cristianismo y de su máquina; dejémonos de ser creadores de nuestra fe. Superemos las técnicas, montajes y prácticas que haya que superar —que no nos hacen ningún buen servicio—, purifiquemos todo lo que haya que purificar, vivifiquemos lo que sea preciso vivificar; todo ello, desde la presencia de Dios en Cristo.

A diario nos llama él a su presencia. El está siempre presente a nosotros, y nosotros debemos hacernos presentes a él —por la fe y el amor— para que haya la comunicación y la comunión de las que brotan la vida; y la vida se expresa en obras que son nuevos signos de su presencia.

¿Sabremos vivir hoy en su presencia, en medio de nuestro mundo? ¿Sabremos ser testigos de su presencia en el mundo de hoy?

Cristo es todavía la presencia de Dios en el mundo humano; el perdón, la reconciliación, la paz, la esperanza, la dicha, el amor, la vida eterna en el corazón de los hombres; en el corazón de los hombres que “creen” en él, que captan y aceptan su presencia.

Como Cristo dio signos de la presencia amorosa y salvadora de Dios a sus contemporáneos en la carne, hoy nos da a nosotros también signos de la misma presencia divina; a nosotros, contemporáneos de su vivir resucitado. Un signo central es la eucaristía: signo eficaz de su pre-

sencia en estado de muerte y resurrección; es decir, en plena actividad de su amor salvador, en plena acción vivificadora y resucitante de nuestras vidas. Sólo hace falta creer.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Quisiéramos dejar de ser culpables, pero sin hacer el esfuerzo de purificarnos... No tenemos ni la energía del mal ni la del bien... Estamos en el vestíbulo del infierno.

A. CAMUS

“El Espíritu de Dios se movía sobre las aguas del abismo...”

...se movía,
Dios se movía,
Dios danzaba,
Dios, en su alegría de Dios, danzaba.

Al comienzo fue esta alegría de Dios, este amor, esta danza, este ritmo. Y este ritmo era tan fuerte que el caos se conmovió, lo informe cambió de figura, los átomos también comenzaron a danzar.

¡Entrad en la danza!
Ved cómo se danza.

Obedeciendo al ardiente orden de su música, se han alineado, unido, compuesto, ordenado, han entrado en armonía; han construido figuras; han llegado a ser luz, astros, tierra, animales, hombres...

Así creó Dios el cielo y la tierra.
Dios danzó.

Y continuamente se perpetúa, se propaga, se despliega el gran ritmo del principio que ordena, compone y se llama verdad eterna.

MARIE-NOËL



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Is 49, 8-15

ESTA lectura es un fragmento del poema con que el autor de la segunda parte de Isaías describe el retorno a Palestina de los desterrados en Babilonia. La liberación y vuelta a Palestina de los israelitas, es obra del amor del Señor, que no se ha agotado ni por los pecados del pueblo. El tiempo de esta liberación es un tiempo “favorable”, tiempo de gracia: esto equivale a decir que es tiempo del amor de Dios.

Por eso la liberación será total, de todos los israelitas que se hallaban dispersos por las naciones y no sólo por Babilonia; toda la creación exultará de alegría acompañando la restauración de Israel; se disiparán las dudas que puedan tener los israelitas acerca de la fidelidad del amor de Yavé, pues si bien han sufrido lo suyo para purificarse de los pecados, su amor se ha mantenido inmovible superando en intensidad al de cualquier madre.

La acción salvadora del Señor inunda de alegría la creación entera.

Así dice el Señor: en el tiempo de gracia te he respondido, en el día de salvación te he auxiliado; te he defendido y constituido alianza del pueblo: para restaurar el país, para repartir heredades desoladas, para decir a los cautivos: “¡Salid!” A los que están en tinieblas: “Venid a la luz”. Aun por los caminos pastarán, tendrán praderas en todas las dunas; no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el bochorno ni el sol, porque los conduce el compasivo y los guía a manantiales de agua.

Convertiré mis montes en caminos y mis senderos se nivelarán. Miradlos venir de lejos, miradlos, del norte y del poniente, y los otros del país de Sin. Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo, se compadece de los desamparados. Sión decía: “Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado”. ¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré —dice el Señor todopoderoso.

Lectura evangélica: Jn 5, 17-30

Esta perícopa pertenece al discurso que el evangelista pone en boca de Jesús para explicar el significado de la curación del enfermo en la piscina de Betesda (ver el evangelio de ayer).

El milagro es señal de que Cristo comunica la vida, la salvación. Este poder de vivificar, lo tiene Jesús por ser Hijo de Dios. En el discurso intenta aclarar esta razón última de su poder salvador. Es Hijo de Dios porque tiene unidad de acción con el Padre: todo cuanto el Padre hace (y su obra principal es la de dar la vida) se lo ha

comunicado al Hijo; y toda acción del Hijo es del Padre, pues el Hijo no puede hacer nada por su cuenta. Además, el Hijo dice las palabras del Padre. Por eso la palabra del Hijo es la del Padre y da a conocer a los hombres la misma vida del Padre; es lo que llamamos revelación.

Las obras y palabra del Padre, que están en el Hijo, son salvadoras o vivificantes porque proceden de su amor. Por tanto, en el fondo de todo el hablar y obrar de Cristo está la comunicación del amor que el Padre da al Hijo y por medio de él a todos los hombres.

Esta disquisición, muy del gusto del cuarto evangelista, pone de manifiesto el dinamismo del plan de Dios: dinamismo del amor que por su propia naturaleza, tiende a vivificar a los hombres.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: mi Padre sigue actuando y yo también actúo. Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo violaba el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios.

Jesús tomó la palabra y les dijo: os lo aseguro: el Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que ésta para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió.

Os lo aseguro: quien escucha mi palabra y cree al que me envió, posee la vida eterna y no será condenado, porque ha pasado ya de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida. Y le ha dado potestad de juzgar, porque es el hijo del hombre. No os sorprenda que venga la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de condena. Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Cristo juzgó y condenó a los que no creyeron en él: oyeron sus palabras, vieron sus obras y no fueron capaces de percibir la fuerza divina que las movía, no vieron en Cristo la presencia de Dios revelándose en la historia en favor de los hombres. Hoy la misma palabra nos interroga acerca de nuestra fe: ¿quién es Jesucristo para nosotros? ¿Hemos creído en él como presencia y revelación de Dios para nuestras vidas? ¿Creemos en su persona, en sus palabras y en sus obras, en su muerte y su resurrección, hasta el punto de conformar a él nuestra vida, nuestro hablar y nuestro obrar, nuestra propia muerte y la esperanza de resurrección?

Si nuestras palabras son mentiras y nuestras obras egoísmos, si no rige nuestra vida una entrega apasionada y decidida al amor sacrificado, si no sostiene nuestra vida una esperanza que nos proyecte más allá de la muerte física, es que no creemos en Cristo, no nos fiamos de él suficientemente, ni estamos vivificados por él. Podremos decir que tenemos fe, pero no vivimos la fe.

Si nuestras palabras y nuestras obras no actualizan de modo visible e inteligible para los hombres de hoy el testimonio de la palabra y las obras de Cristo, restamos actualidad y fuerza a estos signos que, por parte de Cristo, son perennemente actuales.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Mientras no aceptemos con fe firme las palabras y las obras de Cristo, su muerte, su resurrección y su presencia actual, y dudemos de la fuerza decisiva de su amor, nuestras vidas no encarnarán el cristianismo; no viviremos con hondura, ni tendremos la fuerza, el vigor, la vibración propias de esa vida de Dios que nos fue dada como germen de "vida eterna" —plena, perfecta, honda y sin límites— en el bautismo.

La reforma de la fe —vivir una fe más honda y firme, más comprometida— es lo único capaz de realizar la reforma que necesita hoy la Iglesia. Tenemos suficiente base para creer en Cristo con toda el alma: en sus palabras y en sus obras, en la coherencia de su mensaje y su vida, en toda su existencia vivida con increíble fidelidad al

Padre y a los hombres, en su solidaridad entrañable con los desfavorecidos, en su amor decidido, generoso y sacrificado, en sus sufrimientos y su muerte; un hombre que sólo sea hombre y nada más, no habla así, no vive así, ni muere así; sólo el hombre en quien habita la plenitud de Dios, habla, vive y muere así; sólo Dios ama de este modo.

Sus palabras y sus obras, su presencia y su Espíritu, deben arrancarnos de la vida vulgar, rutinaria, mezquina y egoísta. ¿Es que no tendrá fuerza él? ¿Es que no vale la pena dejarse arrastrar? ¿Para qué queremos esta vida que se nos pudre en las manos de inactiva y perezosa? Esta vida nuestra, que, de cómoda, vulgar y egoísta que es, nos da asco, puede transformarse en amor por obra del Espíritu de Cristo.

Jesucristo demostró para siempre, con su palabra y sus obras, la intimidad que tenía con el Padre, su unión y su identidad con él; demostró que hablaba y obraba con la fuerza del amor del Padre; y que su palabra y sus obras anunciaban y comunicaban la vida del amor inmortal de Dios.

Su palabra y su obra definitiva, que revelan y comunican a los hombres todo lo que es Dios para ellos —amor sin límites—, es su muerte-resurrección: palabra elocuente y eficaz; obra clara e inequívoca.

Por ser la eucaristía el sacramento de su muerte-resurrección, es el signo que resume y actualiza todas las obras y todas las palabras de

Cristo: actualiza la presencia y la acción del amor de Dios que se nos da en Cristo. Por esto mismo es el signo de nuestra fe: signo que exige nuestra fe y la confirma, la consolida. En la eucaristía estamos proclamando, ante el Padre y ante el mundo, las palabras y las obras de Cristo, y así las estamos actualizando para vivirlas.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

No os dejéis seducir:
no hay retorno alguno.
El día está a las puertas,
hay ya viento nocturno:
no vendrá otra mañana.
No os dejéis engañar
con que la vida es poco.
Bebedla a grandes tragos
porque no os bastará
cuando hayáis de perderla.
No os dejéis consolar.
Vuestro tiempo no es mucho.
El lodo, a los podridos.
La vida es lo más grande:
perderla es perder todo.

BERTOLT BRECHT

Con el pretexto de la caridad, esta necesidad de no discutir y no ser discutido, de no hacer sufrir y evitar el sufrimiento, de no violentar y de no ser violentado, es un veneno lento que, gota a gota, va disminuyendo la hombría del amor en los corazones.

E. MOUNIER

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Ex 32, 7-14

LA alianza de Dios con Israel ha sido la suprema expresión del amor del Señor a su pueblo. Israel responde a la alianza con el pecado de idolatría, que es la negación de la presencia del Señor entre ellos.

El hagiógrafo muestra el contraste, porque ve así, en resumen, la historia del pueblo elegido. Pero el pecado del pueblo no ha podido ahogar en ningún momento el amor de Yavé.

En este pasaje, el triunfo del amor del Señor, con el perdón del pecado, se describe como un duelo personal entre Dios y Moisés. Dios aboga por castigar al pueblo en defensa de su alianza ultrajada; Moisés aboga por el perdón del pueblo en defensa del amor fiel, inmenso e incommovible de Dios. Así describe el autor el drama interno que ha ido tensando la historia del pueblo elegido.

En este caso, como en todos los demás momentos de la historia de Israel, triunfa el amor de Yavé por su pueblo.

En aquellos días dijo el Señor a Moisés: anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú

sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un toro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: "Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto".

Y el Señor añadió a Moisés: veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo.

Entonces Moisés suplicó al Señor su Dios: ¿por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto con gran poder y mano robusta? ¿Tendrán que decir los egipcios: "con mala intención los sacó para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra"? Aleja el incendio de tu ira, arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo. Acuérdate de tus siervos, Abraham, Isaac, a quienes juraste por ti mismo diciendo: "Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre". Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Lectura evangélica: Jn 5, 31-47

Continúa esta lectura las de ayer y anteayer. Es conveniente contar con las introducciones a las mismas.

Este fragmento prolonga la explicación de la señal realizada por Cristo en la piscina de Betesda. Se trata, pues, de mantener frente a los fariseos que lo niegan, que Cristo da vida eterna, la vida del Padre. Que Cristo tiene este poder vivificador, lo prueba ahora el mismo Señor advirtiendo unos testigos de su obra: en primer lugar

el Bautista, que ha dado público testimonio ante una delegación de sacerdotes y levitas (alude a Jn 1, 19-28). El testimonio de Juan, testimonio humano, no lo necesita Cristo; pero de cara a los judíos tiene una gran importancia. Por eso lo aduce.

En segundo lugar, las obras que realiza, que son las que el Padre le ha mandado llevar a cabo. Estas obras son el plan salvador manifestado en diversos símbolos o "señales". Además, la unidad de acción está manifestando la identidad de Cristo con el Padre.

Y en tercer lugar las Escrituras y Moisés, que lo han anunciado. En ellas se describe el plan de Dios. Cristo es la culminación de este plan. Ellas están testificando que él es el enviado, el vivificador.

El amor del Padre culmina en Cristo. Es pecado contra el amor del Padre no aceptar a Cristo, su palabra, su revelación. Y buscar fuera de Cristo la salvación, será idolatría...

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí y sé que es válido el testimonio que da de mí.

Vosotros enviasteis mensajeros a Juan y él ha dado testimonio a la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz.

Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido rea-

lizar; esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis.

Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna: pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros.

Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio a ése sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Juicio a nuestra fidelidad: ¿hasta dónde llevamos la fidelidad a Dios en la vida? En los juicios, sentimientos y planes desde los que vamos montando nuestros días, ¿qué papel tiene Dios, su palabra, su mensaje, su voluntad? Serle fieles no es sólo no ofenderle gravemente; ser fieles es amarle con todo el ser; ser fieles es cumplir positivamente su voluntad en la vida, hacer lo que hay que hacer en esta vida, en este mundo nuestro en el que tanto hay que hacer por los hombres.

¿Acaso no tenemos nosotros la vida, el mundo, la casa y el corazón llenos de ídolos? ¿No damos culto a cosas, obras y personas?

Todo lo que amamos —personas o cosas, empresas, planes, o a nosotros mismos—, sin poner la fe en el amor, con todas las consecuencias, es idolatría. ¿No vivimos mezclando el culto a Dios con el culto a muchos “ídolos”?

Lo que no es fe, es idolatría. Lo que no es amor, es pecado. Y donde hay egolatría, no hay fe; donde hay egoísmo, no hay amor.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Si tenemos los ojos limpios —limpias las intenciones y el corazón, limpia la vida—, si somos sencillos, veremos suficientes testimonios de Dios, de Cristo, de la Iglesia, como para creer con firmeza, ocurra lo que ocurra. Y si está firme la fe, centraremos nuestra vida en el Dios de Jesucristo: nos liberaremos de los ídolos (los ídolos atan, esclavizan; Dios desata y libera); seremos testimonio viviente de la presencia de Dios en el mundo, como valor supremo que ilumina y lleva a los hombres a las verdaderas riquezas del vivir.

¿Es que no ocurren cosas suficientemente graves en nuestro mundo, como para comprometernos y vivir una fe más decidida, más activa, más arriesgada? ¿Es que Dios no está hoy más harto que en tiempos de Moisés de los ídolos que esclavizan a los hombres de este tiempo?

Cristo se jugó la vida para limpiar de ídolos el corazón y el mundo de los hombres. Perdió la vida pero ganó su objetivo: resucitó para plantarse en el interior de los que quieran liberarse

de los ídolos y vivir en su presencia al ritmo del amor liberador. El Espíritu de Cristo da testimonio ahora de él en el corazón de los creyentes. Y a la luz reveladora de su Espíritu, cobran valor todos los otros testimonios.

La eucaristía es un signo central por el que el Espíritu de Cristo testimonia de él con la fuerza propia de su presencia misma. Si tenemos fe, el Espíritu nos introduce en el amor de Cristo muerto-resucitado, y su amor nos libera de todos los ídolos.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Vivir en Cristo Jesús, en el ser nuevo, en el Espíritu, significa no tener otro absoluto que su amor, estarle totalmente entregado pero totalmente desasido de cualquier otra observancia. Y esta apertura total en amor al "otro" y para su propio bien, es igualmente el único absoluto para los no cristianos.

J. T. A. ROBINSON

Me gusta pensar que en la inmensa liquidación que se prepara, tú, cristiano, desearás confesar en primer lugar tu malicia; tú, que has traído la confesión al mundo. La verdadera contricción consiste en ser sincero lo mismo en la falta que en el éxito. El día en que reconozcamos, con el dolor necesario, que una inmensa masa del mundo cristiano y un inmenso sector de nuestras vidas llamadas cristianas se han abandonado al paganismo, ese día la curación está próxima.

E. MOUNIER

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:

Sab 2, 1 a. 12-22

EL autor del libro de la Sabiduría se propone animar a los judíos de Alejandría a mantenerse fieles a la alianza con Dios, pues eran ridiculizados por otros judíos que habían aceptado la filosofía y la religión helenistas con todas las consecuencias. El autor considera injustos a estos últimos.

La lectura recoge parte de las críticas de que son objeto los "fieles": molestan, resultan incómodos, ofenden porque con su conducta denuncian la infidelidad; por eso se les ve como peligrosos, perturbadores y blasfemos; estorban y hay que quitarlos de en medio como sea; serán objeto de persecución y de tortura. El autor del libro afirma que más bien son blasfemos los que tratan así a los fieles.

Dijeron los impíos, razonando equivocadamente: acechemos al justo, que nos resulta incómodo: se opone a nuestras acciones, nos echa en cara nuestros pecados, nos reprende nuestra educación errada; declara que conoce a Dios y se da el nombre de Hijo del Señor; es un reproche para nuestras ideas y sólo verlo da grima; lleva una vida distinta de los demás

y su conducta es diferente; nos considera de mala ley y se aparta de nuestras sendas como si fueran impuras; declara dichoso el fin de los justos y se gloria de tener por Padre a Dios.

Veamos si sus palabras son verdaderas, comprobando el desenlace de su vida. Si es justo, Hijo de Dios, lo auxiliará y lo librará del poder de sus enemigos; lo someteremos a la prueba de la afrenta y la tortura, para comprobar su moderación y apreciar su paciencia; lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues dice que hay quien se ocupa de él.

Así discurren y se engañan, porque los ciega su maldad. No conocen los secretos de Dios, ni esperan el premio de la virtud, ni estiman la recompensa de una vida intachable.

Lectura evangélica: Jn 7, 1-2. 10. 25-30

La fiesta de los Campamentos conmemoraba la peregrinación de Israel por el desierto y los beneficios recibidos del Señor, presente en medio de su pueblo. Era una exaltación de la presencia del Señor entre los israelitas.

En este contexto encuadra Juan unas discusiones de los judíos sobre el origen del mesías, y unas afirmaciones claras de Cristo acerca de su mesianidad y su origen divino. Pero la autosuficiencia de los judíos les impide creer en la palabra de Cristo. Más: se sienten provocados hasta decidir apedrear a Cristo por "blasfemo".

Hay en esta narración un enfrentamiento del judaísmo oficial —el de la religión establecida— con el profeta, con el justo enviado por el Padre para dar testimonio de su amor. La palabra y las obras del profeta condenan la conducta de los

"sabios" judíos que prefieren defenderse a sí mismos antes de aceptarle a él. El evangelista insinúa que no le admiten porque el profeta es una denuncia viviente de la vida y la religión que ellos llevan entre manos. Cristo es considerado oficialmente como peligroso, impío, blasfemo, indeseable. Y será oficialmente condenado a muerte. Quedará así a salvo —humanamente— la religión "establecida" y la conciencia y la conducta de los que la encarnan.

En aquel tiempo, recorría Jesús la Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de los Campamentos. Cuando sus parientes habían subido ya a la fiesta subió también él; pero no mostrándose, sino privadamente.

Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: ¿no es éste el que intentan matar? Pues mirad cómo habla abiertamente y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el mesías? Pero éste sabemos de dónde viene, mientras que el mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene.

Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: a mí me conocéis y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz: a ése vosotros no le conocéis; yo lo conozco porque procedo de él y él me ha enviado.

Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios nos hace un doble juicio:
 ¿Tiene nuestra vida cristiana suficiente carga de autenticidad, como para molestar y provocar

al mal que nos rodea? Si el mal y quienes lo llevan viven tranquilos a nuestro lado, mala señal; mala señal si nuestra presencia y nuestra conducta no les inquieta, si no nos insultan ni nos persiguen. ¿Estaremos viviendo un pacto —por los menos implícito— con el mal? Puede ocurrir que el mal nos tenga dominados y que mande en nuestra propia vida. Ciertamente, si nuestra conducta no es una denuncia del mal, es que somos cómplices.

¿Estaremos nosotros defendiendo hoy ciertas cosas nuestras —estructuras, formas, prácticas, ideas— contra la acción renovadora del Espíritu? No es imposible que denunciemos hoy a más de un justo porque su conducta y su palabra nos molesta y nos denuncia. No es imposible que el egoísmo, el orgullo y la autosuficiencia se nos camuflen hasta en la postura religiosa y nos muevan a una lucha sucia. ¿No lucharon otros desde ahí contra el mismo Cristo? ¿Es tan inverosímil que otros caigamos en igual ceguera? Nadie vive nunca a salvo de ninguna atrocidad; y el creerse demasiado seguro es tal vez el mejor modo de hacerse accesible a esta clase de fariseísmos.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Los cristianos hemos de vivir una fidelidad a Cristo nada halagadora, nada cómoda: nuestra lucha contra el mal que llevamos dentro —egoísmos, orgullo, ambición, pereza, mentira, sensualidad... las vetas todas de esa zona oscura de nuestro ser vicioso y viciado—, nos enfrenta al

mal que está afuera: nos enfrenta a todos los egoísmos, mentiras, injusticias, ambiciones y juegos sucios... El mal que se sienta ofendido por nuestros criterios y nuestra conducta cristiana, se alzarán contra nosotros inexorablemente y nos golpeará sin piedad.

Los cristianos tenemos la tremenda misión de denunciar el mal con sólo vivir fieles al mensaje de Cristo. Si nuestra vida es fiel a Cristo, denunciamos el mal; si no denunciamos ningún mal, no es fiel a Cristo nuestra vida. Y nuestra misión de denunciar y acusar, es misión de ser denunciados, acusados, atacados: el que ama, denuncia con su amor al egoísmo y éste denunciará al que ama; el pobre denuncia con su pobreza al rico ambicioso, y este rico aplastará al pobre; la sencillez denuncia al orgullo, y el orgullo herirá a la sencillez...

Y no podemos responder con la violencia a la violencia. La verdadera victoria sobre el mal lleva siempre consigo ser de algún modo víctimas del mal. Otras victorias sobre el mal, sin victimación ninguna, son sospechosas del uso de las armas del mal. Si queremos que el bien, la verdad, la justicia, el amor y la paz vengán y se impongan como tales al mal, a la mentira, a la injusticia, a la indiferencia y al odio, hemos de aceptar ser aplastados nosotros por estas últimas, dejando que fructifique la victoria en otras manos.

No se puede dudar: la violencia que suframos los cristianos o la tranquilidad que disfrutemos,

son la medida de mordiente o la asepsia de nuestro cristianismo, la medida de su autenticidad o su falsedad.

Cristo es el justo acusado, insultado y perseguido por los egoísmos, los intereses y los errores que su palabra y vida denunciaban constantemente. A Cristo el mal no podía dejarlo tranquilo, porque él lo denunciaba claramente. Murió víctima del mal, y así venció al mal.

La eucaristía es el sacramento de su victimación y de su victoria. Los que participamos en la eucaristía nos comprometemos a vivir como él: venciendo al mal a base de ser insultados, perseguidos y victimados por él. No nos está permitido hacer ninguna alianza con el mal, porque cada vez que celebramos la eucaristía, renovamos la alianza con Dios en Cristo.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Hermano, he sentido nacer en mí, desde que me detuvieron, un hombre nuevo; ¡un hombre nuevo ha resucitado! Ya existía en mí, pero no se habría revelado nunca de no ser por el rayo que cayó sobre mí. ¡Qué me importa tener que cavar durante seis años en las minas! No me asusta; otra cosa es la que temo: ¡que este hombre resucitado se retire de mí! También en las minas puede encontrarse, en la persona de un presidiario y un asesino, un corazón humano para entenderse con él, ¡porque también allí se puede amar, vivir y sufrir! Se puede reanimar el corazón aterido de un presidiario, curarlo, sacarlo de

una vez de la madriguera a la luz, ¡transformarlo en un alma grande, regenerada por el sufrimiento! ¡Se puede resucitar héroe!

F. DOSTOIEVSKI

Se nos ha enseñado a no tener enemigos, como si fuera posible mantener un nivel mínimo de fidelidad sin provocar la enemistad de muchos, y resistir sus golpes sin detestarlos. ¿El mandamiento de amar al enemigo? Me dice que no rompa con él el vínculo del *corpus Christi*, que no le empuje por el gesto de mi odio hacia la desesperación de la que en definitiva dispongo tanto como de la esperanza; que no juzgue, que no condene. Pero ese mal o ese error, o simplemente el interés excesivo que trasunta y, aún más que ese mal impersonal, el nudo concreto de actos responsables que constituye su soporte inseparable, puedo y debo detestarlo a través del prisma del amor sobrenatural. Hay que renunciar al cristianismo si se quiere renunciar a esas dialécticas que descoyuntan unos sentimientos cristianos para reducirlos a la escala de los sentimentalismos cómodos.

E. MOUNIER

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Jer 11, 18-20

ESTA lectura es una parte de la narración del ministerio del profeta en su pueblo, Anatot. Jeremías se ha declarado promotor de la reforma religiosa impulsada por el rey Josías (año 622). El código de esta reforma era el Deuteronomio (véase 2 Re 22, 8), y una de sus normas claves era la del santuario único en Jerusalén. Jeremías, promotor de esta reforma, se había ganado la enemistad de sus compatriotas, sobre todo al abogar por la destrucción del santuario local de Anatot. Y el profeta expresa ante el Señor sus sentimientos. Se ve perseguido y odiado por sus propios familiares. Ha recibido su misión del Señor y, a causa de ella, se ve contestado... Sus frases tienen fuerte sabor a venganza.

Sin embargo, más que la venganza, suena en sus frases la confianza en el Señor, que lo liberará de sus enemigos y dará eficacia a su misión profética.

En aquel tiempo dijo Jeremías: el Señor me instruyó y comprendí, me explicó lo que hacían. Yo, como cordero manso, llevado al matadero, no sabía los planes homicidas que contra mí planeaban:

“Talemos el árbol en su lozanía, arranquémoslo de la tierra vital, que su nombre no se pronuncie más”.

Pero tú, Señor de los ejércitos juzgas rectamente, pruebas las entrañas y el corazón; veré mi venganza contra ellos porque a ti te he encomendado mi causa. Señor Dios mío.

Lectura evangélica: Jn 7, 40-53

La presencia de Cristo da lugar a discusiones entre los israelitas. El evangelista recoge las diversas posturas de los hombres ante él. Unos lo aceptan al contemplar sus “signos”: obras y palabras; otros permanecen en la duda; otros no lo aceptan de ningún modo como mesías, porque creen saber exactamente cuanto se refiere al origen del mesías, y no ven que se cumpla en la vida de Cristo.

Juan subraya con ironía, que los que creen saberlo todo sobre el mesías y sobre Cristo, no llegan a la fe. Son éstos los contestatarios de Jesús y los que lo condenarán a muerte. El orgullo impide a estos “sabios” israelitas descubrir en Jesús al mesías.

En aquel tiempo, de la gente que oyó estos discursos de Jesús, unos decían: éste es de verdad el profeta. Otros decían: éste es el mesías. Pero otros decían: ¿es que de Galilea va a venir el mesías? ¿No dice la Escritura que vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David? Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima.

Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: ¿por qué

no lo habéis traído? Los guardias respondieron: jamás ha hablado nadie así. Los fariseos les replicaron: ¿también vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la ley son unos malditos.

Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: ¿acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho? Ellos le replicaron: ¿también tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

¿Qué actitud tenemos nosotros ante Cristo?

Tal vez, ni siquiera hemos tomado una postura personal. Tal vez no nos hemos planteado en serio quién es Cristo para nosotros. ¿No es ésta la causa de la mediocridad en que vivimos? Y nos llamamos cristianos... Es posible que tengamos miedo a definirnos, a tomar postura.

No tener ninguna actitud personal con respecto a Cristo, es, de por sí, una pésima actitud. Quien no está conmigo, está contra mí ¿Qué fe es la nuestra, que nos mantiene indefinidos e indiferentes ante quien es objeto y sujeto central de la fe?

Para nosotros, creyentes, toda postura que no responda a la fe, ya está condenada. No una fe infantil, ni ignorante, ni orgullosa, ni autosuficiente y "sabía"; porque todo esto no es fe. La fe viva y sincera, la fe sencilla que no excluye las dudas, las vacilaciones y las dificultades. La fe comprometida que acepta con valor todos los riesgos.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Es cristiano quien se ha decidido por Cristo responsablemente. Quien descubre que Cristo le ha aceptado a él y nos ha aceptado a todos con amor y acepta ser aceptado por Cristo; acepta entrar en comunión de existencia con él.

Ser cristiano y no aceptar a Cristo con todas las consecuencias, es una contradicción, una mentira viviente. Ser cristiano y no definirse, no decidirse, vivir en la ambigüedad, es absurdo.

El cristianismo necesita hoy cristianos que acepten a Cristo; cristianos que le conozcan, que lo descubran personalmente y lo acepten. Puede sonar mal, pero es cierto: desconocemos a Cristo; la mayoría no le hemos admitido en nuestra existencia con una fe adulta.

Cristo se definió: tomó una actitud clara y decidida ante el Padre y ante los hombres, con todas las consecuencias. Y desde su actitud de servidor fiel del Padre y de los hombres, desde su postura de mediador, de mesías, Cristo comprometió a todos a tomar postura ante él. La cruz, su muerte-resurrección, que es la consecuencia y el resultado último de la decidida actitud que él tomó en favor del Padre y de los hombres, es también la gran llamada a cada hombre, a que se defina ante Cristo: a que le admita como salvador o no le admita, a que crea o no en él.

La eucaristía es el sacramento que celebra y actualiza la actitud de Cristo respecto del Padre

y de los hombres: servicio, amor sacrificado hasta la muerte. La eucaristía es también el sacramento de nuestra fe: expresión y vivencia sacramental de nuestra opción por Cristo.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

No es fiel aquel que tiene como criterio supremo su razón, sus principios, su conciencia, su libertad o su virtud, sino el que está dispuesto a sacrificar todo esto cuando, unido sólo a Dios, es llamado por la fe a una acción obediente y responsable; aquel cuya vida no quiere ser otra cosa que una respuesta a la pregunta y a la llamada de Dios. ¿Dónde están estos responsables?

D. BONHOEFFER

Unos después de otros, delante del mundo moderno, debemos realizar nuestro camino de Damasco. Ya se sabe la pregunta que está al final: "Señor, ¿qué es necesario que yo haga?"

En primer lugar, no evadirse.

E. MOUNIER



...Y vosotros, los parias de la tierra que con el hambre vuestra abastecéis un festín al que nunca se os invita; que construís con llanto de las manos el ajeno palacio que os rechaza; que, amados por el frío, dais abrigo con vuestra propia vida a la intemperie a la paz confortable que otros gozan; vosotros, que, debajo de la tierra, ofrecéis, como alimento para que continúe, vuestra fuerza, perdonadme...

CARLOS ALVAREZ

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Ez 37, 12-14

EL profeta Ezequiel ha tenido la visión de unos huesos secos e informes que toman carne, se organizan y reviven. Y el texto escogido como lectura nos da el “oráculo” que interpreta o aplica el sentido de la visión profética.

La visión que tiene el profeta de la resurrección de los muertos expresa la restauración de Israel, la vuelta de los cautivos y la renovación de toda la vida del pueblo de Dios.

Las órdenes del Señor se transmiten por medio del profeta y se van realizando progresivamente: lo que era un montón informe de huesos secos se convierte en un gran ejército: es el pueblo de Israel.

El oráculo del profeta tiene como fin avivar la esperanza de los cautivos de Babilonia anunciándoles la pronta restauración, que será una resurrección de la nación.

Esta restauración será además un claro testimonio de que el Señor está en medio de su pueblo: “sabréis que yo soy el Señor cuando abra vuestras tumbas...”.

Y esta resurrección se realiza por la infusión del Espíritu del Señor. Por eso la restauración del pueblo será una penetración profunda del Espíritu en el pueblo: “infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis”. Esta vivificación es lo que litúrgicamente se ha de resaltar en la lectura, en relación con las lecturas evangélica y apostólica.

Esto dice el Señor:

—Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os haré salir de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os traeré a la tierra de Israel.

Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestros sepulcros, pueblo mío, sabréis que yo soy el Señor: os infundiré mi espíritu y viviréis; os colocaré en vuestra tierra, y sabréis que yo el Señor lo digo y lo hago. Oráculo del Señor.

Lectura evangélica: Jn 11, 1-45

El relato de la resurrección de Lázaro con la decisión siguiente de los pontífices y fariseos de condenar a Cristo, es la cima culminante del evangelio de Juan. Nuestra lectura prescinde de esa decisión de los jefes del pueblo —que contrasta con la disponibilidad de los judíos sencillos que creen en Cristo a la vista del signo—, y queda el texto reducido a la resurrección de Lázaro. Es el signo de la “vivificación” que va a obrar Cristo en quienes crean en él, desde su propia muerte-resurrección. Se cumple en Cristo para los creyentes la visión profética de Ezequiel recogida en la primera lectura.

Todo el episodio es una introducción a la pasión de Cristo. Es también un resumen de la acción reveladora de Cristo. Todo tiende a expresar el acontecimiento de la comunicación de la vida-nueva, eterna, inmortal, abocada a una total resurrección, obra de Cristo en nombre del Padre. Cristo no hará sólo signos para indicarlo, sino que dará su vida para comunicarlo. La idea teológica con que se ha escrito este capítulo es la misma que preside la narración de la pasión: la muerte de Cristo da la vida y la resurrección a los hombres.

Cristo se presenta en este signo como resurrección y vida. Pero no simplemente en vistas al futuro, en la resurrección final, sino como algo presente. Y se afirma claramente que la participación en esa resurrección y vida dependen de la fe, de creer en Jesucristo. El que cree en Cristo como salvador de la existencia humana, como presencia —don y llamada— del amor de Dios que comunica la vida inmortal, ya tiene en sí la resurrección; la muerte se le cambia de sentido: morir será un trance más —el último y decisivo— de la existencia y el momento de la plena vivificación, del triunfo de la resurrección.

En aquel tiempo, un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo. (María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera: el enfermo era su hermano Lázaro).

Las hermanas le mandaron recado a Jesús, diciendo:

—Señor, tu amigo está enfermo.

Jesús, al oírlo, dijo:

—Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba.

Sólo entonces dice a sus discípulos:

—Vamos otra vez a Judea.

Los discípulos le replican:

—Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, y ¿vas a volver allí?

Jesús contestó:

—¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque le falta luz.

Dicho esto añadió:

—Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo.

Entonces le dijeron sus discípulos:

—Señor, si duerme, se salvará.

(Jesús se refería a su muerte; en cambio, ellos creyeron que hablaba del sueño natural).

Entonces Jesús les replicó claramente:

—Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora vamos a su casa.

Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos:

—Vamos también nosotros, y muramos con él.

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania distaba poco de Jerusalén: unos

tres kilómetros; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María, para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús:

—Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.

Jesús le dijo:

—Tu hermano resucitará.

Marta respondió:

—Sé que resucitará en la resurrección del último día.

Jesús le dice:

—Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?

Ella le contestó:

—Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.

Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja:

—El Maestro está ahí, y te llama.

Apenas lo oyó, se levantó y salió a donde estaba él: porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, al ver que María se levantaba y salía de prisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María a donde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole:

—Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.

Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y muy conmovido preguntó:

—¿Dónde lo habéis enterrado?

Le contestaron:

—Señor, ven a verlo.

Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban:

—¡Cómo lo quería!

Pero algunos dijeron:

—Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?

Jesús, sollozando de nuevo, llegó a la tumba. (Era una cavidad cubierta con una losa).

Dijo Jesús:

—Quitad la losa.

Marta, la hermana del muerto, le dijo:

—Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.

Jesús le dijo:

—¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?

Entonces quitaron la losa.

Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo:

—Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea para que crean que tú me has enviado.

Y dicho esto, gritó con voz potente:

—Lázaro, ven afuera.

El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo:

—Desatadlo y dejadlo andar.

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Lectura apostólica: Rom 8, 8-11

Este fragmento de la carta de Pablo a los romanos viene a proyectar sobre los cristianos el mensaje de las otras dos lecturas.

Estar o existir “en la carne” es vivir desde sí y para sí, con perspectivas y límites cerrados a esta tierra, recortados por el egoísmo. Existir “en el espíritu” es vivir desde el impulso del Espíritu de Cristo y con sus horizontes y su fines: desde el amor universal para la vida inmortal. Y dice Pablo a los cristianos que “hemos recibido este Espíritu” y desde él hemos de vivir, no ya “desde la carne”, no desde el egoísmo. Y apunta a la vivificación final, a la resurrección plena a que nos conduce el Espíritu al igual que a Cristo. Y dice llanamente que quien no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo.

Hermanos: Los que están en la carne no pueden agradar a Dios.

Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros.

El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo.

Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia.

Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Lo que en el fondo nos está juzgando la palabra de Dios en estos tres últimos domingos de cuaresma es nuestro *bautismo*. A ver si lo hemos descubierto o no, si lo vivimos o lo tenemos muerto. Juicio sobre el *agua*, juicio sobre la *luz*, juicio —hoy— sobre la *vida nueva* inmortal. Juicio sobre el Espíritu de hijos de Dios. ¿Qué hacemos ahora de todo eso que se nos infundió en el bautismo?, ¿lo hemos llegado a conocer a fondo, somos conscientes de ello, lo vivimos o no? ¿O duerme todo oculto, ignorado, olvidado o muerto en el fondo del ser?

Una pregunta que discierne inequívocamente la fe que tenemos de la fe que no tenemos se nos alza hoy de la palabra: ¿creemos en la resurrección? En la de Cristo y en la nuestra, a la vez. Y ¿creemos que la resurrección está presente ya en nuestra vida diaria —latente pero actuando— como está ya presente la muerte? ¿Somos el testimonio de la vida-inmortal, o la triste muestra andante de una vida-muerta?

¿Luchamos por hacer fructífera la resurrección a esta vida? No sólo a nosotros, sino a los demás; ante todo a los que viven muertos de dolor, de soledad, de hambre, de enfermedad, de fatiga, de incultura..., injustamente muertos. Estas palabras horribles han llegado a resbalar ya por los oídos humanos, y sin embargo la realidad que enuncian existe cruda, horrible, hiriente, escandalosa, acusadora...

¿Y celebramos nosotros la muerte-resurrección de Cristo?

VIVIR HOY EN CRISTO
A LA LUZ DE SU PALABRA

Vivir en Cristo es vivir —todo, siempre— desde la fe más viva en la resurrección. Es vivir ya —siempre, en todo— la resurrección con fe activa. Es vivir muriendo cada día —sabiendo que morimos, aceptando la muerte— y cada día resucitando y esperando resucitar del todo al fin. Y vivir aliviando el morir de *todos* y esperando que *todos* resuciten. Desde ahí, vivir hoy en Cristo es luchar por hacer efectiva en nosotros y en los demás la resurrección, despertando y manteniendo la esperanza con el amor activo que se renueva renovándolo todo. La Iglesia, los cristianos hemos de sacar mejor las consecuencias que tiene la resurrección para nuestra vida personal, para la vida común, para la existencia de todos los hombres y del cosmos entero. Consecuencias no sólo futuras, sino presentes y en orden al futuro.

Sólo viviendo así en Cristo —sólo *creyendo* así, *esperando* así— tiene verdadero sentido celebrar la muerte-resurrección del Señor en la eucaristía. Y, está claro, en orden a creer, esperar y vivir así, cada día más fielmente, más comprometidos.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Pascal decía: “El ateo es un espíritu fuerte, pero hasta cierto punto solamente”. Porque, en realidad, no es lo suficientemente fuerte como para, ante el cadáver de un ser querido o ante la brutalidad de una tumba abierta o de ese infame arcón en que se sigue encerrando a los muertos para protegerlos —¿de que?—, afirmar, sin ninguna clase de recurso al lirismo o a la evasión idealista, que ese ser vive y que ese cuerpo volverá a moverse y a ser alguien para los otros, porque Cristo ha vencido a la muerte.

J. JIMÉNEZ LOZANO

¿Qué me importa la vida eterna, si no soy consciente de esa eternidad? La vida eterna puede, desde este momento, estar presente en nosotros. La vivimos desde el momento en que consentimos en morirnos nosotros mismos, en consentir de nosotros ese renunciamiento que nos conduce inmediatamente a la resurrección en la eternidad.

F. DOSTOIEVSKI

La vida puede ser aceptada como una vida para la muerte, por la fe en la resurrección y con la esperanza en Aquel que crea vida de la muerte... La expectación de la resurrección otorga con esto a la vida del amor aquel futuro que éste necesita para poder amar, para poder ser el amor que “nunca cesa”.

J. MOLTSMANN

Se comienza a vivir naciendo desde el vientre materno a la existencia física; se nace por segunda vez, cuando, pasada la puericia, despierta poco a poco el alma a la vida personal e histórica; llega un tercer nacimiento cuando la mortificación del sacrificio nos hace despertar a la vida en que el dolor cobra su sentido, la transvida de la esperanza.

P. LAIN ENTRALGO

¡Nueva creación, sublime creación! Es la creación de la fe. Porque así como la razón combina y analiza, la fe crea.

MIGUEL DE UNAMUNO

La revolución temporal y la salvación eterna deben cumplirse al mismo tiempo.

CH. MOELLER

La tierra nueva se concentra, se desglosa y se purifica laboriosamente a través y a favor de la actividad humana.

P. TEILHARD DE CHARDIN

Dios nos exige que nos agotemos en el servicio del prójimo: que vencamos nuestro egoísmo, que demos el máximo de nosotros mismos, sin medida. Luego, sólo luego, tendremos derecho a esperar que el Espíritu divino sople, renueve la faz de la tierra. A fin de cuentas, ¿qué otra cosa esperamos, por qué luchamos si no?

HELDER CÁMARA

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Jer 31, 31-34

JEREMÍAS había luchado por llevar adelante la reforma religiosa de Josías. El esfuerzo del rey y del profeta han resultado inútiles y ha venido el castigo: la ruina, el destierro, la destrucción de Judá y de Jerusalén.

Pero el profeta ve en el horizonte el triunfo del amor del Señor que renovará la alianza. Esta renovación no se hará ya en un plano político-religioso —como pretendió serlo la de Josías— sino en el plano del espíritu, del corazón, de la vida misma de los hombres. La nueva alianza se libera de condicionamientos sociológicos y políticos. Se interioriza. La ley de la alianza se escribirá en los corazones, en la intimidad viva de las personas.

La interiorización de la alianza —de la religión— implica el conocimiento personal del Señor, la amistad, la intimidad con él por el amor. El primer efecto del amor del Señor en los hombres será el perdón.

Mirad que llegan días —oráculo del Señor— en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una

alianza nueva. No como la que hice con vuestros padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto: ellos, aunque yo era su Señor, quebrantaron mi alianza —oráculo del Señor.

En cambio, así será la alianza que haré con ellos después de aquellos días —oráculo del Señor—: meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.

Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: reconoce al Señor. Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande —oráculo del Señor—, cuando perdone sus crímenes y no recuerde sus pecados.

Lectura evangélica: Jn 12, 20-33

Este texto marca el final y la cumbre de la primera parte del evangelio de Juan, o del llamado “libro de los signos” (2, 1-12, 50), es decir de las manifestaciones de Cristo como mesías-salvador. Y contiene un resumen teológico de todo este libro. Este texto también es un preámbulo a la segunda parte del cuarto evangelio, que describe la pasión-muerte-resurrección de Cristo; es decir, lo que Juan llama “la hora” del Señor: la situación cumbre de su existencia histórica. El episodio de nuestra lectura de hoy equivale, pues, al de Getsemaní de los tres evangelios sinópticos.

El texto contiene la explicación teológica de toda la vida de Cristo considerada como realización de la nueva alianza. La existencia de Cristo alcanza el explícito y cruento valor supremo de ser “glorificación” del Padre: manifestación de

su amor salvador que, desde el Cristo fiel hasta la muerte, puede transformar la vida de los hombres hasta hacerla igualmente plenitud y “gloria”.

En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos gentiles; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban:

—Señor, quisiéramos ver a Jesús.

Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús.

Jesús contestó:

—Ha llegado la hora de que sea glorificado el hijo del hombre. Os aseguro, que si el trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre le premiará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por eso he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre.

Entonces vino una voz del cielo: “Lo he glorificado y volveré a glorificarlo”.

La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel.

Jesús tomó la palabra y dijo:

—Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.

Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra nos revela hoy a Cristo en esa "hora" suya en que la grandeza humana de su sacrificio —duda y temblor, miedo al sufrimiento pero aceptación, generosa fidelidad al amor sin límites—, deja ver la grandeza de su misterio divino.

Esa revelación de la palabra proyecta sobre nosotros una luz penetrante que nos juzga; una luz tan fuerte que nos hiere; una luz tan maravillosamente viva, que nos regenera y nos anima a vivir más hondamente.

La revelación de Cristo en la verdad de su misterio "plenamente" humano ("divinamente" humano), condena esta fe nuestra que no es fe ni es nada. Hemos montado la fe sobre "creencias" y conveniencias. Y hemos vaciado el misterio de Cristo. Nos hemos hecho un Cristo superficial, de escayola, un Cristo de consumo. Es cierto; nosotros vivimos un Cristo de consumo, desde mucho antes que la civilización comercial nos montase a este nivel toda la vida. Nuestra vida superficial, fácil, rutinaria, cómoda, sin hondura ni compromiso, sin entrega ni sufrimiento, ni servicio al prójimo, sin amor, queda sentenciada por la "hora" suprema de Cristo.

Desde nuestra fe superficial y falsa, no podemos captar la hondura y la altura de Cristo, significada en la profundidad de su existencia humana. Y sin "creer" en Cristo hasta lo hondo de su misterio, no salimos nunca de la fe falsa y de la vida superficial. Cristo tiene la fuerza de

romper este círculo que vicia nuestro vivir. Si no hemos tomado en serio a Cristo, no hemos tomado en serio a Dios ni hemos tomado en serio nuestra propia vida. ¿Se realiza acaso en nuestras vidas el drama del grano que muere?

VIVIR HOY EN CRISTO

A LA LUZ DE SU PALABRA

Abandonemos el cristianismo de consumo para vivir, en la fe responsable, el cristianismo del Cristo verdadero; del sencillo Cristo grande del dolor, el sufrimiento y la soledad de su "hora". Su hora es dolor, porque es obediencia y servicio; su hora es soledad, porque es fidelidad honda; su hora es muerte porque es amor; su hora —por todo eso— es resurrección y vida inmortal que inmortaliza nuestra vida.

No hay otra salida para el cristianismo en esta hora, que situarse en la "hora" de Cristo y hacerla actual. Tomar en serio a Dios, tomando en serio a Cristo. No hay otro modo de tomar-nos en serio a nosotros mismos hasta salir de la superficialidad a la hondura. No hay otra forma de tomar completamente en serio a los demás hasta entregarnos al servicio más fiel y generoso. No hay otra solución para llegar a poner nuestras vidas en esa hora suprema de la fidelidad honda al amor.

La eucaristía es el sacramento de la "hora" de Cristo. Toda la grandeza de la hora de Cristo, la vibración humana de su amor divino que glorifica al Padre, la realidad de la existencia del

Cristo que resucita porque se ha entregado a la muerte por los hombres, esa fuerza salvadora de nuestras vidas que tiene su grandiosa y tremenda "elevación" en cruz, lo celebramos y lo vivimos todo en la eucaristía; es el signo por el que renovamos la alianza del amor del Dios que nos perdona, nos purifica, nos vivifica con "vida eterna" para vivir en su amor inmortal.

Queda en pie para nosotros el problema de siempre: la fe. Todo eso no se realiza sin nosotros, sin nuestra disponibilidad, sin una fe sincera, generosa, viva.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Cristo fue Dios porque ese "Dios es Amor" (san Juan), Cristo lo encarnó plenamente. Y si Dios es lo absoluto, lo vivió en su vida cotidiana, llevándolo todo a sus extremos. Fue el germen transformador de todo y el más radical de los hombres; más que los más revolucionarios de hoy, siempre que su figura no sea la dé pacotilla que suelen presentar, con sus palabras y con sus actos, muchos creyentes. Y eso es lo que vemos en la encarnación de Dios: que hubo un hombre, un verdadero hombre, el hombre por excelencia.

E. MIRET MAGDALENA

Cada hombre es, a imagen de Dios, un absoluto. No es perder el tiempo amar al más insignificante de los hombres como a un hermano, como si estuviera solo en el mundo; me atreveré

a decir que, cualquiera que fuera su miseria moral, es tan digno de amor como Dios mismo.

R. VOILLAUME

Dios creó una vida humana que, en la perfecta sencillez del servicio cumplió el destino propio de la creación: la vida de su Hijo, que es imagen suya. El fue el amor en este mundo sin amor.

Esa misión del amor fue para él trabajosa. La vida de Jesús nos hace ver lo dura que le resultó. En un mundo torcido, tuvo que vivir rectamente; en una humanidad desobediente, permanecer obediente; en un mundo egoísta, ser el amor.

Ello fue tan imposible que lo mataron.

CATECISMO HOLANDÉS

Un día estaba yo sentado cerca del Himalaya, a la orilla de un río. Saqué del agua una piedra hermosa, dura, redonda, y la rompí. Su interior estaba completamente seco. Esta piedra hacía tiempo que estaba en el agua, pero el agua no había penetrado en ella. Lo mismo ocurre con los hombres en Europa. Hace tiempo que fluye en torno suyo el cristianismo, y éste no ha penetrado y no vive dentro de ellos. La falta no está en el cristianismo, sino en los corazones cristianos.

SADHU SUNDAR SINGH

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Is 43, 16-21

ESTE texto forma parte de un *poema de consolación* con que el profeta reanima la esperanza del pueblo en el destierro. En la dolorosa situación del presente el pueblo añora la libertad del pasado, y el profeta proyecta la esperanza hacia el futuro porque el Dios salvador no sólo no se desdice de sus acciones pasadas, sino que siempre actúa en función de hacer “algo nuevo”, actúa siempre de nuevo, en progresión de amor, y nunca se repite. La nueva liberación la anuncia el profeta como un nuevo éxodo que superará al anterior que el pueblo añora.

Así dice el Señor, que abrió camino en el mar
y senda en las aguas impetuosas;
que sacó a batalla carros y caballos,
tropa con sus valientes:
caían para no levantarse,
se apagaron como mecha que se extingue.

No recordéis lo de antaño,
no penséis en lo antiguo;
mirad que realizo algo nuevo;
ya está brotando, ¿no lo notáis?

Abriré un camino por el desierto,
ríos en el yermo;
me glorificarán las bestias del campo,
chacales y avestruces,
porque ofreceré agua en el desierto,
ríos en el yermo,
para apagar la sed de mi pueblo, de mi escogido,
el pueblo que yo formé,
para que proclamara mi alabanza.

Lectura evangélica: Jn 8, 1-11

Parece que este pasaje no es original de Juan. Esto no quiere decir que no sea “canónico” —lo es—, e incluso histórico. El lenguaje y el tema está más próximo de Lucas que de Juan, y encajaría de maravilla en la sección de Lucas de las *parábolas de la misericordia*.

El juicio de Dios, realizado ahora por Cristo, es misericordioso y salvador, consiste en el perdón. Nadie debe desesperar de Dios porque Dios mismo no desespera de nadie. En cambio, los hombres —¡incluso amparándose en leyes positivas religiosas!— carecen de misericordia y hasta de sinceridad y de justicia. Este es el mensaje del texto que brota de esa oposición que hay entre los acusadores inexorables de la mujer adúltera y el Cristo del perdón que, de paso, desenmascara la hipocresía de los acusadores de oficio. La juzgará él a solas porque él solo está sin culpa. ¿Y cuál es su sentencia? Ningún pasado cuenta, por negro y culpable que sea, donde se hace presente el amor misericordioso de Dios y se le acoge, porque su perdón renueva el ser.

Ningún pasado ha de hacer perder la esperanza para el futuro, porque el presente está lleno de gracia.

El juicio de Dios que Cristo lleva a cabo en la historia consiste en perdonar, en “justificar” a los hombres que se reconocen pecadores y se acogen a su amor. Dios establece con los hombres unas relaciones basadas en el amor incansable y sin límites y quiere que los hombres se relacionen también desde la comprensión, el amor y la misericordia.

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba.

Los letrados y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron:

—Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras: tú ¿qué dices?

Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo.

Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo.

Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo:

—El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.

E inclinándose otra vez, siguió escribiendo.

Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos, hasta el último.

Y quedó solo Jesús, y la mujer en medio, de pie.

Jesús se incorporó y le preguntó:

—Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado?

Ella contestó:

—Ninguno, Señor.

Jesús dijo:

—Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más.

Lectura apostólica: Flp 3, 8-14

Pablo expone la trayectoria personal de su entrega a Cristo y su relación con él. Todo su pasado queda atrás, la etapa anterior a su conversión —todo lo dejado es nada al lado de lo que Cristo le ha aportado, todo aquel “saber” es idiotez junto al “conocimiento” de Cristo que es comunión y participación de su vida—, y cuanto ha crecido ya en Cristo. El vive el presente en una apasionada aspiración de la comunión plena, “olvidándose de lo que queda atrás y lanzándose hacia lo que está por delante”. Es como un radiograma de la fe: estar siempre empezando a unirse a Cristo y aspirar siempre a una comunión mejor; desde el pasado en el presente, lanzarse siempre a más y mejor entrega en el futuro.

Hermanos: Todo lo estimo pérdida, comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.

Por él perdí todo, y todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo y existir en él, no con una justicia

mía —la de la ley—, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe.

Para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, para llegar un día a la resurrección de entre los muertos.

No es que ya haya conseguido el premio, o que ya esté en la meta: yo sigo corriendo.

Y aunque poseo el premio, porque Cristo Jesús me lo ha entregado, hermanos, yo a mí mismo me considero como si aún no hubiera conseguido el premio.

Sólo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para ganar el premio, al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Hoy la palabra de Dios —su revelación, su luz, su llamada— juzga nuestra esperanza en la misericordia de su amor, en su perdón y en su gracia. Y juzgar nuestra esperanza es juzgar nuestra atención y nuestra intención respecto del futuro, nuestra seguridad o inseguridad y nuestro modo de vivir el presente respecto del pasado y en orden al futuro.

Colectivamente, como Iglesia, ¿vivimos con equilibrio el presente desde el pasado y con verdadera responsabilidad de futuro? Hemos de preguntarnos si mantenemos y movemos la Iglesia hacia el futuro o hacia el pasado; si, en el presente, la Iglesia es signo de esperanza para los hombres; si aplica la misericordia de Dios tan

abundosamente como él quiere; si anunciamos con efectividad —con la palabra y la vida, con el compromiso real— un futuro mejor a los hombres y despertamos en ellos una esperanza honda; si preparamos con nuestras manos ese futuro mejor...

Cada uno hemos de revisar a la luz de la palabra nuestra actitud personal, la trayectoria y el estado de nuestra fe. ¿Vivimos la fe como una aspiración incesantemente *nueva* a un mayor y mejor “conocimiento” de Cristo, a una mayor fidelidad, a una comunión más profunda, sincera y consecuente en todas las relaciones y ámbitos de nuestra vida? El Cristo que nosotros “conocemos”, en el que decimos creer, ¿es el Cristo auténtico del evangelio o un Cristo retocado?

Nuestras eucaristías también son juzgadas por la palabra de Dios. ¿Vivimos en ellas un progreso en el “conocimiento” de Cristo y en la comunión real con él? ¿Recogemos y aplicamos a nuestras vidas y a la historia toda la esperanza que nos brinda la eucaristía, su vigor de “promesa” y de “gracia” constructora del futuro?

VIVIR HOY EN CRISTO

A LA LUZ DE SU PALABRA

Vivir en Cristo nos pide existir siendo fieles a este ritmo renovador de nuestras vidas y de la historia contemporánea: desde el pasado, vivir con realismo el presente sintiéndose responsables con Cristo del futuro, y, por esto mismo, verdaderamente esperanzados. Recordemos lo

dicho al comentar las lecturas: ningún pasado y ningún presente ha de robarnos la esperanza en el futuro, porque todo presente está lleno de gracia, de la presencia y de la fuerza de la promesa del Padre hecha efectiva en Cristo. Y añadamos: ningún pasado debe hacernos renegar del presente o desesperar del futuro; como ningún presente y ningún futuro debe hacernos olvidar ni maldecir el pasado que —a pesar de todo lo que pese— nos ha permitido llegar al presente abiertos al futuro; ningún presente debe tampoco frenar la orientación y la marcha hacia el futuro.

Si los cristianos vivimos hoy en Cristo de verdad y con todas las consecuencias, por fuerza despertaremos la esperanza de un futuro mejor en los hombres; en todos los hombres. Pero, pensemos que las consecuencias que ha de tener en el momento actual vivir en-el-Cristo-verdadero —y no en imágenes falsas de Cristo, de las que tantas hemos fabricado ya— son tremendas: situémonos en Cristo y con su Espíritu ante las situaciones que vivimos y ante los problemas de los hombres de este mundo injusto; con realismo, con verdad y con la entrega que Cristo nos pide. Cada creyente y cada comunidad cristiana ha de pensar, revisar, buscar en esta línea con perspectiva de futuro. Porque, si no, ¿qué fe, qué “conocimiento” y qué comunión tenemos con Cristo?

La eucaristía tiene para nosotros la exigencia de calibrar el don de Dios, aceptarlo y vivirlo. Para ello “recordamos” este *pasado* de la histo-

ria de salvación que culmina en Cristo; pero lo “recordamos” para agradecer y aceptar la *gracia-presente* del amor redentor del Padre que se nos da en Cristo resucitado; y esto lo aceptamos como “prenda” de esperanza respecto del futuro y como “llamada” al compromiso de ser promotores de ese futuro mejor que se construye en cada uno y en el mundo entero desde cada uno y desde todos, a través de todas las horas y de todas las obras. Esto, dicho así, puede quedar en estupenda teoría inútil —y por eso maldita—. Pero es que concretar, revisar, buscar, decidir y hacer —hacia ahí nos llama la palabra de Dios y hasta ahí hemos de llegar para “creer”— es cosa de cada comunidad, de cada grupo, de cada creyente. ¿Quién no encuentra en seguida tareas concretas a nivel personal, familiar, de grupo, de comunidad, si busca con realismo y con disponibilidad? Y ¿de qué nos sirve la *memoria* de la pascua de Cristo si no es para actuar promoviendo ya su *reino-futuro*?

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

La expectativa hace buena la vida, pues en ella el hombre puede aceptar todo su presente y puede encontrar felicidad no sólo en la felicidad, sino también en el dolor. De esta manera la esperanza atraviesa la felicidad y el dolor, pues puede vislumbrar en las promesas de Dios un futuro también para lo pasajero, para lo moribundo y para lo muerto. Por ello habrá que decir que vivir sin esperanza es como no vivir ya.

J. MOLTSMANN

Vivir es siempre, sin pausa ni descanso, hacer, realizar un futuro... Nada tiene sentido sino en función del porvenir. El ser del hombre tiene irremediablemente una constitución futurista.

J. ORTEGA Y GASSET

Dios no aporta miedo, sino esperanza. Si en nuestras almas hay más miedo que esperanza, es que las estamos llenando de nosotros y no de Dios.

J. L. MARTÍN DESCALZO

Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar con Dios desde el romper el alba hasta el caer de la noche, como dicen que con él luchó Jacob... Sólo espero... de los que luchan sin descanso por la verdad.

La Iglesia debe comprenderse y verificarse como una institución que lleva en sí una memoria de libertad subversiva, testimoniando y asegurando públicamente la tradición de esta memoria en medio de los sistemas de una sociedad que se quiere emancipadora.

J. B. METZ

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética:

Dan 13, 1-9. 15-17. 19-30. 33-62

ESTE largo y pintoresco relato quiere afirmar que el Señor se preocupa por los suyos y está atento sobre todo a los sencillos, a los que son víctimas de la astucia, de la mentira y la injusticia de otros hombres. Dios hace su propio juicio conforme a la verdad de los hechos. Los injustos y calumniados —que proceden en defensa de intenciones inconfesables— llevan el castigo en su propio pecado.

El juicio injusto era una de las traiciones más directas a la alianza, que imponía el respeto y el amor al prójimo (entonces, hermano de nación), una de cuyas expresiones fundamentales era no violar sus derechos y hacerle justicia. Dios no es impasible ante la injusticia, aunque a veces parezca lo contrario.

En aquellos días vivía en Babilonia un hombre llamado Joaquín, casado con Susana, hija de Quelcias, mujer bellísima y religiosa. Sus padres eran honrados y habían educado a su hija según la ley de Moisés. Joaquín era muy rico y tenía un parque junto a su casa; y como era el más estimado de todos, los judíos solían reunirse allí.

Aquel año fueron designados jueces dos ancianos del pueblo, de esos que acusa el Señor diciendo: "En Babilonia la maldad ha brotado de los viejos jueces que pasaban por guías del pueblo". Estos solían venir a casa de Joaquín, y los que tenían pleitos que resolver acudían a ellos.

A mediodía, cuando la gente se marchaba, Susana salía a pasear en el parque de su marido. Los dos viejos la veían a diario, cuando salía a pasear en el parque, y se enamoraron de ella. "Desviaron su corazón y bajaron los ojos, para no mirar al cielo ni acordarse de su justo juicio".

Un día, mientras acechaban ellos el momento oportuno, salió ella como de ordinario, sola con dos criadas, y tuvo ganas de bañarse en el parque porque hacía mucho calor. Y no había nadie allí, fuera de los dos viejos escondidos y acechándola. Susana dijo a las criadas: traedme el perfume y las cremas y cerrad la puerta mientras me baño. Ellas hicieron lo que les mandaba, cerraron la puerta del parque y salieron por la puerta lateral para traer lo que les había mandado, sin darse cuenta de que los viejos estaban escondidos. Apenas salieron las criadas se levantaron los dos viejos, corrieron hacia ella y le dijeron: las puertas del parque están cerradas, nadie nos ve, y nosotros estamos enamorados de ti; consiente y acuéstate con nosotros. Si no, daremos testimonio contra ti diciendo que un joven estaba contigo, y que por eso habías despachado a las criadas. Susana lanzó un gemido y dijo: no tengo salida por ningún lado: si hago eso será la muerte para mí; si no lo hago, no escaparé de vuestras manos. Pero prefiero no hacerlo y caer en vuestras manos, que pecar delante de Dios. Susana llamó a gritos, y los viejos por su parte, se pusieron también a gritar. Y uno de ellos fue corriendo y abrió la puerta del parque.

Al oír los gritos en el parque, la servidumbre vino corriendo por la puerta lateral, a ver qué le había pasado. Y cuando los viejos contaron su historia, los criados quedaron abochornados, porque Susana nunca había dado que hablar.

Al día siguiente, cuando la gente vino a casa de Joaquín, su marido, vinieron también los dos viejos, llenos de rencor criminal contra Susana y dispuestos a hacerla matar. En presencia del pueblo dijeron: id a buscar a Susana, hija de Quelcías, mujer de Joaquín. Y fueron a buscarla. Vino ella con sus padres, sus hijos y sus parientes. Toda su familia y todos los que la veían lloraban. Entonces los dos viejos se levantaron en medio de la asamblea y pusieron las manos sobre la cabeza de Susana. Ella, llorando, levantó la vista al cielo, porque su corazón confiaba en el Señor. Los viejos dijeron: mientras paseábamos nosotros solos por el parque, salió ésta con dos criadas, cerró la puerta del parque y despidió a las criadas. Entonces se acercó a ella un joven que estaba escondido y se acostó con ella. Nosotros estábamos en un rincón del parque y al ver aquella maldad corrimos hacia ellos. Los vimos abrazados, pero no pudimos sujetar al joven, porque era más fuerte que nosotros, y, abriendo la puerta, salió corriendo. En cambio, a ésta le echamos mano y le preguntamos quién era el joven; pero no quiso decírnoslo. De esto damos testimonio.

Como eran ancianos del pueblo y jueces, la asamblea los creyó y condenó a muerte a Susana. Ella dijo gritando: Señor eterno, que ves lo escondido, que lo sabes todo antes de que suceda: tú sabes que han dado testimonio falso contra mí. Y ahora tengo que morir siendo inocente de lo que su maldad ha inventado contra mí. El Señor la escuchó.

Mientras la llevaban para ejecutarla, despertó Dios el espíritu de santidad de un chiquillo llamado Daniel. Y éste dio una gran voz: inocente soy yo de esta sangre. Toda la gente se volvió a mirarlo y le preguntaron: ¿qué estás diciendo? El, plantado en medio de ellos, les contestó: ¿pero estáis locos, israelitas? ¿conque, sin discutir la causa y sin poner en claro los hechos condenáis a una hija de Israel? Volved al tribunal, porque éstos han dado testimonio falso contra ella. Ellos le dijeron: ven, siéntate con nosotros y explícate, porque Dios mismo te ha nombrado anciano.

Daniel les dijo: separadlos, lejos uno del otro, que los voy a interrogar yo. Los apartaron, él llamó a uno, y le dijo: ¡viejo en años y en crímenes! Ahora vuelven tus pecados pasados, cuando dabas sentencias injustas condenando inocentes y absolviendo culpables, contra el mandato del Señor: “No matarás al inocente ni al justo”. Pues ya que la viste a ésta, dime debajo de qué árbol los viste abrazados. El respondió: debajo de una acacia. Respondió Daniel: ¡muy bien! Tu mentira te va a caer sobre la cabeza. El ángel de Dios ha recibido la sentencia y te va a partir por medio. Lo apartó y mandó traer al otro, y le dijo: ¡hijo de Canán, y no de Judá! La belleza te sedujo y la pasión pervirtió tu corazón. Lo mismo hacías con las hijas de Israel, y ellas por miedo se acostaban con vosotros; pero una hija de Judá no ha tolerado vuestra maldad. Y ahora dime, ¿bajo qué árbol los sorprendiste abrazados? El contestó: debajo de una encina. Replicó Daniel: ¡muy bien! Tu mentira te va a caer sobre la cabeza. El ángel del Señor aguarda con la espada para dividirte por medio. Y así acabará con vosotros.

Entonces toda la asamblea se puso a gritar bendiciendo a Dios, que salva a los que esperan en él. Y

se alzaron contra los dos viejos a quienes Daniel había puesto en evidencia, por propia confesión, de que habían dado testimonio falso, y les aplicaron la pena que ellos habían tramado contra su prójimo; cumpliendo la ley de Moisés los ejecutaron. Y aquel día se salvó una vida inocente.

Lectura evangélica: Jn 8, 1-11

Parece que este pasaje no es original de Juan. Esto no quiere decir que no sea “canónico” e incluso histórico. Ni el lenguaje, ni los temas y símbolos, son comunes en Juan. Está más próximo de Lucas en su fondo y en su redacción y encajaría perfectamente en la sección de las parábolas de la misericordia de Dios.

El juicio de Dios, realizado ahora por Cristo, es misericordioso y salvador. En cambio, el juicio de los hombres carece de misericordia y hasta de sinceridad y de justicia. Aparece clara esta enseñanza en la oposición que hay entre los acusadores inexorables de la mujer adúltera y el Cristo del perdón que, de paso, desenmascara la hipocresía de los acusadores oficiales.

El juicio de Dios que Cristo lleva a cabo en la historia consiste en perdonar, en “justificar” a los hombres que se reconocen pecadores y se acogen a su amor. Dios establece un nuevo tipo de relaciones entre los hombres: la comprensión y la misericordia.

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo y todo el pueblo acudía a él y, sentándose, les en-

señaba. Los letrados y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras: tú ¿qué dices?

Le preguntaron esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle se incorporó y les dijo: El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra. E inclinándose otra vez siguió escribiendo. Ellos, al oírle, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos, hasta el último. Y quedó solo Jesús, y la mujer en medio, de pie. Jesús se incorporó y le preguntó: mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? Ella contestó: ninguno, Señor. Jesús dijo: tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios condena toda violación de los derechos ajenos, toda acusación injusta, todos los juicios que están llenos de hipocresía y de abusos. La palabra de Dios condena la mezquina actitud de condenar. Condena el gesto hipócrita de tirar piedras al vecino.

La palabra de Dios condena también nuestras impaciencias y desalientos ante las injusticias que nos hieren; sobre todo si nos hieren sólo a nosotros; ante la injusticia que hiera a los demás, Dios comprende mejor nuestra impaciencia. Pero —aunque todo lo “comprenda” y lo perdona— su palabra condena el corto alcance de nuestra fe que ante cualquier contradicción, se cansa de creer que Dios no es impasible a la injusticia;

condena la falta de esperanza y ese amor propio que nos hace desear que Dios “baje” a terminar con la injusticia y a exterminar a los injustos.

¿Qué le queda a nuestro cristianismo de su misión de ser conciencia ante las injusticias de los sin conciencia?; ¿qué le queda de su fuerza de ser acusación a las falsas acusaciones, de ser pacífica violencia frente a la violencia llena de abusos? Por otro lado —o a la vez—: ¿qué hace nuestro cristianismo con la misericordia de Cristo?; ¿dónde están hoy los cristianos que anudan ese nuevo tipo de relaciones humanas en la comprensión?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Siempre habrá conflicto entre la justicia humana y la justicia de Dios en esta tierra. Nos toca vivirlo sin poderlo resolver nunca a nivel humano, resolviéndolo en nuestra conciencia ante Dios y ante los hombres: sin dejar nunca de ser conciencia en el mundo, reflejo vivo de la actitud de Dios ante la injusticia; sin poder dejar de ser víctimas de muchas injusticias y aguantándolas con el apoyo del juicio del Dios que no es impasible, pero que nunca actúa para ahorrarnos sufrimientos que hay que vivir fielmente.

Nos toca vivir superando nuestra propia mezquindad, para hacer efectivos entre los hombres el amor y la misericordia de Dios. La misericordia y el amor de Dios de que somos objeto, debe crear en nuestro ser entrañas de benigni-

dad, de comprensión, de misericordia, de respeto, de amor verdadero ante todos y cada uno de los hombres, por deficientes y débiles que sean.

¿Quién nos dará el equilibrio, la entereza, la firmeza y la ternura que necesitamos para luchar contra la injusticia y contra el mal, sin luchar contra los hombres?

Cristo, juzgado, ajusticiado y condenado injustamente por la justicia humana y "religiosa", sufrió el peso de la injusta justicia. Lo "aguantó" apoyado en la justicia del Padre. Por eso su muerte es el juicio de Dios a toda la injusticia del mundo; y su muerte no es un sudario negro, sino la sábana de luz que contiene la gloria de la resurrección; su muerte se constituye en "justicia" que justifica y perdona a todos los que creen en él.

La eucaristía debe tener en nuestras celebraciones todo lo que tiene la muerte del gran "ajusticiado", Cristo: juicio a las injusticias del mundo entero, glorificación del justo, condenación de nuestras propias injusticias, y justificación —perdón— para nuestras vidas; renovación de las nuevas relaciones fraternas de los hombres en la misericordia y el amor de Dios.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Es evidente que el débil, objeto de una injusticia, no podrá él solo hacer valer sus derechos. Es preciso, pues, dar a los humildes la ocasión de hacer oír sus voces. Cada uno de nosotros debe

hacerse, según la admirable expresión del Abbé Pierre, *la voz de los hombres sin voz*.

P. PIRE

¡Qué tiempos estos en que hablar sobre los árboles es casi un crimen porque supone callar sobre tantas alevosías!

BERTOLT BRECHT

Yo volveré a cantar
el amor y la esperanza.
Yo volveré a cantar
los caminos de la paz.
Quizá me veas sufriendo
por amar a los demás.
Quizá me veas gritando
que el pobre no tiene pan.
La cárcel no es mi morada,
las rejas se romperán.
Si fuertes son las cadenas
más fuerte es nuestro luchar.
Quizá me veas morir.
Quizá me veas marchar.
No llores si eres amigo,
me volverás a encontrar.
No sé ni cómo ni cuándo,
pero será en un lugar
en donde no haya cadenas
y en donde pueda cantar.

RICARDO CANTALAPIEDRA

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura del Antiguo Testamento:
Núm 21, 4-9

ESTE episodio recoge una antiquísima tradición (probablemente, del documento "yavista") que, como la mayoría de las que tejen el libro del Exodo, expone el ritmo con que Dios realizó la salvación de su pueblo: pecado-castigo-perdón.

Ahora, la novedad está en los signos a través de los cuales se expresa el castigo y se otorga el perdón: esas serpientes "abrasadoras" (¿venenosas?), que eran unos animales míticos (véase Is 30, 6), una especie de dragones. El perdón o salvación se da por mediación de Moisés, a través de la aceptación de un signo: la serpiente de bronce que Moisés levanta para que sea vista y mirada como señal de arrepentimiento; se expresa de un modo nuevo la penitencia.

En aquellos días, desde el monte Hor se encaminaron los hebreos hacia el mar Rojo rodeando el territorio de Edom. El pueblo estaba extenuado del camino y habló contra Dios y contra Moisés: ¿por qué nos ha sacado de Egipto para morir en el desierto? No tenemos pan ni agua y nos da náuseas ese pan sin cuerpo.

El Señor envió contra el pueblo serpientes venenosas que los mordían, y murieron muchos israelitas. Entonces el pueblo acudió a Moisés diciendo: hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti; reza al Señor para que aparte de nosotros las serpientes.

Moisés rezó al Señor por el pueblo, y el Señor le respondió:

Haz una serpiente y colócala en un estandarte: los mordidos de serpiente quedarán sanos al mirarla. Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte; cuando una serpiente mordía a uno, miraba la serpiente de bronce y quedaba curado.

Lectura evangélica: Jn 8, 21-30

En la nueva alianza, el signo o sacramento que Dios ofrece a los hombres para su salvación, es Cristo. Hay que mirar a él: creer en él y aceptarlo.

Juan dice en el texto de hoy, por boca de Jesús, que el salvador ha de ser "levantado", elevado, en medio del mundo, como signo visible de salvación: se refiere a la "hora" de Cristo, a su pasión-muerte-glorificación.

Se acepta a Cristo desde el arrepentimiento del mal, desde la conversión y la penitencia. El Cristo "exaltado", elevado, no es un signo cualquiera, sino que es la salvación misma: es la presencia del Señor ofrecida a los hombres. En el texto de Juan, Cristo se define con la misma expresión con que el Señor definió su presencia salvadora en Israel: "Yo soy" (Ex 3, 14; Dt 32, 29).

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: yo me voy y me buscaréis y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros. Y los judíos comentaban: ¿será que va a suicidarse, y por eso dice “donde yo voy no podéis venir vosotros”?

Y él continuaba: vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados.

Ellos le decían: ¿quién eres tú? Jesús les contestó: después de todo, ¿para qué seguir hablándoos? Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él. Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: cuando levantéis al hijo del hombre sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada. Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La palabra de Dios que en Cristo acusa la incredulidad de los que no creyeron en él, la ceguera de quienes no le vieron a él como señal de salvación, nos acusa a nosotros por las deficiencias de nuestra fe en Cristo. ¿Vemos a Cristo como señal de la presencia de Dios? ¿Le “miramos” como salvación y solución profunda de nuestras vidas, en la hondura del amor del Dios que nos ama en Cristo y en Cristo nos manda amar a todos los hombres?

Nos lamentamos con frecuencia del “abandono” de Dios, de su silencio, de su ausencia. ¡Si tenemos a Cristo! Lo triste será si Cristo nos deja en el peor de los abandonos: en el de nuestra incredulidad, en el de nuestro pecado y nuestra impotencia. En el fondo, lo que ocurre es que no tenemos fe, y buscamos salidas falsas de este pozo sin fondo en que nos sume la falta de fe; porque el fondo de todo es la fe.

Sería espantoso que Cristo tuviera que menospreciarnos: el suyo es un menosprecio del desprecio, la explicitación del mal en el que libremente nos recluimos cuando negamos la fe.

¿No nos vemos profundamente “perdidos”, deficientes, necesitados?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

Es hora de que sepamos de verdad quién es Cristo y qué nos pide; es hora de que creamos en él, de que queramos mirarle en su muerte fiel y gloriosa como gran señal de Dios para nosotros y para todo nuestro mundo. Se le mira así, cuando se es consciente de hasta dónde llega la hondura de nuestras deficiencias, la hondura del mal y del sufrimiento de los hombres y la anchura enorme de nuestra responsabilidad, de nuestra misión, de nuestras tareas de “salvación” de nuestros hermanos. Y se le mira con sencillez, con disponibilidad, con voluntad decidida de fidelidad; porque si le miramos así, pronto notaremos que le miramos con confianza, con amor, con fe.

Deberíamos sentir sed devoradora de fidelidad; sentir la pasión de la fidelidad, hasta el sufrimiento que da arranque para todos los sufrimientos a que lleva la fidelidad misma. Nos lo pide Dios a través del momento presente de la historia. Nos lo pide Dios desde su Hijo fiel, el que subió a la cumbre del sufrimiento por fidelidad al amor sin límites. Es cuestión de no dejarle solo ahí, donde él ha subido para no dejarnos solos. Esta fidelidad es la existencia misma de la fe en nuestra vida histórica.

Saber vivir muriendo en el “abandono” de Dios forma parte de la fidelidad. La fe, la confianza y el amor permiten la fidelidad desde la muerte diaria hasta la muerte última para llenar nuestra enorme responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Cristo sufrió el “abandono” del Padre en esta vida; en la agonía sobre todo, en la cumbre del sufrimiento, en la muerte. Fue la “hora” de la fidelidad. La fidelidad no sería posible sin el abandono que lleva en sí nuestro vivir y nuestro morir. Por eso, el grito con que expresó Cristo el sufrimiento de su soledad, fue el grito de su fidelidad misma. Entonces fue “levantado” para todos los hombres.

Abusamos de la eucaristía si no celebramos y vivimos en ella el “signo” de Cristo en toda la verdad de su misión; si no renovamos en ella nuestra fe en Cristo-salvador de nuestras vidas; si no nos dejamos “atraer” por el Cristo alzado en la cruz. Si buscamos en la eucaristía “otras”

cosas —fáciles consuelos, gracias diversas que no son la gracia de la presencia salvadora de Dios en el Cristo que nos llama a ser responsables de su amor—, abusamos de la eucaristía.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Cuando Dios se revela, aparece por contraste lo que somos nosotros. La santidad de Jesús y su amor al Padre nos hacen ver la trama de egoísmo y tibieza que nos aprisiona. La raíz de lo que nos parece nuestro destino fatal está en nosotros mismos. Así, lo primero que nos regala la revelación divina es un diagnóstico correcto. Lo fatídico para nosotros no es algo venido de fuera: no es un decreto de Alá, ni un *karma* férreo, ni leyes de la naturaleza humana, ni una dialéctica histórica, cosas todas que se nos impondrían desde fuera. No, lo fatal incumbe a nuestra responsabilidad colectiva y, no obstante, libre: el pecado.

CATECISMO HOLANDÉS

Nos queda el camino estrecho y a veces casi escondido, de aquel que recibe cada uno de sus días como el último y que vive a pesar de todo, por su fe y su responsabilidad, como si tuviera un largo porvenir... Si el juicio último es para mañana, dejaremos de trabajar por un porvenir mejor. ¡Pero no antes!

D. BONHOEFFER

En el secreto de mi corazón, no me considero humilde más que ante las vidas más pobres o

ante las grandes aventuras del espíritu. Entre unas y otras, se encuentra hoy una sociedad que me da risa.

A. CAMUS

Me importa la dimensión personal de Dios, el íntimo convencimiento de que nos escucha, nos habla, nos entiende, nos perdona, nos ama... y además, nos impulsa a comprometernos, a entregarnos a la lucha por la libertad, por la justicia y por la paz entre los hombres.

J. RUIZ JIMÉNEZ



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética:

Dan 3, 14-20. 91-92. 95

ESTE texto del libro de Daniel quiere enseñar gráficamente una verdad que está en la esencia misma de la relación de amistad entre Dios y los hombres, en la esencia de la alianza: el amor fiel de Dios da la salvación y la liberación definitiva y profunda a los hombres, pero a base de exigir una fidelidad a toda prueba que incluso mete en situaciones difíciles, sin aparente salida.

La libertad de los fieles al Señor, en medio de la persecución, las torturas y la muerte misma, se constituye en "signo" de la eficacia del amor de Dios y de su alianza con el pueblo.

En aquellos días, dijo el rey Nabucodonosor: ¿es cierto, Sidrac, Misac y Abdénago, que no queréis dar culto a mis dioses ni adorar la estatua de oro que he mandado erigir? Pues bien, si estáis dispuestos, cuando oigáis la música de trompas, pífanos, liras, cítaras, arpas, gaitas y demás instrumentos, postraos y adorad la estatua que mandé hacer. Y si no la adoráis os echarán inmediatamente a un horno encendido: ¿y qué dios podrá libraros de mi mano?

Sidrac, Misac y Abdénago contestaron al rey Nabucodonosor: no hace falta que demos respuesta en este asunto, pues el Dios a quien damos culto puede librarnos del horno encendido, y nos librará de tus manos, oh rey. Y aunque no lo haga has de saber, rey, que no damos culto a tus dioses ni adoramos la estatua que has mandado erigir.

Al punto, Nabucodonosor montó en cólera y su rostro se demudó contra Sidrac, Misac y Abdénago. Y dio orden que encendieran el horno siete veces más fuerte que lo acostumbrado. Y mandó a sus soldados más vigorosos que ataran a Sidrac, Misac y Abdénago y los echaran al horno encendido. Después el rey Nabucodonosor, estupefacto, se levantó aprisa y dijo a sus consejeros: ¿no eran tres los hombres que hemos echado atados al horno encendido? Ellos contestaron al rey: así es, rey. El replicó: pues yo veo cuatro hombres sueltos paseando entre las llamas sin quemarse. Y el cuarto parece un ángel.

Y Nabucodonosor exclamó: bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago que envió su ángel a librar a sus siervos que, confiando en él, despreciaron la orden real y expusieron la vida antes que dar culto a otro dios que el suyo.

Lectura evangélica: Jn 8, 31-42

El tema central de esta lectura es la libertad verdadera que Cristo-salvador da a todo el que cree en él.

La libertad verdadera que se alcanza en la verdad —la verdad os hará libres—, es fruto del amor del Padre que Cristo comunica a los creyentes que, por la fe, entran en comunión de existencia con él y reciben la “vida verdadera”,

el amor inmortal. Recibir ese amor, vivir en ese amor fielmente, es vivir en la verdad y ahí se vive la verdadera libertad. Este don es propio de la “filiación” divina, del ser engendrados en la “vida nueva” que es el amor del Padre. No hace “libres” el ser hijos de Abraham, sino el ser hijos de Dios: hay que creer en Cristo.

Ningún título humano, ni religioso, ni la pertenencia a tradición alguna introducen en la libertad de los hijos de Dios, si es que se vive en la mentira, en el orgullo, en la autosuficiencia y el egoísmo.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: si os mantenéis en mi palabra seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.

Le replicaron: somos linaje de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: seréis libres?

Jesús les contestó: os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abraham; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre.

Ellos replicaron: nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: si fuerais de Abraham haríais lo que hizo Abraham. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abraham. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre.

Le replicaron: nosotros no somos hijos de prostitutas; tenemos un solo padre: Dios. Jesús les contestó: si Dios fuera vuestro padre me amaríais, porque yo salí de Dios y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

La formidable palabra que circunscribe la libertad a la verdad, condena todas las ideas falsas sobre la libertad y condena nuestras búsquedas —más o menos ansiosas, más o menos conscientes, más o menos hipócritas— de falsas libertades.

¿Vivimos “libres” como hijos de Dios? ¿Cree-mos siquiera en esta libertad de los hijos de Dios? Si vivimos en la mentira —el orgullo, el egoísmo, el amor propio, la comodidad, la ambición y todas las injusticias son “mentira”— nos dejarán tranquilos. Si vivimos en la verdad y decimos la verdad, no nos dejarán tranquilos. Pero la libertad profunda se nos ha prometido sólo en la verdad.

Es preciso que nosotros mismos condenemos la blandura de nuestra fe que es condenada por la palabra de Dios. Donde no hay riesgo, no hay fe; no hay fe donde no hay sufrimiento. ¿Vivimos la contradicción de existir libres, confiados y seguros, en la inseguridad de los sacrificios y del sufrimiento? El cristianismo lleva dentro esta contradicción.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

En un mundo en que se habla de libertad y se sueña con la libertad, pero donde domina en la vida de los hombres toda suerte de esclavitudes, exteriores e íntimas, los cristianos debemos recoger el don y el llamamiento a esa extraña, difícil y maravillosa libertad de los hijos de Dios.

Estar llamados a la libertad en Cristo, es estar llamados en Cristo al sufrimiento; al sufrimiento de la fidelidad, al sufrimiento de la verdad, al sufrimiento del amor verdadero. Estamos acostumbrados a asociar la palabra “libertad” y “libres” a imágenes y sensaciones fáciles, dulces, cómodas; incluso a satisfacciones egoístas, al capricho. Por eso nos duele como una disonancia hablar de libertad en el sufrimiento, de libertad en el compromiso, de libertad en la intranquilidad y en el riesgo. Pero esta es la libertad verdadera; esta es la libertad cristiana: la libertad en la verdad.

La vocación a la verdad es vocación al sufrimiento; la vocación a la fidelidad del amor, es vocación al sufrimiento. Y sólo a través del sufrimiento es vocación a la libertad. No hay liberación sin compromiso, pues la verdad que nos hace libres nos compromete. Y la fidelidad no alcanza el fruto de la seguridad, sino en la inseguridad de las pruebas duras.

La verdad compromete y libera. La mentira esclaviza en la evasión misma al compromiso. No se es verdaderamente libre, sino a costa de per-

der muchas libertades. Y vivimos un tiempo en que hasta la profesión externa y honesta de la fe, nos va a obligar perder libertades como precio de la libertad íntima en la fidelidad dura a la verdad.

En definitiva, sólo el amor nos hace libres. La verdad de Dios es el amor. Para hacerse libre hay que amar y ser fiel hasta perder la libertad. ¿Quién es libre, sino el que ama a Dios y a los demás más que su propia libertad?

¿Cómo nos consiguió Cristo la libertad de hijos de Dios? Siendo él libre, se ató a la vida humana con sus limitaciones y tomó sobre sí nuestras propias esclavitudes. Vivió la libertad de quien vive en la verdad y dice la verdad. Sufrió libremente las peores situaciones que puede vivir un hombre: incomprensión, persecución, odio, soledad, abandono y muerte injusta. Aguantó todas las consecuencias de la fidelidad a la verdad y al amor.

Su resurrección es el triunfo universal y absoluto de su vida fiel, libre y sacrificada; verdaderamente libre. Su resurrección es la plenitud de su libertad, en la verdad del amor inmortal con que nos ama y nos comunica su ser filial y fraterno: su ser fiel al Padre y a los hombres.

En la eucaristía celebramos la libertad de los hijos de Dios. Comulgamos con la libertad de Cristo, amasada en el sufrimiento y en la muerte, para existir nosotros en igual fidelidad que él.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Libre al fin, libre al fin. Gracias, Dios todopoderoso. Soy libre al fin.

Epitafio en la tumba de MARTIN L. KING

He descubierto que el hombre era en todo semejante a la ciudadela. Derrumba las paredes para asegurarse su libertad, y ya no es más que una fortaleza desmantelada y abierta a las estrellas.

A. DE SAINT-EXUPÉRY

Si Cristo no fuera Dios, mi creencia en Dios no podría ser lo que es. Sólo la encarnación de Dios en la historia me permite irme aproximando a la densidad del gesto gratuito de aquella encarnación inagotable. La palabra revelada en el evangelio, el anuncio de la buena nueva son el contenido específico de mi fe en el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Y es precisamente la creencia en Cristo-Dios, a la luz de la palabra, lo que impide radicalmente reducir a Dios al pulso de nuestros intereses, para seguir descubriendo, a través de su presencia en la historia y en los hombres, el sentido eclesial de la dignidad y de la libertad de los hijos de Dios.

A. C. COMÍN

Si el hombre considera su sufrimiento como la continuación de su acción, como el cumplimiento de su libertad, entonces su acción procede de su fe. En este sentido, la muerte es la coronación de la libertad del hombre.

D. BONHOEFFER

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

*Lectura del Antiguo Testamento:**Gén 17, 3-9*

TENEMOS un nuevo relato sobre la alianza de Dios con Abraham. En el capítulo 15, el relato es “yavista”; aquí es “sacerdotal”, de la época posterior al destierro. Contiene una purificación del concepto de alianza, pero también un predominio de las observancias legales como exigencias de la fidelidad a la alianza. Por eso en este relato se impone a Abraham, en relación con la alianza, el rito de la circuncisión (v. 9-14); el autor sacerdotal quiere valorar este rito.

Se repiten en este relato las promesas inherentes a la alianza: la tierra prometida y un pueblo numeroso. Pero sobre todo se insiste en que la alianza es eterna; pase lo que pase, la palabra del Señor será fiel. Lo requerían las circunstancias: había que mantener la esperanza de los israelitas desterrados. Como signo o sello de la eternidad de la alianza, se le cambia el nombre a Abraham, significando así su misión.

La fidelidad de Dios a su alianza eterna, es una exigencia de fidelidad para Israel. Esta fidelidad se concreta más adelante en la circuncisión y en otros preceptos legales.

En aquellos días, Abrán cayó de bruces y Dios le dijo: mira, este es mi pacto contigo: serás padre de muchedumbre de pueblos. Ya no te llamarás Abrán, sino Abraham, porque te hago padre de muchedumbre. Te haré crecer sin medida, sacando pueblos de ti, y reyes nacerán de ti.

Cumpliré mi pacto contigo y con tu descendencia en futuras generaciones, como pacto perpetuo. Seré tu Dios y el de tus descendientes futuros. Os daré a ti y a tu descendencia futura la tierra en que peregrinas, como posesión perpetua, y seré su Dios. Dios añadió a Abraham: guardad mi alianza, tú y tus descendientes, por siempre.

Lectura evangélica: Jn 8, 51-59

Esta lectura se relaciona directamente con la lectura de hoy del Génesis, a través de las palabras que Juan pone en boca de Cristo: Abraham esperó el “día” de Cristo, porque esperó el “día del Señor”, y Cristo realiza en la historia el “día” del Señor trayendo su presencia y realizando su alianza con los hombres; Abraham esperó el día de Cristo, porque su misión como mediador en la alianza era preceder al mediador definitivo en cuya sangre —en cuyo amor— se sellaría esta alianza.

La fidelidad de Abraham al Señor en función de la alianza, preparó la fidelidad de Cristo, que realiza efectivamente la alianza. Precisamente si Cristo hace efectiva la alianza del amor entre el Padre y los hombres, es por su fidelidad: su fidelidad al Padre y su fidelidad a los hombres en el amor obediente y sacrificado. Cristo cumple la palabra del Padre: le es fiel. Y Cristo pide a los

suyos que, si quieren participar de la alianza del amor del Padre, han de ser fieles y guardar o cumplir su palabra: "quien guarda mi palabra, no sabrá lo que es morir para siempre": por su fidelidad se mantendrá en mi misma fidelidad, y experimentará la fidelidad del Padre recibiendo su vida eterna que es el amor inmortal.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre.

Los judíos le dijeron: ahora vemos claro que estás endemoniado; Abraham murió, los profetas también, ¿y tú dices "quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre"? ¿Eres tú más que nuestro padre Abraham, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?

Jesús contestó: si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: "Es nuestro Dios", aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera "no lo conozco" sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abraham, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día: lo vio, y se llenó de alegría.

Los judíos le dijeron: no tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: os aseguro que antes que naciera Abraham existo yo. Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

¿Cumplimos la palabra de Cristo? ¿Nos mantenemos fieles a su mensaje en cualquier situación de nuestra vida?

La expresión "los fieles", merece revalorizarse. Tiene una fuerza que había perdido en ese vocabulario piadoso en el que "fiel" era sinónimo de beato. "Fieles" son los que creen de verdad y hacen vida su fe por medio de la fidelidad a la palabra de Cristo.

La palabra que nos interroga acerca de nuestra fidelidad, quiere hacernos una pregunta previa: ¿creemos en la fidelidad de Dios? ¿nos hemos planteado en serio hasta dónde puede llegar la fidelidad de Dios a nuestras vidas? En Cristo tenemos la respuesta. Creer con firmeza en la fidelidad de Dios es afirmar que nos ama con un amor que no puede dejar nuestra existencia en la muerte: es creer en la resurrección.

Y si no somos fieles a Dios, ¿no será porque no creemos en su fidelidad para con nosotros?

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

La fidelidad llama a la fidelidad. En la medida en que creamos sin titubeos en la fidelidad de Dios, cuyo signo histórico es Cristo entregado a la muerte, pondremos nuestra vida en el camino de la fidelidad diaria. Ser fieles es cumplir su palabra. Verdad, libertad, fidelidad, amor, vida eterna; estamos viendo estos días, a través de la palabra de Dios, que todo eso va unido y que constituye el fondo de la existencia fiel en Cristo.

No hace falta esperar grandes momentos difíciles para ser fieles, no hay que aguardar la lucha de las grandes tentaciones. Todos los días, en cada una de sus horas, son prueba incesante para

la fidelidad. Puede ocurrir que lleguen los grandes momentos decisivos, pero nadie tendrá a punto su fidelidad, si no ha sabido hacer de cada uno de sus días, de cada una de sus horas, una apasionada y dolorosa vivencia de la fidelidad.

La eucaristía es el sacramento —el signo eficaz— del Cristo fiel al Padre y a los hombres: el sacramento de la alianza nueva, realizada a costa de su fidelidad que es amor y entrega a la muerte.

Por eso la eucaristía es, por nuestra parte, profesión de fe y compromiso de fidelidad. Sólo así es en verdad renovación de la alianza.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Ignoro por completo lo que el futuro hará de mí; quizá un andrajo. No presumo, en absoluto, de mis fuerzas. Pero creo en Dios, y espero que no me abandonará, que me evitará la suprema decadencia, y que o bien me llevará consigo o me dará fuerzas para soportar la tortura.

G. MARCEL

Cuando mete uno la mano en una palangana; cuando uno atiza el fuego con el fuelle de bambú; cuando uno alinea interminables columnas de cifras en su despacho de contable; cuando le abraza a uno el fuego de los rayos del sol, hundido en el cieno del arrozal; cuando uno permanece de pie delante del horno del fundidor; si entonces justamente no realiza uno la misma vida religiosa como si uno estuviera en oración en un monasterio, el mundo no se salvará nunca.

GANDHI

MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Jer 20, 10-13

FRAGMENTOS de las “confesiones” de Jeremías: se ve perseguido; sus enemigos toman a broma sus palabras y se ríen de él; le acechan, le atacan. Y el profeta se confía al Señor. Pero profeta perseguido está seguro de conseguir el apoyo del Dios que no puede fallarle, porque todos los sufrimientos le han venido por ser fiel a la misión que Dios le ha confiado. Su esperanza de salvación es tan segura, que la da por hecha e invita a cantar la acción de gracias al Señor.

Oía el cuchicheo de la gente: “Pavor en torno”. Delatadlo, vamos a delatarlo. Mis amigos acechaban mi traspiés: a ver si se deja seducir y lo violaremos, lo cogemos y nos vengaremos de él.

Pero el Señor está conmigo, como fuerte soldado; mis enemigos tropezarán y no podrán conmigo. Se avergonzarán de su fracaso con sonrojo eterno que no se olvidará. Señor de los ejércitos, que examinas al justo y sondeas lo íntimo del corazón, que yo vea la venganza que tomas de ellos, porque a ti encomendé mi causa. Cantad al Señor, alabad al Señor, que libró la vida del pobre de manos de los impíos.

Lectura evangélica: Jn 10, 31-42

Jesús es calumniado y perseguido a causa de su ministerio, de su misión salvadora. Cuando revela al Padre y su plan de salvación, es declarado blasfemo y traidor a la religión oficial.

La fidelidad a la palabra del Padre pone a Cristo en la misma situación existencial en que se vio Jeremías. Vuelven a manifestarse las diversas posturas ante Cristo: unos le aceptan, otros dudan, otros lo rechazan y le acusan.

Este tema que recorre numerosas páginas del evangelio de san Juan, lo hemos meditado una y otra vez en las últimas semanas de cuaresma: la fidelidad de Cristo tropieza con la dureza de los hombres que encarnan la falsa religión establecida, y con todos los egoísmos e intereses sucios; se urdirá el complot y estallará la violencia que llevará a Cristo a la muerte; el camino de la cruz está suficientemente iluminado por el amor del Padre y la obediencia de Cristo, como para ver que conduce a esa exaltación en que culmina y se plenifica la existencia humana de Cristo como revelación de Dios y donación de su amor.

Con esa perspectiva, la lectura de estos textos de san Juan nos van llevando a la pasión del Señor y a su muerte como paso para la resurrección. Estamos cerca de la pascua.

En aquel tiempo, los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús. El les replicó: os he hecho muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?

Los judíos le contestaron: no te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios.

Jesús les replicó: ¿no está escrito en vuestra ley: "Yo os digo: sois dioses"? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice que es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre.

Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escaulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad. Y muchos creyeron en él allí.

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Es demasiado esencial en el cristianismo este mensaje, y es demasiado duro, para que la palabra no insista: ¿creemos en Cristo con un realismo que admita su dolor, su soledad y su cruz en la propia vida? Los rodeos con que intentamos sortear en la vida el duro camino de la cruz, son pasos perdidos. Las metas que nos trazamos más acá o más allá de la cruz de Cristo, caen fuera del cristianismo.

Somos capaces de querer ser justos y buenos, y hasta de sacrificarnos, si va en ello la afirmación de nosotros mismos y esperamos que suenen los aplausos; santidad de escaparate. En la prác-

tica —y en nuestros sueños— queremos ser cristianos del Cristo glorioso, sin serlo del Cristo crucificado.

Hay muchas formas de ser “enemigos” de la cruz de Cristo. Y el hombre que no se engaña a sí mismo, descubre que, de una forma u otra, él lo es. Pero cuando la enemistad con la cruz de Cristo es tan pública, tan descarada y tan escandalosa, es mejor que dejemos de llamarnos cristianos; a no ser que nos convirtamos a Cristo con tal sinceridad, que aceptemos el sufrimiento con sencillez, con dolor pero con generoso entusiasmo. Pues si hemos de ser enemigos de la cruz de Cristo, es mejor serlo abiertamente, sin cubrir nuestra postura con la hipocresía.

Habríamos de ser cruelmente sinceros con nosotros mismos; no sea que, viviendo aparentemente el cristianismo, estemos empobreciendo a Cristo, a la Iglesia, a los cristianos.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

O dejamos el cristianismo de la santidad de escaparate —o el de la tranquilidad de vida en la tranquilidad de conciencia, o cualquier otro cristianismo cómodo—, o dejamos el cristianismo del Cristo perseguido y crucificado. Porque éste no se puede compaginar con ningún cristianismo falso.

En la eucaristía tenemos que buscar al Cristo que sufrió la incomprensión, la soledad, la enemistad y la muerte. Buscarle y unirnos a él.

En la eucaristía hemos de centrar nuestros caminos y nuestras metas en la cruz de Cristo. La eucaristía planta la cruz de Cristo en el corazón de los creyentes. Y ellos —nosotros— han de ser la cruz de Cristo plantada en el corazón de Cristo.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

Pero Jesús es el Cristo rechazado en el dolor. El hecho de ser rechazado quita al sufrimiento toda dignidad y todo honor. Debe ser un sufrimiento sin honor. Sufrir y ser rechazado constituyen la expresión que sintetiza la cruz de Jesús. La muerte de cruz significa sufrir y morir rechazado, despreciado. Jesús debe sufrir y ser rechazado por necesidad divina. Todo intento de obstaculizar esta necesidad es satánico. Incluso, y sobre todo, si proviene de los discípulos; porque esto quiere decir que no se deja a Cristo ser el Cristo.

D. BONHOEFFER

No cabe duda de que la fe en Cristo nos señala claramente en qué dirección se halla la verdad. Dios no se limita a permitir el mal. Esto sería cruel. El mal no viene de Dios. El lo combate y él mismo se vio envuelto en el mal. En una de las penas de muerte más crueles que conoce la cruel humanidad, aparece como nuestro redentor. Un madero horizontal y otro vertical, y en ellos clavado un hombre, en quien se nos muestra el mismo Dios. Esta cruz que mira a todas las direcciones, como un hombre con los bra-

zos extendidos, es la saeta que apunta al misterio insondable de Dios. Oscuramente nos señala el corazón del misterio.

En la cruz ha abierto Dios su corazón, ha delatado su más profundo misterio. Dios se hace solidario con las víctimas.

CATECISMO HOLANÉS

Creo que Cristo es Dios y quisiera tener siempre la suficiente fuerza para confesarlo delante de cualquier sanedrín: el de la ciencia, el de la historia comparada de las religiones, el de la prudencia humana y el de todos los totalitarismos de cualquier color, que aspiran a ser dioses y reclaman un culto latreútico de la conciencia humana.

J. JIMÉNEZ LOZANO



MENSAJE BÍBLICO DE LA PALABRA

Lectura profética: Ez 37, 21-28

LA lectura da una síntesis del ideal mesiánico —ideal de restauración de Israel— que tenía el profeta Ezequiel. Es un fragmento que sigue a la profecía de la resurrección de los huesos, símbolo de la restauración de Israel. Entonces —cuando el profeta tenía esta visión— los dos reinos estaban divididos: Israel destrozado y desterrado, Judá en peligro; estos oráculos (capítulos 33-39) se escribieron durante el sitio de Jerusalén (589-587).

La nueva comunidad o pueblo de Dios restaurado, tendrá estas características:

unidad: Israel y Judá se reagruparán en un solo reino; volverán los dispersados de todas las naciones;

habrá un solo pastor: el nuevo David; es decir, un rey ideal —entonces se le tenía por tal a David— capaz de realizar y mantener la unidad de los dos reinos;

fidelidad a la alianza, manifestada en la observancia de los mandamientos;

fecundidad del pueblo: hombres y tierra; signo de la abundancia del amor;

presencia de Dios en su pueblo, reconocida y aceptada cordialmente;

el pueblo será signo ante todas las naciones de la presencia y del amor del Señor.

Esto dice el Señor Dios: voy a recoger a los israelitas, de las naciones a las que marcharon; voy a congregarlos de todas partes, los voy a repatriar.

Los haré un solo pueblo en su tierra, en las serranías de Israel, y un solo rey reinará sobre todos ellos. No volverán ya a ser dos naciones ni volverán a desmembrarse en dos monarquías. No volverán a profanarse con sus abominables idolatrías y con sus crímenes; los libraré de los sitios donde pecaron; los purificaré. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey, pastor único de todos ellos; caminarán según mis mandatos, guardarán y cumplirán mis preceptos. Habitarán en la tierra que le di a mi siervo Jacob, en la que habitaron vuestros padres; allí vivirán para siempre ellos y sus hijos y sus nietos; y mi siervo David será su príncipe para siempre.

Con ellos moraré, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy el Señor, el que consagra a Israel, al estar mi santuario entre ellos para siempre.

Lectura evangélica: Jn 11, 45-56

Este texto viene a dar la explicación de los anteriores, la explicación de los signos que ha hecho Cristo como revelación de su misión mesiánica o salvadora, y en especial de su último signo, la resurrección de Lázaro.

Cristo trae la vida nueva del amor inmortal de Dios para los hombres, la vida eterna. Cristo va a morir víctima de la calumnia y la injusticia, pero su muerte va a ser el signo culminante y eficaz que dará sentido y fuerza definitivas a todos los otros signos. Va a morir para cumplir su misión de dar la vida eterna. Pero, él no da esta vida a uno o a unos pocos, ni va a morir por uno o por unos pocos: morirá por todos, para dar a todos los hombres la vida eterna del amor inmortal que los una a todos como hijos del Padre.

El evangelista subraya la idea de que Cristo da su vida para realizar el ideal mesiánico de la unidad de todo el pueblo y de todos los pueblos. Los subraya a través del anuncio que hace Caifás, verdadera profecía que Juan corrige para expresar el contenido teológico de la muerte redentora de Cristo.

En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús.

Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el sanedrín y dijeron: ¿qué estamos haciendo? Este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación.

Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: vosotros no entendéis ni palabra: no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera. Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente anunciando que

Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos.

Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos. Se acercaba la pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: ¿qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?

ESTA PALABRA NOS JUZGA

Todos los que formamos la Iglesia, somos el pueblo de Dios: ¿vivimos realizando en nosotros el ideal del pueblo de la alianza como lo vio el profeta Ezequiel, como lo realizó Cristo a través de su muerte?

Pueblo unido en torno a su pastor, Cristo, pueblo fiel, pueblo fecundo con la fecundidad de las buenas obras que son fruto y expresión del amor, pueblo que vive en la presencia de su Señor, pueblo que es signo de la existencia, la presencia y el amor salvador de Dios en Cristo-Jesús.

Cristo muere para que nosotros encarnemos ese pueblo. Como pueblo suyo, somos efecto de su muerte. Es cierto que el ideal profético del pueblo de Dios, por cuya realidad muere Cristo, no acabará nunca de realizarse en esta etapa de la existencia en carne. Pero no es menos cierto que ha empezado a cumplirse y que somos res-

ponsables de que se realice en nosotros. Las deficiencias, los fallos, y sobre todo las actitudes permanentes que contradigan las notas del pueblo de Dios e impidan que surja y crezca ese pueblo, están condenadas por la palabra del Señor; están condenadas por esa palabra definitiva que es la muerte de Cristo.

La palabra condena todo lo que no es aspirar, buscar y sufrir por la universalidad del amor de Dios, por la unidad de los cristianos y de los católicos, por la fidelidad viviente, por el testimonio eficaz del amor de Dios ante el mundo. Toda búsqueda individualista de salvación, queda condenada.

VIVIR HOY EN CRISTO A LA LUZ DE SU PALABRA

La pascua de Cristo —su muerte y resurrección— ha hecho germinar el pueblo de la alianza que hoy somos nosotros; nos ha infundido el Espíritu que es el amor de hijos que tiende a unir nuestros seres y nuestras vidas para dar cuerpo en el mundo a la “iglesia” o pueblo del Señor al servicio de todos los hombres.

Nosotros vivimos ahora entre las luces y la fuerza de la resurrección del Señor y las sombras de nuestra existencia mortal, llena del poder del mal que se refugia en nuestra carne. Es preciso que vivamos apasionadamente la conciencia de miembros vivos del pueblo que han de realizar la unidad en la fidelidad y el servicio a los hombres, por el amor de Dios derramado sobre nosotros desde el dolor y la muerte de Cristo.

La finalidad del amor del Cristo que muere por todos a fin de "unirnos" a todos como hijos de Dios en el amor universal, es la finalidad propia de la eucaristía. La eucaristía es el signo que celebra y actualiza la muerte de Cristo en su alcance redentor universal.

Participar en la eucaristía supone la fe de haber captado la intencionalidad y el dinamismo salvador de la muerte de Cristo; y supone la fe que hace entrar en comunión con ese Cristo que muere por todos; y supone esa fe que es comprometerse a vivir la muerte de Cristo, a vivir permitiendo a Cristo cumplir en nosotros los designios de su amor, a vivir amando con el amor con que Cristo muere por todos, a vivir sufriendo para que la muerte de Cristo sea eficaz en el mundo de hoy.

TESTIGOS MODERNOS DE LA PALABRA

O todos o ninguno. O todo o nada.
 Uno solo no puede salvarse.
 O los fusiles o las cadenas.
 O todos o ninguno. O todo o nada.

BERTOLT BRECHT

Creemos y no creemos, amamos y no amamos, somos y no somos; y es así, porque estamos en marcha hacia una meta que, al mismo tiempo, vemos y no vemos.

G. MARCEL

Habiendo sondeado durante mucho tiempo mi corazón, he llegado a la conclusión de que, en las circunstancias actuales, uno sólo, yo mismo, y nadie más, debe llevar la responsabilidad de la resistencia civil por el momento.

GANDHI

No tenemos aún suficiente conciencia de haber entrado en una era nueva. Se impone un común acuerdo hasta para sobrevivir. ¿Sabrán reconciliarse los cristianos para activar este proceso de unidad entre todos los hombres?

ROGER SCHUTZ



PARA UN MUNDO MAS JUSTO

Por la cuaresma se va a la pascua. En Cristo, se va de la injusticia a la justicia; del mal al bien; de la alienación y el egoísmo a la autenticidad de la verdad y del amor; de la oscuridad a la luz; de la muerte de esta vida imperfecta y desdichada a la vida inmortal propia del amor sin límites.

Aceptando y viviendo la redención en Cristo de la propia injusticia y la lucha con Cristo contra la injusticia que nos rodea, llegaremos a la renovación de nuestras vidas y a la renovación del mundo que nos pide y nos ofrece la resurrección de Cristo.

Hemos de dar ese paso personal y comunitariamente. Y debemos ayudar a los demás a dar también ese paso para que el mundo cambie, para hacer entre todos un mundo más justo. Este es el compromiso cuaresmal de los cristianos que entran en la pascua-resurrección de Cristo por el sufrimiento y la purificación de su pasión y su muerte redentora.